Propuestas para evitar la ruina ante el terremoto económico de la nueva extrema derecha global

CÓMO SOBREVIVIR AL TRUMPISMO Y A LA ECONOMÍA DE LA MOTOSIERRA

NUEVOS MODELOS, PRINCIPIOS Y POLÍTICAS ECONÓMICAS PARA SALVAGUARDAR LA PAZ, EL PROGRESO Y LA DEMOCRACIA

JUAN TORRES LÓPEZ

DEUSTO

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Introducción

1. ¿Qué está ocurriendo en la economía internacional y qué se necesita para hacerle frente?

2. La economía dominante es un fraude intelectual que no puede resolver los problemas económicos actuales

3. Se puede analizar la economía de otro modo

4. Hay diferentes formas de organizar la vida económica

5. Superar el viejo enfoque estableciendo prioridades diferentes

6. Nuevos principios y políticas económicas: alternativas de sentido común

7. Vencer a la mentira para sobrevivir al terremoto que se avecina

Bibliografía

Notas

Créditos

Landmarks

1. Portada

Cómo sobrevivir al trumpismo y a la economía de la motosierra

Nuevos modelos, principios y políticas económicas para salvaguardar la paz, el progreso y la democracia

Juan Torres López

EDICIONES DEUSTO

A mis hijos María, Juan y Lina,
y a mi nieto Mario

Introducción

El 12 de noviembre de 2023, justo un año antes de las elecciones presidenciales, Donald Trump prometió en Nuevo Hampshire «erradicar a los comunistas, marxistas, fascistas y matones de la izquierda radical que viven como alimañas dentro de los confines de nuestro país».[1]1 En junio de 2025, el presidente argentino y promotor de la motosierra como instrumento de política económica, Javier Milei, fue el invitado principal del Foro Económico de Madrid. Allí se ofreció a los trumpistas españoles para «zurrar a los bandidos» y acabar con «los socialistas de mierda», mientras que más de 7.000 libertarios lo jaleaban gritando «Pedro Sánchez, hijo de puta, Pedro Sánchez, hijo de puta, Pedro Sánchez, hijo de puta».[2]2

Con ese espíritu y lenguaje, casi literalmente copiados de los que usaban nazis y fascistas del siglo XX, se abren paso el trumpismo y la economía de la motosierra, sobre todo, tras la segunda llegada de Donald Trump a la presidencia de Estados Unidos. Nada más tomar posesión, el 20 de enero de 2025, provocó un auténtico terremoto económico, y también en la política, la justicia, la cultura y las relaciones económicas, de consecuencias imprevisibles, dentro y fuera de su país.

Desde entonces, se han acumulado despropósitos de los que han ido dando cuenta todos los medios de comunicación y que millones de personas y empresas de casi todos los países del mundo han sufrido en sus carteras o balances.

Si bien es pronto para conocer cómo terminará la hecatombe desatada por el nuevo presidente de Estados Unidos, sí parece seguro que las cosas ya no van a ser igual que eran antes en el terreno de las relaciones comerciales, del sistema monetario y de pagos internacionales y de las alianzas económicas entre naciones. Muy pocos apuestan ya por la globalización tal y como se ha conocido hasta

ahora, y el clima de incertidumbre y de inseguridad generalizado va a provocar bastante más que una simple, aunque segura, ralentización de la actividad económica. Ésta, unida al aumento de la especulación que siempre se genera en los momentos de perturbación, a los movimientos a la defensiva de los capitales, a la inevitable recomposición de los bloques económicos y políticos y al desconcierto generalizado de las políticas económicas, vendrá acompañada de nuevas oleadas de quiebras empresariales, de desempleo, de subidas de precios y, en definitiva, de un nuevo deterioro de la economía internacional en los próximos tiempos.

Todo ello resulta aún más problemático y grave porque es sabido que Trump no es una simple gota en el océano, sino que lidera una corriente global de extrema derecha y populismo económico y político que acoge a otros líderes políticos con las mismas ideas e incluso malas formas en un buen número de países.

Se está abriendo paso una oleada de autoritarismo global que en el plano económico tiene su expresión en el intento de desmantelar todos los controles y contrapesos estatales que puedan limitar el extraordinario poder adquirido por los nuevos grandes capitales que dominan el mundo. Una nueva estrategia que me atrevo a denominar «economía de la motosierra», la conocida herramienta de poda y tala que el argentino Javier Milei convirtió en icono para mostrar los efectos de su política económica, hecha suya más tarde por Trump y que incluso se disponen a utilizar a gran escala en Francia.

Los efectos de esta nueva economía de recortes de gasto social son bien conocidos porque, en su versión más suavizada, ya fue aplicada tras la gran recesión de 2007 y luego, más descarnadamente, por el propio Donald Trump en su primer mandato, con resultados conocidos que comentaremos más adelante.

La economía de la motosierra no es otra cosa que la estrategia que la extrema derecha global (y la más centrada, cada día más cerca de ella) se propone llevar a cabo para mantener los privilegios y facilitar la expansión del nuevo capitalismo que obtiene sus beneficios de la explotación de los monopolios tecnológicos, las finanzas digitales y la inversión especulativa. Y el trumpismo es su expresión en Estados Unidos con el objetivo añadido de hacer frente al desgaste de su

influencia y poder como potencia imperial en el planeta. Ambos van de la mano, como veremos, con la intención de extenderse por medio mundo y tienen apoyos suficientes para asentarse en nuestras sociedades si no se les pone freno democrático.

La mayoría de la gente, siguiendo la estela de lo que insistentemente dicen en los medios de comunicación los economistas ortodoxos, periodistas y líderes políticos, achaca todo lo que ocurre exclusivamente a la personalidad y a los malos modos de Donald Trump.

Sin embargo, aunque el nuevo presidente estadounidense actúa casi siempre de forma sin duda singular y aparentemente desquiciada, lo que se propone hacer no es nuevo ni estrambótico.

Resulta evidente que sus formas de actuar tienen mucho que ver con lo que está sucediendo en la economía internacional, pero no se puede olvidar que el desorden y las perturbaciones casi constantes que sufre no los han provocado solamente, como se quiere hacer creer con mucha frecuencia, las decisiones erráticas de Trump. En buena parte vienen de antes y responden a procesos de fractura y a crisis solapadas que se iniciaron ya hace tiempo, aunque es natural que cada día que pasa se manifiesten de manera más evidente y problemática.

Lo que estamos viviendo es un auténtico cambio de era. Se están modificando los procesos productivos de la mano de la digitalización y la inteligencia artificial, los espacios en donde se instalan los capitales, los canales de aprovisionamiento y las cadenas de valor. Y, mientras que la economía de Estados Unidos se oscurece como referencia mundial, la de China sobre todo y las de otras naciones emergen alternativa y poderosamente. Lo cual, como es lógico, altera todos los equilibrios mundiales hasta ahora existentes y genera nuevos retos y problemas que no pueden seguir siendo analizados con lenguaje o modelos anticuados. Como tampoco cabe darles las viejas respuestas que incluso ya resultaban claramente insatisfactorias antes, frente a retos de mucha menor envergadura y complejidad.

Si no se conocen los procesos que hay detrás de todo lo que está sucediendo, si no se descubren con realismo los factores que los han provocado y cuáles son sus principales expresiones y efectos, será muy difícil, por no decir imposible, que nos enfrentemos a lo que se nos

viene encima. Un terremoto que puede traer oleadas de dimensiones inimaginables de totalitarismo, desórdenes, violencia, guerras, empobrecimiento y destrucción.

Partiendo de esta última convicción, el libro que tienes en las manos persigue cinco objetivos fundamentales:

1. El primero (capítulo 1) consiste en esbozar un análisis del escenario en el que se encuentra la economía mundial como consecuencia del *shock* que ha supuesto el auge del trumpismo y de la economía de la motosierra.
2. El segundo (capítulo 2) es demostrar que la teoría económica convencional —el pensamiento o análisis económico dominante que se enseña en los centros universitarios, se aplica en los grandes organismos internacionales e inspira a las políticas económicas de casi todos los gobiernos occidentales, al trumpismo y a la economía de la motosierra— no proporciona soluciones a los problemas que la afectan.
3. El tercer objetivo (capítulo 3) pasa por ofrecer un panorama de las propuestas de análisis y metodología alternativas que están a nuestro alcance para conocer la realidad económica con el rigor que no proporciona la economía dominante.
4. El cuarto (capítulo 4) implica mostrar que la organización de la vida económica bajo principios distintos a los que fundamentan el capitalismo en el que vivimos no sólo es posible en el futuro, sino que ya hoy existen multitud de experiencias de esa naturaleza a nuestro alrededor.
5. El último objetivo (capítulos 5 y 6) es presentar los nuevos principios y propuestas que se abren paso con el fin de activar formas diferentes de organizar la economía y aplicar políticas económicas democráticas alternativas para gobernarla buscando la eficiencia, la equidad y la sostenibilidad.

Podría decirse, en resumen, que estos cinco propósitos responden a una idea básica y principal que hay que expresar ya claramente: la economía, como rama del saber dominante, se ha convertido en el

mayor fraude intelectual de la historia.

Todos los días, en todos los centros educativos donde se enseña, en los manuales más vendidos y reconocidos donde se plasma el saber establecido, se difunden como verdades afirmaciones cuya falsedad o falta de fundamento fue demostrada, en algunos casos que comentaré, hace más de cien años.

No hay otra rama del saber humano en donde ocurra algo parecido, en la que se hayan dado durante tanto tiempo como ciertas tantas ideas que son completamente ajenas a la realidad y cuya falsedad ha quedado reiteradamente demostrada.

Como vamos a mostrar más adelante, la economía dominante de la que se nutren el trumpismo y la motosierra se basa en conclusiones que se deducen de un modelo que es un engaño recubierto con la aparente cientificidad que le proporcionan fórmulas matemáticas complicadas y un lenguaje innecesariamente sofisticado y pomposo. Un disfraz que hace de la economía dominante un fraude dañino, pues, como dijo en alguna ocasión el escritor y pintor catalán Santiago Rusiñol, «de todas las formas de engañar a los demás, la pose de seriedad es la que hace más estragos».

Es verdad que se miente y engaña en todos los ámbitos de la vida pública, pero que eso esté ocurriendo en el ámbito académico y con una disciplina tan influyente como la economía es muy preocupante, porque, como dijo John Maynard Keynes, «las ideas económicas son peligrosas para bien o para mal».

Por esto último, ahora que el trumpismo y la nueva economía de la motosierra agudizan los problemas económicos internacionales, resulta aún más importante y fundamental desnudar la economía dominante del engaño que la envuelve y abrir sus puertas y ventanas para que pueda llenarse de nuevos métodos de análisis, principios y políticas.

Añadiré para acabar una consideración sobre el título de esta obra, pues quizá pueda parecer exagerado o algo dramático utilizar el término *sobrevivir*.

A mí no me lo parece porque tengo la completa convicción de que la humanidad se enfrenta a problemas que la ponen en peligro y los hechos están demostrando que la expansión de la extrema derecha sólo persigue evitar que se les den respuestas para salvaguardar los

privilegios y el poder inmensos de quienes los han provocado o se benefician de ellos. Por eso creo que enfrentarse a su sinrazón con nuevos principios y políticas que arropen los viejos ideales de la libertad, justicia, el buen gobierno y la paz no es una batalla cualquiera, sino la única forma de sobrevivir en nuestro tiempo.

He sido siempre una persona llena de esperanza y que nunca he renunciado al sueño de vivir en una sociedad en donde no hubiera tanta violencia, injusticias, necesidades insatisfechas y agresión al medioambiente como hay a mi alrededor. Sigo sin perderla, pero debo confesar que siento temor ante la ola de odio y mentira que veo levantarse con inusitada fuerza por doquier. Me percibo como parte de una civilización que ha cometido el «crimen perfecto», como denominó Jean Baudrillard al asesinato de la verdad. Y veo extenderse en nuestro tiempo otra «derrota de la razón» como la que describió Stefan Zweig en su obra póstuma *El mundo de ayer. Memorias de un europeo*. Ojalá esté equivocado y no nos encontremos a las puertas de una situación como la que provocó tanto daño y sufrimiento el siglo pasado.

Este libro es, simplemente, una modesta contribución para tratar de evitarlo mostrando que no hay necesidad de dejarnos vencer, porque aún estamos a tiempo de reaccionar. Y, sobre todo, porque disponemos de alternativas al modo de analizar y organizar la vida económica que, en muchos casos, ya se han puesto en práctica con éxito demostrado. Saberlo es fundamental para que las sociedades se pongan en pie y hagan frente al totalitarismo de cualquier tipo y a la barbarie que crecen a nuestro alrededor.

JUAN TORRES LÓPEZ, junio de 2025

1

¿Qué está ocurriendo en la economía internacional y qué se necesita para hacerle frente?

Durante la primera mitad de 2025, la economía mundial volvió a encontrarse, como dice la expresión popular, manga por hombro, y todos los ojos se volvieron al nuevo presidente de Estados Unidos, Donald Trump, para responsabilizarlo de lo que estaba sucediendo. Su histrionismo, sus continuas y a menudo contradictorias declaraciones públicas, su incontinencia verbal y la autopropaganda con que acompaña todas y cada una de sus decisiones contribuyeron a presentarlo como el epicentro de cualquier cosa que ocurriera en el mundo.

Sin embargo, no deberíamos dejarnos llevar por el error que se viene cometiendo desde hace tiempo cuando se analizan las crisis o los grandes problemas económicos y sus causas: contemplarlos como casos singulares o incidencias aisladas, e incluso de imposible predicción.

La gran recesión iniciada de 2007 se consideró el efecto de un simple mal funcionamiento del sistema bancario que no cabía esperar que se diese. La crisis provocada por la pandemia se achacó a un fenómeno inusual y totalmente imprevisible. La inflación de los años 2022 y 2023 se quiso explicar como consecuencia exclusiva de la invasión de Ucrania. Y los problemas comerciales y monetarios que han aflorado en 2025 se achacan a la personalidad de Donald Trump y a las decisiones erráticas que adoptó desde el mismo día que tomó posesión por segunda vez como presidente de Estados Unidos.

Como analicé con detalle en mi libro *Más difícil todavía* (Deusto, 2023), ha sido muy habitual creer que todos esos fenómenos son cisnes

negros que aparecen, de vez en cuando y de improviso, para interrumpir la normalidad, sin que se hubiera podido hacer nada para anticiparlos ni para evitar que se produjeran.

Sin embargo, el estudio detenido de esos problemas y crisis ha demostrado que no son de esa naturaleza, ajenos a lo que venía ocurriendo con anterioridad, y que ni siquiera se pueden considerar inesperados o impredecibles, sino más bien todo lo contrario. Y, por supuesto, se ha podido comprobar, desgraciadamente, que no se pueden solucionar bien sin actuar sobre todos los factores —no sólo sobre los aparentes o inmediatos— que los han causado. Para lo cual es imprescindible, ante todo, reconocerlos como tales.

La crisis de 2007 fue anticipada por bastantes economistas y todos ellos mostraron con abundancia de datos que se produjo como consecuencia, perfectamente predecible, de los procesos de innovación financiera descontrolada, especulación generalizada, endeudamiento intensivo y ausencia de controles que se venían produciendo desde hacía años. Incluso algo tan extraordinario como la pandemia de la COVID-19 había sido anunciado en diversos informes. La inflación reciente había comenzado a manifestarse antes de la invasión de Ucrania y fue provocada por factores no sólo coyunturales, sino también estructurales. Y ahora podría decirse lo mismo de la guerra comercial iniciada a principios de 2025 y de los problemas monetarios y financieros que se vienen registrando: no son tan sólo un efecto de la presidencia de Trump, de su personalidad estrambótica, según dicen unos, o de su incompetencia, según otros. Detrás de todo lo que está ocurriendo en la economía internacional hay algo más que su locura o incompetencia.

Por supuesto, esto último no quiere decir que se le quite importancia al modo en que Trump y otros líderes de extrema derecha están gobernando. Todo lo contrario, como enseguida veremos. Significa, simplemente, que su acción debe ponerse en contexto. Volver a caer en el simplismo, reduciendo la causa de todos los males a un solo factor o circunstancia, impediría una vez más poner sobre la mesa alternativas que proporcionen soluciones efectivas a los males que nos aquejan, que son muy variados, complejos, estructurales y no coyunturales. Para darles respuesta con eficacia es imprescindible conocer con el mayor

realismo y acierto posibles la naturaleza profunda y no sólo superficial de los problemas existentes.

El terremoto Trump

Ciertamente, nada más comenzar su mandato, Donald Trump abrió una auténtica caja de los truenos en la economía de Estados Unidos y en la de todo el planeta que afectó a las cuentas de todos los gobiernos y de millones de personas y empresas.

Sólo en sus primeros cien días de presidencia emitió 143 órdenes ejecutivas, según el Registro Federal, muy por encima de las promulgadas por cualquier otro presidente de Estados Unidos.[1] Fueron dos terceras partes de las correspondientes a sus cuatro años de primer mandato (220), casi tantas como todas las de la presidencia Joe Biden (162) y casi el doble que las de Roosevelt, el presidente que más promulgó en total, en el mismo período (76). Sólo en su primer día emitió 41 órdenes, memorándums o procedimientos de sustitución, frente a las 14 de Biden y cuando sólo los presidentes Reagan, Clinton, Bush II y el propio Trump lo habían hecho antes y con una única medida de cualquiera de esos tipos.

Aunque es difícil incluir cada orden en una materia exclusiva, se puede comprobar un claro predominio de las que afectan a cuestiones económicas. Las referidas directamente a energía y recursos naturales, medioambiente y clima, derechos comerciales y aranceles, recortes presupuestarios, y las relativas a temas financieros (bitcoin, activos digitales y fondos de riqueza) representan casi la tercera parte del total, aunque el porcentaje sería mayor si se añadieran las que indirectamente tienen que ver con la vida económica en general.

En cumplimiento de esas órdenes se produjo un auténtico terremoto, dentro y fuera de Estados Unidos, que afectó principalmente a cuatro grandes áreas: recortes de empleo público y de financiación a programas de políticas sociales, eliminación de controles y cautelas regulatorias, liberalización del uso de recursos naturales y fuentes de energía y política comercial.

El mismo día que tomó posesión, Trump puso en marcha la

economía de la motosierra. Creó el Departamento de Eficiencia Gubernamental, a cuya cabeza situó a Elon Musk, considerado la persona más rica del mundo, con el propósito de llevar a cabo «la modernización de la tecnología y el software federales para maximizar la eficiencia y la productividad gubernamentales». Aunque la orden que lo estableció no mencionaba que tuviese competencias en materia de personal y presupuestos, el departamento llevó a cabo miles de despidos y amplios recortes de gasto en políticas sanitarias y educativas y en los programas presupuestarios de las agencias u oficinas dedicadas a la lucha contra el cambio climático, la desigualdad y la pobreza, entre otras.

No logró el ahorro tan extraordinario que había prometido Musk en campaña electoral (2 billones de dólares), sino tan sólo 160.000 millones en los primeros 100 días, según informaba su propia web; y mucho menos, según estimaciones independientes.

No se ha conseguido el ahorro sustancial que se había anunciado, pero sí otros resultados, quizá los que realmente se buscaban: intimidar a miles de empleados públicos no afines ideológicamente; modificar los procedimientos, prácticas y rutinas que hasta entonces habían sido habituales en la administración estadounidense para evitar los abusos de las grandes empresas y el mal funcionamiento de los mercados; y deteriorar los servicios vitales, que podrán cerrarse y privatizarse más adelante alegando su mal funcionamiento. Además, posiblemente, de acceder a datos gubernamentales confidenciales y quién sabe si de asegurar la continuidad de los contratos gubernamentales de las empresas de Elon Musk.

Un buen número de agencias estatales que hasta ahora habían mantenido a Estados Unidos en la vanguardia de la investigación o la ayuda humanitaria y habían fortalecido su liderazgo como indiscutible primera potencia mundial fueron cerradas o mantenidas con recortes sustanciales de recursos. Entre ellas, algunas tan señeras como la NASA, cuyo presupuesto recortó en un 25 por ciento, y la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID, por sus siglas en inglés). Se calcula que, a causa de su cierre, morirán catorce millones de personas en cinco años.

La motosierra se encaminó también a eliminar los controles legales y

la regulación que vigilaba, sobre todo, las prácticas financieras. Una primera detuvo la elaboración de cualquier norma que las diferentes agencias federales de regulación tuvieran en marcha hasta que «un funcionario designado por el presidente Trump» las revisara. Otra acabó con la Ley de Prácticas Corruptas en el Extranjero que impedía que las empresas estadounidenses cometieran sobornos con el fin de alcanzar acuerdos comerciales fuera de sus fronteras. Diferentes órdenes eliminaron los controles sobre la inversión en criptomonedas y se anunció la creación de una reserva oficial de bitcoins y de otros activos. Una estrategia que calificaron como puramente especulativa, pero que tiene mucho que ver con un plan de fondo que muy posiblemente tratarán de llevar a cabo para sostener al dólar, mediante las llamadas monedas estables, como moneda de reserva y referencia internacional.[2]

La Oficina para la Protección Financiera del Consumidor (CFPB), una agencia creada tras la crisis financiera de 2008 para proteger a los consumidores de prácticas financieras engañosas e injustas, está cerrada en la práctica. Todas sus operaciones quedaron suspendidas desde que su nuevo director ordenó a los empleados cesar toda actividad de supervisión y examen y no acudir a la oficina ni realizar ninguna tarea laboral.

Una tercera área económica en la que han destacado las órdenes ejecutivas ha sido la relativa a las políticas medioambientales y al uso de recursos naturales. Asumiendo el negacionismo del cambio climático del que siempre ha hecho gala la extrema derecha, una de las primeras medidas ejecutivas ordenaba la retirada inmediata de Estados Unidos del Acuerdo de París y de otros compromisos climáticos internacionales, con el objetivo —según se decía— de priorizar los intereses económicos de Estados Unidos y evitar cargas para su economía. Se congelaron los fondos para el desarrollo de energías limpias, una orden de febrero exigía promover la producción y exportación de carbón y la tala de árboles, y otra de abril se dedicaba expresamente a eliminar las barreras impuestas por leyes estatales que afectan a la producción y uso de recursos energéticos nacionales, como el petróleo, el gas natural, el carbón y la energía nuclear.

La filosofía que impulsa todas estas órdenes y el detalle hasta el que

se refieren se refleja nítidamente en dos de ellas que pueden parecer nimias o anecdóticas. Una sostiene que las pajitas de papel son menos funcionales y más costosas y representan más riesgos para la salud que las de plástico; por eso se levantó su prohibición y se trazó una estrategia nacional para eliminar las políticas que desfavorecían el uso de las pajitas de plástico y para revisar los contratos con entidades que penalizaran su uso. Otra derogó la definición de *cabezal de ducha* que había establecido anteriormente el presidente Obama en el marco de un programa para el ahorro de energía.

Con independencia de las anteriores y de otras no menos explosivas en materias de gobierno, inmigración, derechos civiles, educación o sanidad, las órdenes ejecutivas que mayor impacto tuvieron en el orden económico fueron las de carácter comercial.

Donald Trump desató con ellas una auténtica guerra colocando los aranceles en el nivel más elevado desde hacía un siglo, lo que afectó a la práctica totalidad de las economías del planeta. Los impuso incluso a algunas que ni siquiera comerciaban con Estados Unidos o a territorios (como el archipiélago Svalbard, en el Ártico, y las islas Heard y McDonald, al sur del océano Índico, cerca de la Antártida) en donde los seres más inteligentes que viven son aves, focas o pingüinos. Ni siquiera los países que han sido sus socios comerciales, políticos y militares más estrechos en las últimas décadas se libraron de su agresión comercial. Es más, recibieron los aranceles con los insultos y el desprecio de Trump, como ocurrió con Canadá y la Unión Europea.

Los anuncios sucesivos de brutales subidas de aranceles provocaron reacciones en cadena en todos los mercados y en las cotizaciones de las empresas más grandes del mundo. La incertidumbre generalizada frenó en seco muchos planes de inversión y los movimientos de capital fueron tan extremos que llegaron a afectar a la rentabilidad de los bonos del Tesoro de Estados Unidos. Esto último, sumado a los malos informes macroeconómicos, obligó a Trump a recular y a establecer una moratoria de las medidas en algunos casos, pero el mal ya estaba hecho. Sobre todo, porque sus argumentos, aunque carentes de fundamento —como veremos enseguida—, sembraron de incertidumbre y desconfianza las relaciones económicas internacionales.

La bolsa registró la mayor caída desde 1970, y en los tres primeros meses de su presidencia las empresas cotizadas de todo el mundo perdieron 10 billones de dólares de su valor, según la agencia Bloomberg. Incluso las grandes empresas cuyos propietarios habían apoyado sin fisuras a Trump sufrieron el descalabro. Los dirigentes de sólo cinco de ellas —Jeff Bezos (Amazon), Sundar Pichai (Google), Mark Zuckerberg (Meta), Tim Cook (Apple) y Elon Musk (Tesla)—, ostentosamente presentes en su toma de posesión, vieron volatilizarse casi 1,3 billones de dólares del valor de sus acciones en unos pocos días tras el anuncio de la subida de aranceles. A esas pérdidas habría que añadir las de todas las grandes firmas que dominan la economía mundial. Y, por supuesto, las de cientos de miles de pequeños ahorradores que perdieron una buena parte o la totalidad de sus ahorros de muchos años.

Los datos oficiales sobre la evolución de la actividad económica en su primer trimestre presidencial confirmaron el efecto depresivo de todas esas medidas: el crecimiento del PIB fue negativo, cayó un 0,2 por ciento. Aunque Trump, como cabía esperar, lo achacó a las políticas de Biden, a pesar de que el crecimiento de 2024 había sido del 2,4 por ciento.

El Fondo Monetario Internacional fue tajante evaluando lo que estaba pasando en la economía internacional. El director de su Departamento de Estudios, Pierre-Olivier Gourinchas, afirmaba en abril de 2025: «El sistema económico internacional en el que han operado la mayoría de los países en los últimos ochenta años se está reseteando, marcando el inicio de una nueva era para el mundo».[3]

Teniendo en cuenta afirmaciones como ésta y el extraordinario protagonismo mediático de Trump, es comprensible que se extienda como idea generalizada, incluso entre académicos o gente bien informada, que los problemas de la economía internacional se circunscriben a los que provoca su personalidad histriónica y delirante. Un error, como he dicho, en el que es fundamental no caer. Es cierto que lo hace con un estilo propio y distintivo, y no por casualidad, como veremos; pero Trump es un actor que ejecuta una partitura de la que no es autor y que, además, ya se había representado antes de que él llegara a la presidencia.

El trumpismo es más que Trump

La mejor forma de comprobar lo que acabamos de señalar es conocer el contenido del denominado Proyecto 2025, cuyas propuestas está siguiendo paso a paso en su segundo mandato.

Según su propia página web, el Proyecto 2025 o Proyecto de transición presidencial es un movimiento histórico impulsado por más de cien organizaciones del movimiento conservador y producto de la colaboración de más de cuatrocientos académicos y expertos en políticas públicas. Ofrece sugerencias políticas para afrontar los desafíos más profundos de Estados Unidos con el objetivo de «derrocar al Estado profundo y devolver el poder al pueblo»; en concreto, diseñando la agenda de medidas que debería tomar el presidente conservador que resultara elegido en 2024. Allí mismo se afirmaba, poco después de haberse puesto en marcha en 2023: «Si queremos rescatar al país de las garras de la izquierda radical, necesitamos una agenda de gobierno y las personas adecuadas en el cargo, listas para implementarla desde el primer día de la próxima administración conservadora». Y más adelante se reconocía que el Proyecto está organizado por la Fundación Heritage, que «ha tenido una gran influencia en las administraciones presidenciales desde la era Reagan», incluida la primera de Trump, cuando «se adoptaron casi dos tercios de las propuestas de Heritage en tan sólo un año de mandato».

En el texto completo del Proyecto, de 920 páginas, se pueden encontrar no sólo las líneas maestras, sino prácticamente todas las propuestas concretas de las órdenes y medidas que Donald Trump comenzó a promulgar desde el primer momento en que tomó posesión.

En el Proyecto se señala que países como China emplean prácticas comerciales desleales contra Estados Unidos y que la colaboración con esa nueva gran potencia ha sido el factor que ha debilitado la base industrial estadounidense. Para evitarlo, se propone desacoplar la economía de Estados Unidos de la de China, limitar o evitar sus inversiones en sectores tecnológicos sensibles y disminuir la dependencia de cadenas de suministro extranjeras y la protección de la propiedad intelectual. En cuanto a la política comercial con el exterior, el Proyecto propone que sea más agresiva y utilice aranceles para

contrarrestar las prácticas comerciales desleales y fomentar con ellos la producción nacional.

No es casualidad que Peter Navarro, el coautor del capítulo 26 sobre comercio del Proyecto, publicado con el título «Mandate for Leadership», fuese nombrado asistente del presidente y director de la Oficina de Política Comercial y Manufacturera. O que E. J. Antoni, un auténtico activista en favor de las medidas arancelarias, fuese nombrado a mediados de 2025 economista jefe de la Fundación.

También están diseñadas en el Proyecto 2025 las medidas de liberalización y desregulación en todos los ámbitos que ha ido dictando Trump en sus posteriores órdenes ejecutivas, de forma muy particular las que responden a los intereses de la industria de las energías fósiles y, en general, de las corporaciones más afectadas por el coste que llevan consigo las políticas contra el cambio climático. Se propone aumentar la inversión en energía doméstica, incluyendo petróleo y gas; eliminar las restricciones a la producción de petróleo, gas y carbón; desregular los permisos para la extracción energética en tierras federales y sobre el *fracking* (extracción de petróleo y gas a partir de rocas); eliminar los programas de subsidio a las energías renovables, y frenar o eliminar la actividad de las agencias de protección ambiental o de regulación energética. En total, suman unas ciento cuarenta medidas de este tipo en los cien primeros días. Asimismo, son propuestas del Proyecto, en esa línea de salvaguardar la autonomía y seguridad de Estados Unidos, restringir los intercambios académicos y tecnológicos con países adversarios, evitar lo que se considera la explotación de su sistema universitario por gobiernos autoritarios y limitar la emisión de permisos de estancia a estudiantes e investigadores de países enemigos, una medida especialmente polémica que aplicó a la Universidad de Harvard.

El Proyecto 2025 también contempla implementar las reformas financieras que han comenzado a ponerse en práctica, las relativas a la desregulación y la paralización de algunas agencias, como señalamos. Igualmente, aboga por la reducción de las regulaciones sobre criptomonedas, lo que se puso en práctica en abril de ese año, cuando el Departamento de Justicia de Estados Unidos disolvió su Equipo Nacional de Cumplimiento de Criptomonedas y ordenó a los fiscales

que limitaran las investigaciones sobre ellas para centrarse en los cárteles de la droga y los grupos terroristas. No aparecen en el Proyecto las propuestas más concretas que hubieran llevado a las que hizo Trump orientadas a crear una reserva estratégica de bitcoins en Estados Unidos y a promover el uso de los criptoactivos. Pero de eso tampoco se puede deducir que esta última sea de su exclusiva ocurrencia, como demuestra el debate que se produjo en la última reunión del Foro Económico Mundial. En su reunión de febrero de 2025 en Davos se discutió sobre el tema y lo que se esperaba era que Trump actuase como motor de las reformas deseadas en ese ámbito. El director ejecutivo de la plataforma Coinbase aventuraba que la nueva administración estadounidense establecería «reglas claras» que serían las que iban a permitir la expansión de la tecnología cripto, en la que decía que tienen algún tipo de proyecto la mitad de las quinientas grandes empresas de Estados Unidos.[4]

Una página web dedicada a seguir las medidas adoptadas por Trump ha manifestado que, en sus primeros cien días de mandato, ya había aplicado 97 de las 312 propuestas que contiene el Proyecto 2025 (su tercera parte) y que otras 62 se encontraban en fase de implementación. Sumadas ambas, ya representan, por lo tanto, la mitad de lo sugerido.[5]

La Fundación Heritage diseña y supervisa las medidas que Trump ejecuta y, además, contribuye a que se apliquen proporcionando personal bien formado y especializado. Es una organización muy poderosa e influyente que representa a numerosas grandes fortunas y, más o menos directamente, a grandes empresas y bancos. Eso da idea de que Donald Trump no se comporta como un vaquero valiente que actúa solo ante el peligro. Así se prueba incluso con detalles de menos trascendencia. Los medios difundieron, por ejemplo, que este último reclamó a la fiscalía que investigara el uso del llamado *autopen* (una máquina de firma automática que todos los jefes de Estado y primeros ministros suelen utilizar habitualmente) en la presidencia de Biden. Al informar de ello, daba la impresión de que se trataba de otra excentricidad de Trump, pero en realidad era una iniciativa de grupos de presión que intentaban anular las medidas de protección medioambiental del anterior presidente basándose en que su supuesto

deterioro cognitivo habría permitido que otras personas las firmaran en su nombre sin saberlo.

Pero no es sólo esa organización la que lo apoya y le da cobertura. La Fundación Heritage es su mascarón de proa en Estados Unidos, un laboratorio y centro de diseño que actúa con un encargo concreto que su propio director confesó a una periodista del semanario *The New York Times Magazine* en enero de 2024*:* «Institucionalizar el trumpismo».[6] Sin embargo, al mismo tiempo, Trump cuenta con muchos más apoyos intelectuales, mediáticos y financieros.

También recibe apoyo directo de otros centros y gabinetes como America First Policy Institute, American Moment, Center for Renewing America, Conservative Partnership Institute o el Centro para la Renovación de América. Y otros aún más influyentes (American Enterprise Institute, Atlantic Council, CATO Institute, Center for a New American Security, Center for Strategic and International Studies, Center for European Policy Analysis, German Marshall Fund, Hudson Institute, Quincy Institute o RAND Corporation) lo apoyan e inspiran en más o menos temas y estrategias concretas, o incluso le proporcionan su personal para ocupar puestos en la alta administración.

La periodista Megan Messerly titulaba un reportaje en el influyente digital *Politico* el 2 de febrero de 2025 de forma muy clara y expresiva, refiriéndose al Trump de su segundo mandato: «Un ejército de *think tanks* MAGA lo respaldan».[7] Detrás de todos ellos, es bien conocido, se encuentran el dinero y el poder que mueven los hilos de la economía y la política de Estados Unidos. Sólo los miembros de su gabinete (excluyendo a Musk) disponen de un patrimonio de 13.700 millones de dólares, y si se suma el que se puede calcular de todos los que forman parte de su administración, el total asciende a 428.300 millones de dólares, una cifra que supera el PIB de 174 países.[8]

Donald Trump no es un verso suelto de la política y la economía del siglo XXI. Su acción de gobierno es mucho más que un proyecto personal y no la mera ocurrencia de un milmillonario iluminado. Como tampoco la motosierra es una simple gracia de Milei que Elon Musk hizo igualmente suya. Son las dos caras con las que se presenta un plan de transformación económica, política, social y cultural de la extrema

derecha de nuestro tiempo que, bajo retórica populista, defiende intereses muy concretos.

El trumpismo es más que Trump. El actual presidente de Estados Unidos no es el creador de la partitura que ejecuta por su cuenta, aunque lo niegue, como negó en la campaña electoral que siguiera los dictados del Proyecto 2025. Se trata de un proyecto perfectamente diseñado que activa la economía de la motosierra como instrumento y que se expresa con el lenguaje del populismo de extrema derecha por razones que vamos a mostrar enseguida.

La caja de truenos trumpista tiene trasfondo y viene de lejos

Es cierto que el comportamiento de Donald Trump es muy diferente al de la mayoría de los dirigentes y líderes mundiales. Es errático (incluso en algo tan relevante para la economía mundial como la fijación de aranceles); estrambótico (propuso inyectar desinfectante para combatir la COVID-19); grosero (de su propia exesposa dijo en público que era «un diez en tetas y un cero en cerebro»); mentiroso compulsivo (30.573 mentiras verificadas en su primer mandato presidencial por *The Washington Post*), y desvergonzado y chulo, como demostró en su famosa entrevista con el presidente ucranio Volodímir Zelenski. Carece de la más mínima empatía con los débiles y alardea de gobernar el país más poderoso del mundo como si fuese su inmobiliaria. Ha reconocido que desea ser un dictador, se salta las decisiones judiciales en su contra, insulta a sus adversarios sin compasión ni mesura y los amenaza, e incluso desprecia y humilla a sus propios socios. Sus ideas son extremistas, presume de religiosidad y valores morales cuando es conocida su relación con prostitutas y antros de todo tipo, y la forma en que ha tratado a las mujeres, puesto que él mismo lo ha reconocido («Cuando eres famoso, las puedes coger por el coño»). Su trayectoria vital y comercial es la de un personaje sin principios ni límites, obsesionado por ganar a cualquiera que se le ponga por delante. Lo han manifestado numerosas biografías y documentales, basta verlo en acción para percibir su forma de ser y cómo actúa y trata al resto de la

gente.

Sin embargo, lo que está haciendo no es sino lo que se viene poniendo en marcha desde hace décadas, aunque ahora descarnadamente, sin red y destrozando el sistema político en el que, más o menos de forma democrática, se habían soportado las políticas económicas. Lo que está haciendo y lo que hará más adelante no es sólo la expresión de una locura, de un comportamiento personal aberrante y reaccionario.

Las subidas de aranceles han resultado extraordinariamente elevadas y extendidas, pero la estrategia proteccionista estadounidense no es nueva. Estados Unidos nunca ha dejado de practicar el proteccionismo. Aunque fuese más moderadamente, al presidente Obama ya lo calificó *The Wall Street Journal* como «un presidente proteccionista».[9] Y Biden lo fue en mucha mayor medida. No sólo no redujo las barreras que había establecido Trump en su primer mandato, sino que aumentó muchas de ellas, especialmente las de China. Su Ley de Reducción de la Inflación fue, en realidad, una poderosa estrategia de apoyo y protección a la industria nacional frente a la extranjera, aunque en su caso preferentemente a través de subvenciones y ayudas de todo tipo, más que con aranceles. De él se decía que practicaba «proteccionismo cortés y educado» y que su política comercial era «trumpismo con rostro humano», sin «tuits furiosos ni afirmaciones absurdas, pero con aranceles de seguridad nacional».[10]

El proteccionismo ni siquiera ha sido exclusivo de Estados Unidos. El Global Trade Alert ha registrado casi 59.000 medidas restrictivas del comercio en todo el mundo desde 2009.

La estrategia agresiva de Trump —rompiendo lazos comerciales, muchos establecidos desde hace ya décadas, y generando hostilidad con aliados— tampoco es nueva ni distinta, en el fondo, de la que hubiera adoptado otra persona en la presidencia. No olvidemos que fue Biden quien prometió destruir, si Rusia invadía Ucrania, el gaseoducto Nord Stream 2, una infraestructura vital para un aliado tan estrecho como Alemania y que finalmente fue destruida. Así lo percibe el ex economista jefe del Fondo Monetario Internacional Kenneth Rogoff: «Trump es un catalizador y un acelerador. Pero creo que si [la exvicepresidenta Kamala] Harris hubiera ganado, el riesgo [la

sensación de que Estados Unidos es un socio poco fiable que lleva consigo la pérdida de peso del dólar en la economía internacional] habría sido bastante grande en un período más largo, digamos de cinco a siete años, del que Trump ha manejado».[11]

Es cierto que Trump está llevando más lejos que ningún otro presidente de las últimas décadas su estrategia desregulatoria, sobre todo en materia financiera, tecnológica y medioambiental. Está eliminando controles por doquier, concediendo mayor capacidad de acción y movimiento a los capitales. Pero no se puede decir que actúe así por capricho, sino que responde expresamente a demandas que venía planteando desde hace años una parte muy importante de los representantes y dirigentes de grandes empresas, bancos y fondos de inversión estadounidenses.

Está yendo más lejos porque más lejos han llegado la concentración de la riqueza y las demandas de privilegios regulatorios de las nuevas industrias de vanguardia para sobrevivir ante el desarrollo acelerado y las ventajas competitivas de China; de otras tradicionales, como las energéticas, para no tener que asumir los costes del cambio climático que provocan; o de las financieras, para evitar las mayores exigencias de capital que sería necesario imponerles para alejar nuevas crisis bancarias.

Tampoco es monopolio de Trump, ni la ha comenzado por iniciativa propia, la política de recortes presupuestarios y de desmantelamiento de las Administraciones públicas, aunque ahora no la haga a mano —por expresarlo gráficamente—, sino de manera mucho más brutal, con motosierra.

Ni siquiera se puede decir que la amenaza para la separación de poderes y las instituciones democráticas que está generando Donald Trump sea un fenómeno circunscrito a Estados Unidos y a su etapa presidencial. Jürgen Habermas ya denunció hace años el «desmantelamiento de la democracia» en Europa, y Martin Wolf ha documentado ese proceso global en su libro *La crisis del capitalismo democrático* (Deusto, 2023).

Cuando se achacan en exclusiva a Donald Trump los males que está padeciendo la economía mundial, se olvida que la economía de numerosos países se encontraba en situación muy delicada, e incluso

en recesión, ya antes de que Trump tomase posesión y desencadenara la guerra comercial. En esa situación estaban, por ejemplo, Alemania, el Reino Unido, Japón y la zona euro en su conjunto; y la tasa de crecimiento económico en 2024 en otros países relevantes como Brasil, México, China o Estados Unidos y en toda la economía global fue menor que la de 2023, y casi medio punto menos que la media de 2000-2019, un período ya de por sí débil.

La economía de la motosierra: austeridad neoliberal sin anestesia

Tampoco es novedosa la economía de la motosierra de la que comenzó a alardear el presidente argentino Javier Milei y que Trump encargó poner en marcha a Elon Musk en Estados Unidos. Ni, por supuesto, es contraria a las políticas que defienden organismos como el Fondo Monetario Internacional que las financia. Su directora gerente, Kristalina Georgieva, las aprobó sin pestañear e incluso aceptó con gusto y se puso en la solapa el pin de la motosierra que le regaló el ministro de Desregulación y Transformación del Estado argentino, Federico Sturzenegger, en la reunión de primavera de 2025 que se celebró en la sede de ese organismo en Washington.[12]

La economía de la motosierra es una expresión más de las políticas de austeridad consustanciales al neoliberalismo. Es la última versión y la menos refinada, pues se está tratando de llevar al extremo, con brutalidad, de forma aún más deshumanizada y con un doble denominador común allí donde la aplican.

Por un lado, la economía de la motosierra de Milei y Trump se caracteriza por sus formas, no sólo groseras, sino realmente totalitarias. Milei dice que su misión es «cagar a patadas en el culo a keynesianos y colectivistas hijos de puta»,[13] y Trump afirma que los países con los que negocia aranceles «le están besando el culo».[14] Por otro lado, la economía de motosierra alude constantemente a los trabajadores y desposeídos, logrando que entre esos grupos se encuentre su mayor bolsa de votos. En la práctica, sin embargo, se desentiende de su situación, intereses y necesidades para actuar en

favor de los ya de por sí más ricos, privilegiados y poderosos. A veces, incluso sin disimulo alguno, como hizo Milei en su primer discurso como jefe de Estado argentino: «No hay alternativa al ajuste y no hay alternativa al *shock*. Naturalmente, eso repercutirá de modo negativo sobre el nivel de actividad, el empleo, los salarios reales, la cantidad de pobres e indigentes». En el caso de Trump, hablan por sí solos los datos de su primer mandato como presidente y de los primeros meses de este segundo.

Según la organización sindical AFL-CIO, el 90 por ciento de los asalariados con menores ingresos no percibieron mejoras en sus salarios reales en los años en que ya fue presidente por primera vez.[15] En su segunda presidencia, Trump está siguiendo el mismo camino. El Observatorio de Política Federal del Economic Policy Institute de Estados Unidos registró cien formas concretas con las que Trump perjudicó a los trabajadores en sus primeros cien días de mandato presidencial, tal y como se muestra con detalle en su página web.[16]

A riesgo de que resulte una exposición demasiado prolija, he aquí algunas de ellas, sin mención, naturalmente, de los efectos indirectos sobre empleo e ingresos que producen las demás políticas económicas generales:

- reducción del salario mínimo para los contratistas federales;
- derogación de una orden que priorizaba a los empleadores dispuestos a pagar a los trabajadores el salario prevaleciente y brindar beneficios como licencia pagada y seguro médico en la adjudicación de contratos federales;
- eliminación de los incentivos para los programas que brindan oportunidades de capacitación para ocupaciones de oficios con salarios más altos;
- despido de casi dos tercios del personal del Instituto Nacional para la Seguridad y Salud Ocupacional (NIOSH), que garantiza condiciones laborales seguras y saludables, y eliminación de las divisiones de la agencia enfocadas en la seguridad de mineros, bomberos y trabajadores de la salud;
- paralización de la norma que protegería a los mineros de la exposición a la sílice;

- despido del 90 por ciento del personal en la oficina del Departamento de Trabajo, que se asegura de que los contratistas federales cumplan con las leyes contra la discriminación;
- cancelación de subvenciones a programas que combaten el trabajo forzoso e infantil en todo el mundo;
- despojo de sus derechos de organización y negociación colectiva a más de un millón de trabajadores federales;
- anulación de la orden que pretendía mejorar la calidad del empleo para los millones de puestos de trabajo que se proyectaba crear gracias a las recientes inversiones federales; y también de una orden ejecutiva que otorgaba un salario digno a 390.000 contratistas federales con bajos salarios;
- anulación de la ciudadanía por derecho de nacimiento a todas las personas nacidas en Estados Unidos;
- suspensión de la financiación a organizaciones que brindan a los refugiados asistencia en materia de vivienda, colocación laboral y otras necesidades durante sus primeros tres meses en Estados Unidos;
- congelación temporal de los pagos de más de 2.600 programas federales, como fondos para programas de aprendizaje y capacitación laboral y subvenciones para investigación científica;
- anulación de la orden ejecutiva que redujo el costo de los medicamentos recetados;
- revocación de una orden que hacía que la atención médica fuera accesible para más personas en Estados Unidos;
- anulación de la orden que identificaba las barreras sistémicas que impiden la oportunidad de los estadounidenses de color para participar plenamente en la vida educativa, económica y cívica en igualdad de condiciones;
- reducción de la plantilla del Departamento de Educación a la mitad;
- despido de diecisiete inspectores generales encargados de prevenir la mala gestión, la corrupción, el fraude y el desperdicio del dinero de los contribuyentes en las agencias federales.

La primera ley presupuestaria del segundo mandato de Trump (denominada por él mismo como la Gran y Hermosa Ley, *The One Big Beautiful Bill*) corrobora esa naturaleza de la motosierra que utiliza. Se ha estimado que los recortes de impuestos para las rentas más altas unidos a los de gasto que benefician a los grupos de menor ingreso van a provocar la mayor transferencia de riqueza de los pobres a los ricos en una sola ley de la historia de Estados Unidos. Según la Oficina de Presupuesto del Congreso, un organismo independiente, la población de ingresos millonarios que se encuentra entre el 1 por ciento más rico obtendrá un beneficio de 390.000 millones anuales. Por su parte, quienes ingresen entre 17.000 y 51.000 dólares anuales perderán 700 dólares anuales y quienes ganen menos de 17.000 perderán 1.000 dólares de promedio. Los recortes de gasto dejarán sin atención sanitaria a más de 14 millones de personas y en riesgo de perder la ayuda para alimentos a 11 millones.[17]

Todo eso es la motosierra y la motosierra es austeridad. Un término que siempre había formado parte de las políticas progresistas más consecuentes y radicales, como expresión de mesura, contención y respeto, hasta que se lo apropiaron las políticas neoliberales para justificar otra cosa: recortes de gasto público social junto con el aumento del gasto militar y del destinado a ayudas a grandes empresas y bancos. Llevados a cabo justo cuando la financiarización de las economías y el subsiguiente aumento impresionante de la deuda y de sus intereses en beneficio de la banca suponían el mayor derroche de gasto improductivo de todos los tiempos.

No es verdad lo que dicen quienes las defienden o las ponen en práctica. Las políticas de recortes y austeridad, la economía de la motosierra, no han disminuido el gasto y la deuda allí donde se han aplicado, sino justo el efecto contrario.

Ya ocurrió en la Unión Europea tras la crisis de 2007, y lo mismo sucedió cuando Trump gobernó por primera vez y en el tiempo que lleva de segundo mandato. El gasto público aumentó 2,3 billones de dólares de 2016 a 2020, un 36 por ciento en ese mismo período. En sus primeros 100 días de segunda presidencia, el gasto público aumentó el 6 por ciento, 200.000 millones de dólares más que en 2024, y la deuda pública en más de 400.000 millones de dólares. Las estimaciones más

moderadas de la Oficina de Presupuesto del Congreso señalan que la ley presupuestaria de 2025 aumentará la deuda en 3,8 billones de dólares en los próximos diez años. Otras estimaciones cifran el aumento de la deuda en 5,3 billones de dólares en el mismo período o incluso en 6,5 billones si se aprueban las bajadas de impuestos ya contempladas.[18]

La motosierra no produce los efectos de ahorro y más actividad prometidos, sino exactamente lo mismo que las anteriores políticas de austeridad en otros lugares del mundo: menos gasto social, más militar y de apoyo a las grandes empresas, gasto total más elevado y rebajas de impuestos para las rentas elevadas, más deuda, empobrecimiento de la mayor parte de la población e infrafinanciación de los servicios públicos para poner su adquisición en bandeja al capital privado. El efecto que también produjeron el siglo pasado en Alemania, cuando dieron lugar al nazismo.

Como ha demostrado la economista Clara Mattei en su libro *El orden del capital. Cómo los economistas inventaron la austeridad y allanaron el camino al fascismo* (Capitán Swing, 2023), la llamada austeridad y su versión actualizada de la motosierra no atacan el gasto público o la deuda para reducirlos, sino a las condiciones de vida de las clases trabajadoras e incluso a las que afectan a pequeños y medianos propietarios. Técnicamente, se los denomina deflacionistas, porque se justifican como medidas necesarias para frenar la inflación, las subidas de los precios, moderando los salarios y aumentando los tipos de interés. Pero en realidad lo que buscan y consiguen es un reparto del ingreso y la riqueza más favorable a las grandes empresas y a la banca. Para ello, se provoca un frenazo deliberado de la actividad económica que aumenta el desempleo y la deuda. Es la forma más efectiva que se conoce para debilitar la capacidad de respuesta y el poder de negociación de las clases trabajadoras. Gracias a ello, entre otras cosas, se ha podido lograr en las últimas décadas la concentración de riqueza en pocas manos más grande de la historia.

Lo que cabe preguntarse en este punto es cómo y por qué ha sido necesario llegar hasta aquí. Qué ha podido pasar para que los grandes poderes que dominan un mundo de saberes y desarrollo tecnológico tan avanzado y complicado de gobernar hayan tenido que recurrir a

personas como Trump o Milei. El primero, capaz de difundir en su red social y en la de la mismísima Casa Blanca una imagen suya como papa en mitad de un cónclave de la Iglesia católica o de afirmar que el anterior presidente de Estados Unidos no era una persona real desde 2020, sino un robot que lo clonaba. El segundo, alguien que reconoce hablar y consultar sus grandes decisiones con el alma de sus perros ya muertos.

Para dilucidarlo, hay que analizar dos cuestiones fundamentales. Una, los procesos que han generado una confluencia de crisis estructurales muy peligrosas en el capitalismo de nuestros días y que no se pueden solucionar sin acabar con los privilegios de quienes las han provocado por su avaricia y sed de ganancias ilimitadas. Otra, los cambios que se han producido en el contexto en el que actúa e impera Estados Unidos y que lo obligan a tomar medidas realmente excepcionales para salvar su poder, hasta hace muy poco indiscutido a escala global.

El éxito neoliberal pone en jaque al capitalismo: ¿quién paga la policrisis?

Para dar respuestas acertadas a los problemas reales que hoy tiene la economía internacional es preciso conocer esos cambios con precisión, y para ello se necesita saber su origen y los procesos que los han provocado. Los expondremos a continuación de forma muy resumida, aunque suficiente para poner en contexto la actualidad.[19]

Después de la Segunda Guerra Mundial las economías capitalistas iniciaron una etapa de esplendor, crecimiento económico con pleno empleo (aunque masculino, ciertamente), energía barata y una abundante provisión de gasto público para financiar bienes como la sanidad, la educación o las pensiones. Se hablaba por entonces de «los años gloriosos del capitalismo».

Sin embargo, a lo largo de los años sesenta y setenta del siglo pasado las cosas comenzaron a cambiar. Los mercados ya estaban saturados, la producción no se vendía en su totalidad, caían la inversión y los beneficios empresariales y se producían despidos. Los gastos de los

gobiernos comenzaban a requerir cada vez más financiación e impuestos más elevados. Bajaba la productividad y no era posible seguir manteniendo los salarios en aumento permanente. Se abría paso una enorme crisis que se manifestaba en tres grandes aspectos.

En primer lugar, entró en crisis el modo de producir, pues se agotó la demanda y ya no se podían seguir produciendo bienes en masa como antes. En segundo lugar, se produjo una crisis fiscal y en las formas de gobernar la economía, pues la política presupuestaria ya no era capaz de estabilizarla y el aumento del gasto y los impuestos generaban déficits y más problemas de los que podía resolver. Finalmente, la paz social saltó por los aires y los conflictos se multiplicaron y alimentaron una crisis social derivada de la lucha por quedarse con los ingresos, lo que desató subidas de precios cada vez más fuertes.

El capitalismo peligraba si no se volvían a establecer condiciones favorables para la inversión y las ventas que permitieran recuperar el beneficio empresarial, y para ello se necesitaba solucionar esas tres crisis que acabamos de señalar. Las respuestas vinieron de lo que luego se conoció como neoliberalismo, un conjunto de políticas que desde hacía tiempo habían definido perfectamente los ideólogos más lúcidos del liberalismo en el seno de fundaciones, centros de investigación y universidades en las que se había ido eliminando a los economistas más críticos y heterodoxos.

La respuesta a la crisis de la producción fue posible gracias a las nuevas tecnologías, que permitieron modificar la forma de fabricación. Con la aplicación de la informática y las telecomunicaciones se comenzaron a producir no muchas unidades de lo mismo, como ocurría en la anterior producción en masa, sino diferenciadas, lo que facilitaba vender como productos distintos lo que no eran sino variedades. Además, las nuevas técnicas de producción hicieron posible también fragmentar las antiguas grandes fábricas, donde había auténticos ejércitos de trabajadores, para organizar la producción en diferentes lugares; así como convertir a millones de antiguos asalariados en proveedores autónomos y subcontratados, de modo que su poder de negociación prácticamente desaparecía por completo.

Las nuevas tecnologías y las reformas legales que comenzaron a dar

plena libertad a los movimientos de capital abrieron una nueva etapa de globalización y las grandes empresas no tuvieron ya obstáculo alguno para instalarse allí donde los costes, y los salarios en particular, fuesen más reducidos.

Todo ello, unido a la automatización mucho más extendida, permitió bajar los salarios y vencer todas las resistencias para lograr que los aumentos de la productividad fuesen directamente a la propiedad del capital en forma de mayores beneficios.

Para hacer frente a la crisis de las políticas económicas y en concreto a la impotencia de la política fiscal frente a la inflación en ascenso, se impuso un nuevo credo macroeconómico basado en un doble fundamento. Por un lado, se redefinieron los objetivos de las políticas económicas para centrarlas en frenar la subida de precios, asumiendo que eso sólo se podría lograr conteniendo los salarios y subiendo los tipos de interés, pues se consideraba que la inflación era un fenómeno producido tanto por los salarios elevados como por la excesiva cantidad de dinero circulante. Por otro, se estableció que la intervención pública y la presencia del gobierno eran un lastre, mientras que el impulso de la iniciativa privada y el protagonismo de los mercados era lo único que podría devolver el vigor y la estabilidad a las economías.

Mediante un amplio abanico de reformas liberalizadoras, se eliminaron las trabas a la inversión, se reajustaron los mecanismos de negociación para quitar poder a los trabajadores y se privatizaron todas las actividades o empresas susceptibles de proporcionar ganancias que hasta entonces habían sido propiedad del Estado.

Paralelamente, se eliminaron los controles sobre la actividad bancaria, se permitió cualquier tipo de innovación financiera y se liberalizaron los movimientos de capitales. Nació así un nuevo universo financiero en donde las nuevas tecnologías permitían realizar intercambios en milisegundos. En él se podían obtener ganancias mucho más elevadas y rápidas que en la actividad productiva y eso dio lugar a que cada vez más capitales fluyeran hacia ese tipo de negocios especulativos, en perjuicio lógicamente de los dedicados a ganar dinero produciendo bienes y servicios y generando empleos. La aparición de docenas de espacios sin ley, donde nadie preguntaba de

dónde venía el dinero ni establecía impuestos, los llamados paraísos fiscales, alentaba el continuo incremento de ese tipo de negocios mucho más rentables que cualquier otro; lo que, a su vez, deterioraba cada vez más las finanzas de todos los gobiernos.

Era evidente que las políticas de ese tipo iban a producir efectos muy negativos sobre la mayoría de la población, así que de igual forma fue necesario dar respuesta a la crisis de legitimación y consenso que inevitablemente iban a provocar el paro cada vez más elevado, el empobrecimiento y la paralización del ascensor social que hasta entonces había sido la educación y, en general, el acceso universal a los servicios públicos del estado de bienestar. También se precisaba, por tanto, una estrategia de respuesta a la crisis de legitimación. Se dio siguiendo la directriz que en su día había trazado Margaret Thatcher, una de las impulsoras principales de esas políticas: «La economía es el método; el objetivo, cambiar el corazón y el alma». Se creó un nuevo tipo de individuo, ensimismado, ausente de su entorno y convencido de que, en lugar de un ser social, era él solo el origen y la respuesta de cualquier problema que pudiera afectarle. No necesitaba, por tanto, a los demás, ni al gobierno, ni su ayuda institucionalizada, a la que, por el contrario, consideraba enemiga, pues se le hacía creer que confiscaba recursos que estarían mucho mejor en su propio bolsillo y no dándoselos a otros. Si no encontraba empleo, si estaba en la pobreza o no disponía de recursos para estudiar o financiarse su pensión, sería consecuencia de sus propias decisiones; así que, si acaso, debía culparse a sí mismo y no creer que si estaba en esas situaciones era debido a decisiones políticas que alguien tomaba por él.

Las políticas neoliberales tuvieron un éxito colosal y lograron recuperar el beneficio y producir una concentración del ingreso en los propietarios del capital como nunca se había producido. Y la estrategia de legitimación logró que todo eso se pudiera llevar a cabo sin apenas respuesta, al haberse desarticulado los mecanismos de respuesta, negociación y contrapoder de las clases trabajadoras; y al haber cambiado, además, la forma de percibir el mundo y las condiciones de su propia existencia de cientos de millones de personas.

Los problemas volvieron a surgir, sin embargo, cuando ese éxito sin igual de las políticas neoliberales resultó ser paradójico: venía

acompañado de cinco grandes fallas o situaciones de crisis estructural que producían gran inestabilidad y menor actividad productiva.

En primer lugar, el nuevo universo financiero fue capaz de proporcionar altísimos beneficios inventando productos cada vez más sofisticados que se compraban y vendían sin que, muchas veces, ni siquiera se supiera lo que realmente se estaba intercambiando. Sin embargo, la acumulación ingente de dinero en las finanzas especulativas, a menudo ilegales o ausentes de todo tipo de control, producía mucha fragilidad, volatilidad extrema e inestabilidad constante que se traducían en crisis financieras muy extendidas y cada vez más graves. Así, mientras que de 1945 a 1970 no se había producido ninguna en los países desarrollados y sólo unas pocas en total, desde 1970 se han producido unas 450 crisis financieras en todo el mundo, según registros del Fondo Monetario Internacional.

En segundo lugar, la globalización fue durante años el espacio ideal para que las empresas multiplicaran sus ganancias aprovechándose de los bajos salarios de países empobrecidos o de recursos que expoliaban allí donde conseguían establecer gobiernos dóciles, cuyas economías obligaban a desproteger totalmente, abriéndolas de par en par a la entrada de capitales. Pero la avaricia, la falta de previsión, la aparición de nuevos competidores, el resurgir de países y nuevas potencias —como China— y la multiplicación del riesgo y la incertidumbre, ante los que no se habían hecho inversiones de protección suficientes en aras de obtener siempre el máximo beneficio, pusieron en jaque el orden global. La globalización se convirtió en un riesgo insoportable para miles de empresas que no se habían preparado para hacer frente a tanta inestabilidad y situaciones imprevistas. Ya en 2019 comenzaron a manifestarse las consecuencias de todo ello y se desató un auténtico proceso desglobalizador, en el sentido de que los capitales buscaban nichos de mercado más seguros, mejor localizados y no tan dependientes de circunstancias que resultaban muy ajenas a su control y demasiado costosas, dado el riesgo generalizado. La COVID-19, la inflación subsiguiente y la invasión de Ucrania aceleraron el proceso.

En tercer lugar, la concentración de la riqueza, sobre todo proveniente del negocio financiero, como hemos señalado, se hizo tan inmensa que igualmente comenzó a mostrar un lado peligroso. Con

independencia de sus efectos éticos, representa una amenaza para los propios mercados por una sencilla razón. Los grupos de población que acumulan renta más elevada consumen menos proporción de su ingreso, mientras que las rentas bajas lo consumen en su mayor proporción o incluso en su totalidad. Por eso cuantos menos ingresos se concentran en los niveles más bajos, peor funcionan los mercados de bienes y servicios, hay menos ventas, cae la rentabilidad de las empresas y, por tanto, el empleo. La desigualdad causada por la voracidad de los grupos más ricos es, en realidad, un peligro para la economía, pues la deprime y se produce lo que algunos han dicho que se está dando en la economía actual, un «estancamiento secular».

En cuarto lugar, para alimentar sin cesar la inversión financiera especulativa y para hacer frente a la escasez de ingresos productivos, la deuda se multiplicó. Y no sólo por eso. El crédito es el negocio de la institución más poderosa del planeta, la banca, así que es normal que ésta trate por todos los medios de imponer políticas que favorezcan el endeudamiento, a través de las que antes calificamos como políticas deflacionistas. Así se frena deliberadamente la actividad y, por tanto, la generación de ingreso, y los hogares y empresas han de recurrir en mayor medida al endeudamiento. La avaricia financiera no ha tenido límite y el aumento de la deuda ha sido tan extraordinario que ahora, cuando en total representa casi 3,5 veces el PIB mundial, se convierte en otro peligro añadido. Si se toman medidas para pagarla se hunden las economías y si se deja que siga creciendo se provocará antes o después una crisis de deuda generalizada.

Finalmente, las políticas neoliberales han antepuesto la maximización del beneficio a cualquier consideración ambiental, han dado rienda suelta a la producción más contaminante y han permitido que se exploten sin cuidado ni respeto los recursos naturales. El resultado ha sido la aceleración de un cambio climático provocado por la acción de los seres humanos y más concretamente por la veneración del crecimiento como si de un dios se tratase, lo que produce una situación muy grave y paradójica: a muchas grandes empresas ya les cuesta mucho dinero soportarlo, pero también son muy caras las medidas que habría que adoptar para evitarlo o incluso aliviarlo.

Todas estas fallas que se han ido solapando unas con otras son los

problemas reales a los que se enfrenta la economía mundial de nuestro tiempo y conforman un estado de lo que ya muchos economistas denominan *policrisis*, porque no es una sola la que se sufre, sino una combinación de estas cinco.

Mientras se fueron generando, los economistas ortodoxos, los organismos internacionales y los políticos fueron incapaces de reconocerlas u ocultaban su gravedad, si es que la conocían. Sin embargo, tras las crisis de 2007 se hicieron ya indisimulables, como sus causas y la desposesión que llevaban consigo. Aunque, a pesar de ello, la presión constante de los grandes poderes económicos y financieros logró evitar que se aplicaran soluciones que las comenzaran a resolver con decisión.

La situación se fue degradando hasta tal punto que en 2019 se multiplicaron las llamadas de atención incluso por parte de grandes organizaciones patronales, banqueros internacionales y líderes de las mayores empresas del mundo. Reclamaban resetear el capitalismo, avanzar hacia otro de rostro humano y con responsabilidad, preocupados por el riesgo de colapso que suponía la deriva en la que se encontraba la economía internacional. La pandemia de la COVID-19, sin embargo, acabó con esos movimientos, quizá porque fue ella misma la oportunidad de llevar a cabo ese reinicio gracias a la inyección de billones de dólares que no se hubiera podido realizar sin la excusa de semejante excepcionalidad.[20]

Desde entonces, la economía internacional se encuentra sometida a una tensión fundamental. Por un lado, la convicción de que es inevitable afrontar esas fallas con medidas que han de ser de extraordinaria magnitud, de coste ingente y obligadamente basadas en, al menos, limitar los privilegios de explotación y apropiación de quienes con su avaricia, insensatez y falta de previsión las vienen provocando. Y, por otro, la resistencia de estos últimos. Aunque cada vez está más claro que son sus responsables, su enorme poder les permite eludir sus responsabilidades y no cargar con el coste del daño.

El resultado favorable a estos últimos es claro a poco que se contemple la realidad de lo que está sucediendo. El informe de *The Lancet* de 2024 habla de «inacción climática» y denuncia que los gobiernos y las empresas «echan leña al fuego».[21] Un estudio de finales

de 2024 mostró que los bancos se encuentran ahora en situación de mayor riesgo que antes de las medidas regulatorias que se implementaron en 2010, supuestamente, para dar seguridad al sistema financiero.[22] Todos los informes muestran que año a año vuelve a aumentar la desigualdad, y lo que está ocurriendo con la política comercial de Trump habla por sí solo del estado del comercio internacional.

Quienes se han convertido en los nuevos amos del mundo provocando todos esos problemas no están dispuestos a ceder ni un solo dólar de su patrimonio para evitar sus consecuencias sobre el propio sistema que los ha creado y los alimenta.

Esto es lo que explica el porqué del trumpismo y los efectos que va a provocar sobre la economía internacional, como veremos enseguida, tras analizar un segundo factor explicativo, que tiene que ver con el cambio del papel que ha venido desempeñando Estados Unidos en la economía internacional.

El desgaste de Estados Unidos como potencia imperial

Un elemento complementario que resulta fundamental para entender lo que está sucediendo en la economía internacional es el cambio en el contexto en el que Estados Unidos viene comportándose como auténtica potencia imperial desde hace más de un siglo y, sobre todo, tras la Segunda Guerra Mundial.

Esa posición de predominio y privilegio estadounidense se ha basado siempre en tres bases o pivotes:[23] su poder militar desproporcionado respecto al de los demás países, el enorme peso e influencia de su economía sobre la del mundo en su conjunto y la función del dólar como moneda de reserva y referencia en la mayor parte del comercio y las finanzas internacionales.

La hegemonía militar de Estados Unidos aún queda fuera de duda. Su gasto militar representó el 37 por ciento del mundial en 2024 y sus ejércitos pueden intervenir casi al instante en cualquier lugar del mundo, gracias a su armada y a las ochocientas bases o instalaciones

militares de diverso tipo repartidas en ochenta países. Su ventaja en ese campo no admite comparación, por el momento. Aunque la carrera militar de China por ponerse a ese nivel es acelerada, todo parece indicar que Estados Unidos mantendrá ventajas en áreas estratégicas como guerra submarina, tecnología espacial y redes de defensa globales durante bastante tiempo.

No ocurre lo mismo con el segundo pivote de su poder imperial. Desde 1960, la economía de Estados Unidos ha crecido a un ritmo bastante más lento que la mayor parte del resto del mundo y ha perdido peso sobre el total mundial. Su PIB real (medido en dólares constantes) se ha multiplicado desde entonces por 6,35 y el del resto del mundo por 8, y ha pasado de representar el 40 por ciento del PIB global al 29,2 por ciento en 2024. En términos de producción industrial, la pérdida de peso de Estados Unidos es aún mayor respecto a la mundial: en esos últimos cuarenta y cuatro años ha pasado del 40 por ciento al 18-19 por ciento. Y su participación en el comercio mundial también se ha desplomado del 30 por ciento del global al 10 por ciento.

Su disminución relativa respecto a la economía de China resulta aún más acusada. Era 9 veces más grande en 1960 y sólo 1,5 en 2024. Si el PIB se mide en paridad de poder adquisitivo —es decir, teniendo en cuenta la cantidad de bienes, servicios y equipos que se pueden adquirir con él en cada país—, el de China superó al de Estados Unidos en 2016, en 2024 es más de un 30 por ciento superior y, a este ritmo, podría doblarlo en 2035.

En cualquier caso, el desgaste o, en opinión de cada vez más economistas, el declive de la economía de Estados Unidos, no se percibe solamente en función de su peso relativo, o por cuestión de cantidad, tal y como ponen de relieve otros cuatro procesos fundamentales que lo afectan.

En primer lugar, la profunda desindustrialización de su economía, que ha pasado a convertirse en otra de servicios (financieros, seguros, inmobiliarios, publicidad y marketing...) muy valorados monetariamente pero improductivos por completo. Según las estadísticas laborales de Estados Unidos, en 1977 había 192 plantas industriales con más de 5.000 empleados y a principios de 2025 sólo

81 en todos los sectores. Algunas estimaciones calculan que se han perdido más de 91.000 plantas en los últimos treinta años.[24]

En segundo lugar, el tipo de reinversión que se lleva a cabo de los multimillonarios beneficios que las empresas estadounidenses obtienen en el exterior tras haberse deslocalizado. Es cierto, como señalan los analistas que se oponen a considerar que la economía de Estados Unidos esté en declive, que la propiedad de los miles de sus grandes empresas que se han deslocalizado buscando países con menos costes sigue siendo estadounidense y que gran parte de sus beneficios vuelven a aquel país. Pero hay que tener presente que eso no ha repercutido en la mejora del tejido productivo o incluso de su mercado interno por una sencilla razón. Tanto en Estados Unidos como también en otras economías, la mayor parte de las grandes empresas han abandonado su apuesta por la innovación y la inversión productiva y se han dedicado a reducir costes, evadir impuestos y aumentar márgenes para aumentar las ganancias que permitan recomprar sus propias acciones. Así han multiplicado sus beneficios, pero la gran parte de ellos los han dedicado a incrementar el patrimonio de sus grandes accionistas. Valga un solo ejemplo: la compañía Apple obtuvo 823.150 millones de dólares de beneficios netos de 2012 a 2024, compró sus propias acciones por valor de 650.000 millones en ese período y consiguió un volumen récord de 110.000 millones en 2024. Una práctica que es común a todas las grandes empresas: desde 2020, las 500 mayores de Estados Unidos han dedicado 4,1 billones de dólares a esas operaciones, casi el doble de los dividendos que repartieron (2,8 billones).[25]

En tercer lugar, aunque Estados Unidos sigue siendo la primera potencia mundial en multitud de campos, ha perdido el completo control que hasta hace relativamente poco tenía sobre recursos fundamentales para que una economía de nuestro tiempo esté en primera línea del progreso tecnológico y sea competitiva. Eso le ocurre, por ejemplo, con componentes electrónicos y tecnológicos esenciales, como los semiconductores y chips; productos farmacéuticos y medicamentos; minerales críticos y metales raros; productos finales como los textiles, juguetes y bienes electrónicos, y también con la fuerza laboral especializada e incluso de escasa formación. Todo ello,

como consecuencia de haberse convertido, como señalamos, en una economía financiarizada y con un gran componente de actividad materialmente improductiva, basada en el rentismo, en la apropiación de ingresos gracias a las posiciones de privilegio en el orden social y en la estructura política.

Finalmente, hay que resaltar que, aunque la economía de Estados Unidos sigue siendo la más poderosa del planeta, sus frutos se han repartido cada vez más desigualmente y eso ha sido siempre una de las causas que producen el declive de los grandes imperios. Así lo ha demostrado Peter Turchin en un libro reciente en el que presenta los resultados de haber investigado la evolución de cientos de sociedades a lo largo de diez mil años.[26]

Todos esos procesos han tenido una consecuencia principal a lo largo de las últimas décadas: el endeudamiento creciente de Estados Unidos, pues ha tenido que ir adquiriendo fuera cada vez mayor proporción de los bienes que consume, como lógica consecuencia de la progresiva deslocalización de las industrias que los proveían a su mercado interno.

Esto último era algo que no tenía por qué preocupar excesivamente a Estados Unidos mientras se mantuviera fuerte el tercer pivote de su poder, el dólar como moneda de reserva y referencia global. En realidad, era algo deseado y respondía a una estrategia muy rentable para las empresas que fabricaban en el extranjero y para Wall Street, como suele denominarse al auténtico «disco duro» del sector financiero estadounidense. Las primeras producían fuera más barato y las finanzas absorbían sus beneficios, como hemos visto, y el ahorro que simétricamente producía el déficit de Estados Unidos.

Sin embargo, eso ha tenido como contrapartida el peor empleo, menos ingresos y una desposesión creciente de las clases trabajadoras, la desaparición de la mítica clase media de la que siempre habían alardeado los dirigentes políticos de Estados Unidos, un malestar social en aumento y un sentimiento de abandono que ha terminado alimentando al trumpismo.

Además, ese régimen de endeudamiento continuado iba a mostrarse como bastante arriesgado si, en algún momento, se ponía en cuestión el estatus del dólar como moneda de reserva o valor refugio del ahorro

mundial. Y eso es justamente lo que ha ido sucediendo, cada vez en mayor medida, en los últimos años, y lo que explica que el tercer pivote de la hegemonía imperial de Estados Unidos se haya debilitado y ahora haya que tomar medidas tan extraordinarias como las que ya tomaron Biden, Obama y ahora Trump.

Una rápida mirada a lo ocurrido en las últimas décadas es fundamental para entender esto último y lo que actualmente está sucediendo.

Tras la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos era la gran y única potencia industrial, financiera y militar del mundo occidental. El resto de los países no tenían capacidad para producir ni capital, pues estaban prácticamente destruidos. Estados Unidos disponía del 80 por ciento de las reservas globales de oro y pudo comprometerse a respaldar su moneda. Quien tuviera 35 dólares podía cambiarlos por una onza de oro en el Tesoro sin ningún problema.

Como los demás países carecían de recursos al terminar la guerra, Estados Unidos les prestaba y con esos préstamos compraban bienes y servicios que proporcionaban mayoritariamente empresas estadounidenses; así recuperaba doblemente lo prestado, como devolución de los préstamos y como ingresos por las ventas.

Existía, pues, una enorme demanda de dólares y eso hacía que su tipo de cambio (su precio respecto a cualquier otra moneda) se elevara constantemente, de modo que así se necesitaba menos oro para respaldarlo. Estados Unidos podía emitir su moneda sin problema y eso es lo que hacía.

Poco a poco, sin embargo, los demás países comenzaron a industrializarse y a vender su producción en el extranjero. Sus compradores necesitaban más monedas de esos países y menos dólares, lo que provocó que la moneda estadounidense se depreciara vertiginosamente al mismo tiempo que se apreciaban las demás divisas.

En Europa empezaban a «sobrar» los dólares que habían llegado de Estados Unidos, los llamados «eurodólares». Al mismo tiempo, las empresas de Estados Unidos que operaban en los mercados internacionales manejaban cada vez más cantidad de dólares como consecuencia de su expansión. En los mercados internacionales

sobreabundaba la moneda estadounidense. Y a eso se unió el flujo extraordinario de los llamados «petrodólares», los provenientes de los países exportadores de petróleo cuyo precio había comenzado a elevarse vertiginosamente desde principios de los años setenta, tras la guerra entre Israel y los países árabes.

La abundancia de dólares en los mercados produjo un exceso de su oferta y provocó que se derrumbara su cotización. En consecuencia, Estados Unidos necesitaba gastar cada vez más oro para garantizar su convertibilidad. Y, para evitar perderlo, el presidente Nixon declaró unilateralmente su no convertibilidad en agosto de 1971.

Desde aquel momento, Estados Unidos adquirió un «privilegio exorbitante», como lo definió el general de Gaulle: podía emitir dólares sin límite y sin tener que preocuparse de que hubiera cobertura de oro para ponerlos en circulación. Dicho de otro modo, podía financiar gratis su endeudamiento... siempre que consiguiese que el resto del mundo estuviera interesado en disponer de dólares en la medida suficiente.

Para financiar esa deuda, el Tesoro estadounidense emitía bonos que siempre había vendido fácilmente en los mercados, gracias a su fortaleza económica y también a su influencia política y militar, que permitían garantizar que siempre hubiese suficientes gobiernos dispuestos a comprarlos con sus reservas de dólares. El enorme peso de su economía los convertía en un valor seguro de refugio y así se garantizaba un suficiente flujo inverso de financiación.

Con el paso del tiempo, sin embargo, ese sistema de financiación privilegiada de la deuda de Estados Unidos gracias al dólar como moneda de reserva y referencia global se viene enfrentado a varios problemas decisivos: disminución del uso del dólar, proporción cada vez más elevada de bonos del Tesoro en manos de inversores extranjeros, desconfianza creciente en el dólar después de que Estados Unidos haya tomado medidas confiscatorias contra diversos países, impulso de otros mecanismos alternativos de financiación internacional y proyecto de creación de divisas alternativas encabezados por China. Y, para colmo, todos estos hechos hechos aparecen justamente cuando la deuda estadounidense que hay que financiar crece sin cesar, en medio de la policrisis que hemos señalado,

de costes también muy elevados.

Los últimos presidentes de Estados Unidos han sido plenamente conscientes de todos estos problemas y no han dejado de actuar para hacerles frente. Lógicamente, cada uno con diferente estrategia, en función de la influencia de los distintos grupos de poder económico y financiero que allí conviven con intereses y prioridades a veces muy contrapuestos entre sí. Y lo que está haciendo Trump es dar prioridad a ese problema, recurriendo al chantaje como instrumento de política comercial, protegiendo en primer lugar el interés de los grupos que ahora han alcanzado el mayor poder económico en Estados Unidos: el nuevo gran capital tecnológico que necesita apoyo del gobierno para consolidarse, y el de las finanzas y el dedicado a extraer energía sucia que desean evitar cualquier tipo de control o limitación a sus actividades, cada vez más peligrosas para la estabilidad económica.

El porqué del trumpismo y de su expansión global y las consecuencias

Lo que hemos expuesto hasta aquí para interpretar la situación en la que se encuentra la economía internacional puede resumirse en cinco ideas principales:

a. La concentración de riqueza que se ha venido produciendo en las últimas décadas es ya tan extraordinaria que seguir aumentándola se hace incompatible con la democracia. Ésta actúa como elemento de contención y de equilibrio y no puede funcionar cuando una parte de la sociedad ha concentrado de facto toda la capacidad de decisión gracias a su poder económico, tecnológico, financiero y mediático.
b. El capitalismo en nuestra época se ha hecho rentista y extractivo. El mayor beneficio no se produce fabricando bienes, sino obteniendo ganancias de recursos por el mero hecho de poseerlos cobrando rentas por ellos; especulando, al comprar y vender cualquier tipo de activo, títulos o contratos con el único fin de ganar dinero mediante los cambios en su precio, como un

gigantesco casino; y utilizando los aparatos del Estado para obtener ayudas, concesiones y todo tipo de privilegios. Es un tipo de capitalismo que, al contrario de lo que se quiere hacer creer, no sólo no está en contra del Estado, sino que depende de él porque necesita que los gobiernos legislen constantemente a su favor o que no legislen, para que de esa manera tenga plena libertad para apropiarse de los recursos. Lo que de verdad necesita es ocupar el Estado e impedir que tome decisiones en función del interés general (quizá si se escribiera *okupar* se entendería la idea mucho mejor).

c. Las políticas neoliberales han producido una conjunción de fallas o crisis estructurales que no se pueden ni siquiera aliviar, no ya solucionar completamente, sin incurrir en un coste inmenso, y limitando los privilegios de las industrias o capitales que las han provocado o se benefician de ellas. Incluso en el mundo de los grandes negocios se libra un conflicto abierto y profundo entre intereses muy diferentes que van desde quienes niegan que cualquiera de esas crisis se esté produciendo a quienes comenzarán a perder mucho dinero si no se les hace frente cuanto antes.
d. Estados Unidos sufre un desgaste sobresaliente como potencia económica mundial. Bien sea porque ha entrado en declive inexorable o como consecuencia de la eclosión de otras, como China, lo cierto es que el mundo se hace multipolar y que Estados Unidos no puede establecer sus preferencias o privilegios como anteriormente. Es decir, no con su poder suave, fáctico, de convicción o consenso, sino elevando el nivel de coerción de forma igualmente inusual y extraordinaria.
e. Los procesos anteriores se complican y resultan aún más difíciles de abordar porque se están produciendo en una fase de revolución tecnológica que modificará el modo de producir, distribuir y consumir los bienes y servicios; las relaciones sociales en todos los órdenes de la vida; la política y el modo de

decidir y gobernar, y la forma de socializar, pensar y contemplar y estar en el mundo.

Todo lo anterior ha dado lugar a un fenómeno determinante: la desposesión, inseguridad, desprotección, carencia, frustración, incertidumbre y miedo que provocan las crisis solapadas son cada vez más difíciles de invisibilizar o disimular. No se puede lograr que la población desposeída siga aceptando lo que le ocurre, como antes había sucedido, haciéndole creer que su empobrecimiento y su desolación son resultado de su propio comportamiento o de sus decisiones en exclusiva. El mantra que repetían Margaret Thatcher y quienes siguieron sus políticas, «Si hay familias pobres, es porque no saben administrar sus recursos», ya no sirve.

Éstas son las razones que han producido la expansión de la extrema derecha y de la economía de la motosierra desde que esos fenómenos comenzaron a manifestarse con toda crudeza desde la crisis de 2007.

Cuando los fraudes bancarios se mostraron con plena nitidez ante la gente normal y corriente, cuando la globalización destrozaba millones de empleos de por vida en las grandes economías hasta entonces industrializadas y no resultaba ser el paraíso prometido, cuando la deuda comenzó a pesar como un lastre sobre hogares, autónomos y pequeñas empresas y las nuevas generaciones empezaban a vivir peor que las anteriores, la desposesión generalizada que se estaba produciendo se hizo indisimulable.

El individualismo del alma neoliberal ya no servía para hacer creer, como hasta entonces, que todo eso se producía por responsabilidad de los desposeídos. Era necesario ocultar la realidad de lo que estaba sucediendo, reconocer la desposesión, la inseguridad, la incertidumbre y el empobrecimiento, pero desviando su percepción, desde sus auténticos generadores hacia los otros, los extraños o diferentes, los extranjeros inmigrantes, las mujeres, los políticos o sindicalistas... Nunca hacia quienes de verdad acumulan riqueza y poder sin cesar. Se inició así una era de mentiras y posverdad institucionalizadas para hacer creer que lo que ocurría no era realmente lo que estaba sucediendo. Y eso requería, lógicamente, acabar en la mayor medida de lo posible con las trabas institucionales o normativas que pudieran

actuar como un freno a la acumulación de riqueza y privilegio tan impresionantes como vergonzosas. Es decir, con la democracia, por débil que fuera, y con las instituciones representativas en los aparatos del Estado.

El trumpismo y la economía de la motosierra son la expresión de esta estrategia excepcional frente a problemas excepcionales y es normal que todos los países en que se aplica estén encabezados por personajes fuera de lo común, contrarios a las normas y las formas del sistema, como ahora Trump o Milei y hace unos años Berlusconi.

¿Qué apoyo electoral recibiría un partido político o movimiento que se presentase a las elecciones diciendo que su propósito es bajar impuestos a los ricos y desmantelar el sistema público de salud o de pensiones públicas, servicios públicos con los que están satisfechos las dos terceras partes de la población de la OCDE?

Dicho de otro modo: para que se puedan extender los partidos de extrema derecha que gobernarán consolidando los privilegios de los más ricos deben presentarse con la intención de hacer todo lo contrario y asumir un lenguaje populista y antisistema. Ningún partido o movimiento de extrema derecha habría podido alcanzar el poder en nuestras democracias sin gozar de un fuerte apoyo del poder establecido, de los grandes capitales que pueden financiar los gastos multimillonarios que eso requiere para que sea posible. Está sobradamente demostrado que el ascenso de Hitler al poder y su permanencia no podrían haberse producido sin el apoyo de las grandes empresas y bancos de aquel entonces. Lo mismo ocurre ahora.

Para aparentar que son contrarios al sistema y que vienen para hacer saltar las condiciones que han producido la desposesión generalizada, los líderes de la extrema derecha trumpistas y de la motosierra han de actuar como los trileros, llamando la atención por su gestualidad e histrionismo para impedir que se vea dónde depositan realmente la carta marcada o la bola. Tras su discurso demagógico y populista sólo hay una cosa: la mano que hace y deshace en favor de los grandes intereses económicos empeñados en frenar cualquier intento de modificar la situación actual para no tener que asumir el más mínimo coste o reducción de sus privilegios y pagar por los daños que han provocado.

El disparate de los aranceles y la ruina que traen el trumpismo y la economía de la motosierra

Lo que está ocurriendo en la economía de Estados Unidos es la mejor muestra de las consecuencias que trae consigo la expansión global de la extrema derecha. Aunque ya antes se había podido ver en el desastre que provocaron los cuarenta y siete fatídicos días que duró el experimento de Liz Truss como primera ministra del Reino Unido, tras anunciar masivos recortes de impuestos a los ricos.

Destaca en primer lugar, el negacionismo que abrirá aún más las fracturas sistémicas que hemos señalado. La expansión de la extrema derecha se financia y apoya, como hemos dicho, para evitar que las empresas e industrias responsables de la fragilidad financiera, la deuda, la inseguridad comercial y el cambio climático se responsabilicen de los daños que están produciendo. Como ya sucedió en otros momentos de la historia, para evitarlo primero se niega el problema y luego se provocan *shock*, polarización y enfrentamiento, que derivan en inseguridad e insatisfacción, una desigualdad nunca vista y la pérdida de vigor de todas las economías. Y así aumenta el peligro de guerras y enfrentamientos violentos que disminuyen la capacidad de percibir con fidelidad lo que sucede.

Vale la pena detenerse un momento para analizar la disparatada estrategia comercial que ha seguido Donald Trump: primero, imponiendo aranceles prácticamente a todos los países del mundo; luego, echándose atrás, y, finalmente, haciendo saltar por los aires el sistema de reglas que hasta ahora había regido el comercio internacional. Por cierto, impuesto en su día por el propio Estados Unidos.

La administración estadunidense justificó teóricamente la guerra comercial anunciada por el presidente Trump con una fórmula matemática que no tenía pies ni cabeza. A partir de ahí, ha ido tomando medidas contradictorias e improvisadas que, según Trump y su equipo, persiguen cuatro objetivos:

- Reducir el déficit exterior de Estados Unidos con el resto del mundo.

- Reindustrializar Estados Unidos.
- Lograr que otros países apoyen una reforma del sistema financiero internacional que permita a Estados Unidos seguir financiando su deuda en mejores condiciones.
- Utilizar los ingresos procedentes de los aranceles para compensar los ingresos fiscales que se van a perder por los grandes recortes de impuestos a los más ricos y a las grandes corporaciones.

Sin embargo, son varias las razones que se pueden aducir para mostrar que esas cuatro estrategias son inviables, por infundadas y contradictorias entre sí.

Para que los aranceles puedan reducir el déficit exterior estadounidense con otros países sería necesario que aumentaran sus exportaciones a todos ellos. Pero, para que eso suceda, debe darse que los demás países se crucen de brazos y no respondan a esas subidas, lo cual no es lo que está ocurriendo ni lo que va a ocurrir. No sólo han respondido, lógicamente, con subidas por su parte, sino que se ha extendido el boicot a los productos de Estados Unidos. Todos los indicadores muestran que el efecto de la guerra de aranceles ha sido la caída del comercio internacional y el aumento del déficit de Estados Unidos.

Donald Trump tampoco podrá conseguir reindustrializar Estados Unidos recurriendo simplemente a subidas arancelarias. Ni su país logró ser una potencia industrial así ni ningún otro lo ha conseguido nunca. Los aranceles pueden ser limitadamente útiles para ese objetivo sólo si van unidos a otras medidas complementarias de política comercial e industrial, como las que puso en práctica Biden y que Trump condena.

Además, es una quimera creer que ese objetivo es asequible a corto plazo repatriando a las grandes empresas que salieron de Estados Unidos no forzadas, sino en busca del máximo beneficio.

Las corporaciones industriales no son patriotas que toman decisiones envueltas en la bandera de su país y por eso no destinan los beneficios más elevados de toda la historia a invertir en el sector industrial, sino en el mucho más rentable mundo de las finanzas, incluso recomprando

sus propias acciones, como hemos visto. Volverían a Estados Unidos si allí encuentran mejores condiciones tanto a nivel nacional como de acceso a los mercados globales para obtener la mayor rentabilidad posible. Y el problema es que recobrar esas condiciones es muy difícil, por no decir imposible, al menos a corto y medio plazo.

Estados Unidos se desindustrializó porque el poder económico que gobierna y decide las estrategias apostó por un modelo de economía centrado en las finanzas y el capital tecnológico, unidos ambos a la industria militar, a cambio de importar bienes baratos que paga con los dólares que demanda media humanidad. Ahora, el presidente que de verdad quisiera revertir la tendencia y hacer que se disponga del ingente volumen de capital que se necesitaría para reindustrializar la economía de Estados Unidos tendría que empezar por desmantelar la industria financiera de Wall Street. Entre otras vías, gravando con impuestos elevados las ganancias financieras de las grandes corporaciones y fondos de inversión y la procedentes de la especulación; es decir, lo contrario de lo que Trump hizo en su primer mandato y está haciendo ahora.

El tercer objetivo de Trump es lograr un acuerdo con el mayor número posible de países que permita devaluar el dólar y reestructurar la deuda de Estados Unidos para pasar la actual a otra a más largo plazo, o incluso perpetua. Algo parecido al acuerdo firmado en 1985 en el Hotel Plaza de Nueva York con el mismo objetivo entre Estados Unidos, Alemania, Francia, Japón y el Reino Unido.

Las dificultades para lograrlo ahora son muchas, básicamente, por tres razones. Primera, que Estados Unidos se encuentra en peor situación para imponerlo; segunda, que habría que involucrar a países menos dóciles, como China; y tercera, que las consecuencias negativas de aquel acuerdo para algunas economías son ya muy bien conocidas.

Tanto es así que el presidente del Consejo de Asesores Económicos de Trump, Stephen Miran, reconoció que ningún otro país ni sus bancos centrales lo aceptarían de manera voluntaria.

En un documento de noviembre de 2024 lo señaló muy claramente y expuso la estrategia que, por tanto, habría que seguir: «¿Cómo puede Estados Unidos lograr que sus socios comerciales y de seguridad acepten un acuerdo de este tipo? En primer lugar, está el palo de los

aranceles. En segundo lugar, está la zanahoria del paraguas de defensa y el riesgo de perderlo».[27] No se puede confesar de forma más transparente que el propósito del trumpismo es convertir la economía internacional en un escenario bélico al utilizar el dólar como un auténtico instrumento de guerra comercial y de estrategia geopolítica y militar. Una opción que el propio Miran reconoce «de alto riesgo» y que, desde luego, lo es, porque va a provocar una crisis del comercio y la financiación internacional sin precedentes si no se detiene.

La situación del dólar en los mercados internacionales coloca a Trump en otra condición contradictoria que no podrá resolver. Por un lado, trata de preservar su posición como moneda de reserva, anunciando aranceles específicos y sanciones a los países que se atrevan a cuestionarla utilizando otras divisas o sistemas de pago, como hacen los del llamado grupo de los BRICS.[28] Pero ese objetivo contradice el de reducir el déficit comercial por una razón muy sencilla de entender.

El dólar es la moneda de reserva mundial, la más demandada, justamente a causa del déficit comercial de Estados Unidos. Si otras economías demandan dólares, Estados Unidos debe ofrecérselos y eso lo hace imprimiendo billetes (deuda) y comprándoles bienes o servicios. Las empresas extranjeras acumulan así dólares que invierten en los activos hoy más seguros: los financieros que se mueven en Wall Street. Eliminar el déficit exterior de Estados Unidos equivaldría a renunciar a la masiva entrada de capital que constituye el grueso del negocio de su sistema financiero. Es decir, tendría que desaparecer el tipo de negocio que hoy mantiene a su industria financiera y la hace extraordinariamente rentable y poderosa.

Finalmente, Trump ha manifestado en numerosas ocasiones su intención de sustituir los ingresos fiscales procedentes del impuesto sobre la renta por los arancelarios. De entrada, es un objetivo contrario al de utilizar estos últimos para sustituir las importaciones de bienes extranjeros: si efectivamente consiguiera que éstas se redujeran, bajarían los ingresos por aranceles y no podrían compensar a los de la renta. El déficit público se dispararía. Y, en todo caso, ni en el escenario de aranceles más elevados —lo que, por otra parte, provocaría una gran inflación y una enorme caída de la actividad—

sería posible recaudar los casi 2 billones de dólares que Estados Unidos percibe por el ingreso de la renta.

Esta última idea de Trump es una simple excusa para volver a reducir los impuestos de los más ricos a costa de los ingresos de la mayoría de la población, porque los aranceles son un impuesto al consumo que pagan en mucha mayor proporción quienes tienen rentas más bajas. Y esto ya ha empezado a ocurrir, como hemos visto, con la reforma fiscal que llevó a cabo en la ley presupuestaria de 2025.

El trumpismo no puede conseguir los objetivos que dice proponerse. Son contradictorios e inalcanzables —en el mejor de los casos— a corto plazo sin llevar a cabo inversiones multimillonarias que ni siquiera están previstas. Al tratar de conseguir lo imposible, lo que va a provocar es una caída en la actividad económica, quizá una recesión profunda, inflación, empobrecimiento y ruina de miles de empresas y hogares. Y los objetivos comerciales en el exterior que pudieran estar a su alcance sólo los podría lograr, como sus propios portavoces reconocen, mediante el chantaje y la agresión a sus propios aliados y haciendo valer su supremacía militar, que, para que sea visible y atemorice, deberá mostrar en la práctica.

El objetivo último del trumpismo es asegurar de nuevo la hegemonía del dólar mediante la amenaza y el chantaje, militarizando las relaciones económicas y comerciales e involucrando al mayor número posible de países en conflictos y tensiones de todo tipo, para que todo ello pueda surtir efecto.

Mientras que los demás países, en especial China y el resto de los BRICS —y la Unión Europea si actuase inteligentemente—, van a enfrentarse a estas estrategias agresivas de Estados Unidos fortaleciendo su economía, intensificando su desarrollo tecnológico y diseñando alternativas al sistema monetario actual basadas en la descentralización y la digitalización, el trumpismo no ofrece otra respuesta que no sea la de la fuerza, con la que convierte la economía internacional en un campo de batalla cuando más necesarios son la cooperación, los acuerdos y la prioridad a los grandes intereses comunes de la humanidad.

Una nueva caja de herramientas para sobrevivir en el cambio de era

Si alguna virtud tiene el terremoto trumpista (como ocurre con todas las crisis) es que deja ver con más claridad que nunca los trapos sucios y los desgarros de la economía internacional y de la vieja teoría económica con la que se le quiere hacer frente.

La profundidad de las fracturas mencionadas, el peligro real de colapso si todas ellas entran en crisis al mismo tiempo, el riesgo tan alto de destrucción generalizada que representan los conflictos entre naciones con enorme poder nuclear y el cambio climático suponen retos globales de gravedad inusitada a los que nunca se había enfrentado el planeta. Y el avance acelerado de la inteligencia artificial aventura lo que quizá podría considerarse el mayor cambio civilizatorio, para bien o para mal, según se dirija, de la historia de la humanidad. Entramos en una nueva era y lo hacemos en malas condiciones, como demuestra que el índice de desarrollo humano que elabora el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) haya sido en 2024 el más bajo de los últimos treinta y cinco años.

El trumpismo y su economía de la motosierra que se extienden por el mundo con el apoyo, más o menos explícito pero en todo caso decisivo, de los grandes poderes y organismos económicos internacionales se presentan como la versión libertaria de la economía. Son, en realidad, una versión descarnada y desnuda de cualquier consideración social o de humanidad, de la economía neoclásica que domina el pensamiento económico y que ha inspirado las políticas neoliberales en las últimas décadas. Tiene como fundamento dos ideas complementarias: los mercados pueden resolver, mejor que ningún otro mecanismo, todas las necesidades sociales; y la búsqueda del beneficio privado es la lógica motora de la acción humana que debe anteponerse a cualquier otra.

A partir de ahí se ha construido, desde finales del siglo XIX, un edificio teórico que se ha impuesto como si fuese un saber científico y fuera de toda duda. Un saber que no logra resolver los problemas económicos, pero permite concentrar cada vez más la riqueza y el poder.

Por ello, para afrontar la situación en la que ya está empezando a entrar la economía internacional, es imprescindible disponer de una nueva caja de herramientas que permita ejecutar una tarea fundamental: desenmascarar intelectualmente lo que hay detrás de ese saber y que, dicho en pocas palabras, es el mayor fraude intelectual de la historia. Un fraude que se comete a través de tres grandes vías.

En primer lugar, haciendo creer que la economía, el saber económico basado con más o menos fidelidad en dicho modelo neoclásico, es una ciencia más, un conocimiento que refleja fielmente la realidad económica y ha descubierto sus leyes de funcionamiento.

En segundo lugar, afirmando que el único modo viable de organizar la vida económica de nuestro tiempo es el capitalismo (aunque casi siempre sin nombrarlo, tal y como veremos), cuyas leyes y formas de funcionamiento son las que refleja el modelo neoclásico.

En tercer lugar, asegurando que no hay otras propuestas, principios y políticas diferentes a los que establece la economía ortodoxa dominante cuando aplica su saber «científico». Y, si acaso se puede aceptar que haya propuestas alternativas, se hace creer que son puramente ideológicas porque no responden a la razón o que son inviables.

No se puede sobrevivir al caos y la ruina que ya ha empezado a provocar la aplicación de la política económica de la extrema derecha que avanza globalmente si se utilizan sus propias claves de análisis. Si se recurre a los mismos modelos, hipótesis y teorías en que se basan sus propuestas. No basta con temer y condenar la ruina que lleva consigo la política económica de la extrema derecha para quien no esté en la cima de las rentas y el poder social. Y nada se conseguirá si se contemplan y se quieren combatir desde su propio esquema intelectual, más o menos matizado, sin poner en cuestión sus conceptos, principios, valores y supuestos de comportamiento. No se puede sobrevivir al caos que viene de la mano del trumpismo y la motosierra que maneja la extrema derecha con cruel falta de humanidad sin desarrollar otro paradigma que permita activar nuevas experiencias y formas de organizar la vida económica y, por supuesto, sin superar sus versiones edulcoradas, como las políticas de austeridad europeas.

Hacen falta nuevos modelos y teorías para analizar la vida económica con realismo, hay que establecer y asumir principios que respondan a una concepción de la economía diferente y que prioricen la satisfacción efectiva de las necesidades humanas y la vida en el planeta, y no al afán de lucro. Es imprescindible diseñar nuevos modos de organizar la producción y el consumo de todo lo que es necesario para garantizar el sustento decente, integral y pacífico de todos los seres humanos sin distinción, y en armonía con la naturaleza, sin destruir un planeta que no es nuestro. Y, sobre todo, hay que mostrar que todo ello no sólo es posible, sino de sentido común; y que ya se está poniendo en marcha en multitud de experiencias diseminadas por todo el mundo.

Los capítulos que siguen se dedican a contribuir con algunas ideas y propuestas a esa tarea cada día más urgente.

2

La economía dominante es un fraude intelectual que no puede resolver los problemas económicos actuales

¿Qué se pensaría de la anatomía si los manuales de esa disciplina afirmaran que el cuerpo humano dispone de alas para volar y desarrollasen sus sucesivos capítulos como extensión de esos presupuestos?

¿Qué crédito se le daría a la geología si los geólogos más reputados y sus libros de texto analizaran la superficie de la Tierra como si fuese maleable y estuviese compuesta de un material susceptible de adquirir la forma que en cada momento se desee que tenga?

¿Se fiaría alguien de un médico que afirmara que no hace falta actuar frente a la enfermedad porque el cuerpo humano es capaz de sanarse solo y volver siempre a la normalidad por sí mismo, sin intervención exterior alguna?

Muy poca gente daría credibilidad a saberes basados en ese tipo de hipótesis y conclusiones. Sin embargo, algo parecido hace la economía dominante y, a pesar de ello, se la sigue considerando no sólo una ciencia más, sino la «reina de las ciencias sociales», según la calificó Paul A. Samuelson, quizá el economista más reconocido de la segunda mitad del siglo XX.

La economía, entendido este término como tipo de conocimiento o rama del saber, es el fraude intelectual más grande de todos los tiempos. Quizá sólo comparable a la astrología, aunque esta última, que yo sepa, no se enseña en ningún centro docente del mundo ni guía las decisiones de gobernantes que estén en su sano juicio.

Nunca se ha producido ni enseñado tan extensamente ni durante

tanto tiempo un conjunto de principios e ideas tan engañosos como los que ofrece la economía convencional para tratar de explicar el funcionamiento de la vida social y para fundamentar con ellos las políticas con las que más decisivamente se influye sobre las condiciones de vida de millones de seres humanos.

Es muy importante ser consciente de todo ello porque ese fraude intelectual es precisamente lo que sirve a los economistas ideólogos del trumpismo y la economía de la motosierra para justificar sus propuestas de política económica.

Una visión idílica de un mundo inexistente

Las políticas de defensa del interés privado y de recortes de gasto social del trumpismo y la motosierra se basan en un postulado esencial muy fácil de entender. Se supone que la vida económica se resuelve en el mercado, un mecanismo perfecto que, si se lo deja actuar sin interferencia alguna, puede proporcionar por sí solo la mejor utilización posible de todos los recursos disponibles.

El modelo teórico que se utiliza para estudiar el funcionamiento de los mercados y de toda la economía en general se denomina *neoclásico*. Establece que, simplemente dejando actuar con plena libertad a la demanda de bienes o recursos que presenta quien desee disponer de ellos y a la oferta que hagan quienes los producen, se puede obtener la máxima eficiencia en el uso de todos los recursos disponibles. Se llegaría así a una situación óptima, tanto para cada individuo considerado aisladamente como para toda la sociedad.

Generaciones sucesivas de economistas han tratado de demostrar, recurriendo a fórmulas matemáticas complicadas, que eso es lo que ocurre en la realidad y que, por tanto, cualquier otra alternativa o intervención estatal es indeseable, ineficiente e innecesaria.

Sin embargo, a esa conclusión sólo se puede llegar si se cumplen requisitos muy estrictos sobre la estructura del mercado y el comportamiento de los sujetos.

Los referidos a la estructura o naturaleza general del mercado son los siguientes:

a. Existencia de un número tan elevado de vendedores y compradores que absolutamente ninguno de ellos podrá influir sobre el precio.
b. Ausencia total de barreras de entrada al mercado, de modo que cualquier productor que lo desee puede incorporarse a él y quedar, cuando lo haga, en iguales condiciones que los previamente existentes.
c. Información perfecta y gratuita de todos los compradores y vendedores sobre todas las condiciones y circunstancias que les afecten a ellos y a los demás sujetos sobre su comportamiento y sobre los precios que se fijen.
d. Producción y venta en el mercado por parte de todas las empresas de un producto exactamente igual al que vendan las demás, sin ningún tipo de diferenciación entre ellos.
e. Inexistencia de costes relevantes a la hora de utilizar el mercado (de transporte, negociación, asesoramiento o información).

Por otro lado, y al mismo tiempo, todos los sujetos que intervienen en el mercado deben actuar siempre respetando estrictamente las siguientes reglas de comportamiento, sin excepción:

a. Racionalidad: deben actuar y decidir siempre respetando las leyes de la lógica, siendo coherentes con los fines que persigan y no contradiciéndolos a la hora de tomar decisiones.
b. Egoísmo: han de adoptar sus decisiones tomando en cuenta tan sólo su propio interés, sin llevar a cabo coaliciones, o considerando lo que pueda afectar a terceros.
c. Maximización: tendrán siempre como única, exclusiva y permanente guía de comportamiento la búsqueda de la mayor utilidad posible, en el caso del comprador, o del beneficio más elevado, cuando se trate del vendedor.

Kenneth Arrow estableció que debían darse además dos condiciones específicas: los bienes que se intercambien en un mercado tienen que ser perfectamente sustitutivos o intercambiables unos de otros (como el azúcar y la sacarina, por ejemplo) y las preferencias de un

consumidor individual han de ser las mismas que prevalezcan en el mercado cuando éste se toma en su conjunto (dicho de otro modo, todos los sujetos prefieren lo mismo).

Y no sólo esto. Como el funcionamiento del mercado parte de una determinada distribución de los recursos y, a su vez, proporciona otro resultado distributivo final, hay que garantizar de alguna manera que este último no altere las condiciones de partida o perturbe el mercado. La forma de lograr algo tan milagroso es tan estrambótica que de ella no suelen hablar los manuales cuando explican las condiciones del equilibrio. En palabras de uno de los microeconomistas más reputados de los últimos años, Andreu Mas-Colell, algo así lo podría conseguir una «autoridad central benevolente». No te preguntes dónde está ni quién es esa autoridad. Como es lógico, nadie la ha visto ni la podrá ver nunca.

No hace falta ser un premio Nobel para deducir que todas esas condiciones son completamente irreales. Basta contemplar nuestro comportamiento como sujetos que compran o venden, o el funcionamiento más elemental y evidente de los mercados que tenemos a nuestro alrededor para comprobar que en la realidad no hay nada en absoluto que se le parezca. Son supuestos que han refutado los estudios experimentales o de la llamada economía conductual, y la sucesión prácticamente ininterrumpida de crisis económicas muestra que el equilibrio como estado natural de la economía es una quimera.

Los economistas convencionales, sin embargo, no se han echado atrás ante tanto irrealismo.

Respuestas ingeniosas que la experiencia desmiente

Un viejo chiste explica mejor que nada cuál ha sido la reacción de la economía convencional ante el desajuste entre sus planteamientos y la realidad.

Se perdieron en una isla desierta un físico, un químico y un economista y sólo disponían de latas para alimentarse, pero de ningún instrumento para abrirlas.

—¿Qué se te ocurre que podemos hacer? —preguntaron al físico.

—Creo que si buscamos un buen palo podríamos hacer palanca para generar una fuerza que reventara la lata. ¿Y tú cómo lo ves? —le dijo al químico.

—Yo pienso que haciendo un fuego y poniendo la lata encima la haríamos explotar y se abriría.

—¿Y tú tienes alguna solución? —preguntaron al economista.

Éste se quedó un momento pensando y enseguida respondió:

—Sí. Supongamos que tenemos un abrelatas.

Efectivamente, así razona la economía convencional. Cuando sus supuestos de análisis que acabamos de ver no se ajustan a la realidad, bien porque no puede incluir en sus modelos todas las observaciones necesarias o porque no le interesa hacerlo, lo que hace es razonar como si de verdad ocurriera lo que dicen sus supuestos de partida o hipótesis.

Ante el irrealismo de los planteamientos más estrictos o fundamentalistas, los economistas keynesianos elaboraron modelos basados en datos que reflejasen la realidad. Pero lo hicieron tomando los del pasado para deducir de ellos predicciones sobre el presente y el futuro, y sus resultados resultaron frustrantes. Era lógico, porque no se puede tener ninguna seguridad en que lo que pasó ayer en la economía se repita mañana.

Los nuevos modelos llamados de equilibrio general que los investigadores y grandes centros de análisis, predicción y decisión vienen utilizando generalizadamente desde hace más o menos sesenta años se siguen basando, con algunas variaciones menores, en los principios o postulados fundamentales del modelo original. Es decir: todos los sujetos buscan exclusivamente maximizar la utilidad, el mercado proporciona equilibrio y vuelve siempre a él, los sujetos disponen de la información necesaria para formar expectativas correctas sobre lo que piensan que ocurrirá en el futuro, los ciclos económicos y las crisis se producen como suma de causas aleatorias y las preferencias de cada sujeto son extrapolables al conjunto del mercado. Y todo aquello que pueda contradecir las suposiciones anteriores se considera como una simple «fricción», una circunstancia o imperfección que no impide que los mercados sean eficientes.

Estos últimos modelos se han desarrollado con gran ingenio, dando

lugar a teorías económicas cada vez más sofisticadas gracias al uso de las matemáticas y a formulaciones de política económica aparentemente rigurosas y con gran fundamento científico. Pero la realidad, sin embargo, es otra, y tiene muy poco o nada que ver con lo que plantean sus teóricos, como los que ahora tratan de dar soporte al trumpismo y la economía de la motosierra basándose en los supuestos neoclásicos más o menos revisados.

Para comprobarlo, vamos a exponer de la forma más breve y sencilla posible tres muestras del fraude en que se sostienen. En primer lugar, veremos que ni siquiera se puede sostener que los mercados sean capaces de proporcionar la que se supone que es su aportación fundamental: un precio de equilibrio para las transacciones. En segundo lugar, mostraremos lo absurdo que supone construir teorías y formular políticas económicas sin tomar en consideración el dinero. Finalmente, mostraremos que la economía convencional tiene una limitación fundamental desde el momento en que no considera que la energía forme parte de los procesos económicos o asume que los recursos naturales son una simple mercancía más.

El mito del equilibrio del mercado

Para establecer que el mercado es un mecanismo capaz de proporcionar la máxima eficiencia y un óptimo bienestar general hay que demostrar que eso lo consigue fijando precios automáticamente, como resultado de la libre interacción entre la oferta de los vendedores y la demanda de los compradores, sin que nadie tenga que intervenir para decir a cada uno lo que debe hacer o lo que no.

Ésa es, posiblemente, la idea más elemental y fundacional de la economía de mercado, la que se utiliza para mostrar su extraordinaria superioridad y, sobre todo, las virtudes del automatismo con el que funciona. Se presenta con tanta seguridad y certeza que se habla de ella como «ley» de la oferta y la demanda.

Cualquier economista lo explicaría fácilmente de la siguiente manera. Los precios son como los indicadores que guían la actuación de los compradores y los vendedores. Si un comprador está dispuesto a

pagar una determinada cantidad de dinero por alguna mercancía es como si estuviera votando por ella, a favor de que alguien la produzca. Y ese mensaje es tomado en cuenta por un productor que la ofrecerá enseguida en el mercado a ese precio. Si el precio fuese demasiado alto, el consumidor «votaría» por adquirir una menor cantidad y el vendedor disminuiría su oferta. Por el contrario, si el comprador deseara comprar una gran cantidad, el precio subiría, haciendo que al comprador le interesase producir y ofrecer más cantidad. Y de ese modo, mediante ese proceso de tanteo y sin necesidad de que nadie decida qué cantidad producir, el libre juego de la oferta y la demanda fijará un precio de equilibrio, denominado así porque satisface al mismo tiempo al comprador y al vendedor.

Este razonamiento tan simple tiene una gran trascendencia. Si el mercado es capaz por sí solo de lograr este milagro de poner de acuerdo al comprador y al vendedor y fijar un precio de equilibrio, el más eficiente y satisfactorio para ambos, deberá evitarse en cualquier caso que se produzcan intromisiones.

¿Conviene fijar un salario mínimo superior al más bajo proporcionado por el mercado? ¡Nunca! El demandante, en este caso la empresa, contrataría menos empleo y habría más paro.

¿Queremos que haya más demanda de trabajo, es decir, más empleo? La solución es fácil y la misma que si el productor de tomates quiere que haya más demanda y vender más cantidad: bastará con bajar su precio; en el caso del empleo, el salario.

¿Es útil establecer un tope máximo al precio de los alquileres para garantizar que acceda más gente a la vivienda? ¡Jamás de los jamases! En ese caso, el precio del alquiler sería demasiado reducido para los propietarios y no habría oferta suficiente para la demanda.

Estas conclusiones tajantes se oyen casi diariamente en el debate social y son defendidas por los economistas convencionales, los políticos que siguen sus doctrinas y los dirigentes de los grandes organismos económicos, de los bancos o grandes empresas.

Sin embargo, todas ellas presentan el mismo problema: se basan en un engaño, en un mito, en un planteamiento cuya falsedad hace décadas que quedó demostrada matemáticamente y por la experiencia real.

Lo demostró, entre otros, Piero Sraffa (1898-1983) hace ya un siglo con un aparato matemático algo complicado del que vamos a prescindir aquí para que se pueda entender fácilmente.[1]

Para que el mercado pueda determinar un precio llamado «de equilibrio», porque satisface al mismo tiempo al vendedor y al comprador, deben darse las siguientes condiciones:

- Sólo puede haber un precio de equilibrio.
- La oferta y la demanda deben ser independientes.
- Sólo puede haber una cantidad de oferta y una de demanda para cada precio.
- Tanto la oferta como la demanda de un bien dependen solamente de su precio. Si éste sube, aumentará su oferta y bajará su demanda, y viceversa.

El problema que la economía convencional no quiere tener en cuenta es que ninguna de estas condiciones se puede dar en la realidad, salvo en casos verdaderamente milagrosos. En la realidad, tanto la demanda como la oferta dependen no sólo del precio, sino también de otras circunstancias, y eso impide que se pueda determinar un único precio de equilibrio. Veámoslo con un ejemplo.

Si se supone que el número de kilos de tomates que una persona está dispuesta a comprar a cada precio (su demanda de tomates) depende sólo de su precio, podríamos preguntarle y nos diría una cifra concreta. Y si la oferta de tomates que hace la empresa también dependiese solamente del precio, también nos diría qué cantidad estaría dispuesta a ofrecer a cada precio. Regatearían y se fijaría un precio de equilibrio. Sin embargo, la demanda de tomates no depende sólo de su precio, sino de la renta del comprador, del precio de otros productos o de sus gustos. Si le preguntáramos qué sucedería con su demanda de tomates si el precio subiera un euro, no habría una sola respuesta o cantidad demandada, pues no le influiría sólo el precio, sino también cómo hubiese cambiado su renta, el precio de otros productos o sus gustos. Y lo mismo ocurriría con la oferta. Por tanto, no puede haber un sólo precio de equilibrio, sino que habrá infinidad de ellos, puesto que la oferta y la demanda dependen, al mismo tiempo, de todos esos factores y no sólo del precio.

Por otro lado, la oferta y la demanda no son independientes por una razón fácil de entender. Supongamos que aumenta la demanda del bien X. Entonces, la empresa tendrá que elevar su producción, y para ello tendrá que aumentar sus pedidos de materiales para poder fabricar más unidades. Pero esa mayor demanda de materiales hará que aumenten sus precios, y ese aumento se irá extendiendo por la economía.

Resulta obvio que la subida en los precios de esos otros bienes y servicios equivale a una reducción en la renta de sus compradores: cuando suban podrán comprar menos, como ocurre cuando baja su renta. Eso quiere decir que la demanda del bien X no ha sido independiente de su oferta, sino que, por el contrario, ha dependido de ella, al haber producido un aumento de precios de otros bienes que disminuyó la renta del comprador y, por tanto, su demanda.

Por otro lado, si la demanda baja cuando sube el precio, para que haya equilibrio, la oferta debe aumentar cuando sube (porque podrá tener más ingresos) o bajar si el precio se reduce. Pero esto último casi nunca ocurre en la realidad.

La inmensa mayoría de las empresas pueden tener rendimientos cada vez mayores a medida que producen más: no cuesta igual producir unas pocas unidades que miles de ellas. Sobre todo, en los procesos productivos modernos en donde hay un gran contenido de recursos digitales, inmateriales, de servicios... cuya reproducción no cuesta nada o casi nada. Por tanto, superado un determinado nivel inicial de producción, casi todas las empresas pueden aumentar su oferta aunque baje el precio porque las unidades adicionales que produzcan tendrán un menor coste.

Y aún hay otro requisito que se incumple. Para establecer que entre la oferta y la demanda se forma un único precio de equilibrio debe haber, como hemos dicho, una única cantidad de demanda y una única cantidad de oferta para cada nivel de precios en todos los intercambios del mercado. Y eso obliga a establecer que la cantidad demandada y la ofertada dependen sólo del precio.

Para entenderlo bien, seamos generosos y supongamos ahora que todo lo que dice el modelo neoclásico es cierto y que la actuación de un comprador y un vendedor individuales puede determinar, por sí

sola y sin intervención ajena alguna, un precio de equilibrio en el mercado.

El problema radica en que no es posible sostener que eso pueda ocurrir a nivel de todo el mercado, es decir, para el conjunto agregado de todos los compradores y vendedores.

La demanda de un individuo, es decir, la cantidad de un bien que está dispuesto a adquirir a cada precio, se podría saber con facilidad. Bastaría con preguntárselo, aunque, como acabamos de decir, cambiaría siempre que se modificaran las demás circunstancias, además del precio, de las que depende. Sin embargo, ¿cómo conocer la cantidad que están dispuestos a consumir a cada precio todos los individuos de una economía en su conjunto?

En todos los libros de texto de economía (es muy fácil comprobarlo) se enseña que para saberlo basta con sumar las cantidades demandadas por todos y cada uno de los individuos a cada precio. Una solución que parece lógica y correcta, si no fuera porque hace ya más de cincuenta años que se demostró matemáticamente que sólo puede aceptarse si se dan unos requisitos completamente irrealistas, en la práctica imposibles de cumplir.

En primer lugar, para que eso fuese aceptable, sólo debería existir un único consumidor, y si hubiera varios (como ocurre en la realidad), todos deberían tener exactamente las mismas preferencias. En segundo lugar, si los consumidores tuvieran distinta renta (como ocurre en la realidad), todos ellos deberían comprar el bien que demandan con exactamente el mismo porcentaje de ella. Es decir, deberían gastar en leche el mismo porcentaje de su renta el consumidor que gane 1.000 euros y el que gane 1 millón, por ejemplo. Y, finalmente, los compradores sólo deberían tener a su alcance un único bien.

Nadie en su sano juicio, ni siquiera los propios economistas convencionales, puede aceptar que estas condiciones puedan darse; así que, para salvar el modelo, se recurre al truco que ya comentamos: suponer que hay realmente un abrelatas y que, en lugar de un conjunto de consumidores, cada uno con comportamientos y preferencias diferenciadas, la economía funciona como si sólo existe uno ideal al que se considera representativo de la totalidad.

La consecuencia de esta acumulación de supuestos irreales es

también la prueba más evidente e innegable de que constituyen un fraude intelectual: nadie ha visto nunca ni podrá ver en un manual de economía o en un trabajo de investigación la representación de una función de demanda de mercado que sea real. Es decir, que refleje verdaderamente lo que ocurre o cómo se comportan en su conjunto los millones de consumidores en un mercado de cualquiera de los millones de bienes o servicios que cada día se compran y se venden.

Esto último es grave y debería resultar definitivo: toda la teoría económica dominante se basa en el principio de fijación del precio a través de la oferta y la demanda y, sin embargo, ni un solo economista ha podido presentar un ejemplo de una situación real que lo refleje. Nadie ha podido representar una función de demanda, ni individual ni de mercado, que responda a lo que verdaderamente sucede en un caso real. Y, por tanto, tampoco un precio de equilibro de mercado. Nunca.

La conclusión es fácil: la teoría que establece que el precio de los bienes se fija por medio de ese tanteo o regateo entre la demanda de un individuo y la oferta de una empresa no se puede aceptar porque no es verdad. O, dicho de otro modo, no es cierto que el mercado funcione en las condiciones que la propia sabiduría económica convencional establece para que sea eficiente, ni es su supuesto automatismo lo que permite determinar un precio de equilibrio.

Un modelo sin dinero ni finanzas en la era de la deuda y la financiarización

¿Te imaginas que, a la hora de analizar el cuerpo humano para tratar de curar las enfermedades, la medicina no tuviera en cuenta el sistema circulatorio, lo que ocurre en algún órgano vital como el hígado o los pulmones, o que lo analizara como si careciese de cerebro o extremidades? Pues eso es, casi literalmente hablando, lo que le ocurre al análisis económico derivado del modelo neoclásico.

Parece lógico pensar que nadie en su sano juicio se pondría en manos de un galeno que contemplara el cuerpo humano de esa forma. ¿Quién se fiaría de las conclusiones y el tratamiento que estableciera tras analizar el cuerpo humano tan equivocadamente, con nulo

realismo?

Sin embargo, la inmensa mayoría de los gobiernos hacen política económica utilizando modelos que no toman en consideración dos elementos esenciales de la vida económica: el dinero, en concreto, y las finanzas y la deuda en general.

El análisis económico que tiene su origen en el modelo neoclásico considera que el dinero es neutral, un simple medio de pago o unidad de cuenta que permite que los intercambios se lleven a cabo más fácil y económicamente que con el trueque, es decir, cambiando una mercancía por otra.

Para expresar esa idea se recurre a una metáfora. Se dice que el dinero es como un simple velo que cubre, sin modificarlos, los procesos de los que depende la producción de bienes y servicios y el empleo que se necesita para obtenerlos. Se supone que las variaciones en la cantidad de dinero circulante sólo afectan a los precios.

Dicho de una manera fácil de entender, eso significa que, en el modelo neoclásico y en todas sus variaciones actuales, el aumento o disminución de dinero que circula en la economía equivale a la subida o bajada del nivel del agua en un estanque: lo que allí flote estará más arriba o abajo, pero no cambiará su naturaleza; el cambio de nivel no hará que floten unas cosas u otras, o en mayor o menor cantidad.

La conclusión a la que llevan estos supuestos es elemental. Si la cantidad de dinero no afecta a la producción y al empleo, ¿qué necesidad hay de incluirlo en los modelos económicos de donde se deduce luego la política económica que lo que persigue es actuar sobre la producción y el empleo? Así razona la economía dominante y por eso excluye el dinero al analizar la interrelación de variables que provoca problemas económicos.

Esta idea ya fue criticada y puesta en cuestión en su día por John Maynard Keynes (1883-1946). El economista británico decía que, aunque se acepte que si cambia la cantidad de dinero circulante sólo se afecta a los precios, lo cierto es que no todos ellos van a verse modificados en la misma proporción. Y esto significa que las variaciones en el montante de la circulación monetaria tendrán efectos diversos en la producción, puesto que no todas las actividades se verán influidas del igual modo por los cambios en los precios y, en

consecuencia, en sus costes. Por esa razón, Keynes defendía que cualquier variación en la cantidad de dinero iba a tener efectos en el gasto total de la economía, en la producción y en el empleo. No sólo porque, como acabamos de explicar, provocaría movimientos desiguales en los precios. También porque afectaría el tipo de interés (el precio del dinero) y eso repercutiría en la inversión, que es lo que, en última instancia, determina la producción y el empleo que se utilice para obtenerla.

Otros economistas (no necesariamente heterodoxos, críticos o de izquierdas, sino también liberales o que asumen otros principios de la economía dominante) desarrollaron este pensamiento de Keynes y fueron más allá. Descubrieron que los bancos no se limitan a intermediar con el dinero, sino que lo crean por sí mismos y que, además, lo crean de la nada; es decir, sin necesidad de tener recursos o depósitos previos. Más concretamente, señalaron que los bancos comerciales crean depósitos cuando conceden un préstamo y no al revés, como se empeña en señalar el saber convencional.

Si un particular llamado Pepe tiene 100 euros y presta 20 a María, la cantidad total de dinero existente no varía cuando se produce ese préstamo. Pepe sólo podrá gastar 80 y María 20. Sin embargo, si los 100 euros de Pepe están depositados en un banco y María pide prestados los 20 euros a esa entidad bancaria, lo que ésta hará, si se lo conceden, será abrirle inmediatamente una cuenta en la que quedará depositada esa cantidad.

La sabiduría dominante dice que el préstamo de 20 euros a María procede del depósito de 100 euros de Pepe, pero es evidente que no es así: Pepe puede seguir gastando esa cantidad (100 euros), mientras que María puede gastar ahora 20 euros adicionales. Por tanto, se ha creado dinero por esta última cantidad, pues, al conceder el préstamo, hay ya 120 euros en medios de pago disponibles para gastar. Y se ha creado de la nada: si se hubiera creado a partir del depósito inicial de Pepe, éste habría quedado inmediatamente disminuido en el momento en que se concedía el préstamo (como ocurrió cuando fue Pepe quien prestó a María el dinero).

Este proceso significa que, en realidad, los bancos comerciales pueden crear tanto dinero de la nada como deseen. Es cierto que el

banco central puede imponer una determinada reserva (un 1 por ciento en Europa). Pero, suponiendo que no dispongan de ella, la pueden conseguir automáticamente solicitando un préstamo, bien al banco central o a otros bancos.

Si esto funciona así, como ocurre en realidad, resulta que la deuda generada por la banca cuando concede préstamos impulsa el gasto. Es una deuda adicional que proporciona capacidad de compra añadida (los 20 euros de María), crea medios de pago adicionales que inmediatamente utilizan los hogares o las empresas para nuevo gasto en consumo o inversión. Por tanto, resulta que la banca no es una mera cañería por donde circula el dinero, sino que la deuda que crea cuando concede préstamos es un motor más de la economía. Los bancos crean dinero (dinero bancario) al aumentar la deuda y, puesto que se gasta, ese nuevo dinero influye sobre la producción y el empleo.

El saber económico dominante da la espalda a esta realidad. Basta consultar cualquier manual escrito por economistas de esta corriente para comprobar que lo que allí se dice es que el dinero lo crea el banco central, que los bancos se limitan a intermediar y que lo único que hacen los préstamos es redistribuir el dinero, pasándolo de unos bolsillos a otros, sin alterar, por tanto, ni la producción ni el empleo ni la deuda.

Esta creencia es la que lleva a los economistas convencionales y a las grandes instituciones económicas que la siguen a prescindir en sus modelos del dinero y del crédito, de la deuda privada como motor que puede empujar o frenar a la actividad económica. Y, puesto que no tienen en cuenta el factor monetario o financiero, no pueden predecir la aparición de las crisis provocadas por causas monetarias o financieras, como sí han podido hacer quienes lo consideran un elemento explicativo en sus modelos.

La experiencia nos muestra con toda claridad que una hipótesis equivocada como la que establece que el dinero es neutral lleva a la imposibilidad de predecir con acierto y aplicar políticas económicas que resuelvan los problemas económicos en lugar de provocarlos. Mucho más en una época como la nuestra en la que las finanzas y la deuda han crecido tan extraordinariamente, superponiéndose a la economía real y productiva.

Economía sin energía: descuido del medioambiente y negación del cambio climático

El fraude que comete la economía neoclásica dejando fuera de los modelos el dinero se amplifica al tener en cuenta que hace lo mismo con la energía y desfigura, por extensión, el lugar que los recursos naturales ocupan en los procesos económicos.

Los primeros estudiosos de la vida económica descubrieron muy pronto cuál era el origen de toda creación de riqueza e ingreso. William Petty (1623-1687), médico, profesor de anatomía en Oxford y de música en Londres, inventor, agrimensor, terrateniente, uno de los fundadores de la Royal Society y parlamentario, estudió también la vida económica. Decía que el trabajo era el padre y la naturaleza la madre de toda la riqueza, la fuente del valor de los bienes en el intercambio. Lo mismo que dijeron otros primeros economistas como Cantillon, Quesnay o Turgot, denominados fisiócratas, una expresión cuya etimología proviene de los términos griegos *physis*, 'naturaleza', y *kratos*, 'gobierno' o 'poder'.

Sin embargo, los economistas clásicos como Adam Smith, David Ricardo o Karl Marx dejaron a un lado esos planteamientos, se centraron en la expresión monetaria de los procesos económicos y apenas dieron importancia al componente puramente material presente en todos ellos. Una dejación que se acentuó en el posterior modelo neoclásico e incluso en los modelos keynesianos y poskeynesianos y que se ha consolidado hasta nuestros días, salvo en el caso de la conocida como «economía ecológica».

En la economía convencional dominante, el problema del uso de recursos naturales se plantea sobre dos presupuestos fundamentales. Por un lado, se considera que se puede resolver a través del intercambio de mercado y el sistema de precios. Y, por otro, se contempla la vida económica como un sistema lineal que funciona en una sola dirección que va de la producción de bienes al consumo. Sólo el dinero se desplaza en todas las direcciones del sistema, pero, como hemos visto, sin influir en esos procesos reales.

Para formalizar esa idea se utiliza la llamada «función de producción», cuya primera y más conocida expresión fue publicada por

Charles Cobb y Paul Douglas en 1928 y por eso se conoce como función de producción Cobb-Douglas. Esta función establece que la cantidad máxima de producción que puede obtenerse en una economía es función de la dotación existente de trabajo, de capital y de recursos naturales.

Sin embargo, utilizando determinados parámetros y rodeos matemáticos que no es necesario reproducir aquí, enseguida se demostró que esa función podría reducirse a la consideración de tan sólo dos factores: el trabajo y el capital. La dotación de recursos naturales se podía eliminar por considerarse nula o de muy pequeña relevancia o porque se suponía que podría obtenerse, sin ninguna limitación, por una dotación adicional del factor capital.

Era una solución ingeniosa, pero, como señaló con toda razón Nicholas Georgescu-Roegen, no indicaron de qué manera milagrosa es posible que el capital, las máquinas, herramientas, ordenadores, vehículos, etc., puedan fabricarse o funcionar sin disponer de algún tipo o cantidad de recursos naturales.

Este economista rumano establecido en Estados Unidos fue quien más brillantemente mostró que la economía dominante «prefirió ignorar el papel absolutamente crucial que ejercen los recursos naturales en el proceso económico», lo cual le valió, por cierto, un significativo cambio de consideración a lo largo de su trayectoria académica. En el prólogo a su obra *Analytical Economics*, Paul Samuelson escribió en 1965 que era «el erudito entre los eruditos, el economista entre los economistas». Sin embargo, fue marginado e incluso olvidado por la economía convencional en cuanto dejó la ortodoxia en la que había brillado para poner al desnudo sus limitaciones y promover la economía ecológica, un análisis de la vida económica mucho más realista.

Georgescu-Roegen demostró que, al establecer las dos hipótesis anteriores, la economía dominante puede concebir la vida económica como un proceso en continua expansión, de crecimiento ilimitado. Lo único que podría interrumpirlo sería, si acaso, alguna circunstancia o choque de origen externo. Y, en ese caso, los economistas convencionales suponen que el funcionamiento automático del mercado y la flexibilidad al alza o a la baja de los precios serían

suficientes para hacer que todo volviera a su cauce, se restaurase el equilibrio y el crecimiento.

Georgescu-Roegen fue el primer economista que claramente puso de relieve un vacío esencial en la economía (aunque en este punto hay que reconocer que no sólo la neoclásica, sino también la keynesiana, la poskeynesiana y la marxista): no tener en cuenta el papel que desempeña la energía.

Cualquier proceso económico se basa en la utilización de energía disponible para convertirla en útil para producir con ella bienes y servicios, consumirlos y tratar de eliminar o reducir en la medida de lo posible los residuos o desechos generados. Por tanto, limitarse a considerar los procesos económicos como el resultado de la utilización y el intercambio sólo de materiales y dinero, sin añadirle los flujos de energía, como hace la economía convencional, incurre en un reduccionismo que impide contemplar y analizar lo que realmente ocurre en la vida económica. Equivale, como dijimos al principio de este epígrafe, a analizar el funcionamiento del cuerpo humano y de sus problemas de salud dejando a un lado, por ejemplo, la corriente sanguínea.

Sin considerar los flujos de energía imprescindibles para producir bienes y servicios no se entiende bien qué es realmente la vida económica, cómo funciona, qué nos puede proporcionar y qué no.

En concreto, al incorporar la energía desaparece el sueño del crecimiento ilimitado de la producción porque, como señalaba Georgescu-Roegen, la energía necesaria para producir bienes y servicios ni se crea ni se destruye, tal y como establece la primera ley de la termodinámica, y esto impone un límite inexorable a la producción. En un sistema cerrado, como es nuestro planeta, no se podrá disponer nunca de una fuente ilimitada de energía para producir materiales, y por eso decía que esa ley de la termodinámica era el auténtico origen de la escasez a la que se enfrenta la vida económica. No la escasez de recursos o dinero, sino la de materiales.

Por otro lado, creer que el uso de los recursos naturales puede ser eficiente dejándolo al simple funcionamiento de la oferta y la demanda en el mercado y dejar a un lado la energía como un tercer y decisivo factor productivo, junto con el trabajo y el capital, produce, al menos,

tres efectos letales para el análisis económico convencional.

En primer lugar, se soslaya que el mercado no puede proporcionar una solución eficiente para el uso de los recursos naturales por una sencilla razón que Georgescu-Roegen[2] expuso con total claridad: el mercado sólo se basa en las preferencias de las generaciones actuales, las cuales tienen lógicamente un horizonte temporal reducido en comparación con el tiempo de vida de la especie humana. A las generaciones futuras les afectan las decisiones que ahora se tomen en el mercado sobre el uso de los recursos naturales y, sin embargo, no están presentes para mostrar su preferencia. Si estuvieran presentes, los resultados de asignación que hoy se tomaran sobre su uso serían muy distintos, pues, con seguridad, no querrían renunciar al privilegio de disfrutar de ellos.

En segundo lugar, la utilización de funciones de producción y modelos que no tienen presente la energía lleva a sostener que el crecimiento ilimitado es una posibilidad real en la vida económica. Una auténtica quimera. Y produce, además, otra falacia fundamental, porque de esa manera no se puede contemplar algo esencial: los procesos económicos implican no sólo cambios en la cantidad de los recursos, sino también en la calidad de los que se utilizan para producir bienes y servicios.

Aunque esta última idea pueda parecer algo abstracta, tiene en realidad una expresión muy concreta y consecuencias prácticas bastante claras, como puede comprobarse hoy día en la lucha contra el cambio climático.

En un proceso como el que está viviendo la economía mundial, cuando el uso de combustibles fósiles lleva a una situación claramente insostenible, no sólo desde el punto de vista ambiental, sino también desde el económico o monetario, los llamados procesos de transición hacia energías en principio menos dañinas y sostenibles se diseñan a partir de ese tipo de modelos. De ellos se derivan políticas orientadas tan sólo a utilizar insumos energéticos adicionales y diferentes, pero sin plantearse una modificación profunda del sistema y del modo de vida económico; es decir, del cómo se produce y consume, que es lo que realmente provoca el cambio climático.

Finalmente, un tercer efecto de contemplar los procesos económicos

como flujos de materiales y dinero, sin consideración de los de energía, es que las «respuestas» al cambio climático que proporcionan son remedios incluso peores que la enfermedad.

Cuando sólo se toma en consideración la producción material y el dinero, como hizo el pionero de estos análisis William Nordhaus, lo que se hace es calcular el coste económico del cambio climático y compararlo con el que a largo plazo tenga el no actuar para evitarlo, y ambos con los beneficios que se puedan obtener de actuar de un modo u otro.

El razonamiento podría ser aceptable si no se aplicara siempre de un modo bastante tramposo: se contabilizan a la baja los costes del cambio climático y los beneficios de combatirlo y los «beneficios» de soportarlo se aumentan desmesuradamente. O, sencillamente, se aplica el supuesto del «supongamos que tenemos abrelatas». Aunque pueda parecer mentira, Nordhaus supuso, por ejemplo, que la industria, la minería, el transporte, las comunicaciones, las finanzas, los seguros, el sector inmobiliario, el comercio, los servicios del sector privado y los servicios gubernamentales (más o menos el 95 por ciento de todas las actividades económicas) no se verán afectados por el aumento de temperaturas porque se llevan a cabo en interiores o entornos «cuidadosamente controlados».

Se puede discutir si estos planteamientos son inocentes o deliberadamente concebidos, pero lo cierto es que provocan un doble efecto de gran trascendencia. Por un lado, convierten el crecimiento económico en una especie de aspiración cuasirreligiosa, creyendo que lograrlo sin detenimiento es la fuente de la riqueza y el bienestar, descuidando así el uso de recursos naturales limitados. Por otro, desdeñan el peligro del cambio climático y justifican que quienes lo provocan no tengan que cambiar de comportamiento y pagar por los daños que producen.

Políticas justificadas con predicciones que siempre fallan

El economista liberal Milton Friedman aseguraba que a los

economistas no debe preocuparles el irrealismo de sus hipótesis o puntos de partida, siempre que éstos les proporcionen «predicciones de exactitud suficiente».

Sin embargo, la consecuencia inevitable del irrealismo de los modelos que la economía dominante utiliza para establecer sus conclusiones y ofrecer sus propuestas de actuación es su falta de acierto a la hora de lanzar predicciones, en cualquiera de los aspectos que se quiera evaluar.

En el seguimiento de la marcha general de la actividad, el error es prácticamente una constante de la economía dominante. Se ha constatado que las economías se encuentran en recesión entre el 10 y el 12 por ciento del tiempo, lo que significa que son un fenómeno relativamente habitual, no hitos extraordinarios. Sin embargo, los modelos convencionales son incapaces de anticiparse a ellas y, a veces, incluso de detectarlas cuando ya se están produciendo.

Estudios del propio Fondo Monetario Internacional analizaron el desarrollo de 153 recesiones en las últimas décadas y comprobaron que sólo 5 fueron anticipadas un año antes por organismos privados o por esa institución, la cual sólo pronosticó correctamente 15 de las 134 registradas en la última década del siglo XX en todo el mundo.[3]

En 2008, cuando ya se había producido la caída de Lehman Brothers, el Fondo Monetario Internacional estimó que únicamente 7 países entrarían en recesión como consecuencia de las perturbaciones financieras. En realidad, fueron 91 las economías en recesión. Predijo también que al año siguiente las economías de Estados Unidos y Japón estarían en expansión. Lo que ocurrió fue que la primera cayó un 3 por ciento y la nipona un 5,4 por ciento, la caída más grande desde la Segunda Guerra Mundial. Haciendo un chiste, algunos dicen que si los economistas del Fondo Monetario Internacional utilizan decimales es para mostrar que tienen sentido del humor.

El Banco Mundial reconocía en un informe de 2023 que los errores de pronóstico sobre la evolución del producto interior bruto de las naciones y el agregado mundial en los años comprendido entre 2010 y 2020 son grandes y el Fondo Monetario Internacional que los errores sobre la evolución del porcentaje de la deuda pública sobre el PIB son de hasta 10 puntos para un horizonte de cinco años.[4]

Ambos organismos, como los bancos centrales, volvieron a equivocarse calamitosamente a partir de 2021, cuando los precios comenzaron a subir, y se tomaron medidas muy desacertadas y costosas debido a sus previsiones erróneas.

La empresa de servicios de información financiera Bloomberg publicó el 10 de abril de 2019 un artículo irónicamente titulado «La previsión económica es realmente difícil. Basta con preguntarle al FMI». En él se proporcionaban los resultados de haber analizado más de 3.200 pronósticos para un mismo año por país publicados cada primavera desde 1999 por el Fondo Monetario Internacional: sólo en el 6 por ciento de los casos había pronosticado con acierto.

El problema que ocasionan estos errores es muy grave. Como se decía en el reportaje de Bloomberg, las previsiones del FMI «influyen en las decisiones que adoptan los gobiernos y las organizaciones privadas de todo el mundo: los altos funcionarios de los bancos centrales y los ministerios de finanzas de la mayoría de los países utilizan las proyecciones del FMI como referencia o para comprobar la exactitud de sus propias previsiones. La organización también es un prestamista de emergencia para los países en crisis. Cuando el FMI se equivoca, puede haber costos reales».

Esos costes son, efectivamente, reales e inmensos, porque los economistas de esos organismos suelen actuar con una enorme soberbia intelectual y sin ningún tipo de sensibilidad cuando obligan a los gobiernos a adoptar medidas de ajuste y recortes de gastos sociales que producen pobreza y sufrimiento, además de la ruina de las economías.

Así ocurrió, sin ir más lejos, cuando aseguraban que las políticas de austeridad basadas en recortes en el gasto público que imponían tras la recesión de 2008 apenas disminuirían la renta y que eran imprescindibles para reducir la deuda.

Varios estudios de Isabel Ortiz y Matthew Cummins han puesto de relieve el fraude que escondían esas propuestas del Fondo Monetario Internacional. En uno de ellos, estudiaron 314 informes publicados sobre 181 países y comprobaron que las políticas de recortes, es decir, la economía de la motosierra, se habían llegado a aplicar en 131 en 2014 y llegaron a afectar a 6.300 millones de personas en 2015, el 90

por ciento de la población mundial. En contra de lo que había asegurado el FMI en sus informes, Ortiz y Cummins concluyeron que las medidas que propuso no contribuyeron a impulsar el crecimiento económico ni a crear el empleo estable ni a mejorar el nivel de vida y la cohesión social ni a reducir la deuda.[5]

Todos estos errores tienen una misma causa. Se producen tras utilizar modelos sostenidos en los presupuestos incorrectos que hemos analizado. Son irrealistas y Friedman estaba equivocado: un modelo basado en hipótesis falsas no puede obtener una representación rigurosa de la realidad ni proporcionar predicciones certeras y útiles.

Los argumentos que justifican las políticas económicas del trumpismo y la motosierra no son científicos

Desde que economistas como Stanley Jevons (1835-1862), Léon Walras (1834-1910), Carl Menger (1840-1921) y Wilfredo Pareto (1848-1923) comenzaron a poner los mimbres de la economía neoclásica, existe una verdadera obsesión por hacerla aparecer como una ciencia dura y parangonable, sobre todo, con la física.

A partir de los análisis de esos pioneros se desarrollaron los modelos más sofisticados que hemos comentado, y que permitieron a Milton Friedman afirmar que la economía era una ciencia «objetiva», exactamente en el mismo sentido que cualquiera de las ciencias físicas.

Sin embargo, es bastante claro que la economía neoclásica no es una ciencia porque no cumple con los requisitos que el conocimiento científico auténtico debe tener.[6]

En primer lugar, sus hipótesis, enunciados y conclusiones, como hemos visto, no se ajustan a la realidad. Los tres principios de los que se deducen sus propuestas (maximización, equilibrio y conducta racional, completa o incluso limitada) han sido refutados taxativamente por la experiencia o incluso chocan entre sí.

En segundo lugar, la investigación derivada de estos principios neoclásicos tiene una potencia estadística muy débil, es decir, muy baja verosimilitud.

Un estudio de Juan P. A. Ioannidis, Tom D. Stanley y Cristo Doucouliagos sobre la influencia de los sesgos en la literatura económica puso de relieve que la mitad de las áreas de investigación estudiadas tienen casi el 90 por ciento de sus resultados con potencia estadística insuficiente.[7] Tras analizar 6.700 estudios empíricos, esos autores han descubierto que casi el 80 por ciento de los efectos informados en ellos son exagerados. Y, lo que quizá sea aún más relevante, afirman que sólo pudieron replicar (repetir los casos para comprobar que daban el mismo resultado siempre) menos de la mitad de esos artículos.[8]

Una tercera razón que impide considerar como ciencia no sólo en este caso la economía neoclásica, sino al conjunto de la economía, es que no existe un corpus de conocimientos generalizadamente compartido. No existe un paradigma común o un conjunto de verdades básicas y, como tales, comúnmente aceptadas, tal y como ocurre y es lógico que deba ocurrir en las ciencias a las que los economistas neoclásicos dicen parecerse.

Es cierto que las ideas derivadas de aplicar el modelo neoclásico conforman un saber dominante, pero no está generalmente aceptado, como ocurre cuando se comparten ideas que han sido sometidas a refutación y que se mantienen porque son verdades.

Un estudio de David Colander publicado en 2005 mostraba una curiosa paradoja que lo demuestra.[9] Por un lado, descubrió que el 77 por ciento de los alumnos de doctorado en Economía de las más prestigiosas universidades de Estados Unidos pensaba que «la economía es la ciencia social más científica». Pero, al mismo tiempo, sólo el 9 por ciento de los entrevistados opinaba que hay consenso con respecto a cómo responder preguntas básicas de la ciencia económica.

A diferencia de lo que debería ocurrir en una disciplina que realmente mereciera ser considerada como científica, una gran parte de los economistas expresa su acuerdo o desacuerdo con las ideas económicas en función de quienes crean que las han formulado y no en virtud de su contenido intrínseco.

Eso es lo que descubrieron Mohsen Javdani y Ha-Joon Chang en una investigación sobre los sesgos que mueven a los economistas a la hora de aceptar o rechazar las ideas o propuestas económicas.[10] Pidieron a

2.425 economistas de 19 países que evaluaran una serie de proposiciones económicas sobre temas diversos (equidad, propiedad intelectual, globalización, metodología económica, mujeres en economía...) atribuidas a economistas destacados, principalmente de la corriente económica neoclásica mayoritaria. Todos los encuestados recibieron las mismas proposiciones, pero atribuidas aleatoriamente a cada uno de ellos.

De entrada, el 82 por ciento de los participantes aseguró que, al evaluar una proposición, sólo se debería prestar atención a su contenido. Sin embargo, la encuesta mostró que el grado de acuerdo con una proposición aumentaba cuando se atribuía a un economista de la corriente principal, sea cual fuere su contenido. Dicho de otra manera, se estaba más de acuerdo con una misma proposición crítica con el sistema económico o con el uso de las matemáticas, por ejemplo, si se presentaba como atribuida a Adam Smith o Kenneth Arrow, y más en desacuerdo si exactamente esos mismos juicios se atribuían a Karl Marx o a cualquier otro economista heterodoxo.

La cuarta razón que permite descalificar como ciencia la economía, no sólo la neoclásica ciertamente, aunque sí en mayor medida, es que sus proposiciones tienen fundamentos y propósitos que afectan al interés de quienes crean el conocimiento. La economía no proporciona conocimiento objetivo, sino que da lo que se le pide o lo que conviene a los intereses de quien investiga. ¿Cómo, si no, se iban a poder mantener y enseñar durante tanto tiempo proposiciones cuya falsedad ha quedado materialmente demostrada?

Los economistas neoclásicos aseguran que la ciencia que hacen es positiva y ajena a prejuicios, presiones o juicios de valor. Sin embargo, la investigación realizada sobre su forma de razonar y lanzar propuestas confirma todo lo contrario, como se documenta también en un estudio publicado en 2024 por Zubin Jelveh, Bruce Kogut y Suresh Naidu.[11]

Utilizando el aprendizaje automático, un método de análisis de grandes baterías de datos mediante inteligencia artificial y redes neuronales, estos autores han demostrado que las inclinaciones políticas de los autores de escritos económicos no sólo influyen en su lenguaje, sino también en los resultados de la investigación. Su estudio

revela que las conclusiones a las que llegan los economistas y sus proposiciones están influidas por «lealtades y creencias implícitas» que derivan de sus concepciones políticas.

La quinta razón por la que la economía neoclásica no puede ser considerada una ciencia es porque, como hemos visto, establece proposiciones sobre la realidad económica demostradamente falsas. Utilizando «modelos de juguete», como los ha denominado el economista Robert Skidelsky, y haciendo creer que la actividad económica se desenvuelve en el equilibrio, la economía neoclásica opera en un universo de fantasía, en el que no hay lugar para los factores que realmente resultan determinantes de lo que sucede en la vida económica. No sólo para el dinero o la energía, como ya hemos estudiado, sino para la historia, el poder o las relaciones sociales. Como decía Deirdre McCloskey, los economistas neoclásicos son «institucionalmente ignorantes», porque no sienten mucha curiosidad por el mundo que intentan explicar y consideran una pérdida de tiempo hacer trabajo de campo para saber realmente cómo se comportan los hogares o las empresas.

La sexta razón que inhabilita a la economía neoclásica como ciencia es su proverbial fracaso a la hora de predecir, que ya hemos señalado.

Si el genial físico estadounidense Richard Feynman (1918-1988) llevaba razón cuando aseguraba que la prueba de la ciencia es su capacidad de predicción, la economía neoclásica debería haber perdido toda esperanza de serlo, pues su capacidad predictiva es prácticamente nula. Y ése es el resultado, tal y como vimos, del irrealismo de sus supuestos e hipótesis y de su extraordinaria servidumbre hacia los grandes poderes económicos.

Un buen ejemplo de ello son los modelos que han servido en España para «predecir» constantemente la inviabilidad del sistema público de pensiones. Respaldados siempre por entidades financieras que se beneficiarían de un mayor fomento del ahorro privado, sus autores no acertaron nunca en sus previsiones catastrofistas. Sin embargo, los volvían a contratar para que siguieran aplicando los mismos modelos de los que se obtenían conclusiones demostradamente erróneas una vez detrás de otra.

Finalmente, hay una razón decisiva para no considerar la economía

neoclásica como una ciencia. Cualquier rama del conocimiento es científica si y sólo si se refutan las proposiciones no verdaderas que haya sostenido. Lo que hace que un saber sea científico no es lo que hace la economía neoclásica, formular teoremas matemáticos por muy coherentes que sean, sino establecer verdades sobre un determinado fenómeno. Y no es ciencia la que se basa en proposiciones que no responden a la realidad y las mantiene sin cambios a lo largo del tiempo, sabiendo que son falsas e institucionalizando el engaño y el fraude.

¿Fraude inocente o deliberado?

En su último libro titulado *La economía del fraude inocente* (Crítica, 2004), John K. Galbraith afirma que el fraude que la mayoría de los economistas cometen es inocente. Es fraude, dice, porque se defienden ideas que no responden a la realidad y que rinden «un servicio sigiloso a ciertos intereses particulares», aunque lo considera inocente porque la mayoría de los que lo perpetran lo hacen sin sentirse culpables.

Es difícil, o mejor dicho, imposible, determinar si hay ignorancia, errores sin responsabilidad, creencias falsas interesadas o, de nuevo en palabras de Galbraith, «disparates calculados». Pero cuesta creer que el fraude se produzca inocentemente.

En primer lugar, porque la evidencia de que se parte de hipótesis irreales para llegar a conclusiones que tampoco tienen que ver con la realidad es clamorosa, ha quedado demostrado en multitud de ocasiones. Y, sin embargo, se siguen manteniendo y defendiendo con ardor.

En segundo lugar, porque no se puede afirmar que los errores de predicción sean inevitables y generales en cualquier tipo de modelo o análisis teórico. El propio Banco de España tuvo que reconocer que sus errores de previsión se multiplicaron por diez a causa de la COVID-19. Seguramente, como les ocurrió a casi todos los bancos centrales. Sin embargo, tal y como mostraré más adelante, otros analistas no se han equivocado al analizar lo mismo en iguales condiciones. Utilizando modelos basados en las ciencias de la complejidad, como

comentaremos en el capítulo siguiente, y no los neoclásicos de los bancos centrales y los grandes organismos económicos o los economistas ortodoxos, acertaron en sus previsiones para el mismo período de inestabilidad e incertidumbre. ¿Acaso se puede creer que los bancos centrales no los conocían y que sus errores se produjeron por simple desconocimiento?

En tercer lugar, no resulta menos sospechoso que los errores de la economía dominante y en particular los que determinan las políticas de las que dependen las condiciones de vida de la gente y su bienestar caigan siempre del mismo lado y se mantengan durante décadas a pesar de que, reiteradamente, se compruebe que siempre benefician y perjudican a los mismos grupos sociales.

Baste un solo ejemplo que tiene mucho que ver con el uso de la motosierra. Uno de los mayores y más dañinos errores que ha cometido sin cesar el Fondo Monetario Internacional se ha producido al calcular los llamados multiplicadores del gasto público que indican por cuánto se multiplica el aumento o la bajada de la renta cuando sube o baja el gasto público.

El propio Fondo reconoció en un informe del 9 de octubre de 2012 que estuvo nada más y nada menos que treinta años calculándolos a la baja. Era la manera de vender que sus constantes propuestas de recortes de gasto social —el uso de la motosierra— no tendrían los efectos dramáticos que en realidad iban a provocar. Y cuesta mucho creer que si mantuvo cálculos equivocados durante tres décadas fuese inocentemente, sin darse cuenta, sin conciencia o ninguna intención de cometer un fraude.

Se sabe que los postulados de los que parten todos los modelos que se utilizan son irreales, se comprueba que sus predicciones son erróneas, se constata que las propuestas derivadas de ellos actúan en el sentido contrario al que supuestamente deseaban... Sin embargo, se siguen usando los mismos métodos de análisis y sosteniendo las mismas tesis y propuestas de política económica. Cuando la mencionada Deirdre McCloskey se preguntaba en un artículo de 2006 por qué la economía iba por mal camino, le vinieron a la mente las palabras que el político y militar inglés Oliver Cromwell pronunció ante la Asamblea General de la Iglesia de Escocia, el 3 de agosto de

1650: «Os ruego, en las entrañas de Cristo, que penséis que es posible que estéis equivocados».

Exactamente lo mismo habría que decirles a los economistas que tratan de fundamentar en un fraude las políticas económicas dominantes de nuestro tiempo y que ahora tienen su expresión más ruinosa y brutal en la guerra comercial o en los recortes del trumpismo y la economía de la motosierra. Porque están equivocados, tal y como acabamos de comprobar y volveremos a hacer en los siguientes capítulos. Están equivocados y la consecuencia de esa equivocación generalizada es que las respuestas que se dan a los grandes problemas económicos son ineficaces y muy dañinas para la inmensa mayoría de la población.

3

Se puede analizar la economía de otro modo

Una anécdota ocurrida al economista estadounidense George Akerlof y relatada por él mismo muestra muy claramente la enfermedad que aqueja al saber económico dominante que hemos tratado de mostrar a grandes rasgos en el capítulo anterior. En el curso 1966-1967 escribió un artículo que tituló «The Market for “Lemons”». Su traducción literal sería «El mercado de los “limones”», pero Akerlof no se refería a la fruta, sino a los coches usados poco fiables que reciben esa denominación en el argot de Estados Unidos.

En su artículo, señalaba que en el mercado de coches de segunda mano se ofrecen unos de buena calidad y otros peores y que los vendedores saben cuáles son unos y otros, pero los compradores no. Hay, por tanto, información asimétrica y Akerlof demostró que la consecuencia sería que el mercado no proporcionaría una solución óptima. Se terminarían ofreciendo sólo coches de baja calidad y a un precio elevado.

Su planteamiento rompía con la hipótesis de partida del saber económico dominante y tres de las más influyentes revistas de análisis económico rechazaron su publicación. La *American Economic Review* y *The Review of Economic Studies* por considerar que el tema era trivial y la *Journal of Political Economy* con un argumento mucho más revelador. Le escribieron diciéndole que, si ese artículo fuera correcto, la economía sería diferente. Este último comportamiento es el que ha venido caracterizando al saber económico dominante durante las últimas décadas. Se asumen como verdades infalibles los supuestos y principios de sus modelos y teorías y lo que está fuera de ellos se rechaza y no se reconoce como auténtica economía.

Así se consolida la manifestación quizá más grave del engaño que

hay detrás del saber económico dominante, la que consiste en hacer creer a la sociedad que no hay alternativa alguna a su método de análisis ni a las propuestas que se derivan de él. Basta observar el supremacismo intelectual, la carencia de duda alguna y el fundamentalismo con que defienden sus posiciones los economistas que respaldan el trumpismo y la economía de la motosierra para darse cuenta de que se han convertido en la expresión más fiel y combativa de ese fraude. Trataremos de desmontar a continuación esta falsedad.

Viejo paradigma y otros nuevos que emergen

Durante décadas, el análisis económico derivado de los principios teóricos neoclásicos se ha mostrado a sí mismo como una fortaleza inexpugnable, articulada en torno a un conjunto de verdades que nadie podría atreverse a poner en duda. Es decir, como la ortodoxia, un término cuyo origen etimológico procede de *orthos*, 'correcto', y *doxa*, 'conocimiento' y que, por tanto, significa *laopinióncorrecta*.

Esa ortodoxia se ha beneficiado siempre del principio que suele recomendar el saber popular: no conviene interferir en los cuentos de hadas si se quiere vivir feliz por mucho tiempo. Entre otras razones, por la que señaló el ya mencionado Kenneth Galbraith cuando afirmó que es mucho mejor y más seguro tener un ancla firme en tonterías que navegar en los mares turbulentos del pensamiento.

Sin embargo, con el paso del tiempo, no se ha podido evitar que afloren sus incoherencias, contradicciones internas y falta de realismo, o que se manifiesten con toda crudeza su clara incapacidad para predecir acertadamente el curso de los acontecimientos y los efectos reales de las políticas que se proponen como aplicación de sus principios teóricos.

Desde que comenzó a popularizarse, con distintos principios ideológicos y enfoques analíticos, se han ido cuestionando la mayor parte de sus postulados y se han desarrollado planteamientos alternativos, unos más alejados que otros de las hipótesis neoclásicas originales, pero siempre modificando y sustituyendo alguna de sus piezas esenciales.

Sirva como ejemplo que el mencionado George Akerlof recibió en 2001 el Premio del Banco de Suecia en Ciencias Económicas en memoria de Alfred Nobel, precisamente, por haber planteado lo que en 1970 no quisieron publicarle tres de las revistas económicas más poderosas de aquel entonces.

La propia economía keynesiana, la otra gran ortodoxia económica del siglo XX, que no se puede considerar completamente desaparecida, ya cuestionó que los mercados se autorregulen eficientemente a corto plazo, utilizó modelos macroeconómicos basados en relaciones agregadas (consumo, inversión, ahorro) y con mecanismos de ajuste bajo condiciones de incertidumbre y expectativas cambiantes.

Más tarde, el neokeynesianismo trató de sintetizar la obra de Keynes con los postulados neoclásicos dando un papel diferente, endógeno, al dinero, y realizando análisis diferenciados de los mercados y la política económica.

El poskeynesianismo fue más lejos, con análisis más avanzados de las finanzas y la distribución de la renta, incorporando la incertidumbre, al menos inicialmente, y cuestiones normativas que tienen que ver con el deber ser, es decir, con preferencias o presupuestos éticos. Los economistas de este enfoque, a diferencia de los neoclásicos, utilizan modelos macroeconómicos dinámicos con expectativas no racionales y dan prioridad al uso de datos históricos e institucionales en su análisis de los procesos económicos.

La llamada escuela austriaca, que asumen como inspiración teórica los economistas libertarios del trumpismo y la motosierra, se presenta a sí misma como una corriente novedosa que analiza la economía con un enfoque diferente al del modelo neoclásico. Sin embargo, aunque ciertamente tiene diferencias, toma sus principios fundacionales, como el individualismo metodológico, da prioridad al análisis de los procesos de mercado y asume el valor subjetivo (la utilidad que le da cada individuo) como fundamento del valor de los bienes. En cualquier caso, su propia existencia muestra que no hay una única manera de analizar la economía.

Los sucesivos desarrollos de enfoques procedentes de la psicología, como la llamada economía conductual, obligaron a considerar tipos de comportamientos de los sujetos antes no contemplados. Gracias a sus

aportaciones, ya se asume que los individuos deciden influenciados por el entorno, que tienen limitaciones cognitivas y emocionales que los llevan a decidir con sesgos y que no suelen elegir maximizando, como supone el modelo neoclásico, sino aceptando las soluciones que les parecen suficientemente buenas, aunque no sean las mejores.

La economía experimental ha permitido comprobar que los sujetos no buscan maximizar la utilidad, sino que, en realidad, rechazan la falta de equidad y suelen valorar el altruismo y actuar en consecuencia. Es decir, de manera completamente diferente a como establece el saber económico dominante.

La progresiva preocupación por el medioambiente impulsó la economía ecológica que, de diversas maneras, proporciona enfoques alternativos sobre el uso de los recursos naturales y de la energía y su relación con los procesos económicos.

La economía feminista ha experimentado un enorme desarrollo. Se ha asentado en enfoques y modelos muy distintos, desde el neoclásico hasta los marxistas, abriendo en todos ellos una nueva perspectiva al considerar que la desigualdad entre mujeres y hombres está en el origen de grandes problemas económicos y obligando a que la consideren un punto de partida del análisis teórico.

Las diversas corrientes del institucionalismo económico pusieron sobre el tapete la necesidad de contemplar el papel de las normas, las estructuras sociales, la evolución histórica y el poder como determinantes del comportamiento económico y los procesos de intercambio. Y han desarrollado investigaciones cualitativas, basadas en estudios de casos y en el análisis comparativo.

De la economía marxista original han nacido diferentes corrientes teóricas, centradas en problemas monetarios y del desarrollo, basados en el estudio de los procesos de acumulación de capital, las relaciones de poder y los mecanismos de generación del valor.

Otros enfoques, como el de la economía evolutiva o los procedentes de otras ciencias, como las que estudian la dinámica de sistemas y la complejidad, han abierto nuevas vías de análisis estudiando la economía, como veremos enseguida, como un sistema adaptativo. Han incorporado con mucha mayor presencia el aprendizaje, la adaptación y los procesos históricos en el análisis económico.

Éstas son algunas de las diversas corrientes o escuelas que conforman la heterodoxia que se ha abierto paso, prácticamente sin cesar, a medida que la economía neoclásica se ha consolidado como dominante y todopoderosa, como *mainstream* o corriente mayoritaria del pensamiento económico. Como dice Frederic Lee recurriendo a un símil religioso, en esta heterodoxia se integran desde corrientes o escuelas de pensamiento «herejes» que cuestionan ciertos principios del saber dominante hasta las «blasfemas» que rechazan totalmente el discurso mayoritario y que buscan suplantarlo por uno nuevo.[1]

Se puede discutir si estas corrientes alternativas están más o menos consolidadas o extendidas, pero lo cierto es que su existencia constituye un hecho innegable y sus postulados y propuestas diferentes a las del saber dominante son una realidad, por mucho que la ortodoxia las desprecie o no las tenga en cuenta, como suele suceder.

Los investigadores Laurie Laybourn-Langton, Laurie Macfarlane y Michael Jacobs han analizado la literatura y la política económica de los últimos cuarenta años y han sintetizado los principales componentes de las críticas que se han dirigido al paradigma dominante.[2]

Para ello han tenido en cuenta los cuatro aspectos que, con razón, consideran los componentes fundamentales de un paradigma científico:

a. El conjunto de problemas, objetivos y desafíos que se estiman más importantes a la hora de formular políticas.
b. Un marco teórico y de análisis para comprender cómo funcionan la economía y la sociedad que normalmente se desarrolla en el ámbito académico.
c. La narrativa y el lenguaje que se utiliza para describir y analizar los fenómenos que se estudian.
d. El conjunto de políticas económicas, basadas en el marco analítico, que permitirían alcanzar los objetivos y superar los problemas identificados.

A partir de ahí, constataron que existe el paradigma ortodoxo que hemos analizado y que se aplica en diez áreas principales del análisis económico, teórico o aplicado: política comercial, política fiscal,

política monetaria, banca y finanzas, desigualdad, mercados de trabajo, papel del Estado y de los mercados, medioambiente, gobierno corporativo y metas económicas y medición.

Sin embargo, igualmente muestran que en todas ellas se puede apreciar con claridad que existe un paradigma modificado y también otro u otros alternativos y emergentes que no sólo corrigen o cambian algunos aspectos del ortodoxo, sino que, en algunos casos, suponen una ruptura fundamental con él.

En concreto, señalan que hay evidencia de que la mayoría de las instituciones internacionales (incluso las más poderosas e influyentes, como el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial o la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico) han adoptado modificaciones del paradigma ortodoxo en casi todas las áreas de política o están en proceso de hacerlo. En mayor medida, en cuestiones como el comercio, la banca y las finanzas, la desigualdad, la política ambiental y los objetivos y la medición económicos. Y afirman que hay pocos ejemplos de que no se haya producido un cambio intelectual en algún área de política económica. Los gobiernos nacionales, por el contrario, van rezagados respecto de esos cambios de posición intelectual.

Los autores muestran que las críticas al paradigma ortodoxo han cobrado fuerza y señalan su fracaso demostrable, sobre todo, a la hora de enfrentarse a la creciente desigualdad, al estancamiento secular y al colapso ambiental, entre otras crisis.

En conclusión, deducen que se está produciendo un cambio hacia la modificación del enfoque neoclásico en muchos sentidos, aunque sea manteniendo su base fundamental. Si bien es cierto que, en general, las instituciones dominantes y los gobiernos apenas han virado hacia enfoques paradigmáticos verdadera o completamente «alternativos», esos autores también perciben que algunos se muestran cada vez más abiertos a modificarlos y, sobre todo, que no dejan de desarrollarse en el ámbito académico y de la investigación independiente.

Las vías de agua por las que entra nuevo saber económico

El saber dominante es un fraude intelectual porque se basa en un conjunto numeroso de errores, incoherencias y engaños, en modelos y teorías irreales y ampliamente refutadas por la evidencia empírica. Se podría decir que está plagado de vías de agua por las que han ido entrando una gran variedad de modelos, teorías y propuestas políticas alternativas, casi siempre, con mucho mayor respaldo empírico.

Las más importantes de todas ellas o, al menos, las que han obligado a realizar modificaciones o diseños alternativos de mayor calado han sido, a mi juicio, las siguientes:

Juicios de valor inevitables e ineludible controversia social

La ortodoxia económica sostiene que la economía es una técnica, un saber objetivo que se establece sobre proposiciones positivas, es decir, referidas a los hechos y, por tanto, verificables.

Sin embargo, aunque es cierto que alberga una gran dosis de contenido técnico y positivo, la experiencia muestra que es imposible analizar la economía sin realizar algún tipo de consideración normativa o determinada por las distintas preferencias o intereses sociales de quienes la estudian. Y, además, o por esa misma razón, también resulta inevitable que el análisis económico esté vinculado con valores o juicios morales que condicionan la adopción de las distintas opciones de política económica y que son inseparables de la controversia política general. Por eso es imposible abstraerlo del debate social. Por mucho que se haya insistido en que el análisis económico y las propuestas que de él se derivan conforman un relato objetivo y técnico —porque refleja leyes objetivas y, por tanto, no admite alternativas—, lo cierto es que la controversia social está siempre presente y puede cuestionarlo.

Datos frente a supuestos no contrastados

Las evidencias empíricas suelen ser indisimulables y lo han sido. Aunque no se tengan en cuenta, por ejemplo, cuando no se citan en los trabajos de investigación académicos o son despreciadas por las

instituciones y los gobiernos, están ahí y cada vez resulta más difícil invisibilizarlas.

Un ejemplo paradigmático de ello fue la investigación sobre el salario mínimo de Alan Krueger y David Card, publicada originalmente en 1995.[3]

El saber dominante en aquel momento, como ahora, treinta años después, aseguraba que el establecimiento de un salario mínimo destruye empleo, según se deduce claramente de la «ley» elemental de la demanda y la oferta: a precio más elevado, menos demanda. Por tanto, cualquier subida del salario debe ser rechazada si se desea que no baje el empleo. Lo seguía diciendo en 2019 el Banco de España cuando el gobierno se proponía elevarlo: «Tendrá un impacto negativo en el empleo», aseguraba, algo que luego no ocurrió.

Krueger y Card analizaron lo que de verdad había ocurrido con el empleo en diversos condados de Estados Unidos afectados o no por las subidas del salario mínimo y comprobaron que no se produjo el efecto negativo previsto por los economistas que defendían las tesis dominantes. La polémica y el rechazo a su investigación fueron rotundos y clamorosos, incluso insultantes, pero el realismo acabó abriéndose paso.

Krueger y Card contribuyeron decisivamente a que se comenzara a rechazar la práctica habitual del saber económico dominante de enfocar los problemas que se quieren analizar a partir de hipótesis establecidas a propósito para llegar a la conclusión deseada. Es decir, tratando de descubrir *a priori* lo que hipotéticamente se ha establecido que debe ocurrir cuando se dan unas condiciones predefinidas. Con su obra pionera se inició la llamada *revolución de la credibilidad*, que cuestionó uno de los pilares sobre los que se basa la economía dominante. Mostraron que lo que ocurre realmente con un proceso económico (el establecimiento de un salario mínimo, en su caso) no se puede deducir de un conjunto de suposiciones ideales sobre las condiciones en que se cree que podrían funcionar los mercados, sino del conocimiento del comportamiento real de los sujetos económicos. Y resulta que, cuando se hace eso, se llega a conclusiones diferentes a las que establecen el modelo y la sabiduría económica convencionales.

Seres humanos reales frente al *Homo oeconomicus* que no existe

Otras ramas del saber, como la psicología, la antropología o la ciencia política, han mostrado que el comportamiento de los seres humanos no es, ni mucho menos, el que establece el análisis económico convencional como presupuesto decisivo para poder establecer las conclusiones a las que llega. El análisis de nuestras conductas y la realización de experimentos han permitido comprobar que los seres humanos también somos seres morales, portadores de valores y sentimientos, sujetos económicos que no actúan siempre racionalmente; ni somos simples agencias de maximización de la utilidad.

En particular, se ha demostrado que es completamente infundado y carece de sentido contemplar el comportamiento humano como el de una especie de engranaje independiente que actúa automáticamente en la medida en que asume normas de actuación dadas para cualquier momento y situación. La realidad social indica, por el contrario, que los seres humanos somos falibles y caemos en contradicciones; actuamos, o podemos hacerlo, sin ataduras, erráticamente, con libertad y con preferencias que no son fijas ni nos vienen dadas, sino que más bien están determinadas por el contexto o el ambiente en el que habitualmente nos desenvolvemos.

Sujetos heterogéneos y no un agente representativo ficticio

Las consideraciones anteriores y los errores de predicción derivados de ellas han llevado también a reconsiderar e incluso a rechazar de plano los modelos todavía dominantes que utilizan la ficción de que existe un agente representativo o «promedio» que refleja toda la diversidad de comportamientos que se dan en la economía. En esos modelos se debe dar por cierto que todos los individuos tienen preferencias idénticas y que las maximizan según los mismos criterios. Es decir, que los gustos son idénticos, «no sólo para todos los hombres, sino también para todos los hombres, sean ricos o pobres», en palabras de Paul Samuelson, el economista más reconocido de la segunda mitad del siglo XX.[4]

Se omite así algo tan elemental como que hay noche y día: nuestras preferencias y comportamientos son heterogéneos, así que no se pueden hacer equivalentes los de cada uno en singular a los de toda la población en su conjunto. Y, además, para analizarlos, tanto a nivel individual como en su totalidad, es imprescindible considerar la interrelación social que se da entre ellos y sus efectos.

El fracaso de los modelos basados en el agente representativo a la hora de predecir y proponer políticas que efectivamente resuelvan los grandes problemas económicos ha sido evidente, lógico y predecible. De hecho, ha obligado a introducir matices y ciertos grados de heterogeneidad, incluso entre las instituciones más ortodoxas que los mantienen, aunque sin llegar a abandonarlos completamente. A pesar, como veremos, de que por esa vía de agua se introducen cada vez con más fuerza otros modelos mucho más realistas, acertados y útiles.

No hay simples fricciones: son fallos permanentes y multiorgánicos

Los enfoques institucionalistas han puesto de relieve que la existencia de asimetrías y diferente poder de decisión por parte de los sujetos no constituye una simple fricción en los mercados, sino que es un elemento permanente e incluso constituyente de éstos. Por tanto, su análisis no puede llevarse a cabo, como hace el saber económico dominante, como si el intercambio se diera en una especie de burbuja, ajena a la contaminación y el ruido que necesariamente generan la desigualdad, la falta de información y la desproporcionada capacidad de decisión o de influencia en las instituciones que tienen los sujetos.

En concreto, y en contra de lo que en general ha supuesto la economía ortodoxa, los enfoques más críticos han resaltado que todo ello hace que los contratos que sirven para que los sujetos decidan y cierren acuerdos no pueden ser siempre perfectos. Es decir, resulta prácticamente imposible que puedan prever todo tipo de contingencias, de modo que la incertidumbre, y no la información perfecta y gratuita, es la constante que predomina en los mercados y dificulta —y en ocasiones imposibilita— que se logre la máxima eficiencia.

Y algo parecido ocurre con las llamadas externalidades, es decir, los efectos externos que el comportamiento de algún agente puede ocasionar en un tercero y por las que no se paga (si se genera un coste, como ocurre con la contaminación) o no se recibe ingreso (si lo que se produce es un beneficio). En lugar de ser una especie de incidencia puntual, de casos aislados que corregir como fallos del mercado —como se consideran en el modelo neoclásico—, la experiencia muestra que son, en realidad, mucho más: la norma y no la excepción. Y eso obliga a considerar que los mercados no son capaces de fijar precios de eficiencia en todos los casos y que, por tanto, hay que recurrir a procedimientos complementarios, mediante impuestos o medidas legales de todo tipo.

Matemáticas que engalanan, pero no resuelven

El recurso constante a la formulación matemática y al análisis estadístico suele presentarse como la mejor garantía de la objetividad con la que opera y concluye el saber económico dominante. Pero no basta con ellas, ni tampoco con el uso intensivo de la estadística.

La obtención de conclusiones a partir de las hipótesis u observaciones anteriores puede ser un procedimiento útil para conocer la realidad. Pero sólo si se tiene la certeza de que las condiciones del fenómeno que se observa no cambian en el tiempo, en el espacio o en la calidad o cantidad. Y esto último es justamente lo que se sabe que no ocurre en la vida económica.

También se puede comprobar claramente que los elementos que intervienen en los procesos económicos no se desenvuelven reproduciendo sus estados anteriores. Lo normal es que evolucionen en gran medida al azar, erráticamente, modificando sin cesar su estado y trayectoria como resultado de la interdependencia con otros elementos y produciendo fenómenos emergentes inesperados, originados en otros anteriores que dan lugar a ellos pero que pueden ser de naturaleza distinta.

Por esas razones, resulta mucho más fructífero recurrir en mayor medida a la experiencia y a los datos y desarrollar nuevas tecnologías de investigación que no se limiten a contemplar los hechos económicos

como resultado de procesos lineales, ni a los mercados como una especie de mecanismo de relojería que regresa siempre a su estado de equilibrio.

Propuestas políticas que no funcionan

Finalmente, las fracturas y falsas costuras del modelo neoclásico de equilibrio general se han hecho especialmente visibles y relevantes a la hora de deducir y aplicar políticas económicas, aunque eso apenas se refleje, ciertamente, en los manuales más utilizados para enseñar economía.

Del modelo se deduce que el objetivo de estas últimas debe ser la maximización de las preferencias a través del mercado, resolviendo con criterios de eficiencia cualquier fallo o externalidad que pueda presentarse. Sin embargo, de nuevo la experiencia y la contumaz fuerza de los hechos han vuelto a mostrar que las predicciones del modelo son unas veces inviables, otras sesgadas y, casi siempre, susceptibles de ser reformuladas de modo alternativo para proporcionar un reparto más equitativo y sostenibilidad o para evitar el colapso y las crisis, tal y como analizaremos con más detalle en el capítulo 6.

Lo que necesita la economía para no defraudar y ser ciencia

De todo lo que acabamos de señalar, en este capítulo y en el anterior, se puede deducir que, en realidad, no hace falta inventar casi nada para mostrar cuáles deberían ser los elementos constituyentes de un análisis económico alternativo. Los vienen proporcionando las diversas corrientes de pensamiento económico que se encuentran más o menos lejos pero extramuros de la ortodoxia generada en torno al modelo neoclásico y sus derivaciones.

Si se tienen en cuenta las fracturas y limitaciones de este último que acabamos de mencionar, al menos en sus aspectos más relevantes, y la naturaleza variada del análisis económico que va desde la ortodoxia

matizada hasta la heterodoxia, se podrían deducir los principios sobre los que sería necesario que se basara un conjunto de saberes alternativos para llegar a constituir un nuevo paradigma.

Los que señalamos a continuación no son ni todos los que quizá se podrían considerar o desear ni tampoco el resultado de un mero ideal. Reflejan, por el contrario, los que en mayor o menor medida, en uno u otro aspecto, se pueden derivar de lo que ya plantean las diferentes corrientes críticas heterodoxas o incluso las conservadoras que se sienten incómodas con el irrealismo y los efectos negativos que produce el saber dominante cuando es aplicado en la práctica.

Realismo

La economía debe centrarse en el mundo real y en lo que verdaderamente tiene que ver con la resolución efectiva de los problemas que plantea el sustento del ser humano. Como dijo Max Plank, la ciencia es la progresiva aproximación de este último al mundo real. Debe, por tanto, dar prioridad a lo que dicen los datos y no tratar de ajustar los que quepan en las teorías predefinidas. Ha de medir correctamente lo que analiza, lo que en esencia significa que tome en consideración todos los aspectos, dimensiones o variables que influyen en la vida económica y no sólo una parte de ellos.

El realismo también implica reconocer en los análisis y modelos el comportamiento humano auténtico, en particular, cuando se trata de predecir o de diseñar incentivos basados en cómo las personas toman decisiones en el mundo real. Eso obliga a incorporar la incertidumbre radical, las dinámicas no lineales y los comportamientos adaptativos de los sujetos; a reconocer que el futuro es intrínsecamente incierto y que no todos los riesgos pueden ser cuantificados o previstos; abandonando, por tanto, la fantasía de las expectativas racionales.

Para ser realista el análisis económico ha de incluir igualmente los valores culturales y sociales y reconocer la importancia de la confianza y la cooperación en las transacciones económicas. Sus modelos deben reflejar las características y restricciones del mundo tal y como es, con supuestos que lo reflejen. Deben estar insertos en contextos históricos, culturales, sociales y políticos singulares y diseñados con capacidad

para proporcionar respuestas o políticas flexibles que puedan adaptarse a escenarios diferentes e impredecibles.

Relevancia

Para ser un conocimiento relevante, la economía no puede seguir basada en un saber que describe un mundo idílico con sujetos ficticios. Un economista no precisamente heterodoxo y de sólidos fundamentos matemáticos y cuantitativos, Wassily Leontief, describió su estado diciendo que los economistas se dedicaban a llenar «páginas y páginas de las revistas profesionales de economía con fórmulas matemáticas que conducen al lector desde conjuntos de suposiciones enteramente arbitrarias, aunque más o menos plausibles, a conclusiones perfectamente deducidas pero teóricamente irrelevantes».[5]

La economía alternativa debe ser relevante en el sentido de que se plantea directa y efectivamente resolver los problemas de la distribución de la riqueza y el acceso a los recursos, que son los que verdaderamente tienen que ver con hacer posible el sustento de los seres humanos y que deben ser su motivación o finalidad esencial. La economía feminista y la economía poskeynesiana han destacado que las desigualdades no son sólo injustas, sino también ineficientes.

La economía no puede limitarse a ser una ciencia formal, en el sentido de dedicarse a definir y estudiar meros objetos o definiciones abstractas: debe dar prioridad al bienestar y a la garantía del sustento. Para ello ha de utilizar indicadores alternativos capaces de apreciar las condiciones de bienestar, la desigualdad, el respeto al medioambiente y a los intereses de las generaciones futuras, el consumo de energía, la actividad no remunerada, la estabilidad social o incluso la felicidad.

La relevancia de la economía como saber tiene que ver también con su propósito, que no puede centrarse en el crecimiento de la actividad, sino en la satisfacción material de las necesidades humanas que cubre y en la salud, la educación y la calidad de vida en sus diferentes dimensiones.

Contextualidad y completitud

Cualquier ciencia necesita precisar bien hasta dónde ha de llegar su indagación para poder conocer correctamente los fenómenos que estudia.

El nuevo análisis económico no se reduce al universo de lo monetario, a los intercambios que tienen expresión en dinero. Cuando la economía convencional hace eso está dejando de lado una parte cada día más amplia de la vida económica que tiene que ver con lo inmaterial, con todo lo que tiene valor, aunque carezca de precio. Soslaya el trabajo no remunerado, tan importante en nuestra vida, o la economía basada en el voluntariado y el don que conforma una fuente de satisfacción de las necesidades de extraordinaria importancia.

Igualmente, la economía no puede reducirse a establecer condiciones de eficiencia que, además, son completamente irreales porque no tienen en cuenta los cambios que produce el hecho insoslayable de la diferente posición de los sujetos en los intercambios. Y tampoco puede limitarse a la formulación de proposiciones positivas, referidas a lo que es, como si realmente fuese posible eludir las cuestiones normativas relativas a las preferencias, los valores, los criterios sobre lo mejor y lo peor o cualquier otro tipo de consideración subjetiva. Todas ellas influyen en el comportamiento de los sujetos y en el enfoque de quien estudia los procesos económicos, por lo que deben reconocerse en el análisis económico.

No es posible deducir conclusiones correctas de estudio de un fenómeno si no se toman en consideración todos sus elementos. Sobre todo, cuando son intrínsecamente complejos y multifacéticos, como ocurre con los económicos; cuando las proposiciones establecidas no son falsables o refutables y se convierten en dogmáticas.

Lo que ocurre en la economía real es siempre el resultado de la interrelación de diversos elementos. Si no se tienen en cuenta todos ellos se distorsiona su representación, como ocurre con los modelos teóricos con los que opera la economía ortodoxa; y el análisis resultante o no es aplicable a la realidad o produce efectos contraproducentes e indeseados cuando se aplica.

No existe la economía como universo aislado de la sociedad, la política, el poder, las instituciones, la cultura o los valores; y, por tanto, todo ello ha de quedar integrado en su análisis para poder

obtener conclusiones realistas y relevantes. Asimismo, la economía ha de incorporar la influencia de las normas, leyes e instituciones en el funcionamiento de los sistemas económicos, y no puede hacerlo de modo estático, sino dinámico, es decir, como componente de procesos de cambio y evolución estructural.

Sostenibilidad y sometimiento a las leyes de la naturaleza

Sorprende que la economía dominante trate constantemente de parecerse a la física —intentando imitar su formalismo y comparándose en cuanto a cientificidad— y, sin embargo, no haya tenido en cuenta la universalidad de las leyes que esa ciencia ha descubierto.

Carece de sentido utilizar, como la ortodoxia, modelos que representan los procesos económicos al margen de las leyes que regulan la materia y la vida, la naturaleza y el uso de los recursos naturales. Igual que sería absurda la arquitectura concebida sin tener en cuenta la ley de la gravedad, no puede hacerse economía sin tener en cuenta que las leyes de la termodinámica condicionan los procesos que desea analizar, imponiendo límites a su uso que deben obligadamente tenerse en cuenta. Cuando no se hace así, como ocurre, se formulan teorías deficientes, no se hace ciencia y se deducen políticas que producen daños muy graves.

La actividad económica debe analizarse como intrínsecamente vinculada a ecosistemas en donde la disponibilidad de recursos naturales es limitada, y eso implica reconocer las leyes de la naturaleza y tenerlas presentes, incluir en los modelos el uso de la energía, la producción de desechos, las externalidades de todo tipo y los límites biofísicos del planeta. Lo cual obliga también al uso de nuevas métricas que permitan registrar variables o factores como la huella ecológica, el capital natural o las emisiones que dañan el medioambiente.

Adaptabilidad y complejidad

La economía, entendida como el conjunto de actividades que desplegamos los seres humanos para satisfacer nuestras necesidades, no se desenvuelve a partir de relaciones lineales, es decir, de causa-efecto. La actividad económica, como ya hemos señalado varias veces, no tiende a estar en equilibrio, sino más bien a la inestabilidad, al desorden e incluso al caos. Las nuevas situaciones que se alcanzan no son el resultado de una reproducción de los comportamientos previos, sino de procesos adaptativos de los sujetos. Y éstos no intervienen aisladamente en la vida económica, sino que actúan a través de multitud de interrelaciones, cada una de la cuales produce efectos muy diversos y no necesariamente instantáneos o iguales en todos los momentos o casos. Con frecuencia, los cambios se producen por efecto de modificaciones muy leves en los comportamientos como consecuencia no deseada o imprevista de la interconexión de diferentes sujetos o circunstancias que los afectan.

Por esa razón resulta imposible conocer lo que ocurre en la economía exclusivamente a través del comportamiento individual. La interacción entre los sujetos, entre ellos y la naturaleza y en el seno de instituciones o bajo determinado conjunto de normas y valores genera patrones de comportamiento o situaciones llamadas emergentes (crisis financieras, burbujas especulativas, cambios en los mercados...) porque son de naturaleza diferente a las que previamente existían y de las que nacen.

Es así porque la economía es un sistema complejo y no una suma de individuos aislados o de relaciones como las que hay entre las fichas de un dominó que caen siguiendo un orden previamente establecido cuando cada una se desploma sobre la que viene después.

Pluralismo e interdisciplinariedad

Al hacer economía se debe ser consciente de que ningún modelo en exclusiva puede reflejar un fenómeno económico en toda su integridad porque su complejidad y su variedad obligan a recurrir a múltiples enfoques teóricos y métodos. Por ello la economía no puede seguir siendo una disciplina insular, sino que ha de convertirse en un saber de saberes, abierta a las demás ciencias sociales y naturales y dispuesta a

integrar las verdades que éstas han descubierto.

Un nuevo saber económico, realista y relevante, necesita incorporar otros enfoques teóricos, métodos y perspectivas, siendo consciente de que la naturaleza compleja de los fenómenos económicos impide que puedan ser analizados o que se pueda actuar sobre ellos disponiendo de un modelo único y recurriendo a una exclusiva especialidad del conocimiento.

Transparencia y autorreflexividad

Una economía científica está obligada a ser transparente y mostrar y documentar sus presupuestos y sesgos, favoreciendo su efectivo y riguroso escrutinio, no sólo académico, sino también social. Y ha de reflexionar sobre su propia condición, evitando caer en la arrogancia que caracteriza al saber dominante cuando se proclama como verdadero con independencia de lo que dicen los hechos.

Una buena teoría no es la que se asienta en un sistema o conjunto cerrado de axiomas, por muy coherente que sea, si deja fuera los hechos que lo contradicen. Es la que asume que es refutable y se somete a los hechos. Del mismo modo, la economía no puede ser, como hoy día sucede con tanta frecuencia, autorreferencial. Es decir, no puede basarse en axiomas o principios establecidos dentro del propio sistema, que se validan por sí mismos, por definición, y no desde fuera, por la realidad.

Hay que garantizar que los supuestos, los métodos o limitaciones de los modelos se hagan explícitos y que los economistas reflexionen críticamente sobre sus propias prácticas, documenten sus opciones metodológicas y muestren los sesgos potenciales. Y para eso resulta imprescindible desarrollar y someter la investigación económica a un escrutinio público y académico mucho más riguroso, abierto y plural que evite los problemas que señalamos en el anterior capítulo.

Refutabilidad y responsabilidad

Finalmente, quien trata de hacer ciencia debe ser consciente de que

ésta no sólo explica el mundo, sino que lo crea cuando lo está investigando. Algo que ocurre en especial medida con la economía, pues sus teorías y políticas contribuyen a que el mundo sea y funcione de un modo u otro.

Puesto que esto último hace inevitable la presencia de juicios éticos, no hay más remedio que considerar que la economía es un saber que necesariamente implica hacer juicios morales y que tiene que ser responsable y dar cuenta de los efectos que produce sobre los sujetos y su entorno, en general. Y, por añadidura, que no hay una economía que no sea *economía política*, asumiendo que todo lo que ocurre en la vida económica está afectado por el entorno institucional, normativo y de poder en el que se lleva a cabo.

Hace ya más de un cuarto de siglo, Robert Heilbroner y William Milberg denunciaban en su libro *La crisis de visión del pensamiento económico* (Paidós, 1988) que la economía dominante actuaba con «impecable elegancia, pero con absoluta inoperancia». Lo peor, sin embargo, es que sí ha resultado operativa; aunque, como advirtió tempranamente James Tobin, para redistribuir la renta, la riqueza y el poder del Estado a las empresas privadas, de los trabajadores a los capitalistas y de los pobres a los ricos.

Sabido esto, la economía debe ser también inclusiva, en el sentido de involucrar en el debate que inevitablemente concita a todos los actores sociales y diversos: no sólo a los economistas o a quienes toman las decisiones que estos proponen, sino a la sociedad civil, a los grupos y comunidades o colectivos sociales que se ven afectados por las teorías y políticas económicas.

Los nuevos modelos y las técnicas de investigación del futuro

En economía, como en otras ciencias, el uso de modelos (representaciones a escala de la realidad) es obligado, puesto que resulta imposible trabajar con el auténtico tamaño del objeto de estudio. Pero, en todo caso, los modelos deben ser realistas para que se deduzcan de ellos conclusiones certeras, científicas y que permitan

operar con éxito en la realidad.

El saber dominante en economía, como vimos, parte de un modelo que trata de representar el funcionamiento de los procesos económicos sobre supuestos completamente falsos e irreales. Eso ha llevado a que los gobiernos o instituciones poderosas, como los bancos centrales, el Fondo Monetario Internacional o el Banco Mundial, los hayan manipulado e incluso podríamos decir que torturado, cuando quieren llegar a los resultados deseados y proponer las políticas que previamente se han establecido como adecuadas.

Para ello se utilizan procedimientos diversos.

En unos casos, se establecen supuestos *ad hoc*, es decir, diseñados a propósito para que de ellos se deduzcan las conclusiones a las que se quiere llegar. Por ejemplo, se establecen supuestos irreales sobre el tipo de reacción que una variable tiene cuando cambia otra, se eligen arbitrariamente las funciones sobre las que se basa el modelo o se adoptan los supuestos —expectativas racionales o adaptativas, por ejemplo— según convenga.

En otras ocasiones, sencillamente se pueden manipular los datos y variables excluyendo los que no se ajustan o los períodos en los que evolucionan como conviene; utilizar índices de ajuste según el efecto que produzcan; o usar llamadas variables *proxy* o sustitutas adecuadas, dando por hecho que las reales no se pueden medir.

De igual forma, los modelos se pueden formular de modo que simplemente no contemplen situaciones que se sabe que se dan en la realidad, como ciclos económicos, imperfecciones y desequilibrios en los mercados, o la no neutralidad del dinero. Y, por supuesto, también silenciando los resultados no deseados u omitiendo los que proporcionan otros modelos alternativos.

Los ejemplos reales de estas prácticas son abundantísimos, pero me limitaré a exponer unos pocos, simplemente como prueba de ello.

En el famoso modelo formulado por Robert Lucas para justificar la neutralidad del dinero y, de ahí, la inutilidad de la política económica, sencillamente se supuso que en la economía no hay desempleo involuntario y que todo el registrado es voluntario, debido a que los trabajadores no desean trabajar con salarios más bajos.

Los modelos utilizados para justificar las políticas de recortes de

gasto en Europa tras la crisis de 2007 se manipulaban suponiendo que los multiplicadores fiscales (es decir, el efecto sobre la renta de la variación en el gasto y los ingresos públicos) eran muy reducidos. Así se podía engañar a la gente diciendo que, si se recortaba el gasto, incluso habría expansión económica y menguaría la deuda. Algo que no ocurrió porque, como muchos economistas denunciaban, los multiplicadores eran, en realidad, mucho más elevados que los incluidos en los modelos.

Para justificar ese tipo de recortes y políticas, los economistas Carmen M. Reinhart y Kenneth S. Rogoff elaboraron un modelo ampliamente difundido en el que mostraban que, a partir de que la deuda pública alcanzara el 90 por ciento del PIB, el crecimiento de este último se frenaría. Pronto se comprobó que el modelo utilizado para llegar a esa conclusión excluía países que no coincidían con la hipótesis, ignoraba períodos en los que no se daba la relación negativa entre deuda y crecimiento que se deseaba demostrar y registraba valores de crecimiento promedio mucho más bajos que los reales. El daño, sin embargo, estaba hecho y durante meses se difundieron ampliamente sus resultados para legitimar las políticas que favorecían a bancos y grandes empresas.

El llamado Modelo de Equilibrio General Dinámico (DSGE) que se utilizaba antes de la crisis de 2008 asumía que los mercados financieros eran plenamente eficientes y proporcionan equilibrio de forma automática; para lo cual, como vimos, se dejaba fuera el sistema financiero como fuente de inestabilidad, el crecimiento de la deuda privada o la formación de burbujas especulativas. Su fracaso predictivo, ya bien conocido, hizo que los grandes responsables de la política económica estuvieran defendiendo que no había peligro de crisis financiera cuando ésta ya era más que evidente.

En los modelos utilizados por el Banco Mundial para justificar las políticas privatizadoras en América Latina se excluían generalizadamente los casos de efectos negativos que se sabía que se habían producido en experiencias previas. Y también se ocultaban efectos como la subida de precios de los servicios cuando se habían llevado a cabo con anterioridad.

El modelo de la Oficina del Presupuesto del Congreso de Estados

Unidos supone, sin ningún fundamento —o, mejor dicho, en contra de la realidad—, que todas las inversiones públicas son exactamente la mitad de productivas que las privadas.

Los modelos que siguen las corrientes conservadoras para demonizar los impuestos y justificar el uso de la motosierra suelen ser especialmente tramposos. Uno bastante influyente del Instituto Beacon Hill de Estados Unidos supone que el gasto del gobierno no causa efecto directo o indirecto alguno en la actividad económica. Otro de la Escuela de Negocios Penn Wharton de la Universidad de Pensilvania asume como supuesto que los trabajadores inmigrantes producen menos, en la misma situación, que los trabajadores nacidos en Estados Unidos. Y en los modelos que «demuestran» el escaso valor de inversiones sociales dirigidas a generar inclusión o igualdad, como en la educación infantil, es habitual que se contemplen períodos de tiempo limitados, diez años, por ejemplo, en los que lógicamente no es posible que se manifieste su impacto efectivo y completo en la economía.

Nuevos modelos para entender y analizar la complejidad

Si bien es cierto que los modelos macroeconómicos fieles a los postulados neoclásicos son especialmente irrealistas e incapaces de predecir con acierto y proporcionar políticas que operen en la realidad con éxito, también es verdad que estos defectos son comunes a los que han formulado los enfoques heterodoxos. Aunque hayan corregido el original, no han conseguido vencer una limitación fundamental porque siguen considerando a los sujetos como engranajes independientes que actúan en escenarios o procesos definidos linealmente. Es un asunto importante que ya concita un interés creciente.

Los modelos lineales representan la economía como una relación entre variables (renta, consumo, ahorro, inversión, etc.) que guardan proporción entre ellas y que se suponen predecibles. Un ejemplo sencillo sería el modelo keynesiano sobre el consumo agregado, que supone que éste es función de la renta, de una cantidad de consumo que se supone que se gasta incluso sin disponer de ingreso y de la llamada propensión marginal al consumo (la proporción que va al

consumo cuando la renta aumenta en una unidad monetaria). Decimos que es lineal porque no contempla que los sujetos puedan cambiar su pauta de consumo a lo largo del tiempo y porque establece un tope (el de la propensión marginal) que no puede variar, además de porque no contempla otras variables que evidentemente influyen en el consumo al mismo tiempo que la renta (impuestos, riqueza, gustos...).

Estos modelos lineales, los que suelen usar todos los enfoques de la economía convencional, no tienen en cuenta, como en este último caso, que los cambios en una variable no siempre afectan en la misma proporción a las demás, o que el efecto de una sobre cualquier otra, sea el que sea, no suele ser constante, ni de la misma magnitud o cualidad en todo momento. Dicho de otro modo, no tienen en cuenta que los datos anteriores que se toman en consideración no se mantienen y tampoco son estables ni lineales a lo largo del tiempo.

Sin embargo, lo que ocurre con generalizada frecuencia es que hay umbrales a partir de los cuales el efecto cambia, o que aparecen circunstancias externas que modifican las condiciones en que se producen los hechos y relaciones económicos, algo que no contemplan los modelos convencionales. Como tampoco pueden captar las estrategias diversas de los sujetos y los cambios de comportamiento que suelen darse.

Frente a estos modelos y como respuesta a sus limitaciones, desde hace años es cada vez más frecuente la utilización de otros diversos de naturaleza no lineal que pueden reflejar y analizar la complejidad que es la condición real en que se desenvuelven los sujetos y las relaciones económicas. Gracias a ello, están siendo capaces de operar con sistemas complejos y predecir con mucho más acierto que los lineales. Tanto que incluso algunos bancos centrales, además de centros de investigación de enfoque más heterodoxo, han empezado ya a utilizar algunos con carácter experimental en ámbitos concretos de la vida económica, como el de la vivienda.

Los llamados *modelos basados en agentes* son simulaciones en computador de un sistema (económico, social, biológico...) concebido como un conjunto de agentes que tienen autonomía y que deciden e interactúan siguiendo algún tipo de reglas específicas y con capacidad para aprender y adaptar su comportamiento en respuesta a los cambios

que se produzcan en su entorno.

A diferencia de los convencionales, estos modelos reconocen la heterogeneidad de los agentes y los incorporan a cada uno con características, objetivos y comportamientos diferentes. Se basan en datos, construyéndose «de abajo arriba», observando los patrones de comportamiento y deduciendo de ellos los fenómenos emergentes. Gracias a ello, permiten incluir y analizar todas las circunstancias que influyen en el fenómeno que se estudia y un mayor número de efectos del comportamiento de todas las variables, así como modificar los escenarios futuros y descubrir los fenómenos emergentes. Pueden descubrir, en concreto, los efectos inesperados que no pueden detectar los modelos lineales y que conforman el día a día de la vida económica. Se puede decir, por tanto, que operan generando simulacros o mundos análogos a la realidad que se desea conocer con veracidad.

Como explica J. Doyne Farmer, este tipo de modelos se ha aplicado ya con éxito en biología, urbanismo y vivienda, análisis del tráfico y mercados financieros, y ha resultado mucho más acertado que los convencionales al mostrar, prácticamente en tiempo real, los efectos económicos que estaba provocando e iba a tener la epidemia de la COVID-19.[6]

Otro tipo de modelos, los que se conocen como *basados en teoría de sistemas*, representan las relaciones e interacciones de los componentes de un sistema como un todo, y no sus elementos aislados, así como su evolución a lo largo del tiempo. Permiten detectar, por tanto, la interconectividad y la retroalimentación que se produce entre los diferentes elementos que intervienen en los fenómenos y procesos económicos, así como los comportamientos que puedan surgir inesperada y espontáneamente y no como resultado proporcional y predecible de las variables aisladas o tomadas en relación lineal. Son especialmente útiles para analizar procesos de flujos. En concreto, para diseñar economías circulares que permitan reducir la producción de residuos y optimicen el uso de recursos limitados. Se han usado ya en estudios de población, urbanismo y planificación económica y empresarial, sobre efectos del clima o de dinámica de las cadenas de suministros, así como para la evaluación del impacto de las políticas

fiscales y monetarias.

Los modelos de *dinámica de redes* se caracterizan porque analizan más bien la evolución de las conexiones e interacciones entre los nodos o entidades (personas, empresas o instituciones) de diverso tamaño, comportamiento o influencia que forman una red. Sobre todo, permiten descubrir los efectos de la propagación de determinados fenómenos o elementos (perturbaciones o *shocks* de todo tipo, fallos de información, enfermedades...) en diversos contextos. Se han utilizado para analizar cómo se expanden o contagian los problemas o crisis financieras y las innovaciones, o cómo se ven afectadas las cadenas de suministro cuando se producen bloqueos, ayudando a identificar las vulnerabilidades, peligros u oportunidades que ocasionan.

En términos generales estos tres tipos de modelos son formas diferentes de simulación computacional dedicada a construir representaciones virtuales de sistemas económicos complejos y, a través de ellos, a observar su comportamiento en diferentes condiciones. Con independencia de las diferencias de enfoque o método en cada caso, todos se dedican a simular escenarios alternativos con diversidad de agentes (individuos, empresas, bancos, gobierno...) y a analizar los efectos de cambios en las políticas o en las condiciones estructurales del sistema, ajustando las variables simultáneamente utilizando algoritmos y tecnologías avanzadas de procesamiento de datos en tiempo real.

Aunque se desarrollen con distintos enfoques y herramientas, estos modelos se basan en reconocer que los sujetos razonan y deciden cada uno de modo diferente y que ese modo de actuar se modifica también de forma diversa; y cambian, por tanto, cuando se modifican sus pautas de comportamiento o decisiones. Sustituyen el principio del «como si» tuviésemos un abrelatas por otro de verosimilitud. Este equivale a establecer que, para que el modelo sea útil para tomar decisiones, las dinámicas que genere deben corresponderse con fenómenos realmente observados, lo que se traduce en dos grandes implicaciones: las reglas de comportamiento de los sujetos deben ser realistas y las relaciones entre ellos deben generar resultados plausibles, según los datos empíricos disponibles.

Para lograrlo, esta nueva generación de modelos utiliza técnicas

sofisticadas y novedosas como el *machine learning* (algoritmos que «aprenden» por sí mismos patrones de comportamiento y anticipan tendencias, aunque todavía sean muy dependientes de los programadores y sus resultados estén sesgados), las redes neuronales (una variedad de lo anterior inspirada en el funcionamiento del cerebro humano) o el *big data* (no sólo el uso de gran cantidad de datos, sino también la capacidad de obtener información de ellos en tiempo real). En función de las observaciones que se realicen y de los datos disponibles (cada día más abundantes, gracias a esas técnicas y a la mejora en la capacidad de almacenamiento y proceso de la información), pueden llevar la simulación a escala cada vez más pequeña, lo que ya ha permitido realizar microanálisis experimentales muy realistas, por ejemplo, de los efectos distributivos de la política fiscal sobre los diferentes individuos o sobre las decisiones en materia de vivienda de prácticamente el conjunto de la población.

Estos y otros avances que vienen de la mano de la inteligencia artificial van a provocar una auténtica revolución en la investigación económica, si bien todavía se enfrentan a limitaciones importantes. Fundamentalmente, porque aún no se dispone de todos los datos necesarios para que operen a pleno rendimiento. Pero también porque siempre es difícil romper con la inercia y resulta más cómodo aferrarse al saber tradicional que se domina y proporciona seguridad, e incluso porque su aplicación equivale a desnudar al rey, en este caso a la economía, que presume de ser la reina de las ciencias sociales cuando deja en evidencia que sus proposiciones, conclusiones y propuestas no se corresponden con la realidad.

Sin embargo, en la medida en que su uso se vaya generalizando, van a traer consigo avances que se podrían considerar verdaderamente revolucionarios. Permitirán analizar la vida económica reconociendo la heterogeneidad efectiva de sus diferentes sujetos y su diferente comportamiento real, y podrán modelar la diversidad y construir representaciones de mundos que se correspondan con lo que realmente ocurre en la vida económica para llevar a cabo simulaciones y descubrir procesos y causas de fenómenos emergentes. Así, de los escenarios contemplados, se podrán deducir propuestas mucho más certeras y apropiadas frente a los problemas económicos.

Eso hará que sea cada vez más insostenible defender y enseñar los postulados del viejo modelo dominante y sus derivaciones, sus hipótesis irreales y las propuestas políticas que no se basan en la experiencia ni tienen contrastación empírica. Los nuevos modelos que comienzan a utilizarse pondrán al descubierto relaciones empíricas hoy día inobservadas. Permitirán contemplar los fenómenos emergentes sin necesidad de haber tomado en consideración o explicado previamente el mecanismo que los ha causado. Además, el propio modelo se podrá ir ajustando y adaptando según cómo vayan cambiando los datos que se van descubriendo en tiempo real gracias a esas técnicas.

Su auge no viene provocado por ningún tipo de ventaja o razón ideológica, sino por mucha mayor capacidad para explicar con rigor lo que ocurre en la vida real y, de ahí, por su incomparable superioridad a la hora de predecir y proporcionar claves útiles para la toma de decisiones. Adoptar estos nuevos modelos y métodos de análisis alternativos y adaptarse a ellos constituye el mayor desafío al que se enfrenta la economía convencional.

De estos nuevos modelos se puede decir, incluso con aún mayor fundamento, lo que ya señalamos sobre las nuevas formulaciones teóricas que se vienen desarrollando y los principios que se deducen de ellas: ciertamente, no conforman todavía un auténtico paradigma alternativo, pero su presencia e impacto crecientes son innegables y, por las razones mencionadas, estos modelos serán la base de la metodología que se aplique con carácter general para el estudio de la economía en un futuro cada vez más cercano. En detrimento inevitable de los irrealistas que descienden sin despegarse del viejo modelo neoclásico.

En cualquier caso, siempre hay que tener presente que ningún problema económico tiene solución técnica, sino que siempre es política. Y eso significa que siempre habrá diferentes respuestas a cualquier planteamiento de política económica. La economía, por tanto, no puede dedicarse, fraudulentamente, a intentar convencer a la sociedad de que una determinada solución, la conclusión de un exclusivo modelo, es la única forma de plantearse y gestionar la vida económica.

La economía no puede sustituir a los sujetos sociales y políticos a la

hora de dar soluciones, sino que debe proporcionarles elementos de juicio que han de basarse en el rigor y la veracidad y el realismo. Afortunadamente, las nuevas técnicas de investigación y en concreto la inteligencia artificial pueden proporcionar la posibilidad de simular y contemplar en los modelos la vida económica y su evolución tal y como es en la realidad.

Esto último no significa ni garantiza que todos los modelos vayan a hacerlo, pero sí permite pensar que, con todos esos modelos y nuevas técnicas, será cada día más difícil engañar y seguir diciendo que hay una única forma de analizar la economía.

Por eso se puede aventurar que nos encontramos ya a las puertas de un cambio inexcusable y verdaderamente revolucionario en el enfoque y análisis de los problemas económicos, pues, al ser necesariamente más realista, obligará a asumir principios y propuestas de política económica en las antípodas, por su forma y contenidos, de las que hoy día conocemos.

Un nuevo paradigma es inevitable

La historia de la ciencia está plagada de descubrimientos y avances que fueron rechazados y despreciados inicialmente, aunque su consistencia y veracidad estaban claras y demostradas desde el principio.

Cuando Copérnico afirmó que era la Tierra la que giraba alrededor del Sol, su teoría fue rechazada por los dirigentes religiosos y por muchos otros científicos de su época. William Harvey fue ridiculizado por sus colegas al sostener que la sangre fluía en un circuito cerrado a lo largo del cuerpo humano impulsada por el corazón. Cuando Louis Pasteur descubrió que muchas enfermedades eran provocadas por pequeños organismos microscópicos, los médicos de su época se rieron de él. Creían que su origen era espontáneo o, en todo caso, provocado por las «miasmas». Los geólogos de principios del siglo xx también ridiculizaron a Alfred Wegener por afirmar que los continentes se desplazaban a lo largo del tiempo. El descubrimiento de la penicilina por Alexander Fleming fue ignorado durante años...

Muchos especialistas en historia y filosofía han estudiado cómo y por

qué evoluciona el conocimiento científico y los factores que producen tantas veces ese rechazo inicial a las nuevas verdades y conocimientos certeros que se van descubriendo. Sus conclusiones son variadas. Unas veces, la información no se difunde lo suficiente; otras, quedan dudas sobre su rigor y se rechaza sin profundizar; muy frecuentemente, predominan los prejuicios, el saber ya consolidado y el llamado sesgo de confirmación que hace que el cerebro humano prefiera la información que confirma lo que ya se cree y sea reacio a asumir otra que le supone dudas y le genera inseguridad. Y también puede ocurrir que muchos científicos teman o no deseen perder su posición, comodidad y privilegios si asumen las nuevas tesis, diferentes a las que les han dado prestigio y poder. En ocasiones, como ocurrió con la teoría de la evolución de Darwin, la verdad científica se rechaza si contradice creencias religiosas o ideológicas. Y, por supuesto, la verdad que descubre la ciencia no se acepta, se combate y se trata de invisibilizar si choca con los intereses y poderes económicos que dominan el mundo y la sociedad en un momento determinado.

En el caso de las teorías económicas confluyen todas esas razones. Pero, como afectan más directamente a la distribución de la riqueza y del poder dominante, es lógico que éste trate de combatir las propuestas que critiquen el orden establecido, silenciando a quienes las defienden y apoyando de mil formas a quienes estén dispuestos (ya sea por interés o por convicción sincera) a defender como verdades indiscutibles las ideas que les convienen.

El documental titulado *Inside Job* relata con documentos y testimonios personales las causas que dieron lugar a la gran crisis económica de 2008. En él se puede comprobar que una gran cantidad de economistas y responsables políticos ocultaron conscientemente los riesgos que se estaban generando en la economía, lo mismo que pasó en el interior de los propios organismos encargados de controlar los bancos y que estaban dominados por personal que, en realidad, estaba a su servicio.

El caso de la abogada Brooksley Born fue un buen ejemplo de esa esclavitud. En 1996, el presidente Clinton la nombró presidenta de la Comisión de Negociación de Futuros de Productos Básicos de Estados Unidos (CFTC) y enseguida comprobó que había unos productos

financieros que circulaban al margen de los mercados bursátiles y que estaban generando un gran peligro porque estaban mutando sin cesar y creciendo de forma descontrolada. Avisó en multitud de ocasiones a la Reserva Federal, a la Presidencia, al Congreso y al Senado, pero no sólo no le hacían caso alguno, sino que le decían que estaba «chiflada» y que con sus avisos iba a ser ella la que provocara la crisis. Aseguraban que no había que hacer nada, pues los mercados financieros —decían— encontraban siempre el equilibrio y resolvían por sí solos cualquier problema. Finalmente, tuvo que dimitir y, aunque a la postre los hechos le dieron toda la razón, su caso mostró que el poder dominante no es capaz de ver ni los peligros más inminentes y obvios si eso reduce sus beneficios o pone en cuestión sus privilegios. Para mantenerlos, cierran las puertas y las ventanas a cualquier idea novedosa.

¿Acaso cabe pensar que los economistas del Fondo Monetario Internacional estuvieron nada más y nada menos que treinta años calculando mal los multiplicadores del gasto público (obteniendo justo los resultados que permitían corroborar sus propuestas políticas que siempre producían el mismo efecto a favor de los grupos ya de por sí más poderosos) porque eran torpes, porque no sabían hacer bien los cálculos o porque no tenían información de quienes sí los hacían correctamente?

A pesar de todo ello, la historia de la ciencia también enseña que la verdad termina por imponerse. Y eso ocurre, sobre todo, cuando se dispone de técnicas que permiten mostrarla de un modo inapelable. En el caso de Copérnico, fue el uso de los telescopios que permitían comprobar casi a cualquier persona y por supuesto a los científicos, «con sus propios ojos», la verdad que se defendía en contra del saber establecido. Y lo mismo ocurrió con la microscopía que evidenció la existencia de organismos diminutos hasta entonces no contemplados, con las técnicas de secuenciación del ADN o de edición genética que revolucionaron el conocimiento de las leyes de la evolución y la herencia, por poner algún ejemplo, entre docenas.

A veces, no hay más remedio que aceptar los cambios de paradigma porque los anteriores resultan sencilla y materialmente inútiles para resolver los problemas que se tienen planteados, mientras que los

conocimientos novedosos los proporcionan claramente.

Esto último es lo que ocurrió en la segunda década del siglo XX, cuando se produjo una gran crisis económica en casi todos los países del mundo que terminó con la llamada Gran Depresión de 1929 que afectó prácticamente a todas las economías. La producción cayó, quebraron empresas y cerraron miles de fábricas, se hundieron las bolsas y el desempleo y la miseria se extendieron sin cesar. Los grandes y más influyentes economistas de la época, como Lionel Robbins o Friedrich Hayek, respondieron con el argumento propio del paradigma entonces dominante, el neoclásico: aseguraban que bastaría con dejar que los mercados funcionaran en libertad, porque la oferta y la demanda resolverían por sí solas todos los problemas que se estaban sufriendo.

Hasta un liberal quizá más radical que ellos, Milton Friedman, reconoció años después que creer que la economía se curaría sola fue un gran error y que, al fomentar esta política de no hacer nada tanto en Gran Bretaña como en Estados Unidos, los liberales causaron daño al mundo. Afortunadamente, los gobiernos despreciaron ese saber convencional, tomaron las riendas y comenzaron a intervenir intensivamente, dando la espalda al viejo paradigma que recomendaba no hacer nada y dejar que los mercados lo resolvieran todo por sí solos.

El pragmatismo de los gobiernos arrambló con las viejas ideas y poco después John Maynard Keynes teorizó las nuevas que se habían empezado a poner en práctica en su obra *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*.

En la actualidad, podría decirse que la economía dominante, precisamente construida desarrollando y actualizando el paradigma que defendieron Robbins y Hayek, como hemos visto, se encuentra sometida a todos esos factores de presión y hace aguas por todas partes.

Es verdad que todavía conforma un saber cómodo muy consolidado y apoyado institucionalmente, porque su aplicación concede grandes beneficios a los grupos más poderosos del planeta. Proporciona, además, mucha inercia, seguridad y apoyo de todo tipo a los economistas que lo defienden. Resulta mucho más difícil progresar y

hacer carrera académica y en los grandes organismos económicos, por ejemplo, sin defender las ideas neoliberales dominantes. Y los gobiernos o fuerzas políticas que deseen adoptar políticas económicas contrarias tendrán que enfrentarse, con toda seguridad, a una resistencia muy poderosa y bien organizada en todos los frentes.

Sin embargo, ese saber económico que se ha venido defendiendo también se encuentra en una situación muy delicada y crítica, sobre todo, por dos grandes razones que hemos analizado.

En primer lugar, porque está construido sobre cimientos hiperidealizados que, como hemos visto, le abren grandes fracturas y vías de agua por demasiadas partes, y eso hace que sus postulados falsos ya resulten inadecuados incluso a la hora de proteger los grandes intereses económicos. Experiencias como la gran crisis de 2008 y las recesiones subsiguientes y lo ocurrido durante la pandemia de la COVID-19 y después mostraron que no es adecuado para comprender cómo y por qué se producen esos grandes *shocks* y, por tanto, para dar soluciones eficaces. Cada día es más evidente, por ejemplo, que los mercados globalizados no proporcionan el progreso, la seguridad y los beneficios que se les achacaban sin ningún lugar a dudas hace poco. O que es imposible que las economías avancen sin defenderse, sin aplicar medidas proteccionistas de algún tipo. Más arriba comentamos los diversos ámbitos en los que se vienen planteando nuevos enfoques y políticas económicas que matizan o incluso rompen frontalmente con el saber establecido.

En segundo lugar, este último también se está encontrando cada vez más desnudo ante la realidad debido al avance de las nuevas técnicas de análisis y utilización de datos. El *big data* y la inteligencia artificial se van a usar cada vez más para estudiar los fenómenos económicos, y eso irremediablemente va a poner en evidencia la metodología, los presupuestos y las propuestas irrealistas y fraudulentos que hasta ahora se han aplicado.

De hecho, cada vez más analistas consideran que la economía está en la vanguardia de los saberes que utilizan esas nuevas técnicas.

Instituciones como la Reserva Federal de Estados Unidos y el Banco Central Europeo han comenzado a analizar flujos de datos masivos en tiempo real para trazar predicciones sobre la evolución de los precios.

En el campo de las finanzas se utiliza desde hace años el *machine learning* para encontrar patrones de comportamiento imperceptibles con las técnicas de análisis tradicionales y que pronto se podrán utilizar también en otros campos de la vida económica. Algunos gobiernos y muchas grandes empresas utilizan ya plataformas y algoritmos que combinan *blockchain* y *big data* para analizar, con imágenes de satélites procesadas con inteligencia artificial, millones de movimientos logísticos y transacciones comerciales de todo tipo en tiempo real que permiten medir la actividad económica. En poco tiempo, quizá puedan utilizarse también para evaluar el impacto de las políticas económicas y ajustar su uso a los objetivos deseados. Hasta ahora, es cierto que sólo empresas muy grandes, como Amazon y Alibaba, utilizan sobre todo la neurociencia, la economía conductual y la inteligencia artificial combinadas para predecir el comportamiento individual con fines puramente comerciales y ajustar así sus precios; pero pronto esas técnicas comenzarán a ser utilizadas para investigar y resaltar la naturaleza y los efectos reales del comportamiento económico de individuos y empresas tal y como efectivamente se produce y no a partir de supuestos teóricos infundados.

La razón por la que se puede afirmar que todos esos avances dejarán atrás sin remedio el viejo paradigma económico dominante es fácil de entender: mostrarán la realidad de un modo tan nítido, una vez que se dispongan y se socialicen los datos necesarios para aplicarlos, que será imposible seguir manteniendo la ficción que defiende.

El saber económico tiene ante sí una revolución que hará inevitable la consolidación de un nuevo paradigma ante el que tendrán que rendirse los viejos defensores del fraude neoclásico. Igual que no pudieron seguir defendiendo que el Sol giraba alrededor de la Tierra quienes utilizaran el telescopio y conociesen los cálculos de Copérnico, Kepler, Galileo o Newton.

Hoy día la política económica que siguen la mayoría de los gobiernos y recomiendan los organismos internacionales se basa en suponer que los sujetos actúan maximizando su utilidad o beneficio, con expectativas racionales más o menos limitadas y siendo capaces de anticiparse a las decisiones políticas, en mercados en donde la oferta y demanda determinan los precios casi con el mismo automatismo de un

reloj. ¿Cómo se van a seguir sosteniendo tales supuestos, los que se leen en todos los manuales de economía convencionales, cuando sea posible analizar al instante la economía y la conducta de millones de sujetos procesando en tiempo real su opinión en redes sociales, su movilidad a través de teléfonos móviles, imágenes satelitales o sensores en infraestructuras y fábricas, o conociendo la marcha real y el crecimiento de la economía analizando la luz nocturna, la geolocalización de los recursos o contabilizando la totalidad de la transacciones digitales?

Por mucha consideración y poder que tengan, los economistas y gobiernos trumpistas que reivindican la motosierra son a la economía lo que los defensores del geocentrismo fueron para la astronomía, cuando aseguraban que la Tierra estaba quieta en el espacio y el resto del universo giraba a su alrededor: los últimos estertores de un viejo modo de pensar.

Dentro de muy poco, cuando sea posible analizar el universo completo de los comportamientos y de las relaciones económicas, financieras o comerciales; los datos de cada compra o decisión; o los patrones diversos que siga cada individuo y no el promedio simplificado, defender el automatismo del mercado o la primacía del individualismo para generar bienestar será como decir que la Tierra es plana. Habrá economistas libertarios que lo sigan diciendo, posiblemente, pero lo mismo que todavía hay charlatanes e ignorantes que defienden el terraplanismo.

No se puede asegurar que todas estas nuevas técnicas de análisis se usarán siempre del modo adecuado ni que contribuirán a un mejor rendimiento económico y a crear una economía sostenible, equitativa y humana, si se someten simplemente al dictado del afán de lucro y el beneficio privado. Pero ni siquiera en ese caso se puede dudar de que se necesitará un nuevo saber económico y la consolidación de un nuevo paradigma sobre principios diferentes a los que hoy día se siguen sosteniendo predominantemente.

Por último, incluso se puede añadir otro factor que muy posiblemente contribuirá, sin duda, a que ese cambio de paradigma se produzca. Comienza a ser cada vez más evidente y explícito que los economistas, en su conjunto, están descontentos con los resultados de

la investigación que lleva a cabo su profesión.

Los economistas alemanes Peter Andre y Armin Falk, de las universidades Goethe de Frankfurt y de Bonn, respectivamente, analizaron la opinión de 10.000 investigadores económicos de todos los campos y rangos de la profesión mediante una encuesta global y alcanzaron tres conclusiones principales. En primer lugar, las opiniones de los economistas resultan ser, en realidad, enormemente heterogéneas. En segundo lugar, la mayoría de los investigadores se muestran insatisfechos con el estado en que se encuentra la disciplina, tanto en términos de temas de investigación como de objetivos. Finalmente, los encuestados piensan, en promedio, que la investigación económica debería volverse más relevante para las políticas, multidisciplinaria, riesgosa y disruptiva, y abordar temas más diversos. En conjunto, señalan los autores de la investigación, «los resultados sugieren que la economía como campo no aprecia lo que los economistas prefieren colectivamente ni trabaja en ello».[7]

En cualquier caso, cuando se habla del alumbramiento de un nuevo paradigma en economía es imprescindible partir de un supuesto esencial. A diferencia de lo que ha sostenido y sostiene la economía convencional y dominante, no se debería aspirar a encontrar un único modelo correcto, verdadero y representativo de una exclusiva situación. Hay que partir de la base de que la realidad admite múltiples situaciones de estabilidad o equilibrio económicos como respuesta a las crisis y, sobre todo, que no habrá nunca respuestas técnicas, en el sentido de neutras, a los problemas económicos, sino políticas y, por tanto, adoptables en función de su mayor o menor deseabilidad social. La economía debería preocuparse por ofrecer mapas certeros, guías de navegación, un GPS, por utilizar el lenguaje de nuestra época, que tenga robustez y adaptabilidad. Es decir, utilidad en diferentes situaciones y bajo distintas interpretaciones de los problemas planteados.

Un nuevo paradigma económico, con las características que hemos señalado y que ya se van abriendo paso, debe partir de aceptar y operar sabiendo que la economía a la que se enfrenta, como su entorno social y biológico, es compleja. Eso implicará que nos resulte imposible entenderla en su totalidad y obligará a tratar de conocerla en

condiciones de extraordinaria incertidumbre.

En el caso de la economía, la consolidación de un nuevo paradigma no va a depender solamente de lo que se vea en un telescopio o a través de cualquier otro instrumento de percepción y análisis. Lo que se descubre y se plantea en el caso de la economía no es siempre objetivo, puesto que siempre presenta implicaciones distributivas que afectan a la condición de vida y los intereses de cada persona; de modo que es inevitable que se asuman en función de preferencias, juicios éticos o principios morales, religiosos o ideológicos de cualquier tipo.

Sin embargo, a esta limitación no se le ha de temer, sino que hay que contar con ella y diseñar presupuestos alternativos para gobernar la vida económica que, al contrario de lo que sucede con los que sustentan el modelo neoclásico, expliciten y antepongan la consideración normativa y el objetivo moral que persiguen: conseguir un reparto justo de los recursos que los seres humanos necesitamos para vivir, mayor bienestar general y sostenibilidad ambiental como mejor forma posible de convivir con democracia, libremente y en paz en el planeta en el que hemos de vivir sin hacerlo como si fuese de nuestra exclusiva propiedad.

4

Hay diferentes formas de organizar la vida económica

Quien se proponga dar respuestas alternativas a los grandes problemas de la economía mundial ha de enfrentarse a una segunda expresión del fraude intelectual que domina los debates económicos. Mucho más ahora, cuando el trumpismo y la economía de la motosierra los ponen por delante en carne cruda, desarmando las democracias.

Por un lado, se representa la economía capitalista, la mayoría de las veces sin ni siquiera denominarla como tal, con una naturaleza distinta a la que tiene en realidad: se mitifica y se presenta como lo que no es para desacreditar más fácilmente a quienes proponen modos distintos de organizar la economía. Por otro, se afirma que el modo en que hoy día se organiza la vida económica es inmutable y no tiene alternativa, una especie de «fin de la historia», según el título del famoso libro de Francis Fukuyama.[1] Si es así, ¿para qué empeñarse, entonces, en buscar alternativas a la economía actual?

El enorme poder académico y mediático que sostiene a quienes defienden ambas ideas permite presentarlas como si fuesen verdades absolutas, indiscutibles y, si acaso, sólo puestas en cuestión por intelectuales idealistas o radicales de influencia minoritaria.

En este capítulo veremos que la realidad nos muestra claramente que eso ni es así ni puede serlo. Las experiencias de vida económica organizada bajo principios alternativos a los que sustenta el capitalismo no son ninguna quimera; es más, muchas de ellas ya están funcionando con éxito a nuestro alrededor.

El capitalismo existe aunque no se nombre y es un

SISTEMA ECONÓMICO MÁS

El término *capitalismo*, que denomina el sistema económico en el que vive la inmensa mayoría de la humanidad desde hace más de dos siglos, no se ha utilizado siempre. No lo utilizó Adam Smith y Karl Marx sólo lo hizo en muy pocas ocasiones. Fue ya más frecuente en la segunda mitad del siglo XIX, aunque hasta 1922 no tuvo una entrada propia y detallada en la *Enciclopedia británica*. Al hacerlo por primera vez lo definió como un sistema en el que los medios de producción pertenecen a propietarios particulares, que contratan a gerentes y trabajadores para la producción. Más tarde, grandes autores como Werner Sombart, Max Weber, Joseph A. Schumpeter o incluso John Maynard Keynes lo utilizaron con naturalidad, pero después de 1945 fue cayendo en desuso y casi desapareció a partir de 1990.

La economía convencional prácticamente no lo usa, sino que recurre a eufemismos para diferenciarlo de otros sistemas, o incluso renuncia a compararlo, considerando que la actual forma de organizar la vida económica es intemporal, la única que ha existido.

En el manual introductorio más vendido desde hace años en todo el mundo, *Principios de economía* de Gregory Mankiw, no aparece ni en el glosario de términos ni en el índice alfabético. Sólo se menciona en dos ocasiones y en sendos recuadros con textos ajenos al autor.[2] Eso mismo ocurre en muchísimos otros manuales.

En lugar de utilizar la palabra *capitalismo* para referirse a la economía en la que vivimos y cuyo funcionamiento supuestamente se explica en esos libros de texto, se habla sólo de «la economía», como si la actual fuese la única que haya existido a lo largo de la historia. Una opción que es claramente errónea e inaceptable.

La actividad económica del *Homo sapiens* es tan antigua como su propia existencia sobre la tierra, doscientos mil años en el cálculo más bajo, y hay acuerdo en que el capitalismo comenzó a desarrollarse hace algo menos de trescientos años. Eso significa que el actual sistema económico equivaldría a unos dos minutos de toda la historia de la humanidad si ésta se concentrara en un solo día.

Es algo muy evidente que todavía existen en nuestras sociedades elementos que sabemos que forman parte de sistemas económicos

anteriores, como la servidumbre o incluso la esclavitud. Y también son evidentes los embriones de otros novedosos que han aparecido ya, como veremos enseguida, con características diferentes a las del capitalismo. Se trata de elementos cuyo desarrollo completo no se ha producido, que se podrían considerar poscapitalistas, como la propiedad y los servicios públicos universales o el cooperativismo. Por tanto, no es válido equiparar la economía capitalista predominante hoy día con «la» economía en su totalidad.

Una cosa es reconocer que el capitalismo es el sistema económico que hasta ahora ha proporcionado más progreso y bienestar a la humanidad y otra bien distinta establecer que es «la economía», es decir, el único tipo de actividad económica que ha existido y existe. También parece claro que esa identificación no puede ser ni casual ni insignificante.

Se puede discutir sobre el nombre que mejor conviene utilizar para definir el sistema económico en el que vivimos, e incluso sería aceptable no darle un nombre específico. De hecho, se vivió durante mucho tiempo bajo el feudalismo sin que este término se utilizara, y lo mismo acabamos de decir del capitalismo. Pero, en todo caso, sí es inevitable reconocer lo que realmente existe. En este caso, la existencia, desde hace casi tres siglos, de un sistema económico singular y diferenciado de los que anteriormente habían existido.

La mejor vía para reconocerlo es mostrar que no existe «la economía» de la que hablan los manuales de los economistas convencionales. Es decir, no un modo único de organizar la vida económica, sino diferentes economías, una variedad importante de formas de organizarla. Lo haremos enseguida. Antes, sin embargo, hay que desvelar otros equívocos que también sirven para confundir y ocultar fraudulentamente la naturaleza real del sistema económico en el que vivimos.

Los mercados y la actividad económica en general son producto de la sociedad y sus resultados siempre dependen de previas decisiones políticas

Aunque se pueda aceptar que no se utilice el término *capitalismo* para definir el sistema económico dominante, lo que resulta inadmisible es establecer conceptos que definan equivocadamente la economía de nuestro tiempo. Por ejemplo, destacando como sus elementos distintivos los que en realidad no lo son.

Eso es lo que ocurre con la expresión *economía de mercado*, posiblemente la más utilizada para referirse al capitalismo sin utilizar la palabra maldita.

Afirmar que el capitalismo es la economía de mercado es equívoco e inaceptable, puesto que la mera existencia de mercados no es exclusiva del capitalismo. Estos sistemas de intercambio existieron desde hace miles de años y muchas sociedades se han caracterizado por tener economías que los utilizaron en gran medida, al dedicarse intensivamente al comercio.

Los primeros mercados comenzaron a funcionar cuando se empezó a desarrollar la agricultura, hace diez mil años. Más tarde, hace unos cinco mil años, se organizaron de forma permanente en ciudades-Estado de Sumeria y en otras culturas mesopotámicas. En la China de la dinastía Han (del 206 a. C. al 220 d. C.) los hubo en abundancia y en vinculación muy estrecha con los estados. El ágora, en Grecia, y el *forum*, en Roma, fueron también auténticos mercados que funcionaban como centros de la vida comercial y económica de las ciudades.

Lo que caracteriza al capitalismo no es, por tanto, la presencia de los mercados. Otras economías más antiguas lo eran también «de mercado». En consecuencia, si se hace creer que allí donde hay mercado hay capitalismo, o que hay una sola forma de vida económica, «la economía», porque ésta se reduce al mercado y éste ha existido siempre, se dejan de lado elementos de singularidad esenciales para distinguir un sistema de otro. Y, sobre todo, para poder pensar en dar alternativas a la realidad existente.

El rasgo singular que identifica y singulariza al capitalismo es otro que, curiosamente, no se suele señalar en los libros de texto que difunden la sabiduría convencional. El capitalismo no se caracteriza porque sea una economía de mercado, sino porque convierte en mercancías (es decir, en bienes o servicios que han de adquirirse a través del mercado) tres recursos que no han sido creados

específicamente con el fin de convertirse en mercancías: el trabajo, los recursos naturales y el dinero.

Como complemento de ello, en el capitalismo ha ocurrido algo que fue igualmente inédito en la historia de la humanidad. La lógica del mercado, guiada por el afán de lucro y la necesidad de acumular capital sin descanso, ha llevado a convertir en mercancía cualquier recurso susceptible de proporcionar beneficio a través del intercambio, sean cuales sean su naturaleza, su función y su utilidad. No sólo el trabajo, los recursos naturales o el dinero, sino también la salud, el ocio, el amor, el arte, el cuidado o hasta los bebés u órganos del cuerpo humano, además de recursos vitales para la vida —como el agua— o incluso los que se encuentran en el espacio, como se está intentando hacer con los asteroides o los satélites y planetas. Por ello, como dijo el historiador Karl Polanyi, lo que caracteriza al capitalismo no es que sea una economía de mercado, sino que crea una sociedad de mercado, en el sentido de que tiende a convertir en mercancía todos los recursos y manifestaciones de la vida humana o de las relaciones sociales susceptibles de proporcionar ganancia a través del intercambio.

Conviene detenernos en esto último, porque resulta primordial para entender cómo funciona nuestro sistema económico y cómo se podría conseguir que cambie.

La consideración y utilización como mercancía de cualquier recurso no es algo que esté inscrito en una ley natural. Todo lo contrario. En una mayoría de los países está prohibido vender bebés, pero otros albergan auténticos mercados en los que se pueden comprar legalmente. Incluso lo mismo podría decirse de los órganos del cuerpo humano. En Irán es legal su venta, aunque como «regalo recompensado» y con la intermediación del Estado. En otros países se hace lo mismo, aunque sea ilegalmente. Una práctica, por cierto, la venta de órganos humanos, que para el gran ideólogo y practicante de la economía de la motosierra, Javier Milei, es «un mercado más» y, además, una vía para acabar con la pobreza: «Si no le terminás comprando ese órgano [esa persona pobre] se termina muriendo de hambre y ni siquiera tiene vida».[3]

Por otra parte, el capitalismo se basa, como hemos señalado, en que

las empresas compren el tiempo de trabajo en el mercado a cambio de un salario, aunque la Declaración de Filadelfia de 1944, suscrita por docenas de gobiernos de todo el mundo, establece que «el trabajo no es una mercancía».

Se concluye, por tanto, y sin necesidad de recurrir a muchos más ejemplos, que no en todos los mercados que existen en el mundo se pueden intercambiar las mismas mercancías, ni en las mismas condiciones, ni por las mismas razones.

Si se acepta que el capitalismo (o como se lo quiera denominar) es el sistema en el que el trabajo, los recursos naturales y el dinero se convierten en mercancías, o en donde la iniciativa y la propiedad individual se reconocen como principios básicos o motores, no hay más remedio que aceptar que no existe tal cual es por ley natural. Ocurre así porque la sociedad ha querido eso y no otra cosa, tomando para ello una decisión social y política que establece que sea así. Es decir, que se puede comerciar con esos recursos y que su uso, aunque comprometa el interés general, puede estar sometido a la simple iniciativa de quien sólo busque su lucro personal.

Por lo tanto, hay que reconocer que la economía en la que vivimos, el capitalismo, no se ha definido ni construido a sí misma. No es un mecanismo que se diseña, controla o modifica por su propia cuenta. Es un producto social que puede existir y funcionar de una forma u otra en la medida en que se permita que se pueda dar un determinado tipo de comportamiento, una forma específica de usar los recursos, un tipo u otro de propiedad de cada uno de ellos, o que se puedan alcanzar o no unos determinados objetivos (vendiendo bebés o riñones humanos, por ejemplo). Y todo esto se decide desde fuera de él, desde su contexto social, o desde la polis, entendida como espacio en el que la sociedad decide, por un procedimiento u otro. Así que la economía capitalista, como cualquier otra, es un espacio en el que inevitablemente confluyen su esfera económica con la política. No hay economía posible sin la presencia complementaria de esta última.

Ni siquiera se puede decir que los mercados (y mucho menos el sistema económico en su conjunto) se autorregulen y puedan funcionar como mecanismos —según se dice— que no precisan de una decisión externa para llevar a cabo las operaciones de intercambio que se

producen en su seno.

Resulta materialmente imposible que algún mercado pueda funcionar sin normas que establezcan qué se puede hacer y qué no. ¿Puede entregar el vendedor mercancía estropeada al comprador, aprovechándose de que este último desconoce con detalle la condición en que se encuentra? ¿El comprador puede dejar de pagar lo que se compra? ¿A quién recurrir si lo pactado se incumple? ¿Qué principios contractuales conviene establecer y cómo hacerlos cumplir?... Se necesita dar respuesta a estas preguntas para que cualquier mercado, por simple que sea, pueda funcionar. Incluso en un mercado tan simple como el de cromos en un colegio, los infantes necesitan saber, aunque sea implícitamente y sin necesidad de que la norma esté escrita en un tablón, que hay que entregar el cromo pactado y cumplir la promesa de pago. Quien no lo haga seguramente sabe qué le podrá suceder cuando salga del colegio.

Ningún sujeto interactuaría en un mercado ni llevaría a cabo ningún tipo de intercambio si no tuviera la seguridad de que todas esas preguntas anteriores tienen respuesta concreta y asegurada previamente, si no se pudiera saber de antemano qué ocurriría si se diera alguna de las muchísimas incidencias paralizantes de ese tipo. De no estar preestablecidas esas normas, el riesgo y los costes que llevaría consigo comprar o vender en el mercado (denominados «costes de transacción») serían tan elevados que no interesaría participar en el intercambio.

Si esto último es así, como no queda más remedio que lo sea siempre —y aún más en cualquier mercado más o menos complejo como los de la economía capitalista de nuestros días—, resulta que la «economía de mercado», el capitalismo, necesita que existan instituciones de no mercado, ajenas a él o fuera de él, para funcionar. Concretamente, necesita del derecho que establece normas, de la administración de justicia que hace que se cumplan y, previamente, de la política que decide cuál de ellas se establece y cómo han de castigarse los incumplimientos.

Es muy frecuente oír decir que los mercados se han pronunciado, que presionan, exigen o necesitan tal o cual medida o condición; pero se trata de una falsa percepción. Un engaño más. No son los mercados

quienes tienen preferencias, prioridades o voluntades. Los mercados no hablan ni protestan ni reclaman una u otra solución o medida política. Lo hacen los sujetos concretos que pueden hacerlo. Es decir, los que están investidos de determinados derechos de actuación o apropiación que les han concedido —desde fuera de los mercados— las normas que la sociedad haya querido establecer, democrática o dictatorialmente. Por tanto, sin una definición previa de esos derechos y poderes no habría intercambio ni mercado ni economía. Y, dicho al revés: según qué establezcan esos derechos y a quiénes se les concedan, los mercados funcionarán de un modo u otro y la economía se organizará de una u otra manera. No es la economía ni son los mercados los que obligan, como se quiere hacer creer, a que las normas digan algo en concreto, ni los que establecen los poderes que tengan los diferentes sujetos. Es justamente al revés: son las normas y los poderes los que configuran y determinan lo que ocurre en la economía y los mercados.

Esta última idea se ve irremediablemente reforzada cuando se tienen en cuenta otras circunstancias cuya existencia es tan evidente y real que no pueden dejarse a un lado, ni siquiera en el caso de la economía más convencional: es imposible que una economía y el capitalismo en particular funcionen descansando exclusivamente en los mercados para tomar todas y cada una de las decisiones relativas a todo lo que hay que llevar a cabo para satisfacer las necesidades humanas. Es así por varias razones.

Sabemos que ciertos bienes (la mayoría de ellos de gran relevancia para la satisfacción de las necesidades humanas) no pueden ser provistos por el mercado. Son los llamados bienes públicos, no porque sean propiedad del Estado, sino porque tienen una característica peculiar que los diferencia de los bienes privados.

En estos últimos, cuando alguien paga por adquirirlos y disfrutarlos se excluye automáticamente de su disfrute a cualquier otra persona. De no ser así, nadie estaría dispuesto a pagar por un bien. Se dice que implican un derecho de exclusión o que su consumo es rival, pues, si una persona los consume, como decimos, ya no puede consumirlos otra.

En el caso de los bienes públicos, por el contrario, que los pague y consuma una persona no impide que los puedan consumir otras. Dicho

de otro modo, se pueden consumir gratis si alguien paga por ellos, de modo que nadie estaría dispuesto a hacerlo para disfrutarlos. Una vez que se instala luz en una calle, se instala un faro o funciona un servicio de bomberos o de policías, por ejemplo, el consumo que de ellos haga una persona no impide que lo puedan hacer otras.[4] Sólo si se dispusiera de algún tipo de tecnología que permita excluir y así obligar a pagar un precio a quien consuma esos bienes (como ocurre con el peaje en una autopista, por ejemplo) podrían proporcionarse a través del mercado. En otro caso, no sería posible por una sencilla razón: ningún sujeto privado los produciría si sabe que no podrá cobrar un precio y recobrar la inversión.

Por todo ello, si se desea que estos bienes públicos estén al alcance de la población, habrá que tomar una decisión política que ordene que se ponga en marcha su producción y el modo de financiarla a través de recursos públicos, impuestos o deuda.

La variedad de los bienes públicos que no se pueden proveer a través del mercado, sino sólo mediante decisiones políticas que respondan a las preferencias sociales, es amplísima y de extraordinaria relevancia para la satisfacción de las necesidades humanas y el bienestar del planeta: de la seguridad en todas sus expresiones (policía, ejército, bomberos, tráfico...) a la conservación del medioambiente, pasando por un buen número de redes, infraestructuras o servicios de salud. En sentido contrario, puede asegurarse, por lo tanto, que las necesidades esenciales para la vida humana no se pueden satisfacer a través del mecanismo de mercado.

Y esto es prácticamente lo mismo que ocurre cuando se producen otras limitaciones o fallos adicionales en los mercados. Entre ellos se encuentran las llamadas externalidades, que igualmente obligan a tomar decisiones ajenas al mercado para evitar situaciones de gran ineficiencia. Las externalidades son efectos positivos o negativos que un sujeto puede producir sobre otros y que no se pueden incluir en los precios. Cuando eso ocurre, los precios ya no informan adecuadamente y los productores ofertarán cantidades que no serán de eficiencia, puesto que no responderán a los costes o beneficios verdaderos que genera su producción.

Si una empresa contamina y produce daño a otros sujetos y no tiene

en cuenta ese coste, venderá su producto a un precio inferior al que debiera corresponder si todos los costes de producirlo se hubieran tomado en cuenta. Sin registrar todos los costes de la producción, se producirá en exceso. Una persona que fume, por ejemplo, consumirá más cigarrillos si el precio del tabaco no incorpora los costes de curarle las enfermedades que le producirá hacerlo. Y al revés, fumaría mucho menos si tuviera que hacer frente a esos costes. Por la misma razón, si una actividad genera beneficios de los que su productor no puede apropiarse, se producirá en menor cantidad y su actividad también será ineficiente.

Cuando se producen estas externalidades, lo que ocurre con gran frecuencia en las economías y en las relaciones sociales, es necesario «internalizar» esos costes; es decir, hacer que alguien los soporte. La mayoría de los economistas reconocen que entonces es precisa una decisión política que establezca algún tipo de norma para que eso se lleve a cabo. Como en el caso de los bienes públicos, se hace de nuevo necesario recurrir a una solución no de mercado, ajena a él o nacida fuera de él.

Los defensores a ultranza de la solución de mercado afirman que, en esos casos de externalidades, sólo hay que preocuparse de dejar que los individuos afectados negocien sin trabas ni costes. Suponen que esa negociación los llevará a tomar la decisión más eficiente automáticamente, sin necesidad de decisión política, pues será la más conveniente para todas las partes. Sin embargo, es fácil mostrar que eso sólo sería así si se olvidara o se dejara de lado una cuestión esencial, como se puede comprobar con un sencillo ejemplo.

Supongamos que una empresa contamina destrozando la ropa de cinco viviendas y les ocasiona un daño total de sesenta euros (doce euros a cada una), y que hay dos tipos de soluciones. Una, poner un filtro en la fábrica que cuesta cuarenta euros; otra, instalar una secadora que cuesta diez euros en el interior de cada vivienda.

Los defensores de la solución de mercado (diríamos, de la puramente capitalista) rechazan cualquier intervención pública en ese caso con un razonamiento bastante simple y fácil de entender.

Si la empresa no tiene derecho a contaminar y tiene que hacer frente al daño, pondría el filtro, puesto que es la solución más eficiente o

barata. Y si tuviera derecho a contaminar y fueran las familias quienes tuvieran que hacer frente al daño, se reunirían y decidirían costear entre todas el filtro, puesto que esa solución les supondría una cantidad a cada una (ocho euros) menor que soportar el daño (doce euros) o comprar una secadora (diez euros). En cualquier caso, por tanto, se adoptaría la solución más barata o eficiente, la de mercado.

Sin embargo, eso solamente ocurriría si no hubiera más costes de por medio. Es decir, si informarse, reunirse y ponerse de acuerdo no les costara a las familias más de dos euros a cada una. Si les costase más, ya les compensaría comprarse una secadora.

Sólo si resultara que esos costes (de trámites, información, reunión, desplazamiento, negociación...) fuesen muy bajos o apenas tuvieran relevancia, se habría conseguido adoptar la solución más eficiente, la más barata para todas las partes, sin necesidad de que nadie interviniese. Y, en cualquier caso, siempre quedaría pendiente un asunto esencial: ¿quién tiene derecho a qué?, ¿han de pagar las familias el daño que les produce la empresa o ésta tiene que hacerse cargo del coste que produce?

Los economistas convencionales aseguran que esas preguntas no son propias de la economía, porque a ésta sólo le importa la eficiencia, no la justicia. Pero es muy fácil demostrar que ese argumento constituye un disparate.

Para que funcione el mercado ha de haberse dado respuesta previa a esas preguntas. Entre otras cosas, porque podría suceder que a la empresa no le interese producir si tiene que hacerse cargo del daño que provoque y sabe que es muy elevado. Por lo tanto, de nuevo resulta imprescindible que se adopte una decisión previa que es puramente política, la que establece las condiciones en que se puede llevar a cabo el intercambio. En este ejemplo, hay que decidir si predomina el derecho a contaminar de la empresa o el de los consumidores a que les pague quien le haya producido un daño. Así que el resultado del intercambio no lo dicta el mercado, sino la política.

Esta última consideración lleva a echar abajo otro mito con el que siempre se quiere revestir el funcionamiento de los mercados. El propio concepto de intercambio, inherente a la relación de mercado,

da a entender que en él se involucran dos partes en pie de igualdad. Es lo que establece el derecho civil contractual que le da cobertura. Sin embargo, esa igualdad representa una simple ficción en el capitalismo porque las partes se encuentran en condiciones de evidente asimetría. Y es precisamente esta asimetría la que permite que una de ellas pueda obtener siempre ventaja sobre la otra si el desequilibrio no se corrige.

Esto último significa que el mercado no proporciona resultados neutros, sino determinados por el reparto preestablecido de derechos y poderes de actuación. Lo cual evidentemente depende de la diferente fuerza de la que disponga cada individuo o grupo social y de su capacidad para traducir sus intereses en decisiones políticas. Por tanto, si se quisiera conocer de verdad qué factores influyen en la determinación de los precios y cantidades en el mercado, no basta con tener en cuenta la oferta y la demanda, como hace la economía convencional: hay que incluir, además, el poder que cada sujeto tiene en los intercambios.

Se puede concluir, entonces, que todo lo que ocurre en cualquier tipo de mercado y en la economía en general se produce como resultado de decisiones políticas que establecen qué puede hacer cada sujeto y qué no, cómo puede actuar y cómo no sobre los demás y su entorno, y qué tipo de derecho de propiedad y de uso de los recursos puede ejercer. Por tanto, no queda más remedio que aceptar que a través de ese tipo de decisiones políticas se puede configurar un modo de organización y de vida económica u otro. Y, si se desea expresar esta idea de un modo aún más elemental, se puede afirmar que el funcionamiento de la economía, entendida como el modo en que los seres humanos nos organizamos para satisfacer nuestras necesidades, no responde a leyes propias, imperecederas e inmodificables, sino a la voluntad de los seres humanos. Otra cuestión que más bien corresponde analizar a los sociólogos y politólogos es si esa voluntad refleja las preferencias de la mayoría social o sólo las de algunos grupos privilegiados.

El capitalismo cambia y lo está haciendo ahora

Cuando se habla de «la economía» como una especie de orden natural e inalterable en su diseño y características básicas, se da a entender que el sistema económico en el que vivimos no se modifica sustancialmente y que, por tanto, es inútil pensar que pueda haber otro de principios y rasgos diferentes. Es un fraude intelectual más, porque se sabe con toda certeza que la economía en la que vivimos ha cambiado. Es el resultado de haber cambiado, y está cambiando, tal y como demuestran los hechos históricos y lo que está ocurriendo en el presente. Y, por ello, lo obligado y completamente seguro es que del propio sistema económico en el que nos encontramos nazcan los elementos que conllevan su transformación hacia otro estado de características diferentes. Siempre ha sucedido así y seguirá sucediendo inevitablemente.

Ningún sistema complejo, como lo es el capitalista en que se organiza la vida económica de nuestro tiempo, permanece estático y sin cambios, sin una transformación constante e interrelacionada de sus elementos que genera otros nuevos de características más o menos diferentes a las anteriores, evolucionando gradualmente a través de continuos procesos de emergencia hacia una nueva condición o estado.

Eso es exactamente lo que les ha ocurrido a los diferentes sistemas económicos que se han ido dando a lo largo de la historia. El capitalismo actual no es un sistema económico surgido de la nada, *ex novo*, sino el resultado de una transformación compleja de los elementos de sistemas anteriores. Unas veces, de modo caótico y desigual, con saltos, o impulsado por momentos de aceleración; otras, de forma gradual y pausada pero siempre sin descanso.

Creer que el sistema económico en el que estamos es eterno, asumirlo como inalterable y sin alternativa, equivale a negar las leyes naturales y evolutivas de las sociedades y de todas las formas de organización de la vida que hoy día conocemos con bastante profundidad gracias al saber científico. Es materialmente imposible que un sistema económico permanezca siempre igual y no mute, que no lo esté haciendo constantemente y, por tanto, que no pueda llegar a ser sustituido por otro de naturaleza diferente.

Por esa razón no es posible encontrar ninguno, incluido el capitalista actual, que sea puro. Es decir, que haya permanecido en la misma

condición o con igual forma y los mismos elementos integrantes a lo largo del tiempo; o que no contenga elementos, rasgos o trazas de sistemas anteriores, o semillas de otros venideros que él mismo engendra. Todos los sistemas económicos conocidos son mixtos, como ahora lo es el capitalismo. En él hay esclavitud, o servidumbre, aunque sea de modo muy residual, como herencia de sistemas anteriores. Y en su seno también se encuentran ya, como veremos enseguida, elementos del poscapitalismo que irán consolidándose o no como tales, con la misma morfología actual o con otra diferente, pero siempre comportándose como embriones de nuevos estados y dando luz a otro sistema.

La prueba más evidente de que el capitalismo evoluciona y, por tanto, ni es inmutable ni un sistema que vaya a permanecer como tal para el resto de la historia es que no ha sido el mismo a lo largo del tiempo, ni lo es hoy día en todos los lugares en donde existe.

¿Cómo se puede afirmar que el capitalismo que conocemos va a existir siempre, que no hay lugar para otro tipo de nuevos sistemas económicos en el futuro, si el capitalismo de hoy día ya ha evolucionado hasta ser, en algunos países como China, tan poco parecido a su naturaleza original?

Desde sus inicios, y quizá en mayor medida desde el final de la Segunda Guerra Mundial, el capitalismo ha evolucionado de formas muy distintas, en función de cómo se han utilizado las instituciones o la tecnología, de la correlación de fuerzas sociales o del efecto desigual de diferentes políticas, valores, culturas o determinantes territoriales o medioambientales.

De hecho, basta observar con una mínima atención los cambios que ha ido sufriendo a lo largo del tiempo para poder comprobar que todos ellos se sustancian en dos grandes posibilidades o vías alternativas. O en el reforzamiento de sus pilares básicos (mercantilización del trabajo, los recursos naturales o el dinero; libertad de movimientos en los mercados; propiedad privada; primacía del afán de lucro) o, por el contrario, en la incorporación de elementos que no pueden considerarse capitalistas.

Quienes defienden la prevalencia de la economía capitalista lo reconocen con toda la razón cuando critican la intervención del

Estado, los controles y la regulación de las relaciones de mercado para someter su funcionamiento a objetivos no mercantiles. La supeditación de la propiedad privada al interés general, los salarios mínimos, la limitación de la jornada laboral, los derechos laborales y la protección social, las políticas redistributivas..., son elementos no capitalistas que se han ido incorporando y conviven con los puramente capitalistas. Nunca de modo natural, sino tras largos y a veces violentos conflictos de interés, a lo largo del tiempo. Por eso los atacan constantemente y con toda la razón quienes defienden las virtudes y la pervivencia del capitalismo.

Si fuese cierto lo que dicen los defensores del capitalismo como sistema inmutable que no tiene alternativas, hoy día no existirían ni salarios mínimos ni sindicatos ni derechos sociales ni educación ni sanidad ni pensiones públicas. Su existencia es la prueba evidente que demuestra que el capitalismo puede dejar de serlo para convertirse en un sistema distinto.

La historia al respecto es bastante clara. Siempre que se ha planteado incorporar esos elementos no capitalistas ha habido que enfrentarse a una gran resistencia, precisamente por su carácter extraño, ajeno o contradictorio con los principios y lógicas fundamentales del sistema capitalista. En unas ocasiones, no se ha podido evitar su introducción; en otras, se ha conseguido evitar o retrasar su implantación. Últimamente, se trata de revertir la presencia de los ya introducidos, utilizando precisamente la economía de la motosierra de la que venimos hablando.

Las diferencias evidentes entre el capitalismo de las distintas etapas de la historia responden justamente a ese pulso y a los cambios en un sentido u otro a los que dan lugar. Además, como es lógico, de que están condicionados por el desarrollo tecnológico que modifica las formas de producir y consumir.

Ni siquiera en las últimas décadas de mayor uniformidad neoliberal se puede afirmar que el capitalismo sea algo prototípico y sin cambios, en donde no se aprecie la aparición de elementos que no responden a su definición original. Como cualquier otra forma de organización de la vida económica, el capitalismo actual es un sistema económico construido socialmente y en proceso de continua transformación, como

resultado complementario de las fuerzas que operan en su interior y también de factores externos (política, eventos de cualquier tipo, tecnología o las ideas que cambian el parecer y los valores sociales) que lo obligan a adaptarse y mutar constantemente.

En los últimos años se ha desarrollado un enfoque teórico dedicado a tratar de sistematizar las llamadas «variedades del capitalismo». Diferentes autores han intentado hacer taxonomía de las economías de nuestro tiempo y han comprobado, efectivamente, que el sistema económico capitalista original está impregnado de trazos muy diferentes. Lo interesante de todas ellas es comprobar que las diferencias fundamentales, las verdaderamente relevantes, se originan por la mayor o menor presencia de esos elementos que, en términos generales, se pueden denominar como no capitalistas porque responden a principios diferentes a los que sustentan el capitalismo.

A economías como las de Estados Unidos, Reino Unido, Canadá o Australia se las denomina en esos estudios como de capitalismo liberal de mercado porque registran una participación del Estado relativamente más reducida en la vida económica (30-40 por ciento del PIB); mercados laborales liberalizados, con baja protección laboral, sólido poder de negociación empresarial y sindicatos debilitados; mercados financieros muy desarrollados; predominante financiación privada en los mercados de capitales; y una fuerte apertura al exterior.

En Alemania, Austria y Países Bajos o incluso Japón se da una forma de capitalismo diferente, basada en la coordinación o en la comunidad entre empresas y entre ellas con sindicatos y gobiernos. Se conoce también como «capitalismo renano», en Europa central, o de *keiretsu* (‘agrupación’ o ‘coalición’) en Japón. Suele basarse en instituciones laborales fuertes que regulan el mercado, el empleo, la formación y la negociación colectiva; y el sistema financiero suele estar basado en redes de bancos y entidades financieras más estables. Alemania, por ejemplo, registra una alta participación de los trabajadores en la dirección de la empresa y en Japón predomina el sistema de empleo de por vida en la misma empresa. Hay una presencia importante del Estado y es un tipo de capitalismo con gran peso de la manufactura industrial especializada y con potencia exportadora, generalmente basada en la existencia de un buen número de grandes corporaciones

de proyección internacional.

Los países del norte de Europa (Suecia, Noruega, Dinamarca, Finlandia) desarrollaron durante años otras variedades de capitalismo que se suele denominar socialdemócrata avanzado o de bienestar. En él, los elementos tradicionales y más originales del capitalismo (trabajo asalariado, propiedad privada, mercados, etc.) convivieron con dilatados sistemas de bienestar social que proporcionan una dotación, en algunos casos universal, de servicios públicos como salud, educación y protección social muy variada. A diferencia de lo que ocurre en otros tipos de capitalismo, allí los impuestos son altamente progresivos y elevados para financiar los programas sociales. En Noruega, el Estado controla un fondo soberano de inversiones que maneja recursos por valor casi cuatro veces mayor que su PIB. En este tipo de capitalismo las políticas redistributivas que corrigen la distribución original de mercado tienen una gran intensidad, lo cual no quita que sean economías altamente productivas y que ocupen lugares destacados en los índices globales de innovación y competitividad. En todas ellas hay una presencia relativamente alta de cooperativismo y elevado nivel de sindicalización, es habitual la concertación social entre el Estado, los empleadores y los trabajadores, y se lleva a cabo una regulación importante del sistema financiero y la banca.

En la mayoría de los países de América Latina, África subsahariana y algunas partes del Sudeste Asiático predomina un capitalismo que se ha calificado como periférico o dependiente por tener economías muy poco diversificadas y subordinadas en las cadenas de valor internacionales, al haber sido especializadas en la producción y exportación de recursos naturales o, si acaso, de productos manufacturados de bajo valor añadido. Suelen ser, a menudo, economías gobernadas con instituciones frágiles, muy expuestas a la volatilidad de los mercados internacionales, con escasa autonomía o incluso materialmente neocolonizadas por las finanzas, las grandes corporaciones multinacionales y el proteccionismo de las grandes potencias económicas.

Se suele distinguir también un tipo de capitalismo de Estado en el que se incluirían economías como la de Rusia, Vietnam o el golfo Pérsico. En ellas, no sólo se produce una mayor —y muy alta—

presencia del gobierno y de todo el sector público, sino que éste ejerce el control de las empresas y sectores que se consideran esenciales para la economía y resulta determinante en sus decisiones estratégicas, bien tomando su completa propiedad o mediante empresas de capital mixto.

La introducción de China (o incluso Vietnam) en este último grupo plantea una cuestión singular e interesante. Si se considera que es una economía capitalista más, deberá reconocerse entonces que el capitalismo avanza y que se logra mayor actividad y progreso incorporando elementos que son esencialmente no capitalistas, como los que predominan en China (propiedad pública o mixta, planificación, regulación estricta, búsqueda de la prosperidad común, etc.). Si se sostiene que no es una economía capitalista más, sino una «economía socialista de mercado con características chinas», tal y como la definen su Constitución y los documentos del Partido Comunista de China, la conclusión será diferente pero no menos relevante. Habrá de aceptarse que el capitalismo ya ha sido superado en la actualidad como sistema económico, en la medida en que existe en el planeta una economía de naturaleza diferente, en la que vive casi el 20 por ciento de la humanidad y que, además, ha evolucionado con mucho mayor éxito que cualquier otra en las últimas décadas.

Aunque establecer este tipo de categorías o diferentes tipos de economía sea siempre muy discutible, puesto que existen zonas intermedias y cualquiera de ellas presenta elementos de las demás, tener presentes las diferencias que señalan es importante por dos razones fundamentales. En primer lugar, porque muestran la extraordinaria relevancia de la incorporación de elementos no capitalistas en el capitalismo actual. En segundo lugar, porque de la mayor o menor presencia de esos elementos se siguen, en todos esos casos, diferencias en cuanto a resultados, rendimiento económico, condiciones de vida, satisfacción de necesidades y sostenibilidad.

En concreto, en cada una de esas grandes categorías, modelos o variedades de capitalismo, como se las quiera denominar, existe una correlación bastante estrecha y evidente entre una mayor o menor presencia o intensidad de elementos no capitalistas (intervención del Estado, provisión pública y universalizada de bienes o servicios públicos y de bienestar social, regulación de los mercados,

redistribución fiscal, empresas públicas...) y más o menos concentración de la riqueza, desigualdad o pobreza.

En las economías con mayor gasto social, impuestos progresivos, potente protección laboral y participación más activa de los trabajadores en la empresa (elementos que se pueden considerar como no capitalistas y por cuya razón suelen ser fuertemente rechazados por quienes defienden el capitalismo), la concentración de la riqueza es menor y, en consecuencia, su reparto es más equitativo, lo que produce una satisfacción más generalizada de las necesidades humanas. Un estudio reciente de Thomas Palley analizó la economía de veintiséis países de altos ingresos atendiendo a los criterios de variedad mencionados y encontró que los índices de felicidad de su población difieren también en función del tipo de economía.[5] En concreto, fueron más elevados en los del capitalismo socialdemócrata, en el que abundan en mayor medida esos elementos no capitalistas.

En cualquier caso, la pretensión de este texto no es hacer una evaluación rigurosa de los resultados que proporciona ese mayor o menor grado de puridad de cada economía, respecto al que podría considerarse el diseño original del sistema. Sobre todo, en una etapa en la que están produciéndose tantos cambios en las piezas fundamentales de los modelos, como consecuencia de las transformaciones ideológicas y de las crisis cada vez más recurrentes que están sufriendo todas las economías. Se trata de realizar un sencillo ejercicio elemental, porque sencilla es la vía para percibir un hecho fundamental que, sin embargo, es el que constantemente niega el saber convencional: el cambio continuo que se produce en la economía capitalista en la que vivimos como resultado de la presencia en su seno de elementos, con enraizamiento más o menos potente y grado de emergencia también distinto, que responden a principios y formas de dirigir y organizar la vida económica que no se corresponden con los del capitalismo.

Experiencias y formas alternativas de organización económica: el futuro ya está aquí

Hay un modo sencillo de rebatir el saber económico dominante que

niega esta última proposición y que, por el contrario, afirma, como hacía Margaret Thatcher, que «no hay alternativa» al capitalismo y a las políticas económicas que lo sustentan. Se trata de comprobar que, a nuestro alrededor, hoy e incluso desde hace tiempo, existen ya multitud de experiencias de vida económica reales, puestas en práctica y a veces a muy gran escala, basada en valores, principios, instituciones y objetivos distintos a los que sostienen el capitalismo. Y, además, con resultados que no sólo no tienen nada que envidiarle, sino que lo superan muy a menudo en eficiencia y, mucho más, en bienestar humano, equidad y conservación de la naturaleza.

No se puede afirmar que esas nuevas experiencias conformen actualmente un nuevo sistema, un nuevo tipo de economía si ésta se considera en su conjunto. Pero su especial y diferente naturaleza, su relevancia, su influencia en el día a día de la vida en el planeta y, muy significativamente, el rechazo que producen en quienes defienden el capitalismo (nombrándolo o no como tal) permiten percibirlas como lo que son: auténticos embriones de un modo alternativo de utilizar los recursos y de organizar las relaciones económicas entre los individuos, el capital y la naturaleza.

Si bien ahora es imposible saber cuál será su alcance definitivo, si evolucionarán para sustituir por completo al capitalismo, si lo harán sólo parcialmente o si ellas mismas mutarán hacia nuevas y ahora mismo desconocidas formas de organización de la vida económica, su existencia alternativa es innegable y su presencia la demostración palpable de que el capitalismo no es, ni mucho menos, un sistema que haya dejado de evolucionar y cambiar.

Sanidad pública

Aunque esas experiencias son muchas y variadas, quizá el ejemplo más relevante podría ser la sanidad pública y de alcance universal que predomina sobre la privada, tanto en cobertura como en financiación, en muchos países y, desde luego, en los que tienen mejores indicadores de salud y calidad de vida.

Aunque en las últimas décadas grandes grupos empresariales y fondos de inversión están haciendo un enorme esfuerzo para privatizar

cada vez más amplias áreas de servicios sanitarios hasta ahora públicos, todos los indicadores muestran que la provisión pública y universal es más eficiente, barata y equitativa que la de mercado.

El caso paradigmático que mejor lo demuestra es el de Estados Unidos, el país que gasta más del doble que los países con sistemas de salud pública y cuya población tiene, sin embargo, menor esperanza de vida y un sistema sanitario con peores resultados en indicadores de rendimiento y gestión. Estados Unidos, primera potencia económica mundial, ocupa el lugar 54 en el ranking que ordena todos los países por eficiencia del gasto sanitario atendiendo a sus resultados, y es el último de entre los más adelantados atendiendo al acceso, eficiencia, equidad, resultados y atención preventiva.

La provisión privada no sólo es más ineficiente y cara, sino que deja a una gran parte de la población sin cobertura ni acceso a los servicios de salud, puesto que no puede pagar el precio tan elevado al que se ofrecen.

A pesar de no estar generalizada en todos los países, de encontrarse sometida a constantes ataques, de tener imperfecciones y de los intentos de introducir el negocio privado cada vez en mayor medida en los sistemas públicos, la provisión de servicios de salud como un bien público de acceso universal tiene una presencia suficientemente amplia en muchos países como para que se considere algo «normal». Eso explica posiblemente que no se perciba como lo que es en realidad: un elemento de los que hemos denominado no capitalistas, pues funciona con una lógica diferente a la del mercado y al afán de lucro. Precisamente por eso, como acabamos de decir, su desmantelamiento constituye un continuo objetivo pendiente para los grandes capitales. Los efectos negativos que se producen cuando se privatizan esos servicios también son evidentes en todos los indicadores sanitarios.

Una investigación reciente que analizó casi 700.000 hospitalizaciones en Estados Unidos descubrió que las llevadas a cabo en centros adquiridos por capital privado registraban un 24 por ciento más de infecciones provocadas en el hospital que en el resto y eran más costosas para la sociedad.[6] Y otra de diferentes investigadores de la Universidad de Oxford realizada para ocho países avanzados (Canadá, Croacia, Inglaterra, Alemania, Italia, Corea del Sur, Suecia y

Estados Unidos) llegó a conclusiones bastante claras al respecto: la mayor privatización se corresponde con una peor calidad de la atención; en ningún caso produce resultados inequívocamente positivos sobre la salud; aunque los hospitales que pasaron de propiedad pública a privada tendieron a obtener mayores beneficios, eso se debió a la reducción de personal y la disminución de la proporción de pacientes con cobertura limitada de seguro médico; la privatización generalmente se correspondió con menos personal de limpieza empleado por paciente y mayores tasas de infecciones; y en algunos estudios se ha puesto de relieve que los niveles más altos de privatización hospitalaria se correspondieron con tasas más elevadas de muertes evitables.[7]

Promover que los servicios de salud se ofrezcan a la población a través del mercado, respondiendo al afán de lucro y persiguiendo, por tanto, la obtención del mayor beneficio empresarial posible, no produce más eficiencia, ni precios más bajos, ni más satisfacción de la demanda. Todo lo contrario, esto sólo puede conseguirse mediante la provisión pública que responde a principios completamente alternativos a los del capitalismo.

Pensiones públicas basadas en el sistema de reparto

Algo parecido puede decirse de los sistemas de pensiones públicas basadas en el principio de reparto o de solidaridad, como en España. Es decir, el que proporciona a la generación actual de personas jubiladas pensiones que proceden de las cotizaciones de las que ahora están empleadas. Un sistema contrario al típico capitalista, llamado precisamente de capitalización privada y que, en realidad, no es sino la acumulación de fondos ahorrados a lo largo de la vida activa; lógicamente, por parte de quien tenga sueldo suficiente para acumularlos.

Es bien conocido que los bancos están interesados desde hace décadas en acabar en la mayor medida de lo posible con el sistema de reparto, y la razón es sencilla: así podrían manejar y rentabilizar el enorme caudal de ahorro que se dirigiría en ese caso a los fondos privados. Un objetivo que no pueden plantear a bocajarro porque la

población suele conocer claramente las ventajas del sistema público. En España, por ejemplo, se calcula que alrededor del 90 por ciento de las personas pensionistas se encontrarían en situación de pobreza si no existiera el sistema público actual. Por ello, en lugar de plantear directamente su privatización, han promovido la idea de que el sistema público es insostenible a largo plazo, algo que ningún estudio ha podido demostrar en ningún caso. Todo lo contrario, los que se han hecho en España augurando déficits terribles de la Seguridad Social (la mayoría financiados por entidades financieras) se han demostrado equivocados cuando han ido llegando los años en que aseguraban que iban a producirse. Lo que, sin embargo, sí han demostrado los datos empíricos y la experiencia en muchos países es que los sistemas públicos de pensiones de reparto son más seguros, estables y equitativos: garantizan ingresos mínimos en la vejez, no están expuestos a la volatilidad del mercado financiero —como ocurre con los de capitalización—, pueden proporcionan cobertura universal —a diferencia de los basados en el ahorro individual—, resisten mejor las crisis económicas y tienen mecanismos redistributivos que mejoran la equidad en el conjunto de la sociedad. Y, además, al garantizar ingresos para toda la población jubilada contribuyen al mantenimiento de la demanda y a la estabilidad económica.

Esto último se pone de relieve si se compara lo que ocurre en cuatro países con sistemas diferentes. En Alemania y España el porcentaje del salario anterior que cubre la pensión media se sitúa entre el 70 y el 80 por ciento. En Estados Unidos y Chile, con predominio privado, es del 50 y el 35 por ciento, respectivamente y con muchísima menos cobertura. En ese último país, en donde el dictador Pinochet privatizó por completo el sistema (menos el del ejército y la policía, casualmente), el 80 por ciento de los pensionistas recibe pensiones inferiores al salario mínimo.

Además de todo eso, los sistemas de capitalización resultan mucho menos eficientes si se tiene en cuenta la mayor inseguridad y exposición al riesgo de crisis o inflación y el hecho de que los costes administrativos que suponen son también mucho más elevados.

En resumen, los sistemas de pensiones públicas son otra experiencia de utilización de los recursos con criterios de solidaridad y no

capitalistas que ha demostrado ser ampliamente mejor: menos costosa y más eficiente, segura y equitativa que la basada en el mercado. Esta sólo es mejor para aumentar el beneficio de los grupos sociales minoritarios que son propietarios de las entidades financieras, los bancos y los fondos de inversión.

Cooperativismo y economía social

Frente a la idea de que sólo la propiedad privada puede proporcionar eficiencia, innovación, rentabilidad y progreso económico, la existencia de más de tres millones de cooperativas en todo el mundo funcionando a pleno rendimiento, con la máxima eficiencia y rentables sin necesidad de ser guiadas por el afán de lucro privado, demuestra lo contrario.

Según el último informe del World Cooperative Monitor, más del 12 por ciento de la población mundial era miembro de alguna de esas empresas en 2021 y el 10 por ciento del empleo global se genera o está vinculado con ellas. Las 300 de mayor volumen generaban entonces una capacidad de negocio de 2,4 billones de dólares anuales. En algunos países como España, Francia e Italia, más del 60 por ciento de la producción agraria circula a través de estas empresas, y en Japón el 91 por ciento. Y se ha podido comprobar igualmente que las cooperativas mantienen durante las crisis mayor parte del empleo que las empresas de propiedad privada.[8]

A las empresas cooperativas habría que añadir, según la Organización Internacional del Trabajo, los siete millones de asociaciones y otras empresas de carácter social de todo tipo que llevan a cabo actividades de producción o distribución de bienes y servicios en todo el mundo sin guiarse por el afán de lucro. Todas ellas generan alrededor del 20 por ciento del PIB en Finlandia o Nueva Zelanda, algo menos (18 por ciento) en Francia y el 10 por ciento en España.

No es cierto, por tanto, que sólo pueda llevarse a cabo la producción de bienes y servicios con eficiencia si sólo se persigue el lucro privado. Este tipo de empresas y la economía social en su conjunto muestran que pueden hacerlo incluso con mayor estabilidad, éxito y

rendimiento, buscando el interés colectivo, cooperando y sin necesidad de estar motivado por el egoísmo y la maximización del beneficio, sino por valores solidarios y por una ética diferente a la del lucro privado.

Empresas públicas

La existencia de empresas propiedad pública y, por tanto, no guiadas por el principio capitalista de máximo beneficio es otro elemento que, en contra de lo que pueda parecer, está aumentando en todo el mundo; a pesar de las muy numerosas privatizaciones que se han llevado a cabo en las últimas décadas.

Su número total es difícil de conocer con exactitud, pero la OCDE ha registrado que en 2023 había 126 de este tipo entre las 500 empresas más grandes del mundo, frente a las 34 que había en 2000. Ese grupo posee actualmente activos por valor de 53,5 billones de dólares y en 2023 obtuvo más de 12 billones de dólares de ingresos. En total, el Banco Mundial estimó que en 2023 habría unas 76.000 empresas con al menos un 10 por ciento de participación estatal en 91 países. En ese año, el sector público poseía más del 25 por ciento de las 2.037 empresas cotizadas en bolsa a nivel mundial, lo que representa el 11,6 por ciento de la capitalización bursátil total.[9] El Fondo Monetario Internacional estima que estas empresas de propiedad estatal realizan el 55 por ciento de la inversión total en infraestructura en las economías emergentes y en desarrollo. Coincide con la OCDE estimando que sus activos equivalen a algo más de la mitad del PIB mundial.[10]

Puesto que en las últimas décadas se han llevado a cabo miles de procesos de privatización, en los que antiguas empresas públicas han pasado a ser de propiedad privada, se ha podido analizar con detalle su resultado. Las conclusiones ponen claramente en evidencia que no se produce lo que se había afirmado que se conseguiría. En lugar de aumentar la competencia se han generado oligopolios, suelen aumentar los precios o tarifas en servicios básicos como el agua, la electricidad, el transporte o la sanidad, lo que produce exclusión en el acceso de parte de la población con menor ingreso; disminuye la calidad de los servicios; se deterioran las condiciones de empleo; y las

empresas se gobiernan con menor transparencia y rendición de cuentas.

Una prueba de que la provisión privada de los bienes y servicios no es mejor que la que antes estaban proporcionando empresas públicas sin ánimo de lucro es el gran número de operaciones de reversión que se han producido en todo el mundo para evitar mayores costes e ineficiencias de todo tipo.

Según un informe del Transnational Institute, en más de 1.600 ciudades de 45 países se han producido 835 casos de remunicipalización de los servicios públicos, que han logrado justamente lo contrario de lo que se había producido al privatizarlas: rebajar los costes y las tarifas y mejorar las condiciones laborales y la calidad garantizando al mismo tiempo una mayor transparencia y mecanismos de rendición de cuentas.[11]

En otro tipo de servicios, como en el emblemático caso de los ferrocarriles británicos, ha ocurrido lo mismo: el gobierno los renacionalizó en 2024, cuando se habían convertido en el servicio ferroviario más caro y posiblemente de peor calidad de Europa, treinta años después de haberlos privatizado. No ha ocurrido lo mismo con el sector energético (también totalmente privatizado en 1980 por Margaret Thatcher), pues sigue allí privatizado, produciendo enormes ganancias al oligopolio resultante, pero pérdidas públicas muy cuantiosas, por tener que acudir el rescate de algunas empresas, por los precios muy elevados y la gran exclusión social del servicio que provoca.

Es cierto que, teniendo en cuenta la correlación de fuerzas políticas que hay hoy día en el mundo y el predominio de las ideologías privatizadoras que buscan reforzar el interés y el beneficio privado, no cabe esperar que estos procesos de reversión se produzcan en gran medida. Lo importante es, sin embargo, subrayar que la existencia de empresas de propiedad pública que mantienen una oferta continuada y eficiente bajo principios ajenos a los del mercado y al afán de lucro muestra también que éstos no son los exclusivos cimientos sobre los que cabe sostener la organización de la vida económica. Cuando se ensayan sobre principios diferentes, se pueden lograr resultados de eficiencia, equidad y sostenibilidad superiores.

Bancos públicos

Una de las muestras más flagrantes del fraude intelectual y de las mentiras sobre las que se sostienen las políticas que defienden los economistas que tienen más poder en el mundo la dio en 2015 el que entonces era gobernador del Banco de España, Luis María Linde. En una conferencia impartida en Pamplona afirmó: «La experiencia [de los bancos públicos] es mala. Puede existir alguno que funcione bien, pero no es probable».[12]

En contra de lo afirmado por el gobernador, en septiembre de 2024 se contabilizaron en todo el mundo 1.115 bancos públicos. En conjunto, manejaban 91 billones de dólares de activos, prácticamente el mismo volumen del PIB mundial. Si se descuentan de ese total los bancos centrales y los multilaterales y se toman en cuenta solamente los bancos públicos comerciales, de desarrollo, universales y otros similares (como las cajas postales y de ahorros) a escala nacional y subnacional, existían ese año 914 instituciones de ese tipo, en 150 países y con activos por valor de 55 billones de dólares. Si se eliminan los de desarrollo, los bancos públicos equiparables a la banca privada tradicional serían 384 en todo el mundo, con 32 billones de dólares de activos.[13] En Alemania, justo cuando Linde hizo aquellas declaraciones, la banca pública tenía una cuota de mercado del 24 por ciento y, en Francia, sólo la Banque Postale tenía 10 millones de clientes. En Países Bajos, el BNG Bank Nederlandse Gemeenten y el NWB Nederlandse Waterschapsbank también eran públicos en aquel momento y estaban considerados el segundo y el sexto más seguros de mundo, respectivamente. También había entonces bancos públicos potentes en Suecia, Italia, Finlandia, Países, Suiza, Dinamarca, Noruega y Estados Unidos.

El gobernador del Banco de España hizo lo que, por desgracia, es muy habitual en economistas y políticos que viven de ponerse al servicio del fraude intelectual que venimos comentando. Mienten para defender las políticas económicas que interesan a los grandes grupos de poder privado, como en este caso diciendo que la experiencia de funcionamiento de esos bancos es mala. Seis meses antes de haber hecho aquellas declaraciones, el diario *The Wall Street Journal*

informaba de que el banco público de Dakota del Norte (Estados Unidos) era más rentable que Goldman Sachs y tenía mejor calificación crediticia que JP Morgan.[14] Multitud de estudios comparativos han puesto de manifiesto que incluso funcionan mejor que los bancos privados en grandes economías como la India o Rusia, lo mismo que otros muchos casos en otras economías o incluso para gran parte de África en conjunto.[15]

Un estudio de 2011 sobre 500 bancos de todo el mundo que tampoco debía conocer el gobernador Linde demostró que los de propiedad pública son más seguros, prestan más a las empresas y, sobre todo, contribuyen mejor al cambio productivo tras las crisis.[16] Como seguramente tampoco le hubiera parecido necesario tener presente que el propio Fondo Monetario Internacional ha reconocido que los bancos públicos pueden ayudar a resolver las ineficiencias del mercado crediticio, reducir la prociclicidad del crédito (es decir, evitar que se preste menos cuando más hace falta), apoyar proyectos con externalidades positivas, prestar a pequeñas y medianas empresas y extender las redes financieras a una mayor proporción de la población. También reconoce que en las crisis «los bancos públicos prestaron relativamente más que los bancos privados nacionales en muchos países».[17] Todo lo cual viene a decir que funcionan mejor, pues, al fin y al cabo, prestar es la función de la banca, sobre todo, cuando más crédito se necesita.

Para concluir este repaso sobre las posibilidades y ventajas que ofrece disponer de una banca pública cuya eficacia y solvencia desconocen los grandes responsables de la política económica neoliberal, baste señalar que la Oficina Nacional de Auditoría del Reino Unido calculó que cuando los proyectos públicos —por ejemplo, la construcción de escuelas— se financian con fondos privados resultan un 40 por ciento más caros que si se utilizan fondos públicos.[18]

En cualquier caso, lo que se trata de señalar no es que los bancos públicos sean siempre entidades que proporcionen mejores resultados que los privados. Es evidente que pueden ser «capturados» por el poder económico, ser mal gestionados o puestos directamente al servicio del lucro privado. Lo relevante es mostrar que también hay formas no capitalistas de proporcionar financiación a la economía, a las empresas

y a los hogares sin necesidad de anteponer siempre el afán de lucro y los criterios de mercado; es decir, al margen de los principios que sostienen el capitalismo. Se puede hacer emulando la forma en que operan los bancos comerciales y simplemente renunciando a la maximización del beneficio privado para maximizar el público. Y se puede llegar más lejos, como veremos más adelante, no sólo en la teoría, sino en la práctica, llevando a cabo otro tipo de negocio bancario. Por ejemplo, renunciando a cobrar interés por el crédito que proporcionan, asociándose a los prestatarios o cobrando costes de administración para mantener la gestión del negocio que se devuelven al final del período por el que presta. O, como hace la llamada banca ética, anteponiendo criterios de equidad, sostenibilidad y responsabilidad cuando se llevan a cabo operaciones de crédito.

En conclusión, la banca pública, en todas sus modalidades, es una prueba más de que hoy día ya existen experiencias que funcionan bien y sirven incluso mejor que las capitalistas para asignar recursos con criterios diferentes al de aumentar sin límite y constantemente el beneficio privado.

Trabajo no remunerado y voluntariado

Como hemos dicho, el uso del trabajo humano como una mercancía más a cambio de un salario es la característica básica y diferenciadora del capitalismo. Y precisamente por eso resulta tan significativo y sintomático que nuestras sociedades y economías no puedan sobrevivir sin el uso de trabajo desmercantilizado, no remunerado o prestado voluntariamente; es decir, bajo principios no capitalistas.

Según estudios de Naciones Unidas, en cada día de 2018 se dedicaban 16.400 millones de horas al trabajo de cuidado y doméstico no remunerado en todo el mundo, lo que equivalía al empleo de 2.000 millones de personas a tiempo completo, el 25 por ciento de la población mundial. De ese trabajo total, por cierto, aproximadamente las dos terceras partes las realizaban mujeres y niñas.

Si ese trabajo no remunerado se valorase a precio de salarios mínimos, supondría 11 billones de dólares, lo que más o menos representa el 9 por ciento del PIB mundial. Un porcentaje que llegaría

al 40 por ciento en algunas economías.[19]

El trabajo voluntario tiene igualmente una enorme extensión. Según el *Informe sobre el Estado del Voluntariado en el Mundo*, de Naciones Unidas, se considera que este tipo de trabajo es el que se realiza sin recibir remuneración a cambio, sin obligación de hacerlo y para producir bienes o servicios dirigidos a otras personas y fuera del hogar o a la familia del voluntario o voluntaria. Se estima que casi 900 millones de personas mayores de quince años realizan mensualmente algún tipo de trabajo voluntario en todo el mundo. Y, del total mundial de población empleada, algo más del 6,5 por ciento hace voluntariado a través de asociaciones formales y el 14,3 por ciento de manera informal.[20]

La OCDE incluso estima al alza esos datos. Según un informe de 2024, el 22 por ciento de la población de los 38 países que conforman la organización declaró haber realizado voluntariado formalmente (a través de una organización) durante el último mes. Un porcentaje que llega al 30 por ciento o lo supera en algunos países como Australia, Canadá, Estados Unidos, Francia, Irlanda, Luxemburgo, Noruega, Nueva Zelanda o Países Bajos.

Por otro lado, hay que tener en cuenta que no sólo se da el trabajo no remunerado para llevar a cabo actividades que son esenciales para la economía y la vida humana que el mercado no puede satisfacer. Además, hay intercambios o utilización del trabajo que están monetizados pero que no responden al afán de lucro capitalista como impulso.

Muchas encuestas y estudios del uso del tiempo muestran que es relativamente frecuente que las personas realicen pagos u obsequios a otras por realizar determinadas actividades, pero que no lo hacen como expresión de un intercambio mercantil, sino como muestra de reciprocidad, afecto o incluso como incentivo, o por razones de parentesco, para construir comunidad o redistribuir la riqueza. Es muy frecuente que las actividades de ayuda mutua involucren una cierta remuneración que no tiene un fundamento mercantil, sino que es una forma de evitar cualquier connotación de caridad o jerarquía y de reforzar lazos de reciprocidad.

Todas estas actividades de producción doméstica, cuidados no

mercantilizados y voluntariado proporcionan una gama de bienes y servicios sin los que, literalmente hablando, no sería posible la vida en nuestras sociedades. No sólo en la atrasadas, como se pudiera creer, sino también en las más avanzadas. Y eso equivale a decir que la economía capitalista de trabajo asalariado es incapaz de satisfacer todas las necesidades de los seres humanos, empezando por las más básicas y perentorias.

La mejor muestra de la trascendencia de todas estas experiencias, de su necesidad y de que su funcionamiento es eficiente sin necesidad de estar guiado por el ánimo de lucro es que prácticamente las dos terceras partes de la población de los países de la OCDE están satisfechas con su sistema de salud (68 por ciento), su sistema educativo (67 por ciento) y sus servicios administrativos (63 por ciento).[21] Un porcentaje aún más relevante si se tiene en cuenta que todos ellos se encuentran sometidos a campañas mediáticas de desprestigio y a una financiación cada vez más menguante debido al predominio de las estrategias privatizadoras neoliberales, exacerbadas con el auge del trumpismo y la economía de la motosierra.

Otras muchas experiencias de menor escala

Las experiencias que acabamos de señalar son perfectamente integradas en la vida económica de nuestro tiempo por el sistema capitalista, a pesar de que no responden a los principios que lo inspiran y guían. Para algunas personas eso puede resultar una contradicción insalvable, hasta el punto de considerar que son un componente capitalista más del sistema.

Es un error. Marx definió el comunismo con una frase que se hizo famosa: a cada uno según su necesidad y de cada cual según su capacidad. En realidad, no parece sino una expresión de máxima generosidad, de plena solidaridad o equidad en el uso de los recursos. ¿Y no es exactamente eso lo que representa la sanidad pública, por ejemplo?

Todos los elementos que hemos revisado son expresiones de formas de organizar la vida económica que no son capitalistas. Tanto es así

que se cuestionan constantemente. El propio sistema trata de quitárselos, de vomitarlos; lo mismo que ocurre en el cuerpo humano cuando se introduce algo que altera el metabolismo básico. Se tiende inevitable e incluso casi automáticamente a expulsarlo.

Son elementos que todavía no conforman un sistema, e incluso que pueden llegar a desaparecer. Pero su existencia es el resultado de que se han introducido componentes distintos a los que forman el disco duro del capitalismo. Lo que ocurra con ellos, la posibilidad de que terminen imponiéndose e impregnen con su propia lógica a todos los del sistema y a éste en su conjunto, dependerá del equilibrio existente entre las distintas fuerzas sociales, de su capacidad para imponer sus intereses o preferencias al conjunto de la sociedad. Tal y como ocurrió cuando comenzaban a desarrollarse los elementos que fueron constituyendo el capitalismo.

Eso es lo que ocurre en los sistemas complejos y aún más en los avanzados, como pueden ser nuestras economías y sociedades del momento. Se han conformado en su estado actual por la dominancia de determinados elementos, lógicas, principios, comportamientos, valores e interrelaciones fuertemente anclados en el sistema; pero ellos mismos generan otros nuevos, que no siempre se orientan a reforzar la lógica general del sistema en el que nacen. Otras veces, permanecen en estado letárgico, estable, sin afectar decisivamente a su entorno y al conjunto del sistema. Y, en ocasiones, antes o después, se convierten en disruptores, es decir, en elementos que tienen la capacidad de interrumpir o modificar los procesos de los que forman parte o con los que están relacionados. O en catalizadores, cuando lo que hacen es acelerarlos.

Hoy día podemos comprobar hasta qué punto los componentes que se han desarrollado en el seno del sistema capitalista bajo principios no capitalistas le suponen un serio inconveniente. Son como palos que atraviesan sus ruedas, piedras en sus zapatos, frenos efectivos que impiden que siga desenvolviéndose cómoda o libremente en las condiciones de enorme concentración de la riqueza que ha generado y a las que no desean renunciar por nada del mundo los minúsculos grupos sociales que se están beneficiando de ellas. Por eso combaten a brazo partido no sólo esas expresiones más potentes que hemos

mencionado, o la intervención pública en general, como veremos enseguida, sino otras muchas, cientos y quizá miles de experiencias que responden a principios y lógicas no capitalistas, de menor alcance, pero de profundo valor simbólico, que se desarrollan en todas las esquinas del planeta.

No hemos escrito este libro para analizarlas con detalle, como ya se ha hecho en otros muchos y en los informes de grandes organismos o instituciones económicas. Nos limitaremos a mencionar aquí, como simples ejemplos, algunas de ellas, aun a riesgo de que su enumeración se haga larga:

- Organizaciones de mutualidad sin fines de lucro, que reúnen a personas para brindar ayuda mutua y servicios a sus miembros a través de la solidaridad, sin buscar ganancias económicas.
- Fundaciones productivas, empresas de inserción, hospitales cooperativos que proporcionan bienes o servicios sin fines de lucro o mediante trabajo voluntario.
- Escuelas y universidades populares.
- Plataformas colaborativas, es decir, herramientas digitales de diverso tipo que facilitan la comunicación y el trabajo conjunto entre personas con diferente ubicación geográfica y los sistemas de producción y cambio comunitarios mediante la digitalización y la conectividad.
- Producción de software libre, no sometido a derechos de autor.
- Fondos fiduciarios conformados con aportaciones para llevar a cabo actividades de solidaridad.
- Plataformas de microfinanzas y préstamos sin interés.
- Cooperativas con cesión de uso o alquiler de viviendas, de energía o finanzas.
- Ecoaldeas, asociaciones o grupos de agroecología comunitaria, producción local o autogestionada.
- Organizaciones de todo tipo orientadas a fomentar el consumo responsable y cooperativo.
- Modelos urbanos basados en la llamada «economía del dónut», inicialmente desarrollada por Kate Raworth en su libro *Economía rosquilla. 7 maneras de pensar la economía del siglo xxi* (Paidós,

2018), para poner en marcha estrategias comunitarias orientadas a disminuir la huella de carbono, mejorar la equidad social y fomentar la economía circular.

- Aplicación de los principios de la Economía del Bien Común (EBC), propuesta por Christian Felber, que permite que las empresas y organizaciones generen beneficios sociales y ecológicos en lugar de la simple acumulación de capital.
- Creación de monedas sociales y sistemas monetarios descentralizados.
- Bancos de tiempo, sistemas de intercambio en los que la unidad de medida es el tiempo y no el dinero.
- Fortalecimiento de economías tradicionales basadas en el bien común y el respeto por la naturaleza bajo principios como el del Buen Vivir en Ecuador y Bolivia.
- Bancos de semillas para preservar la diversidad, conservándolas y garantizando su disponibilidad futura, especialmente en caso de pérdida de cultivos por desastres naturales, enfermedades o cambios climáticos.
- Organizaciones para poder desarrollar y garantizar el comercio justo.
- Estrategias de biorregionalismo para ubicar la actividad social en función de criterios ecosistémicos.
- *Creative commons*, acuerdos para compartir recursos sin estar sujetos a derechos de propiedad.
- Propiedad comunal de tierras y bienes.
- Sistemas de reciprocidad y trueque en países o grupos sociales empobrecidos.
- Uso de indicadores económicos alternativos por parte de algunos países.
- Empresas recuperadas y gestionadas por sus propios trabajadores.

En 2019 se publicó un diccionario con cien entradas, cada una de las cuales presenta y analiza alguna propuesta de solución reformista o experiencia concreta de transformación en algún lugar del mundo, entre las que se encuentran varias de las que acabamos de

mencionar.[22] Como se dice en su prólogo, todas ellas «ilustran numerosos caminos hacia una transformación social que prioriza la empatía con los seres humanos y no humanos» y se oponen «tanto al nacionalismo xenófobo como al globalismo tecnocrático». Su autor, Wolfgang Sachs, subraya que la diversidad geográfica de las experiencias analizadas demuestra que ya han llegado a todos los rincones del mundo. Y, al igual que otras muchas, todas ellas tienen un rasgo en común: responden a una lógica distinta y alternativa a la que mueve la economía dominante y anticipan el futuro poniéndolo en marcha en el presente.

Una mención aparte merecería la experiencia acumulada por el Programa para el Desarrollo de las Naciones Unidas en sus sesenta años de actividad. Su actividad en más de 170 países lo largo de ese tiempo ha mostrado que las economías pueden desarrollarse poniendo en marcha programas y experiencias que vayan más allá del afán de lucro y que no se limiten a ponerse en manos de los mercados. Abordándolo, por el contrario, como el resultado de una estrategia integral, inclusiva y sostenible, con un enfoque centrado en las personas y respaldado por políticas públicas sólidas y cooperación internacional.

¿Economías sin Estado?: el delirio engañoso del trumpismo y la motosierra

La justificación originaria de todas las políticas de motosierra que se proponen llevar a cabo los gobiernos inspirados por el trumpismo y el nuevo anarcocapitalismo dedicado a podar bienes y servicios públicos, protección social y derechos humanos es una muy clara: el rechazo de la intervención pública en la economía. No hay un nuevo enfoque teórico ni un paradigma distinto al que analizamos en el segundo capítulo. Se trata de aplicar los principios y conclusiones del modelo económico neoclásico; aunque, eso sí, con la mayor literalidad y crudeza posibles.

Las diatribas de los líderes de la extrema derecha global contra la intervención del Estado son constantes y, casi siempre, se basan en sus

habituales exabruptos e insultos. El anarcocapitalista Milei, tal y como él mismo se denomina, ha dicho que prefiere la mafia al Estado y que éste «es el pedófilo en el jardín de infantes con los nenes encadenados y bañados en vaselina».[23] Se queja siempre de que el Estado roba o viola la libertad cuando interviene y pone normas que limitan algunas prácticas sociales como la venta de órganos humanos o para internalizar los costes de la contaminación: «Una empresa que contamina el río, ¿dónde está el daño?», «Si yo quiero disponer de cualquier parte de mi cuerpo, ¿cuál es el problema? [...] Es un mercado más, ¿por qué no puedo disponer de mi cuerpo?». Cualquier cosa que sea de propiedad pública, incluso las calles, debe ser privatizada, en su opinión: «Cada vez que piso una baldosa escupe socialismo [...]. Hoy las calles podrían ser privadas. Cada uno se encarga de su calle y eso le genera ingresos».

Aunque Trump no se suele prodigar tanto en ese tipo de expresiones doctrinarias, en multitud de ocasiones se ha vanagloriado de buscar que la intervención pública se reduzca al mínimo porque considera que perjudica a la economía y a los negocios. En su discurso en el Foro Económico Mundial de enero de 2025 aseguró que su administración «ha iniciado la mayor campaña de desregulación de la historia», tal y como había prometido en su campaña electoral.[24] En su primer mandato se comprometió a eliminar dos regulaciones por cada nueva y, en este segundo, diez. Gracias a ello, afirma reiteradamente Trump, se reducirá el gasto público y se creará empleo.

Los datos, sin embargo, no muestran que eso sea lo que ocurre cuando gobierna y aplica el recorte de la motosierra.

Según las estadísticas oficiales de Estados Unidos, la deuda pública aumentó 26 puntos porcentuales sobre el PIB en el primer mandato de Trump (del 106,78 por ciento cuando concluyó el mandato de Obama en diciembre de 2016 al 132,03 por ciento de finales de 2020). En el período de Biden, ese porcentaje disminuyó 12 puntos (del 132,03 por ciento al 120,79 por ciento). Y el «esfuerzo récord» por desregular, según lo calificó Trump, de su primer mandato tampoco creó empleo: se perdieron 2,7 millones en total y con Biden se crearon 16,6 millones. Cuando Trump dejaba la presidencia, en noviembre de 2020, la tasa de paro era del 6,7 por ciento. Cuando lo hizo Biden, en el

mismo mes de 2024, era del 4,1 por ciento, la más baja desde la década de 1960.

En términos más generales, tampoco se puede afirmar, como hacen quienes atacan la intervención del Estado, que ésta sea negativa, ni siquiera para el desarrollo de la economía capitalista. O, si se prefiere decir de otro modo, que el capitalismo haya podido existir sin el gasto del Estado y, en general, sin su presencia y regulación.

En el grupo de países europeos que forman parte de la OCDE, la actividad del Estado representó una media del 50 por ciento del PIB en 2022, aún mayor en Francia (58,1 por ciento) o Italia (56,7 por ciento), y del 36,28 por ciento en Estados Unidos, una economía supuestamente más liberal. Eso da idea de que la producción de bienes públicos que no puede llevarse a cabo en los mercados y la actividad del sector público en general no son, ni mucho menos, residuales, sino muy elevadas, decisivas, inevitables e insustituibles.

Los cientos de investigaciones que se han realizado para tratar de dilucidar si ese gasto público es bueno o malo para generar o facilitar el desarrollo de la actividad económica pueden discrepar sobre su efecto concreto. Pero, considerando todos ellos en conjunto, no puede afirmarse que su efecto sea por sí mismo negativo. Es más, se podría concluir que, descontado el efecto quizá más discutible del gasto en transferencias, el realizado en compras de bienes o servicios y el de inversión es claramente positivo.

Con sus exabruptos y exageraciones, el trumpismo y la economía de la motosierra dan la razón mejor que nadie a un viejo refrán español: exagerar y mentir por un mismo camino suelen ir.

Mienten cuando afirman que sus recortes reducen la deuda, crean empleo y mejoran la economía. Lo hacen también, como hemos visto más arriba, cuando aseguran que el Estado hace todo peor que la iniciativa privada; y, sobre todo, cuando afirman que reducir al mínimo o incluso extinguir su intervención en la economía permite que las empresas privadas y el conjunto de la economía funcionen mejor.

Aunque esa idea se haya difundido por el mundo como una verdad indiscutible, es falsa y resulta muy fácil demostrarlo. Resulta materialmente imposible encontrar un solo ejemplo de alguna empresa

que pueda funcionar sin intervención pública, gasto del Estado y, por tanto, sin impuestos o cualquier otra forma de financiarla. Ninguna empresa podría obtener ingresos suficientes para compensar los costes que llevaría consigo invertir por sí misma en las infraestructuras, la investigación básica y el conocimiento acumulado, la formación y salud de sus trabajadores, las redes, la seguridad y, en general, el ecosistema de recursos del que inevitablemente han de servirse siempre todas ellas para producir cualquier tipo de bien o servicio.

Las empresas privadas no pueden invertir en todos esos bienes públicos porque no van a poder apropiarse de sus resultados o beneficios. No pueden actuar como hermanas de la caridad que gastan sus recursos en provecho de los demás.

Podrían invertir para producirlos si acaso dispusieran de alguna tecnología que permitiera excluir a los demás del disfrute para así apropiarse en exclusiva del beneficio de su inversión. Pero, en este caso (imaginemos redes eléctricas, de telecomunicación, carreteras, internet, sanidad, seguridad, etc., exclusivas de esa empresa), el coste de dicha inversión sería desorbitado y la ineficiencia general extraordinaria: los bienes o servicios así producidos tendrían que ofrecerse en el mercado a precios tan elevados que su venta sería impensable.

En resumidas cuentas, es materialmente imposible que la economía capitalista, las empresas que funcionan bajo los principios del afán de lucro y el máximo beneficio en el mercado, existan y funcionen sin la intervención del Estado y del gasto público. Todas ellas, sin posible excepción, se benefician de bienes o servicios públicos, de recursos comunes presentes o heredados, por los que no pagan, o que sólo financian en una pequeña parte de lo que realmente cuestan o del beneficio que les proporcionan.

Naturalmente, esto último no quiere decir que esa inevitable intervención del Estado no pueda llevarse a cabo inadecuadamente o con grandes ineficiencias, tal y como ocurre muchas veces (sobre todo, cuando es capturada por el interés privado). Pero ni siquiera esos casos pueden llevar a creer que dicha presencia es sustituible en su totalidad, porque no lo es. Sería más costosa y habría que evitarlo, pero seguiría siendo insustituible porque, aun así, costaría todavía más y sería

ineficiente y menos equitativa si se llevara a cabo en el mercado con el exclusivo fin de conseguir el lucro privado.

También se miente al defender la reducción al mínimo de la intervención del Estado como deseable y positiva sin tener presente lo que ha ocurrido no ya en las experiencias de gobierno más limitadas, sino en las que han tratado de aplicar la economía de la motosierra con toda su intensidad y contundencia. Un caso real merece ser expuesto brevemente.

El periodista Matthew Hongoltz-Hetling describió con todo detalle el experimento que se llevó a cabo a partir de febrero de 2004 en la localidad de Grafton (Nuevo Hampshire, en Estados Unidos).[25] Allí vivía John Babiarz, jefe voluntario del equipo de bomberos, que se había presentado como candidato en varias campañas electorales con el eslogan «El gobierno no es la solución, es el problema». Él mismo dio la bienvenida a los primeros de los doscientos libertarios anarcocapitalistas que llegaron a su ciudad para aplicar allí sus ideas y propuestas.

Tras tomar el poder municipal, comenzaron a eliminar normas, regulaciones e impuestos. Recortaron el presupuesto de un millón de dólares en un 30 por ciento a pesar de que la población había aumentado un 20 por ciento, retiraron los fondos al consejo de personas mayores del condado y cerraron la junta de planificación urbana. Los servicios municipales, desde el de policía hasta la biblioteca pública, pasando por los de tráfico, recogida de basuras o bomberos, disminuyeron a su mínima expresión. Nadie podía imponer su voluntad sobre la de otro y los resultados no se dejaron esperar: grietas en las calles que nadie arreglaba, supresión del servicio de agua caliente en un estado con temperaturas medias de bajo cero, hacinamiento de desechos, producción de drogas, agresiones sexuales y con armas, incluso homicidios. Y lo más inesperado que da título al libro: ataques de osos atraídos por el desorden, la suciedad y los restos de comida que nadie recogía. Cada individuo se enfrentaba a las fieras según su deseo, a tiros, tratando de envenenarlas o dejando a su alcance más alimentos que acercaban a otros osos. Un delirio que concluyó, según se decía antiguamente en España, como el rosario de la aurora. Y, además, sin que todos esos recortes llevaran consigo una

disminución relevante de impuestos. Como señala Hongoltz-Hetling, los habitantes del pueblo vecino, Canaan, gastaban setenta centavos de dólar menos por día en impuestos. Ni siquiera el jefe de bomberos y libertario anfitrión se salvó de la quema, valga el juego de palabras: cuando fue a apagar un fuego iniciado por un vecino en un día con riesgo elevado de incendios fue acusado de matón, estatista, corrupto y autoritario.

Aunque se ha intentado llevar a cabo este tipo de experimentos en algunos otros lugares y con fuerte apoyo financiero, nunca han llegado a desarrollarse del todo. Bien porque no han contado con apoyo electoral o por falta de suficiente número de personas que las pusieran en marcha con un mínimo de disciplina y orden. En ningún caso han dado resultados que permitan pensar que detrás de ellas haya algo más que una ideología —o más bien una fe— con posibilidad real de ponerse práctica sin provocar un fracaso como el de Grafton.

No puede ser de otro modo. Como hemos señalado, la intervención pública es inevitable e insustituible para proveer bienes públicos y es siempre deseable y preferida por razones de eficiencia, eficacia y equidad cuando se lleva a cabo. Para proporcionar bienes o servicios que satisfacen necesidades básicas de los seres humanos e incluso para que las empresas privadas puedan disponer de recursos que, al coste de mercado, no les permitirían obtener rentabilidad.

Y no sólo eso. Una investigación de 2022 analizó los flujos legislativos en Estados Unidos durante el período 1965-2012 y comprobó que también es falsa la afirmación que suelen usar los liberales y libertarios para combatir la intervención pública. Dicen siempre que la mejor ley es la que no existe, pero los datos han demostrado que mayor producción legislativa genera mayor crecimiento económico.[26]

La verdad que hay detrás de la ideología libertaria del trumpismo y la motosierra es que ni siquiera lo gobiernos más furiosamente liberales o seguidores acérrimos de las propuestas derivadas de la teoría económica neoclásica han podido, ni podrán nunca, eliminar el Estado o reducir al mínimo que defienden su intervención en la economía a través del gasto público. Como tampoco podrán evitar que el Estado regule. Y, cuando en mayor medida lo hagan, peor harán que

funcionen las economías.

Es significativo, por ejemplo, que las grandes empresas del nuevo capitalismo en la nube estén reclamando a las Administraciones públicas que las protejan. La demanda es paradójica y muestra claramente que lo que desean no es que desaparezca la regulación, sino que les resulte favorable. Eso es exactamente lo que ocurrió en Estados Unidos, en donde pidieron a Donald Trump que impulsara una normativa federal (una regulación) que impidiera que los diferentes estados promulgasen, como ya están empezando a hacer, normas que evitaran los sesgos y falsificaciones que pudiera llevar consigo el desarrollo de la inteligencia artificial; es decir, que pusieran coto a lo que podrían ser abusos de las empresas privadas para aumentar ilegítimamente su beneficio y su poder.[27] Lo reclamaron y consiguieron que se prohibiera en la ley presupuestaria de 2025.

Lo que verdaderamente hay detrás de las demandas de desregulación del trumpismo y la motosierra no es la desaparición de las normas, sino el establecimiento de aquellas que, en lugar de proteger derechos o fijar cautelas, concedan más libertad a unos actores (los ya de por sí más poderosos) en detrimento de la de otros.

Con la regulación ocurre, por tanto, exactamente lo mismo que ya comentamos que sucede con el gasto público que se gobierna con la motosierra libertaria (no disminuye en total, sino sólo el social) y, en general, con toda la intervención del Estado en la economía.

Las instituciones del Estado son la puerta de entrada de los principios y las normas que determinan de qué modo funciona la economía, el sistema económico en su conjunto. Nadie, ni por supuesto los más radicales libertarios que se autodenominan anarcocapitalistas, renuncia al Estado, a su poder de establecer el cómo y el para qué funciona la economía, y cómo podemos comportarnos los seres humanos, las empresas y todas las instituciones. Un Estado que se limitara a dictar una sola norma que dijera «cualquier sujeto puede hacer lo que le venga en gana en cualquier ámbito de su vida» no sería un Estado mínimo, sino fuertemente intervencionista; pues, con una sola ley, habría determinado todo lo que podría ocurrir en la sociedad, el tipo de relaciones que podrían darse y los resultados que, sin lugar a duda, se darían. Los seres humanos lo tenemos tan claro que nunca a

lo largo de nuestra historia nos hemos permitido convivir bajo semejante criterio.

Lo que siempre ha ocurrido y sigue ocurriendo día a día en nuestro mundo es que los diferentes grupos sociales tratan de disponer en su propio beneficio de los resortes del Estado desde los que se pueden establecer esos principios, normas y políticas que condicionan el modo y el grado de satisfacción efectiva de nuestras diferentes necesidades.

Los grupos sociales que están utilizando a la extrema derecha para aplicar las políticas trumpistas y de motosierra no buscan realmente que desaparezca el Estado. Necesitan que desaparezca la supervisión estatal de sus actividades porque anhelan disponer de completa libertad para llevar a cabo negocios que, para ser rentables, han de ponerse al límite, provocar la desposesión de la inmensa mayoría de la sociedad, aprovecharse de las rentas que proporciona su posición de dominio e incluso traspasar la frontera de lo inmoral. Reclaman que los recursos públicos se pongan plenamente a su disposición y que el Estado no les imponga ninguna carga fiscal que disminuya su beneficio, rechazando que pueda ser asunto suyo la necesidad que tengan los demás. «Si tuviste un hijo con discapacidad es problema de la familia, no del Estado», dijo Milei a unos padres que reclamaban ayudas públicas para su hijo autista.[28] Tratan al Estado como un activo más que explotan y del que extraen toda la renta que puedan, tal y como actúan sus fondos de inversión (llamados buitres o de cobertura) cuando adquieren empresas o deuda de los gobiernos para recuperar su valor con gran rendimiento, aunque sea a costa de destruirlos o arruinarlos.

A diferencia de ello, las experiencias que a muy grandes rasgos hemos mencionado en este capítulo tienen una relación muy diferente con el Estado. Su capacidad de control, regulación y provisión de bienes mediante decisiones políticas no son su enemigo, ni un obstáculo para su desarrollo, sino todo lo contrario. Necesitan el Estado, la acción colectiva y la intervención pública, y necesitan que funcionen bien, ágilmente, basados en instituciones democráticas, participativas, transparentes y sometidas a rendición de cuentas, con capacidad para planificar el uso de los recursos con eficacia, eficiencia y equidad, como fuentes de sinergias con la iniciativa individual y

privada. Necesitan un Estado no antagónico con la sociedad, ni esclavo de alguna de sus minorías, sino que actúe como expresión de las preferencias mayoritarias que en ella se revelen.

A nuestro alrededor se encuentran, por tanto, los embriones, a veces mucho más desarrollados de lo que pudiera parecer, de un nuevo tipo de organización de la vida económica que requiere disponer como base fundamental de la acción colectiva y la acción del Estado democrático. De ahí también que el trumpismo necesite monopolizarlo, vaciando de contenido y funcionalidad a sus instituciones representativas. Son experiencias que demuestran, incluso en su estadio más elemental y primitivo, que la economía no tiene por qué organizarse (o, mejor dicho, que no se organiza) siguiendo un mismo patrón; y lo que entonces habría que plantearse es qué otros principios, valores y políticas podrían hacer que la economía de nuestro tiempo funcione de un modo más eficiente, equitativo, democrático y sostenible.

5

Superar el viejo enfoque estableciendo prioridades diferentes

Una tercera manifestación del fraude intelectual sobre el que está construida la economía convencional que inspira al trumpismo y a la economía de la motosierra consiste en afirmar que la vida y las políticas económicas sólo se pueden sostener y llevar a cabo siguiendo los principios que guían la acción o el intercambio en los mercados: individualismo, afán de lucro y universalización de la relación mercantil. Todo ello reconociendo como económico tan sólo lo que tiene expresión monetaria. Y además se afirma que, si acaso hubiera otros principios alternativos, serían sólo propuestas ideológicas, técnicamente infundadas.

Se entiende que esa idea esté extendida y haya calado intensamente en la población. Se repite día a día a través de todo tipo de medios y declaraciones de líderes políticos y economistas de fama desde hace ya muchos años. Por eso resulta complicado, no sólo a la gente corriente, pensar que el mundo puede funcionar de otro modo.

Es comprensible que hoy día cueste mucho trabajo creer que existan propuestas y posibilidades alternativas para organizar las economías de otro modo, con equidad y en paz, para acabar con la insatisfacción como primer objetivo. El dictado de los gobiernos y grupos sociales más fuertes se impone con naturalidad para establecer «lo que hay que hacer» cuando su poder mediático es inmenso y en una época en la que el egoísmo, el enfrentamiento y las guerras nos rodean casi por todas partes. La triunfante expresión de Margaret Thatcher («No hay alternativa») ha logrado que la inmensa mayoría de la población acepte que ya no cabe elegir, sino aceptar con pasividad lo que viene

de arriba. Aunque, paradójicamente, la libertad para hacerlo fuese el grito de guerra de los liberales que iniciaron la revolución conservadora que puso en marcha el neoliberalismo.

Para demostrar que estas dos afirmaciones o creencias también son falsas veremos que sí existen otros principios sobre los que sostener la vida económica y otras propuestas de política económica alternativas. Antes, sin embargo, conviene resumir lo que no funciona. Y eso se puede descubrir cuando la economía se analiza con otros enfoques. Por un lado, fijando la atención no sólo en el sistema dominante, sino en las experiencias alternativas de diferente grado de desarrollo que hemos comentado en el capítulo anterior. Y, por otro, reconsiderando las prioridades y redefiniendo el problema básico y el fin principal que los seres humanos debemos plantearnos cuando desarrollamos la actividad económica.

Los pecados capitales del capitalismo

No cabe duda de que el capitalismo tiene virtudes extraordinarias como sistema económico. Liberó a los seres humanos de las ataduras de la esclavitud y el feudalismo que los condenaban a la pobreza, prácticamente sin remedio para toda su vida. Ha propiciado una acumulación de capitales sin precedentes y avances tecnológicos con efectos revolucionarios que han permitido aumentar el bienestar de miles de millones de personas y mejorar, como nunca se había conseguido, sus condiciones de vida. No se puede negar que tiene muchos aspectos positivos que resuelven gran parte de los problemas a los que nos enfrentamos los seres humanos para satisfacer nuestras necesidades y poder sobrevivir.

Sin embargo, eso no es todo lo que ocurre en el capitalismo. Hay cuestiones a las que no puede dar solución. Quizá sean pocas, o menos de las que resuelve, pero, como dice el inversor y filántropo inglés Jeremy Grantham, resulta que son «las absolutamente centrales para nuestro bienestar a largo plazo e incluso nuestra supervivencia».[1]

Los principios y valores que lo mueven, así como el tipo de instrumentos que utiliza para que la economía se desenvuelva y

procure bienes y servicios, unas veces impiden satisfacer gamas de necesidades que son básicas; otras, no logran que la satisfacción sea suficientemente generalizada; y casi sin cesar provocan rupturas, fallos, *shocks* de todo tipo y crisis que producen mucho daño, sufrimiento y un gran despilfarro de recursos.

Recurriendo a terminología religiosa podría decirse que el capitalismo comete constantemente pecados capitales, de los cuales no se confiesa nunca la economía convencional y conservadora, la que sirve de estandarte a la extrema derecha que pone en marcha el trumpismo y la economía de la motosierra. Esos pecados capitales podrían resumirse en los siguientes.

1. Jibarización moral del ser humano

La economía capitalista funciona considerando que los seres humanos no somos seres integrales, sino simples agencias de maximización. No está hecha para satisfacer las necesidades plurales que realmente tenemos, porque no sólo necesitamos tener o ganar más, obtener el máximo beneficio y la mayor utilidad posible, con independencia de cualquier otro objetivo. También queremos vivir bien y ser felices, sentirnos cuidados y cuidar a quien nos cuida, estar en armonía con lo que nos rodea, no sufrir carencias sin necesidad cuando a nuestro alrededor hay abundancia y se despilfarran recursos y disponer de las mismas oportunidades que quien está a nuestro lado. La inmensa mayoría de los seres humanos no valoramos sólo lo que incrementa nuestro patrimonio monetario o material, sino que apreciamos la recompensa moral, porque somos generosos y sabemos que se vive mejor si no existen privilegios. Y entendemos que el afán de ganancia no puede justificar la pérdida de nuestra libertad, la violencia y la condena a muerte de millones de personas como nosotros.

Los que defienden y ponen en marcha el capitalismo inhumano de nuestro tiempo denominándose liberales, el Milei que no siente compasión por un niño discapacitado o el Trump que separa a los hijos pequeños de sus padres inmigrantes, lo hacen considerando que todos los seres humanos estamos hechos a su imagen y semejanza. Desoyendo no sólo la experiencia y lo que revelan las investigaciones

experimentales, sino también el pensamiento de quienes están reconocidos como los padres del liberalismo que dicen seguir, como Adam Smith. Éste reclamaba la empatía y la compasión como características del ser humano que permiten que las economías funcionen mejor: «Por más egoísta que quiera suponerse al hombre, evidentemente hay algunos elementos en su naturaleza que lo hacen interesarse en la suerte de los otros de tal modo que la felicidad de éstos le es necesaria, aunque de ello nada obtenga, a no ser el placer de presenciarla».[2]

Es normal que quienes ahora ponen las bases sobre las que se sustenta el capitalismo no tengan en cuenta este tipo de sentimientos y emociones que muestran a los seres humanos como lo que realmente somos, seres morales. Son características que sobran e incomodan cuando lo que se busca es reforzar un sistema económico que sólo tiene como motor y objetivo el afán de lucro.

2. Avaricia que rompe el saco

El objetivo de maximizar la utilidad o el beneficio no puede tener límite. Por definición, el comportamiento humano que se guía por esa exclusiva motivación no admite más que un principio de racionalidad: preferir siempre lo más a lo menos, crecer sin detenimiento y no poner límite a la acumulación, no frenarla ni detener en ningún momento la maquinaria del intercambio. Como le ocurre a quien va en bicicleta, si el capitalismo deja de pedalear para perseguir el beneficio, se cae.

Un famoso banquero español que financió el golpe fascista contra la Segunda República española, Juan March, decía una frase que sin duda corroboraría cualquier otro capitalista: «Lo que nos gusta no es tener dinero, sino ganarlo».

No es sólo una patología, ni una cuestión de gustos o preferencias, ni tampoco que la economía esté guiada por impulsos emocionales o «espíritus animales», según los denominó Keynes. Se trata simplemente de que el capitalismo no puede funcionar sin encontrarse en estado de constante crecimiento, e incluso de aceleración.

En los cursos de introducción a la economía se explica un principio muy elemental llamado acelerador de la inversión que, a su vez, está

ligado a otro denominado multiplicador. Cuando la inversión aumenta, se produce un incremento mucho mayor de la renta (efecto multiplicador) y al revés: si disminuye, la renta cae en mayor proporción que la disminución de la inversión. Pues bien, para que haya inversión es necesario no sólo que se mantenga el nivel de ventas o que no caiga, sino que aumente. Si dejan de crecer las ventas y siguen en el mismo nivel, no será necesario aumentar la inversión y, por tanto, se reducirá su tasa de crecimiento, de modo que caerá la renta, aún en mayor medida. En conclusión, para que no caigan las rentas se precisa que las ventas y la inversión no dejen de aumentar constantemente.

Algo parecido ocurre con la marcha de la economía en su conjunto. El producto interior bruto es igual a la demanda total de la economía (consumo, inversión, gasto público y exportaciones menos importaciones) más el incremento de la deuda. Por tanto, para que haya crecimiento del PIB, es decir, acumulación, aumento de los negocios y beneficios, se necesita que se incrementen esos dos componentes, la demanda y el incremento de la deuda. Pero el incremento de la deuda es la aceleración de la deuda. Eso significa que, para que la economía crezca, es preciso que la deuda aumente aceleradamente y sin parar, algo posible a corto plazo pero insostenible a la larga.

Lo mismo se puede decir que ocurre cuando se toma en consideración la progresiva y creciente concentración del ingreso y la riqueza que ya hemos mencionado como una de las características de la economía capitalista. Cuando se produce, como sabemos, la actividad económica tiende a reducirse porque se deteriora el aparato productivo dedicado a producir bienes y servicios, puesto que el ingreso acumulado en los niveles de renta más elevados se ahorra en mucha menor medida. E incluso se utiliza, además, para invertir en productos financieros que generan volatilidad, crisis e, igualmente, deterioro económico.

3. Desnaturalización de los recursos y de las relaciones sociales

Como sabemos, el capitalismo se basa simple y llanamente en convertir

en mercancía todo aquello que sea susceptible de proporcionar beneficio en los mercados. No se trata solamente de un problema moral, lo cual ya sería de por sí importante. Lo relevante no es únicamente que aspectos de la vida humana y las relaciones sociales que evidentemente no están concebidos para convertirse en mercancías supediten cualquier otro uso a la obtención de ganancia. O que, para disfrutarlos, sea necesario que alguien se lucre con ello. Podemos discutir si nos parece lícito que se compre la gestación de un bebé o se pague por un riñón, si es natural que las relaciones amorosas tengan que suceder a través de auténticos bazares y, por supuesto, si una dimensión tan intrínseca al ser humano como el trabajo debe ser considerada y utilizada como si fuese una mercancía más.

Si bien eso ya de por sí muestra una contaminación de la vida humana por la lógica mercantil que opaca, casi siempre, sus otras dimensiones, más enriquecedoras y posiblemente necesarias, lo que resulta aún más relevante o incluso paradójico es otra dimensión de este pecado. Al convertir en objeto de negocio cualquier recurso, el capitalismo se devora a sí mismo porque impide que muchos de ellos se puedan utilizar en su función original y más necesaria para hacer que funcione la propia economía capitalista.

Lo que ha ocurrido con el dinero en el capitalismo es un buen ejemplo de esto último. Es el medio de pago que resulta imprescindible en cualquier economía mínimamente desarrollada. Tal y como la savia de una planta o la sangre del cuerpo humano, el dinero es un componente vital para las demás partes de esos organismos o, en nuestro caso, para la economía en su conjunto. Sin dinero, sin una adecuada cantidad de medios de pago en circulación, no podría funcionar, como no podría haber vida sin savia en una planta o sin sangre en el cuerpo humano.

Sin embargo, la tendencia a universalizar la mercancía que es congénita al capitalismo lleva a desnaturalizar el dinero. En lugar de garantizar que esté a disposición de los sujetos, hogares, empresas o instituciones que crean actividad y riqueza, lo han convertido en una mercancía más. Convierte un medio para el intercambio en un objeto de intercambio. Muta, pues, su auténtica y necesaria naturaleza original y el resultado no puede ser sino el que hemos podido

comprobar que se produce constantemente: no se obtiene beneficio produciendo y vendiendo bienes y servicios, sino intercambiando medios de pago, papeles. Así se genera mucha ganancia para quienes utilizan el dinero como mercancía, pero también escasez de él a quienes lo necesitan para producir las mercancías que realmente satisfacen las necesidades humanas. La consecuencia son las docenas de crisis de todo tipo que se vienen produciendo en las últimas décadas.

Se podrían poner otros ejemplos de recursos desnaturalizados para utilizarlos como activos susceptibles de producir un mayor beneficio: la vivienda, la salud, los seguros, las empresas que los fondos especulativos compran y luego venden, no para mejorar su estructura u organización, sino para obtener plusvalías... Los cuales terminan todos provocando abundancia de beneficio y escasez de recursos efectivos para generar riqueza, empleos y satisfacción; un desequilibrio que termina con empobrecimiento, crisis y parálisis de las economías.

4. Concentración monopólica y falta de competencia

Es bien conocida la tendencia a subvertir la competencia en los mercados mediante diferentes formas de concentración del capital empresarial para crear grandes grupos monopólicos con poder para manipular los precios y establecer a su favor las condiciones del intercambio. Quizá porque es tan antigua como el propio capitalismo.

Hoy día, prácticamente todos los sectores de actividad económica están dominados por un reducido número de empresas. A veces, incluso una, dos o menos de cinco controlan si no la totalidad, sí suficiente proporción del mercado como para considerarlas, de hecho, verdaderos monopolios. En las economías capitalistas más avanzadas, incluida España, no más de cuatro o cinco bancos se reparten la mayor parte del mercado (el 70 por ciento los cinco mayores, en España, y el 57 por ciento en Estados Unidos). Entre las dedicadas al desarrollo de nuevas tecnologías, Google, Amazon, Apple, Meta o Microsoft controlan casi en exclusiva sectores clave como los buscadores, el comercio, las redes sociales, el software y los sistemas operativos.

La concentración tan generalizada destruye la competencia, impide

que haya auténtica libertad de mercado y no permite que se puedan fijar los precios de eficiencia, que son la razón suprema que lleva a defender al capitalismo como el sistema que mejor asigna los recursos.

Un caso que muestra con claridad que el monopolio y no la competencia es inevitable e incluso vital para el capitalismo, así como las consecuencias que eso tiene, es el de la propiedad del conocimiento. Las patentes, el derecho de quien ha hecho algún descubrimiento a utilizarlo en condiciones de monopolio, son la única forma en que se puede conseguir que haya innovación cuando ésta se desarrolla exclusivamente con afán de lucro. Pero eso implica que los beneficios del conocimiento y los inventos no se pueden socializar, sino tan sólo poner al alcance de quien dispone de recursos para pagar por ellos los precios que, además, no serán los más bajos de la competencia, sino los más elevados que corresponden al monopolio que genera una patente.

5. Ni los precios son de eficiencia, ni la eficiencia es lo que se dice

La razón principal por la que se defiende la superioridad del capitalismo como sistema económico, de «la economía» como modelo único de organizar la vida económica, como lo denominan los manuales convencionales, es que permite alcanzar la máxima eficiencia posible logrando que los recursos se utilicen del modo más económico y con el mayor aprovechamiento.

Sin embargo, es imposible que ese resultado esté asegurado por dos razones muy fáciles de entender.

En primer lugar, se puede decir que la economía capitalista proporciona soluciones eficientes que sólo lo son si por más eficiencia se entiende producir más cantidad de bienes o servicios con el menor número de recursos (eficiencia técnica) o con los de menos coste (eficiencia económica).

Pero esa forma de entender la eficiencia es completamente ajena a lo que debería ser lo óptimo de la vida económica. Si se acepta ese criterio, por ejemplo, tendríamos que establecer que un cirujano es más eficiente que otro si realiza las mismas operaciones con menos instrumental o con instrumentos más baratos, aunque le sobrevivan

muchos menos pacientes.

Definir eficiencia como la utilización de los recursos en su forma más económica o menos costosa no dice nada del verdadero resultado, de la auténtica eficiencia que cabe esperar de una actividad como la económica, que supuestamente está orientada a satisfacer las necesidades humanas. ¿De qué puede servir producir bienes del modo más barato si con ello no se consigue que la población en su conjunto vea satisfechas sus necesidades?

Además, ese criterio puede resultar incluso paradójicamente contraproducente. Si las empresas consiguen establecer el nivel de salario más bajo posible en el mercado de trabajo se diría que son plenamente eficientes en el uso del factor trabajo. Sin embargo, eso podría dar lugar, como indica la experiencia histórica, a una escasez de demanda solvente que a la larga llevaría a una menor producción de bienes y servicios en el conjunto de la economía.

En segundo lugar, e incluso dejando a un lado el argumento anterior, resulta que los mercados no pueden proporcionar soluciones eficientes en las economías capitalistas por otra razón elemental: los precios a los que se vende la producción no recogen todos los costes y beneficios que realmente soportan o de los que se benefician.

Como dijimos, existen externalidades positivas que las empresas no internalizan. Si acaso hubiera impuestos o ayudas para compensarlos, eso sólo se podría hacer en una pequeña parte, porque casi siempre es imposible determinar su magnitud exacta.

Las empresas producen costes sobre el medioambiente y la salud de las personas que no computan, generan un desgaste de las infraestructuras públicas que no toman en consideración cuando evalúan sus costes y producen desechos de todo tipo de cuyo reciclaje o destrucción no se hacen cargo, entre otras externalidades. Y, por otro lado, se benefician de actividades costosas que computan como si no hubieran costado nada: formación de sus empleados financiadas por el Estado o por otras empresas, conocimiento acumulado, investigación básica y bienes públicos en general.

En consecuencia, nunca se podrá saber si la producción en los mercados capitalistas ha sido eficiente porque, para poder afirmarlo, habría que conocer la cuantía efectiva de todos los costes utilizados

para producir. Sin embargo, tal y como está establecido el sistema de precios de mercado, las externalidades quedan fueran de ese cómputo. A pesar, como veremos más adelante, de que eso se podría hacer y ya se ha hecho en algunas experiencias concretas.

6. Incumplimiento de los principios y normas sobre los que supuestamente se asienta

El pecado anterior está estrechamente relacionado con otro que afecta a una amplia variedad de aspectos de la vida económica en el capitalismo. Se supone que las ventajas y virtudes que llevan a defenderlo, como hemos resaltado varias veces, son, además de la competencia que acabamos de ver que no proporciona, otras como la libertad de comercio, la transparencia, la simetría en los intercambios, la innovación constante, el sistema de precios que actúa como mecanismo de información mucho más eficiente que los basados en decisiones políticas o burocráticas, la retribución a los factores según su aportación a la producción o la posibilidad de resolver las situaciones de inestabilidad con procesos automáticos, por citar sólo algunos de ellos.

Sin embargo, la experiencia también revela que el funcionamiento real del capitalismo no tiene apenas nada que ver con esas ventajas o virtudes. Éste es un hecho que particularmente guarda relación con una de las características que, con menos fundamento, se asocian al capitalismo: la libertad de empresa.

Esta última no se da por diversas razones relacionadas con la forma real en que operan los mercados y las empresas, y dista sobremanera del comportamiento teórico que suponen los manuales académicos o el discurso político. A diferencia de lo que se suele decir, los derechos de apropiación a favor de las empresas ya consolidadas en el mercado, o las barreras de entrada a los mercados que se establecen para evitar la libertad de movimientos, son una constante. Y lo mismo ocurre, incluso aún en mayor grado, en el comercio internacional. Se alaba el capitalismo por la ventaja que implica el libre comercio entre naciones, pero la realidad es que ninguna gran potencia lo ha practicado nunca, son grandes empresas transnacionales las que lo

dominan y tienen la capacidad para hacer que los gobiernos protejan sus intereses según les convenga, generalmente, mediante proteccionismo desigual que les facilite la obtención del beneficio allí donde mejor les parezca. «Lo que es bueno para nuestro país es bueno para General Motors, y viceversa», dijo Charles Erwin Wilson, presidente de General Motors y luego secretario de Defensa de Estados Unidos con el presidente Dwight D. Eisenhower.

La información no es un recurso al alcance de todos los sujetos de forma gratuita, sino que, por el contrario, es generalmente apropiada como una fuente de ventaja competitiva que no tiene nada que ver con las que supuestamente deben gobernar el funcionamiento de los mercados para que proporcionen soluciones eficientes. La innovación no es tampoco la lógica dominante con carácter permanente. Más bien ocurre lo contrario. Las empresas la programan estratégicamente para que contribuya a obtener el máximo beneficio y no la más pronta contribución a la demanda o al bienestar social. Las empresas que disponen de inventos suelen retener la innovación, a veces durante décadas, si ostentan una posición dominante en los mercados a la que no les interesa renunciar. En contra también de lo que se suele afirmar, lo cierto es que los precios no contienen toda la información relativa a los costes y los beneficios externos que lleva consigo la producción de bienes y servicios, como acabamos de ver. Unas veces, porque se producen externalidades que no se tienen en cuenta; otras, porque implican costes no monetarios que «no se cuentan» como tales en los balances empresariales, a pesar de que la sociedad y los seres humanos en particular los pagan, bien en su salud o en peores condiciones de vida, o incluso traducidos indirectamente en costes monetarios.

Ya hemos señalado, y la experiencia así lo demuestra, que los mercados no son mecanismos automáticos y que la economía capitalista sólo puede salir de las situaciones de crisis y de los *shocks* de cualquier tipo recurriendo justamente a respuestas que no son las que en teoría prescribe el manual de funcionamiento del capitalismo. Es un sistema que presume de perfección y mantenimiento autónomo y automático, pero se rompe continuamente y necesita de las herramientas que responden a la lógica de otros sistemas para recomponerse. El capitalismo no se parece en nada a lo que sus

partidarios dicen que es para defenderlo.

7. Despilfarro

La eficiencia sólo es una característica que los libros de texto asocian gratuitamente con el capitalismo. No se alcanza en la realidad, pues lo que predomina es el derroche de recursos, la producción deliberada de la escasez como mecanismo de dominación social y el despilfarro, porque los recursos no se utilizan en función de su demanda social o con el fin de satisfacer las necesidades de los seres humanos, sino del máximo beneficio. El ahorro no es un objetivo de las economías capitalistas, como pone de relieve la enorme cantidad de recursos que se destinan a actividades improductivas y que hay que llevar a cabo justamente porque no se produce en función de la necesidad, sino del lucro. En el capitalismo que se defiende por ser el sistema económico más eficiente, se calcula que alrededor del 30 por ciento de la superficie agrícola del mundo se destina a producir esa enorme cantidad de alimentos que se pierden, desperdician o destruyen, y todo por un valor de más de 700.000 millones de euros anuales, o de 2,3 billones si se le suma su coste ambiental. Mientras que hay casi 900 millones de seres humanos desnutridos o que pasan hambre, se destruye casi el 40 por ciento de los alimentos producidos en el planeta, según la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO).

Un buen número de líderes políticos, exministros o economistas con responsabilidades económicas han reconocido en público que las políticas que han aplicado han generado deliberadamente el que quizá sea el despilfarro más grave y dañino que se produce en el capitalismo, el desempleo que deja sin ingresos a millones de seres humanos. Y no menos despilfarro lleva consigo la llamada obsolescencia programada, es decir, el diseño de la producción de bienes para que su vida útil dure lo menos posible y haya que reemplazarlos lo más pronto posible. Algo que justamente se ha producido en mayor medida cuando se dispone de la tecnología que permite alargarla casi de forma indefinida.

Puesto que la economía capitalista sólo está programada para buscar

el máximo beneficio y no para internalizar los costes totales cuando pueden dejarse fuera de los balances, es lógico que también produzca despilfarro en forma de desechos de la producción. Además, en el capitalismo no se despilfarran solamente recursos y productos ya elaborados, sino también capitales, tiempo, información e incluso conocimiento, cuando no se socializa, como hemos comentado, mientras no produzca el máximo beneficio. También se despilfarra cuando la competencia no se dirige a lograr la verdadera eficiencia, sino la diferenciación, muchas veces superficial o solamente ideada, de los productos; o, en mucha mayor medida, cuando los recursos se dedican a la especulación financiera o se distribuyen productos a un precio artificialmente desorbitado (como el agua embotellada que puede llegar a costar en España trescientas veces más que la de grifo) porque se aprovecha el dominio de los mercados para acaparar recursos.

Quizá la forma más letal y dramática de despilfarro sea el gasto militar que se invierte en el mundo. Un gasto que, a estas alturas, obviamente no tiene ya como fundamento la defensa de las naciones, sino el negocio de quien produce las armas. Se calcula que, con las 15.000 bombas nucleares que hay actualmente en el planeta, se podrían destruir todas las ciudades o áreas urbanas de más 100.000 habitantes, matando a más de 3.500 millones de personas, y aún sobrarían otras 1.500 ojivas para terminar la tarea. ¿Hay, pues, mayor despilfarro que seguir fabricando armas de guerra, cada año en mayor cantidad, sólo para que aumente la cifra de negocios de las grandes empresas que las producen y los fondos y bancos que las financian se hagan aún ricos y poderosos, puesto que ya hay suficientes para destruir todo lo que pisa el planeta?

8. El capitalismo se conduce a ciegas

Se supone que los mercados capitalistas tienen la virtud de restablecer el equilibrio automáticamente y se dice que es posible que las crisis se resuelvan sin necesidad de intervenciones exógenas. O incluso que esto último —dejar que los mercados funcionen solos, sin intervención alguna— es lo mejor en cualquier circunstancia, funcione bien o mal la

economía.

La realidad ha demostrado que nada de eso es posible. Y ni siquiera deseable por los mismos que defienden el automatismo y la no intervención, como demuestra que constantemente acudan a recibir ayudas, apoyo o salvamentos por parte del sector público. Se estima que las 500 mayores empresas de Estados Unidos reciben de las Administraciones públicas entre 900.000 millones (estimación más conservadora) y 1,8 billones de dólares anuales (más alta) en forma de subvenciones, contratos públicos, compras gubernamentales, exenciones fiscales específicas y otras formas de ingresos directos o indirectos.[3]

La intervención del Estado es inevitable, se ha tenido que producir siempre en el capitalismo y ya vimos que éste no podría funcionar sin que se produjese. Se quiera o no, la realidad ha mostrado que la economía capitalista necesita ser gobernada. Y lo que resulta verdaderamente sorprendente es que, después de tanto tiempo, su gobierno se lleva a cabo disponiendo de luces o sistemas de alerta que no reflejan con fidelidad la realidad económica sobre la que se opera.

Ya vimos que los modelos que sirven para tomar decisiones de política económica son representaciones ideologizadas que no reflejan lo que de verdad ocurre en la vida económica. Los indicadores que se toman como referencia, como el producto interior bruto, los índices de precios, la productividad, el concepto de empleo o incluso lo que se considera que es actividad económica o no, son completamente arbitrarios y poco realistas.

El producto interior bruto no incluye el valor del trabajo doméstico o voluntario que produce bienes y servicios, a pesar de que representa entre el 30 por ciento y el 40 por ciento del PIB en casi todos los países; los índices de precios no reflejan la evolución real ni al momento de los precios; ya dijimos que el concepto de productividad es tautológico y que no mide lo que se quiere medir al definirlo; el concepto de empleo que se utiliza en las estadísticas es una caricatura del que se necesita para disponer de un ingreso que se merezca ese nombre... Todo eso implica que la política económica se aplica sin saber los efectos que va a producir y la mejor prueba de ello es que prácticamente nunca produce los efectos que se dijo que iba a traer

consigo.

9. Intrínseca e inevitablemente injusto

El capitalismo produce inequidad por una razón igualmente sencilla y comprensible: parte de una situación distributiva desigual y la reproduce porque es un sistema que no contiene mecanismos para corregirla. No los necesita porque no se propone conseguirla ni funciona para lograrla.

Es más, el capitalismo acrecienta la inequidad porque ni siquiera cumple, como hemos visto, los presupuestos de competencia, igualdad y simetría sobre los que se sustenta. Y porque, si los cumple, también la aumentaría porque tratar igual a los desiguales es injusto, agrava la asimetría e incrementa la desigualdad.

La base esencial del capitalismo es la relación salarial, la contratación de tiempo de trabajo a cambio de una retribución, que se supone que se produce en condiciones de simetría. Su regulación inicial se hacía a través del código civil, es decir, bajo el principio de igualdad de las partes. La realidad muestra claramente que esta situación no existe, puesto que las personas que venden su tiempo a cambio de salario lo hacen por necesidad y, en general, sin disponer de cualquier otro ingreso. Se encuentran en situación de inferioridad y someterlas a una negociación de tú a tú, de igualdad, produce inevitablemente un resultado que les resulta desfavorable.

Prueba de ello es que los defensores coherentes del capitalismo o las empresas que desean beneficiarse de esa asimetría reclaman constantemente que no existan mediadores como sindicatos —mecanismos de negociación colectiva que empoderan a los asalariados—, leyes tuitivas —es decir, establecidas expresamente para proteger a la parte más débil de la relación salarial— o normas que protejan a las pequeñas y medianas empresas del comportamiento depredador de las más grandes que dominan los mercados.

Otro hecho demuestra esa tendencia intrínseca a la inequidad de la economía capitalista: los logros de equidad que sin duda se han producido en paralelo al desarrollo del capitalismo se han conseguido precisamente aplicando medidas y normas que responden a principios

no capitalistas (derechos laborales, protección social, gasto público, impuestos, políticas redistributivas...), como sucedió en la etapa del estado de bienestar. Por el contrario, los retrocesos se han dado justamente cuando no se ha aplicado o se ha hecho en menor medida, como ha ocurrido en las últimas décadas de políticas de inspiración liberal, y mucho más con las políticas de austeridad originales o con las del trumpismo y la motosierra que ya se están aplicando con resultados contrastables: más desigualdad, menos y peor empleo. En Argentina, por ejemplo, la participación del trabajo en la renta total perdió 5,6 puntos en el mandato derechista de Mauricio Macri (1,4 por año) y con el justicialista Alberto Fernández subió 1,8 puntos en 2019, bajó 4,9 el año de la pandemia y volvió a subir 2,4 en los dos años finales de su mandato. Con la motosierra de Javier Milei volvió a bajar 1,4 puntos en su primer año de gobierno.[4] En Estados Unidos, la cuarta economía más desigual de las treinta que conforman la OCDE, la evolución no ha sido muy diferente tomando otros datos disponibles. Desde 1980, los salarios reales del 1 por ciento más rico aumentaron un 160,3 por ciento y los del 90 por ciento más pobre sólo el 26 por ciento.[5]

10. Incompatible con la democracia, secuestra las instituciones

En las últimas décadas se viene produciendo el fenómeno que el trumpismo agudiza, la creciente incompatibilidad entre la democracia y las estrategias y políticas económicas que permiten seguir concentrando los ingresos y la riqueza cada vez en menos manos. El trumpismo y la economía de la motosierra representan la que ya se conoce como la crisis del capitalismo democrático.

Dicha incompatibilidad se produce principalmente por tres grandes razones. En primer lugar, porque cada vez es más difícil disimular que el enriquecimiento de los ya más ricos se realiza a costa de la desposesión del resto. En segundo lugar, porque los beneficios de los nuevos sectores que impulsan la extraordinaria desigualdad requieren cada vez más del control de los mecanismos políticos de toma de decisiones. Finalmente, porque los procesos de acumulación y enriquecimiento requieren siempre ir a más, no parar, y por eso

resultan incompatibles con cualquier tipo de freno o limitación, por pequeña que parezca: «El que tiene mucho desea más», dijo Séneca.

Para tener cada vez más se ha hecho necesario no sólo controlar, sino proceder a un auténtico secuestro de las instituciones representativas, a su vaciamiento, para impedir que puedan ser instrumentos efectivos de revelación de las preferencias sociales y de control, auténticos poderes representativos y ejecutivos al servicio de los intereses mayoritarios de la población. Y quizá la mejor prueba de ello es que la propia población reconoce que eso está sucediendo, como mostré con más detalle en mi libro *Para que haya futuro*: las tres cuartas partes de los estadounidenses creen que el sistema económico favorece a los ricos y poderosos y el 53 por ciento de la población de la Unión Europea piensa que su gobierno está dirigido por intereses privados.

Cambio de enfoque: contemplar lo que no ve la economía convencional y no hacer lo que hace mal

En el capítulo 3 ya adelantamos algunos principios generales que, si se aplicaran, podrían permitir que el análisis económico proporcionara un conocimiento científico de la actividad económica. Ahora, podríamos avanzar y lanzar algunas propuestas adicionales y más concretas sobre la predisposición que deberían adoptar los economistas para evitar que los pecados capitales del capitalismo los pasen de largo y no los contemplen cuando se enfrentan al estudio de la actividad económica.

Podríamos proponerlas en abstracto, a partir de todo lo que hemos venido diciendo, pero quizá sean más útiles y convincentes si se plantean como la forma de evitar la ceguera y el error que se produjo en un caso concreto de extraordinaria relevancia por su magnitud y gravísimas consecuencias.

Nos referimos a la falta de rigor y a los grandes errores de previsión y respuesta que el Fondo Monetario Internacional tuvo frente a la crisis económica posterior a 2007, en cuyo origen y efectos quizá se encuentren presentes todos y cada uno de esos pecados que acabamos de señalar.

En el análisis del comportamiento anterior a la crisis del Fondo Monetario Internacional que realizó su Oficina de Evaluación Independiente en 2011, se confirmó que el conocimiento de la economía convencional basada en los principios, enfoques y modelos que hemos señalado resulta bastante inoperante y no sirve para saber lo que ocurre en la realidad económica. La evaluación mostró que, con más de 2.000 economistas a su servicio, el FMI no fue capaz de advertir «a los países en el epicentro de la crisis, ni a sus países miembros en general, de las vulnerabilidades y los riesgos que finalmente provocaron la crisis». Señaló que sus análisis no ayudaron a contener los riesgos, pues señalaban que los mercados financieros de las economías avanzadas estaban fundamentalmente sanos. Tampoco detectaron los elementos claves que provocaron la crisis (burbujas en la vivienda, innovación financiera, etc.) y, en general, mantuvieron «una visión idílica de la economía mundial». Lógicamente, esos fallos de previsión y anticipación impidieron dar respuestas adecuadas a los problemas y crisis que surgieron.

A la vista de los errores que dicha evaluación puso de evidencia, no es difícil señalar qué es lo que no se debe hacer y, por el contrario, cómo sí se debe actuar para poder contemplar lo que sucede en la economía con acierto y realismo. Para ello, nos limitamos a transcribir a continuación lo que se dice en esa evaluación, simplemente redactando las afirmaciones del informe de modo que se conviertan en proposiciones sobre cómo enfrentarse a los problemas económicos. Van entre comillas sus expresiones literales.

- Evitar el «pensamiento de grupo», que lleva a considerar los problemas sólo dentro de un cierto paradigma y a no cuestionar sus premisas básicas.
- No creer que «la disciplina de mercado y la autorregulación» son «suficientes para evitar problemas graves en las instituciones financieras».
- No sentirse «incómodo» si hay que «cuestionar los puntos de vista de las autoridades de las economías avanzadas en cuestiones monetarias y regulatorias».
- Evitar tener en cuenta «solamente la información que coincide

con nuestras propias expectativas» e «ignorar la información que es incompatible con ellas».

- No realizar un «análisis inadecuado de las relaciones entre la macroeconomía y el sector financiero» y disponer de un «marco conceptual adecuado para analizar dichos vínculos».
- Rechazar la idea que asume «la profesión económica en general» según la cual las cuestiones financieras no revisten «importancia central».
- No dar «consideración a modelos macroeconómicos que resultaron inadecuados para analizar los vínculos macrofinancieros».
- Evitar el modelo de equilibrio general que sólo incluye «los mercados monetarios y de activos en forma muy rudimentaria».
- Evitar «el uso excesivo de modelos [...] como única herramienta válida para analizar circunstancias económicas que son demasiado complejas para modelarlas».
- No ignorar los datos, sino recurrir a ellos más y de manera correcta; en concreto al análisis de los balances, porque «este enfoque logra captar los riesgos y vulnerabilidades mejor que un modelo macroeconómico típico de economía abierta».
- «Aprender de la experiencia y conocimientos de los demás», no analizar los problemas económicos «en compartimentos estancos», y rechazar «la cultura aislacionista».
- Establecer los incentivos que estén establecidos «para promover el franco intercambio de ideas que se necesita para una buena supervisión» y rechazar los que se dirigen a «generar consenso con las opiniones predominantes», como sucedía con los establecidos en el FMI.
- No preocuparse por «las consecuencias de expresar opiniones contrarias» a quien pueda estar por encima.
- Rendir cuentas de los resultados de lo que se analiza o investiga.
- Penalizar los análisis que resultan errados, al revés de lo que sucedía en el FMI: «Las evaluaciones que se adaptaban a la opinión general no eran penalizadas, aun cuando resultaran erradas».
- Fortalecer los incentivos para «decir la verdad a los poderosos» y

no practicar la autocensura, evitando creer que «no se les puede decir la verdad a las autoridades».

- «Actuar con mayor franqueza en lo que respecta a las incógnitas conocidas», mostrarse más dispuesto a cuestionar los propios preconceptos y a informar abiertamente sobre las limitaciones de los datos y las herramientas técnicas en que se sustentan sus análisis.
- «Solicitar activamente opiniones alternativas o disidentes».

Estas recomendaciones quizá no sumen todo lo que se necesita para analizar con rigor y científicamente la vida económica, sin duda. Pero, añadidas a lo que hemos establecido, quizá sean un buen punto de partida y, desde luego, una condición necesaria para poder contemplarla con un enfoque diferente al de la economía convencional que permita descubrir su funcionamiento real.

Los efectos de contemplar la vida económica con realismo y rigor

Cuando la vida económica se contempla y analiza desde otros enfoques, con métodos y modelos diferentes a los de la economía convencional, esclava de los postulados ideologizados del modelo neoclásico que hemos analizado, adquiere una dimensión y una naturaleza muy diferentes.

La actividad económica no tiene por qué aparecer como una especie de infierno en la tierra en el que los seres humanos están obligados a luchar unos contra otros para apropiarse en exclusiva de los recursos que los demás también necesitan y alterando las leyes de la naturaleza; sin cuidar de lo que es escaso y a los demás seres humanos, y dejando insatisfechas las necesidades humanas quizá más importantes. Por el contrario, cuando se asumen los principios alternativos que comentaremos en el próximo capítulo los resultados que puede proporcionar son mucho más satisfactorios y eficientes, tal y como hemos visto que ya se ha hecho y se hace en experiencias desarrolladas en muchos lugares y momentos.

E igual ocurre con la economía entendida como rama del saber. Al

contrario de lo que ocurre con la economía convencional derivada del modelo neoclásico que crea problemas en lugar de resolverlos, los nuevos enfoques forman parte de su solución.

Los nuevos postulados y enfoques que ya se van abriendo paso, como analizamos en el capítulo 3, desvelan otras realidades: los seres humanos no somos átomos, sino sujetos que interactuamos en sociedad, influimos y somos influidos por el contexto. Los nuevos enfoques permiten considerarnos como lo que somos, seres sociales, y toman en consideración nuestro medioambiente, no sólo natural sino social, el ecosistema formado por los demás individuos que nos rodean y por las relaciones de diferente tipo que tejemos entre nosotros, como condicionantes de todos nuestros actos, cuando llevamos a cabo actividades económicas. Y precisamente por ello recurren al auxilio de otras ramas del conocimiento científico para evaluar lo que nos influye desde esos otros órdenes de nuestro entorno, de los que también depende la satisfacción de las necesidades humanas. Descubren también que los mercados no son un todo, el único universo en donde nos desenvolvemos para subsistir, sino un subsistema, en todo caso, de otros del sistema social, y ambos del ecológico o natural, del que depende en última instancia que pueda existir la vida y de qué forma puede desarrollarse la de los seres humanos.

Los nuevos enfoques que afloran en el pensamiento económico comienzan a extender una idea fundamental: los problemas que conlleva la vida económica no se pueden resolver sino contemplando todos esos otros espacios en los que funcionan las instituciones, la sociedad en su conjunto y los ecosistemas naturales. Todos los cuales, además, se perciben ya como lo que son: no momentos estáticos, ni en equilibrio, ni mecanismos que lo recobran en cualquier condición o automáticamente, sino, como dijimos, sistemas complejos y adaptativos, inestables y en los que el presente es conflictivo y el futuro incierto. Reconocemos así que éste no se puede predecir a partir de técnicas matemáticas, por muy sofisticadas que sean. Por el contrario, cada vez más economistas asumen con naturalidad que la economía se desenvuelve, al igual que todos los seres humanos, como lo dijo Keynes: en condiciones de «incertidumbre irreducible».

Eso lleva inevitablemente a reconocer que la vida económica no es

una ingeniería social como la que describe el saber económico convencional y que no existe la ciencia económica exacta de la que se alardea, con unas claves exclusivas para analizarla y decir cómo ha de desenvolverse. Lo cual, además, resultaría imposible disponiendo tan sólo de conocimiento cuantitativo, porque se precisa también el cualitativo para analizar la naturaleza de las estructuras mentales con las que opera y los procesos inmateriales que intervienen en todos los procesos económicos como motores de todos los cambios. No se puede conocer el funcionamiento real de las economías sin disponer de un saber evolutivo, complejo y holístico.

Cuando se analiza la vida económica desde estos presupuestos y con métodos que permiten contemplarla con realismo y no a través del idealismo neoclásico o de la fe anarcolibertaria que ahora inspira al trumpismo y a la economía de la motosierra, se descubre igualmente que hay problemas económicos que la economía convencional no se plantea porque se centra exclusivamente en los que tienen expresión monetaria, cuantificable, o son sólo intrínsecos al mundo del intercambio mercantil.

Las nuevas formas de analizar los problemas económicos han de seguir tomando en consideración, como un elemento fundamental de los procesos económicos, el sistema de incentivos, su diseño y sus efectos, pero lo hacen considerando que el abanico de los que hay que tomar en cuenta no se reduce solamente a los materiales o motorizados por el afán de lucro. Se parte de asumir, porque la realidad lo evidencia, que los seres humanos tenemos necesidades no estrictamente monetarias o vinculadas a tener más, sino que tenemos otras que sólo se pueden satisfacer con incentivos relacionados con principios éticos, valores, creencias o sentimientos, emociones y aspiraciones de cualquier otro tipo.

A través de los nuevos enfoques se descubre que los mercados no son mecanismos automáticos, ni los intercambios que allí se llevan a cabo meras intersecciones entre bienes y servicios a cambio de dinero. Son, como vimos, construcciones sociales, cuyo desenvolvimiento efectivo también depende de normas y, por tanto, de decisiones políticas. De ahí que señalen como imperativo establecer algún tipo de mecanismo que lleve a dilucidar el efecto de las opciones posibles, sabiendo que

cada una de ellas tendrá efectos diferentes. Y eso obliga a plantear un debate sobre qué recursos utilizar o no, y cómo hacerlo, teniendo en cuenta no sólo los intereses presentes, sino los de las generaciones futuras, como se encargó de señalar con lucidez Nicholas Georgescu-Roegen.

Y si los problemas económicos no tienen soluciones técnicas, sino políticas, resulta que a la economía le incumben las condiciones que garanticen que todos los seres humanos dispongan de capacidad efectiva para participar en la toma de decisiones sobre el uso de los recursos y en la puesta en práctica de las respuestas políticas económicas que se adopten, sea cual sea su naturaleza o el ámbito en el que se den.

Veremos a continuación qué tipo de nuevos principios se pueden plantear y de hecho se están planteando y aplicando ya, aunque todavía sea de forma embrionaria, en muchas prácticas económicas vinculados a las nuevas formas de entender la vida económica que hemos comentado. Empezando por los que responden a una cuestión principal de un modo diferente a como lo hace la economía convencional.

¿Qué ha de resolver con prioridad la economía?

Podría creerse que la pregunta que encabeza este epígrafe es retórica o innecesaria, porque es tan elemental que se responde por sí sola. Sin embargo, es muy necesaria y pertinente por una sencilla razón. La economía convencional da por hecho que la actividad económica y, por tanto, los problemas que debe resolver el saber económico son unos exclusivos que, como vamos a ver enseguida, no incluyen a todos los que realmente tienen que ver con la satisfacción de las necesidades más auténticas y perentorias de los seres humanos.

Veamos el asunto con un poco de detalle.

Desde los primeros momentos en que se comenzó a hablar y a escribir de economía, en la Grecia clásica, se distinguieron dos tipos de actividades económicas. Aristóteles utilizó ese término en su *Política* (Gredos, 1988) para referirse a las actividades que tenían que ver con

la administración de lo doméstico (*oikos*, 'casa'; *nemein*, 'administrar'). Por esa razón, el filósofo la consideró una actividad limitada y con un objetivo preciso: disponer de lo necesario para vivir y vivir bien. La distinguía, por otro lado, de la crematística, el arte de adquirir riqueza, y de la cual consideraba el filósofo que había, a su vez, dos grandes tipos. Una era complementaria de la economía, pues se llevaba a cabo para conseguir los bienes necesarios que no se produjeran en el *oikos*. La otra actividad crematística estaba orientada a apropiarse de recursos con el fin de obtener un beneficio, ganando dinero a través del comercio.

La economía, decía Aristóteles, se desarrolla hasta su «justa proporción», mientras que la segunda crematística «sí que no tiene límites». Se llevaría a cabo sin freno porque su objetivo no es la satisfacción de lo que es necesario («el almacenamiento de aquellas cosas necesarias para la vida y útiles para la comunidad de una ciudad o una casa»), sino la acumulación. Por eso la consideraba antinatural y moralmente inferior, pues crece sin cesar («todos los que trafican aumentan sin límites su caudal»), aunque vaya acompañada de insatisfacción. Al no dedicarse a proporcionar lo que se necesita en el *oikos*, sólo «parece tener por objeto el dinero». Por eso decía: «Ciertamente extraña es esta riqueza en cuya abundancia se muere de hambre, como cuenta el mito de aquel Midas, quien, por su insaciable deseo, convertía en oro todo lo que tocaba».

Con el paso del tiempo, el advenimiento del primer capitalismo y la extensión de las actividades de mercado hicieron que la crematística que «no tiene límites» y se expresa en extraña riqueza se impusiera sobre la economía en su sentido original y sobre la crematística al servicio del *oikos*.

La búsqueda incesante de la acumulación y el beneficio sin límite —que diría Aristóteles—, así como el protagonismo que, para hacerla posible, adquirieron el comercio y la posesión y circulación del dinero colocaron a la crematística por delante de la economía. Aunque prevaleciera formalmente este último término, ya no tenía su sentido aristotélico original. Dejó de significar la administración de lo doméstico, la actividad encaminada a disponer de los recursos que garantizan el buen vivir, para referirse a las actividades vinculadas con

la producción mercantil, el comercio y el uso del dinero. El análisis que se desarrollaba para comenzar a descubrir sus leyes perdió de vista lo que ocurría en el *oikos* para centrarse en los procesos que se llevaban a cabo en el universo monetario y del mercado, en donde se consideraba que se producía la auténtica *khrema* o riqueza.

Mostrando una gran predisposición al realismo, cuando los estudios económicos comenzaron a constituirse como una rama especializada del saber, se consideraba que la crematística, lo que realmente se analizaba con el nombre de *economía*, se insertaba en el marco más general en el que se mueven las grandes decisiones relativas a la vida social, en la polis (allí donde se gobierna). Por eso la naciente disciplina se autodenominó *economía política*.

Aunque se perdió el sentido original de la actividad económica dedicada a suministrar lo preciso para vivir y vivir bien, se percibía con claridad, sin embargo, que se trataba de una actividad humana intrínsecamente conflictiva porque implicaba la tensión entre los intereses de las diferentes clases sociales. Los economistas clásicos reconocían explícitamente que les interesaba descubrir las leyes de las que dependía la distribución de la renta y la riqueza, y no les avergonzaba intervenir en el debate público como portavoces de unos intereses u otros. Así ocurría con Thomas Malthus cuando defendía con vehemencia a los terratenientes frente a David Ricardo, quien hacía lo propio con los intereses de los industriales.

Cuando los economistas clásicos (Quesnay, Say, Mill o Marx, además de los citados) analizaban la vida económica, lo hacían involucrándose ellos mismos en el debate social, podríamos decir que «tomando partido», reconociendo la diversidad de intereses que se involucraban en la lucha por hacerse con una mayor parte de las rentas y haciendo suyos algunos de ellos. Es más, descubriendo que esa pugna distributiva conformaba el motor de la vida económica, pues generaba incentivos que llevaban a intensificarla y hacerla duradera.

Lógicamente, un planteamiento de ese tipo obligaba a reconocer que había clases sociales y que los recursos de los que un grupo social se apropiaba dejan de estar a disposición de otro; o que los que cada clase disfrutaba procedían, por tanto, de su capacidad para imponerse sobre los demás. Era, sin duda, un planteamiento que se hacía incómodo

para las clases dominantes, las que podían acumular los recursos en mayor medida, gracias a su mayor influencia y poder de decisión.

Así se puede entender que se alentara otro tipo de análisis que de alguna manera evitase poner en primer plano el conflicto distributivo que, por derivación, cuestionaba todas las estructuras que garantizaban el ejercicio del poder y la obtención de privilegios de unos grupos en perjuicio de otros.

Se necesitaba un tipo de análisis y de teoría económica que mostrase que, por el contrario, la vida económica e incluso la distribución de la renta respondían a procesos objetivos y no a una pugna social; y, por tanto, que si un grupo social disfrutaba de más ingreso no sería como resultado del privilegio o de la explotación, sino de los automatismos que generaba la dinámica de los mercados, en función, como ya vimos en el primer capítulo, de la oferta y la demanda.

John B. Clark (1847-1938) lo expresó con toda sinceridad cuando presentó su teoría del salario y el beneficio como expresión de lo que cada factor (el trabajo y el capital, respectivamente) contribuye a la producción:

> El bienestar de las clases trabajadoras depende de si obtienen mucho o poco [...]. Si apareciera que producen una gran cantidad y obtienen sólo una parte de ella, muchos de ellos se convertirían en revolucionarios, y todos tendrían derecho a hacerlo [...]. Si se probara esta acusación, todo hombre de mente recta debería convertirse en un socialista; y su celo por transformar el sistema industrial mediría y expresaría su sentido de la justicia.[6]

Para evitar justamente esto último, se eliminó de la problemática que estudia la economía la cuestión distributiva, entendida como un problema diferente a los que pueda plantear el funcionamiento automático de los mercados. Y si no hay cuestión distributiva que plantear, no hay debate político que añadir al análisis económico. No resultaba ya necesario hablar de economía política, sino tan sólo de economía. En inglés se hablaría a partir de entonces sólo de *economics*, «lo económico», un término difícil de traducir al español para referirse a un universo específico y singular, ajeno a cualquier otra dimensión, política, cultural o ética, de la vida social.

La economía así entendida dejaba de ser considerada la actividad

que tiene que ver con la producción y distribución de los bienes para lograr prosperidad. Se limitaría a ser la que resuelve cómo elegir entre los posibles usos de los recursos escasos que los seres humanos tenemos a nuestra disposición. Aunque entendiendo que esos recursos son los que se pueden adquirir en los mercados y se deben utilizar en su versión más eficiente o económica; es decir, al menor coste posible para proporcionar el mayor beneficio o utilidad a productores y consumidores, respectivamente.

De ese modo, la economía no sólo se alejaba de su sentido original como *oikos nemein* y al hacerlo se desentendía de la búsqueda del buen vivir, sino que también se despojaba de cualquier debate normativo. Se convertía, en realidad, en una praxeología, en una ciencia de la elección. Sería un conocimiento orientado a determinar los criterios que deben guiar la acción humana para lograr, como único fin, la mayor utilidad o beneficio. Unos criterios que serían universales y, por tanto, aplicables a cualquier ámbito en el que algún ser humano se plantee alguna elección, sea del tipo que sea. Como se dijo casi un siglo más tarde, la economía así entendida se convertía en una gramática que nos proporciona una regla para tomar siempre la decisión óptima, desde ese punto de vista de la máxima utilidad.

De ahí se derivaba un imperativo que debería guiar el comportamiento de cualquier sujeto, no sólo en la vida económica, sino en cualquier otro ámbito: su única preocupación y regla de conducta debía ser tratar de obtener la máxima diferencia entre el beneficio y el coste que implicara cualquiera de sus acciones.

Lo que podría denominarse entonces «el problema económico», lo que ha de resolver la actividad económica y debe explicar el saber que pretendía ser una ciencia de la economía, sería exclusivamente el de la elección entre los recursos escasos y susceptibles de uso alternativo que los seres humanos podamos tener a nuestra disposición para satisfacer nuestras necesidades. Sobraría, pues, cualquier tipo de planteamiento o debate, no sólo sobre los efectos que tenga cualquier solución distributiva, sino sobre sus connotaciones morales.

¿La actividad económica de los seres humanos sólo tiene que ver con la elección encaminada a tomar decisiones que maximicen la utilidad y minimicen los costes? ¿A la hora de satisfacer nuestras necesidades

sólo vamos a considerar los problemas que implica esa evaluación de costes y beneficios y, en particular, los que tienen expresión monetaria? ¿Hemos de aceptar esto como un principio universal y siempre válido? ¿Actuamos sin otro criterio que el de comparar coste y beneficio? ¿No decidimos muchas veces, o incluso la mayoría, por generosidad, empatía, solidaridad, compasión, responsabilidad, amistad, rechazo o animadversión; por odio o por afecto y amor?

¿Por qué no volver, por el contrario, al significado original de *economía*, al aristotélico, como arte de vivir y vivir bien, administrando con prudencia y mesura lo que necesita el *oikos*, y entender, en consecuencia, que lo que ha de resolver la economía son todos los problemas que plantea ese arte? Y junto con él, también, el de la crematística en su primer sentido aristotélico, es decir, el del uso del dinero y del comercio como complementarios del *oikos* e instrumentales para el buen vivir. Ambos conforman una expresión de la economía ligada a lo que realmente necesita la vida humana, y no sólo a la crematística de segundo orden que busca la «extraña riqueza» que se basa en acumular como un fin en sí mismo.

La cuestión no es baladí ni simplemente retórica o formal. En realidad, implica invertir las prioridades, algo a lo que ya empezaron a renunciar los economistas clásicos, pues ni Adam Smith ni Ricardo ni Mill, ni siquiera Marx, pusieron en el primer plano de sus análisis todas las actividades humanas imprescindibles para satisfacer nuestras necesidades. Se olvidaron, por ejemplo, de los cuidados, a los demás seres humanos y a la naturaleza; y, en general, de todo el trabajo sin expresión monetaria que necesitamos para vivir y reproducirnos. Consideraron que todo eso era improductivo y, por tanto, ajeno a la economía. La redujeron a la crematística y, principalmente, a la que ni siquiera se desarrolla como complemento de la *oikos nemein*, orientada al buen vivir.

Riane Eisler plantea la forma de revertir este olvido de un modo muy primario y explícito: «Al pensar en una nueva economía, no pensemos en acciones, bonos, derivados y otros instrumentos financieros». Es decir, en la crematística de nuestro tiempo. Y continúa: «Pensemos, por el contrario, en los niños y las niñas y preguntémonos qué tipo de políticas y prácticas económicas son

beneficiosas para ellos, qué se necesita para que gocen de buena salud, reciban una buena educación y estén preparados para vivir una vida plena».[7]

No se trata de una llamada poética de Eisler, se trata de asegurar que la economía se oriente y sirva para lo que hoy día no está siendo todo lo útil que se necesitaría que fuese, para garantizar el sustento suficiente y digno de todos los seres humanos. No sólo en lo que atañe a proporcionarles recursos materiales para ello, sino, sobre todo, capacidades, en el sentido en que usan este término Amartya Sen, Martha Nussbaum y James Foster: como libertad efectiva para lograr lo que necesitamos para vivir. Se trata, por tanto, de que la economía se oriente a proporcionar la posibilidad efectiva de disponer de las herramientas (vida, salud, integridad corporal, sentidos, imaginación y pensamiento, emociones, afiliación...) que cualquier persona necesita para vivir plenamente, satisfaciendo no sólo la necesidad de provisión material, sino también las de cuidado, reciprocidad, valores democráticos, creatividad y acción colectiva, por ejemplo.

Es evidente que cualquier ser humano que trabaja, produce o contribuye a producir, comercia, crea riqueza y la distribuye de algún modo está procurándose posibilidades de vivir de la mejor forma posible. El problema, sin embargo, es que la organización social de esas actividades no se establece para que eso quede asegurado, sino para que quienes puedan logren el máximo beneficio. El rendimiento y el éxito de las economías no se mide por el grado en que se garantiza el sustento generalizado. Esto último ni tan siquiera se registra entre los grandes indicadores que se toman en cuenta a la hora de valorar su funcionamiento. Importa la cantidad que se produce sólo cuando se ha podido medir en términos monetarios, y aunque sea producción «improductiva», que muchas veces para nada contribuye a satisfacer necesidad alguna.

La forma en que se mide el empleo y, más concretamente, lo que se entiende por estar empleado en nuestras economías es del todo significativa de lo que venimos diciendo. Según las estadísticas europeas, para que una persona conste como empleada basta con que haya trabajado una sola hora al mes y a cambio de algún tipo de retribución, aunque sea en especie. Por tanto, la estadística oficial

consideraría empleada, a todos los efectos, a un chico o chica mayor de 16 años sólo con haber dedicado más de una hora a lavar el coche de un pariente a cambio de una entrada de cine. Lo contabilizarían igual que si se hubiera trabajado a tiempo completo, con carácter indefinido y a cambio de un salario monetario elevado. Sin embargo, no considera empleada y ni siquiera activa a una persona (seguramente sería mujer) que hubiera trabajado quince horas al día produciendo bienes y servicios en el hogar, a pesar de que sus actividades son imprescindibles para que la economía funcione.

Aunque seguramente la gran mayoría de los economistas diría que la economía tiene como fin satisfacer las necesidades humanas, la realidad muestra que eso no es cierto hoy día, si se tiene en cuenta lo que se entiende por economía, lo que se organiza cuando se ordena la vida económica, lo que se registra y mide como actividad económica y lo que se gobierna cuando se hace política económica.

El punto de partida de cualquier otro paradigma que realmente pueda permitir que la economía (tanto en su sentido de actividad específica de los seres humanos como en el de rama del conocimiento) sea parte de la solución y no del problema es que se conciba tal y como acabamos de señalar. Esto es, como la acción colectiva que se dirige a asegurar el sustento de los seres humanos y, en consecuencia, que se mide, se evalúa, se incentiva y se gobierna en función rigurosa del grado en que lo consigue. Y para eso hay que empezar considerando que lo que entendemos por economía no es sólo lo que se desenvuelve en la órbita de los mercados y el intercambio mercantil, no exclusivamente lo que está guiado por el afán de lucro o persigue la acumulación, el crecimiento de la producción y la apropiación de los recursos como un fin en sí mismo. También es economía la producción y el consumo de bienes y servicios en la actividad doméstica, el trabajo humano dedicado al cuidado, la conservación o la reproducción de nuestra vida y de la sociedad en general, la actividad que se basa en el voluntariado y en el don, y en la relación que los seres humanos establecemos con la naturaleza para servirnos de ella y satisfacer necesidades. Y, por supuesto, esta economía más ampliamente considerada no se acaba en las decisiones que tienen que ver con la asignación de los recursos, con cuál de ellos utilizar o cómo, sino

también en todo lo que influye en cómo se distribuyen sus frutos y en lo que condiciona el modo en que cada individuo puede decidir e intervenir en ella para tratar de vivir con dignidad y satisfacción.

Una opción de este tipo, asumir este principio, no es únicamente una elección moral, aunque eso sea importante; no es una mera preferencia ideológica, que lo es legítimamente. Supone, sobre todo, darle la vuelta también a un principio que la economía convencional utiliza fraudulentamente.

Se supone que ésta última, como hemos dicho ya reiteradamente, se basa en impulsar comportamientos maximizadores y en utilizar incentivos y mecanismos de mercado para lograr la mayor eficiencia y conseguir, así, que los recursos se utilicen en su versión más valiosa.

A todos los alumnos de primero de economía en cualquier centro de educación del planeta se les enseña en las primeras semanas de clase la misma lección, prácticamente sin excepción: la economía de mercado basada en la competencia perfecta produce una situación óptima y de máximo bienestar social (un «óptimo de Pareto», en honor del italiano que lo formuló así por primera vez) porque garantiza que todos los recursos se utilicen en su uso más valioso, con la mayor eficiencia o a su coste más reducido.

Los hechos y la experiencia, los datos, han demostrado reiteradas veces, sin embargo, que tal cosa no sucede generalizadamente, sino más bien todo lo contrario. Como ya hemos visto, a escala macroscópica es bien sabido que los sistemas sanitarios basados en el acceso universal, es decir, no guiados por el afán de lucro ni por los mecanismos de mercado, resultan más baratos y eficientes que aquellos en donde la iniciativa privada y la oferta y la demanda imponen sus «leyes» de comportamiento. Tal y como demuestra el caso paradigmático de Estados Unidos, allí donde la sanidad se organiza para ganar dinero, es preciso destinar más recursos y gastar más para conseguir una provisión más reducida e insatisfactoria. Por el contrario, los sistemas basados en la universalidad y el reparto, en la solidaridad, es decir, en el principio de garantizar el sustento, son más eficientes justos; y, a pesar de ello, los defensores del capitalismo supuestamente más ahorrador y eficiente reclaman su privatización.

Exactamente lo mismo ocurre cuando se analiza la eficiencia en el

uso de los recursos e incluso de los medios de pago en diferentes ámbitos o con distintos modos de intercambio. Se ha demostrado que ocurre desde una perspectiva más bien microscópica cuando se ha comparado el resultado final que genera la utilización de un dólar en el ámbito del mercado (mayoritariamente por parte de los hombres) o en el del *oikos* (casi siempre por parte de las mujeres). Las investigaciones pioneras de Duncan Thomas mostraron que un dólar en manos de una mujer brasileña tiene el mismo efecto en la supervivencia infantil que 18 dólares en manos de un hombre. Judith Bruce comprobó en Guatemala que 11,40 dólares adicionales por mes en manos de una madre lograrían el mismo aumento de peso en un niño pequeño que 166 dólares adicionales ganados por el padre.[8] El mayor rendimiento que se asocia como virtud propia e intrínseca a los automatismos del mercado es una falacia.

Llevar la economía a su espacio original del *oikos* representa, además, la ventaja de impregnarse de los valores y reglas de conducta que históricamente se han desarrollado allí. En contra de lo que se ha hecho creer, en el *oikos*, como acabamos de ver, el uso de los recursos es más eficiente y, por añadidura, en ese espacio predominan el cuidado, la empatía, la cooperación, la generosidad, el afecto, la supremacía de lo interpersonal sobre lo individual, la negociación, el diálogo y la no violencia como forma de resolución de conflictos, la austeridad bien entendida, el amor e incluso la intuición y la sensibilidad.

La economía, así, se hace humana, porque ésos son los valores que realmente nos distinguen como especie y no los de la agresión, el egoísmo y la competencia por el poder y la supremacía de unos frente a otros. Y también se feminiza, porque todos esos valores del *oikos* han sido ejercidos a lo largo de la historia por quienes, casi en exclusiva, han tenido allí su principal espacio de vida: las mujeres. Invisibilizadas, sin embargo, como sujetos económicos, a pesar de haber garantizado la provisión doméstica (y de seguir haciéndolo en la mayor parte hoy día), sin la cual es imposible que funcione la economía en su conjunto.

6

Nuevos principios y políticas económicas: alternativas de sentido común

Para terminar, llega el momento de afrontar el último de los mitos en los que se sustenta el saber convencional que justifica y sostiene las políticas económicas de nuestro tiempo, incluidas las del trumpismo y la motosierra. Afirma que no hay principios alternativos a los que actúan como motores de la economía capitalista de nuestro tiempo e inspiran la política económica que se lleva a cabo para sostenerla; y que, si acaso se pudieran formular, no serían viables ni razonables.

No intentamos formular un programa de partido, una exposición de deseos para llevar a cabo en una acción de gobierno. Trataremos, simplemente, de mostrar que hay un más allá real e incluso de sentido común a la hora de organizar la vida mediante la política económica, igual que vimos que existen perspectivas e instrumentos de análisis diferentes a los que ofrece el modelo neoclásico de partida y sus desarrollos convencionales. Primero lo haremos en términos más generales y, a continuación, mostrando quince ejemplos de propuestas concretas que permiten demostrar que es el sistema actual el que está dislocado y no proporciona respuestas razonables a los problemas económicos fundamentales. Mientras que otras que los pueden resolver proporcionando seguridad, satisfacción y bienestar son, sencillamente, exigencias del más elemental sentido común.

Nuevos principios y fines: economía al servicio de la vida

El funcionamiento de las economías capitalistas se ha normalizado

tanto que es lógico que parezca que son un estado más de la naturaleza, consustancial a cualquier forma de vida o tiempo histórico, e inmodificable.

Pero ninguna economía es inmutable ni está regida por una ley natural, sino que cualquiera de ellas funciona del modo en que lo hace respondiendo a una serie de principios que han sido aceptados como inspiradores de las normas y leyes que permiten, o incluso obligan, a los diferentes sujetos económicos a actuar de un determinado modo, en los intercambios y a la hora de forjar relaciones entre ellos.

Los principios sobre los que se basa la vida económica en el capitalismo, en la teoría y en la práctica, los hemos revisado. Y sabemos sus efectos, especialmente cuando se comparan unas fases de su desarrollo con otras distintas, o entre sus diversas variedades.

Paralelamente, al igual que dijimos que hoy día no existe un paradigma teórico alternativo al derivado del modelo neoclásico que vaya más allá de planteamientos fragmentados y embrionarios, también hay que reconocer que no existe un modelo de organización económica y mucho menos un diseño de sistema económico que pueda ofrecerse como alternativa al del capitalismo.

Sin embargo, las experiencias muy variadas y algunas ampliamente desarrolladas que hemos comentado en el capítulo 4 y las conclusiones que se pueden obtener de su análisis permiten descubrir que todas ellas, aunque cada una lo haga en mayor o menor medida, responden a un abanico de principios comunes y muy diferentes a los del capitalismo.

Esos nuevos principios se podrían detallar, puesto que sin duda se expresan de formas diferentes en cada tipo de experiencia alternativa, pero posiblemente sea más útil tratar de sintetizarlos, puesto que el propósito de este libro no es sino proporcionarlos desde una visión general y lo más vertebrada y clara posible. Con esta intención, se pueden resumir sostenidos sobre cinco grandes pilares o ideas fundamentales, aun a sabiendas de que entre todos ellos hay transversalidad e interrelación.

1. Servir al ser humano y respetar su medio natural

Puede parecer que este principio responde a una idea tan general que cualquier persona, incluidas las que nos gobiernan, lo asumiría como propio. La realidad, sin embargo, muestra claramente que los resultados a los que da lugar la economía en la que vivimos no se corresponden con esa suposición: el 1 por ciento más rico acapara el 45 por ciento de la riqueza global y la huella ecológica humana excede en 1,7 veces la biocapacidad del planeta.

Llevado coherentemente a la práctica, este principio implicaría asumir que la economía está al servicio de la vida de todos los seres humanos como miembros de una especie, lo que incluye no sólo a los presentes, sino también a los venideros. Y significa también asumir colectivamente un concepto diferente de progreso como fin de la actividad económica. En primer lugar, teniendo en cuenta que se trata de satisfacer no sólo la necesidad de tener o acumular, porque las necesidades fundamentales que tenemos los seres humanos son de una gama mucho más amplia.[1] En segundo lugar, considerando que el progreso como expresión de que se satisface esas necesidades no puede centrarse en el crecimiento económico, sino que es multidimensional e integra el bienestar humano (entendido como la posibilidad efectiva de satisfacer esa gama de necesidades), la sostenibilidad ambiental, la equidad, la responsabilidad ética y la participación ciudadana.

Una economía al servicio de la vida no se limita, por tanto, a generar ingresos, y mucho menos los monetarios o de mercado, aunque todos ellos sean, sin embargo, fuentes fundamentales para obtener gran parte de los recursos. Se centra en proporcionar a todas las personas la capacidad efectiva para obtenerlos y garantizar así que, sin distinción, puedan disponer de los necesarios para vivir con suficiencia y dignidad, satisfaciendo esas necesidades fundamentales.

Este principio también obliga, en consecuencia, a replantear el propio concepto de actividad económica para incluir en ella cualquiera de las que es preciso llevar a cabo, en cualquier ámbito de la sociedad, para satisfacer necesidades humanas en ese sentido auténtico e integral. Y, en concreto, requiere utilizar conceptos y medidas alternativas de eficiencia, puesto que no puede ser entendida como un simple resultado de considerar costes monetarios, dejando a un lado las externalidades y la equidad o inequidad asociadas a todos los

procesos económicos.

Concebida como lo hace la economía convencional, la eficiencia se convierte en un mantra, como dice el título de un libro de la historiadora de la tecnología Jennifer K. Alexander, utilizado como forma de vigilancia y control social.[2] La eficiencia en una economía al servicio de la vida debe entenderse y medirse de otro modo. No como el resultado mal contabilizado de ahorrar recursos monetarios, sino como la capacidad de hacerlo al mismo tiempo que se satisfacen las necesidades básicas y los derechos humanos. A saber: con calidad de vida subjetiva, con mínimo daño ecológico, garantizando los derechos de las generaciones futuras a través de una distribución justa de beneficios y cargas y mediante la coordinación de sujetos y procesos que genere sinergias entre todos estos objetivos. Y, por tanto, debe medirse con enfoque de multicriterio que permita considerar los impactos sociales de todo tipo, ambientales y éticos, de la actividad económica.

2. Centrarse en el cuidado y proteger lo común

La desprotección y el descuido con que la economía actual utiliza los recursos es cada vez más evidente y preocupante. Casi las dos terceras partes de las emisiones globales de CO_2 desde 1988 las han generado sólo cien empresas, la inmensa mayoría de las cuales no tiene otro objetivo explícito o implícito que maximizar sus ganancias a corto plazo. El aumento de un 75 por ciento de la superficie deforestada de la Amazonia, el llamado pulmón del planeta, se ha debido a la expansión intensiva y descontrolada de la agroindustria y la minería. Un 38 por ciento de los estadounidenses pospuso tratamientos médicos en 2023 por razones económicas; y es bien sabido que la industria farmacéutica concentra sus recursos y actividades en el tratamiento de las enfermedades que son rentables, por el número de personas con poder de compra suficiente que las padecen, y despreciando investigar sobre las consideradas raras o que sufren las personas sin recursos para poder costearlas.

La economía basada en el interés individual, el afán de lucro particular y la maximización de la utilidad o el beneficio termina

generando, como vimos, despilfarro, escasez artificial, insatisfacción, exclusión y explotación insostenible de recursos. La economía al servicio de la vida prioriza, por el contrario, el cuidado, protege los recursos y se basa en la cooperación y la responsabilidad; en ella gobierna el uso de lo que es común mediante la acción colectiva.

La economía al servicio de la vida se distancia de dos formas que producen ineficiencia, malestar y daño ambiental. Por un lado, la mercantilización que supedita el cuidado a la obtención del beneficio. Y, por otro, las condiciones de precariedad, pobreza e imposible cuidado que se producen cuando no se dispone de recursos monetarios para cuidar o ser cuidado.

El cuidado de las personas y de la naturaleza debe ser reconocido, por tanto, como un derecho universal de los seres humanos, cuyo ejercicio debe estar garantizado a todos los seres humanos, presentes y futuros.

Los bienes comunes como el agua, el aire, las semillas o los ecosistemas son fundamentales para la vida y cuidarlos y protegerlos no puede constituir una aspiración voluntariosa, sino un prerrequisito de la actividad económica, lo que debe quedar asegurado antes de que ésta se despliegue para satisfacer nuestras necesidades. Sin ellos resulta materialmente imposible poder satisfacerlas, de modo que su cuidado y uso sostenible y responsable no pueden quedar supeditados ni a los intereses a corto plazo ni a la consecución del beneficio privado. Y, junto con esos recursos naturales, deben ser considerados igualmente recursos comunes y propiedad de toda la humanidad el conocimiento, la investigación básica, la cultura, los medicamentos y vacunas esenciales, las fuentes de energía básica, el transporte público y las redes de comunicación y datos.

Además, este principio también debe implicar que no basta con cuidar los bienes comunes como portadores de utilidad o valor económico, sino también porque tienen valor cultural, histórico y emocional que debe ser preservado.

La puesta en práctica de este principio conlleva poner en marcha políticas basadas en el análisis, monitoreo y evaluación previos y la planificación estratégica que optimice el uso de los recursos, capaces de generar redes y sistemas que permitan la comunicación y las

sinergias necesarias y de asegurar la formación y capacitación permanentes. Lo cual, además, requiere que los recursos públicos se utilicen y gestionen también con especial cuidado y eficacia.

En conclusión, la aplicación de este principio se traduciría en la asunción de un imperativo ético universal que es, en realidad, una exigencia material para salvar la vida en el planeta: los recursos comunes no pueden ser privatizables, han de gestionarse mediante acción colectiva y en beneficio universal.

3. Optimizar el uso de los recursos: no malgastar

Ya señalamos en el capítulo anterior que la economía de mercado que se asocia al capitalismo se alaba por su capacidad para lograr un uso eficiente de los recursos. Y no es casualidad que sus defensores acérrimos, como ahora el trumpismo y la economía de la motosierra, envuelvan constantemente sus políticas económicas bajo la bandera de la austeridad y el ahorro de recursos escasos. No parece que se necesiten más ejemplos cuando el 75 por ciento de la población mundial dispone de un teléfono móvil que, en la inmensa mayoría de los casos, está deliberadamente producido (sin que haya ninguna razón técnica para ello) de modo que deje de ser operativo mucho antes de que sea inevitable, para que haya que cambiarlo sin necesidad cada cuatro o cinco años, como mucho. Una estrategia aplicable a docenas de productos de uso generalizado hoy día.

La existencia de una economía capitalista que ahorra y produce con eficiencia es un mito más, como ya vimos en el capítulo anterior. El despilfarro y su más sangrienta expresión, la producción artificial de la escasez, son consustanciales a la economía capitalista; y una organización alternativa de la vida económica debe basarse, precisamente, en lo contrario: en la austeridad auténtica y sincera y en la utilización óptima de los recursos como derivación del anterior principio del cuidado.

A diferencia de la economía capitalista, otra alternativa al servicio de la vida debe tener presentes, registrar y valorar los desechos que produce; establecer sistemas que garanticen que la actividad económica esté asociada al reciclaje, la reparación y la circularidad;

penalizar el derroche de cualquier tipo y fomentar y garantizar que la innovación se dirige al ahorro, a aumentar la vida útil de los productos y a favorecer, cuando sea posible, su uso cooperativo. La tecnología que desarrolla nuevas plataformas facilita esto último y podrán usarse para generar nuevas pautas de distribución y consumo más económicas y sostenibles si se consigue que no respondan exclusivamente a la búsqueda del máximo beneficio.

En particular, el ahorro y la eficiencia implican transparencia y control, y acabar con las que serían las tres mayores muestras de despilfarro indisolublemente asociadas con la economía capitalista. Por un lado, la financiarización que destina casi ciento cincuenta veces más recursos a la especulación (incluso en bienes como la vivienda o las materias primas esenciales para satisfacer necesidades humanas básicas) que a la actividad productiva, produciendo escasez de bienes y servicios y crisis que conllevan un coste económico extraordinario. Por otro, la concentración de la riqueza y la desigualdad más grandes de la historia de la humanidad que inmoviliza la mayor parte de los recursos disponibles. Y como efecto de estos dos procesos, la conversión de las economías capitalistas contemporáneas en economías de deuda. La forma de proporcionar a la banca una renta incesante, gigantesca y parasitaria, porque no está justificada económicamente y supone una carga pesadísima para las empresas que crean bienes y servicios productivos, para los hogares y la economía en general.

Más en detalle, este principio implica igualmente que la localización de los procesos productivos y las reglas del comercio deben priorizar la eficiencia en el sentido integral que hemos señalado, promoviendo la cercanía, la protección y la sostenibilidad por delante del beneficio individual y cortoplacista que minusvalora el riesgo y genera inestabilidad y peligro constantes. Este principio, unido al anterior, lleva a reconocer que la intervención del Estado es un instrumento fundamental para poner en marcha cualquier economía, incluso la capitalista, como señalamos anteriormente. Dejando a un lado los mitos liberales y del moderno anarcocapitalismo, el gasto público es imprescindible en cualquier economía y representa una proporción muy elevada del total de los recursos que es preciso movilizar para que las economías funcionen.

Otra cosa es que el gasto público no puede realizarse de cualquier forma ni para cualquier fin, provocando más daño que beneficio, como ocurre cuando se secuestra para ponerse al servicio del interés privado. Por el contrario, debe responder a los mismos principios de servicio a la vida y al interés general, cuidado, optimización, ahorro, control y participación. Y eso obliga a poner en práctica procesos de planificación de los recursos públicos, basados en el concierto entre todos los sujetos que intervienen en la vida económica y en su participación democrática de modo que las decisiones de uso respondan, al mismo tiempo, a criterios de optimización y de fiel revelación de las preferencias sociales.

De hecho, que esta práctica de planificación y transparencia no se haya consolidado en las economías capitalistas es una prueba más de que, en realidad, no se persiguen la optimización, la austeridad y el ahorro, sino la arbitrariedad que permite que los grandes poderes económicos utilicen a su servicio los recursos de los gobiernos.

4. Los mercados son instrumentos, no el centro de la vida económica

La economía capitalista coloca el intercambio de mercancías en el centro de la vida económica en tan gran medida que provoca confusión y algunos la definen como la economía de mercado.

Ya vimos que es una denominación errónea por varias razones. Sobre todas ellas, porque es materialmente imposible que en el capitalismo existan tan sólo intercambios de mercado. Hay multitud de bienes y servicios que no pueden ser asignados a través de él. Incluso, en muchas ocasiones, aunque pueda hacerse, la solución de mercado resulta indeseable a la sociedad, por inequitativa o insostenible, y se recurre a la asignación mediante decisiones políticas.

En definitiva, debemos colocar el mercado y los valores e incentivos que conlleva en un lugar secundario, como un simple instrumento y no como el espacio central de la vida económica.

La razón es sencilla.

Los mercados no entienden sino de intercambio de mercancías e ignoran cualquier otra dimensión de las relaciones sociales, culturales

o ecológicas que, sin embargo, son componentes fundamentales de la vida económica. Y, cuando se ponen a funcionar, no persiguen otra cosa distinta a la máxima utilidad o beneficio de quien allí puede participar porque tenga recursos solventes para ello.

En el mejor de los casos, si funcionaran en las idílicas condiciones de la competencia perfecta, sabemos que los mercados sólo podrían proporcionar una solución de eficiencia y siempre que ésta se entienda como la combinación más barata de los recursos disponibles.

Sin embargo, si se busca suficiencia, bienestar, equidad y sostenibilidad, como hemos establecido que busca otro tipo de economía al servicio de la vida, el mercado no es el instrumento adecuado para lograrlo. Sólo como resultado de algún tipo de milagrosa conjunción cósmica, pero no por efecto de su mecanismo supuestamente autorregulado, podría obtenerse esa combinación de resultados. Para cubrir los vacíos que los mercados inevitablemente dejan cuando se trata de proveer bienes públicos, hacer frente a externalidades o corregir cualquier otro de sus fallos de funcionamiento, se debe recurrir, como venimos diciendo, a ir más allá de ellos y utilizar mecanismos de decisión política, la acción colectiva.

En esos casos, la sociedad tiene que decidir si prefiere un sistema de decisiones dictatorial, burocrático o participativo y democrático. Y será necesario también que se organice empresarialmente la provisión colectiva de bienes y servicios y, por tanto, se disponga de empresas u organizaciones de cualquier tipo de carácter estatal o comunitario, o de redes familiares.

Evidentemente, al final será necesario, entonces, que exista un sistema de financiación apropiado y que se diseñen políticas económicas que respondan a estos principios. Resulta fundamental, por tanto, delimitar con rigor el lugar exacto de los mercados, su función concreta y su alcance, y proporcionar el ecosistema de normas que permita que lo que se resuelva allí encaje con los principios generales de servicio a la vida que mueven la vida económica.

5. Economía democrática

Como sabemos, pues la historia lo ha demostrado con creces, el afán

de lucro y la dinámica de los mercados sin contrapesos ni límites terminan produciendo una concentración creciente de la riqueza que igualmente pone en muy pocas manos la capacidad real de tomar decisiones. Si lo que se busca es facilitar la acumulación y aumentar el beneficio sin cesar, eso no constituye ningún problema y, de hecho, es lo que se busca. Aunque, a la postre, no se pueda evitar que esos procesos pongan en peligro la actividad económica, cuando el exceso de inestabilidad y rechazo altera el equilibrio básico de las sociedades en donde está incrustada.

Por el contrario, en una economía al servicio de la vida, que en su mayor parte se basa en la acción colectiva que garantice que los recursos se utilicen con ese fin, es esencial que el poder de decisión recaiga de verdad en la ciudadanía. Es el único modo de garantizar que las decisiones colectivas reflejen las preferencias mayoritarias.

Lo mismo que el capitalismo neoliberal está llegando a ser material e incompatible por completo con la democracia, una economía al servicio del ser humano que se propone utilizar los recursos con el objetivo de garantizar suficiencia, bienestar y equidad es incompatible con la ausencia de deliberación, de participación y de decisión compartida; es decir, con la falta de democracia.

Una economía de auténtico progreso requiere además una democracia que no puede ser fragmentaria, limitada o contaminada. Necesita una democracia efectiva que complemente la representación con participación y deliberación y, sobre todo, que se proyecte a todas las áreas en donde se toma cualquier tipo de decisiones económicas. No sólo en las instituciones representativas, sino en los espacios de convivencia y, muy particularmente, en las empresas u organizaciones de todo tipo, y tanto públicas como privadas que producen o suministran bienes o servicios o toman decisiones sobre ello.

Tener en cuenta esto último resulta fundamental porque un nuevo tipo de economía, como hemos dicho, ha de partir de desmercantilizar lo que no ha sido creado por la naturaleza o por los propios seres humanos para convertirse en mercancía. En concreto, el trabajo. Hoy día ya es inexcusable considerar que cualquier persona empleada en cualquier tipo de empresa aporta no sólo tiempo de trabajo en abstracto, sino saberes, habilidades, experiencias, valores... que se

suman al capital con el que la empresa produce los bienes y servicios. Por tanto, puede decirse que cuando una persona es contratada por una empresa no se limita a prestar o vender una determinada cantidad de su tiempo de vida. En realidad, también invierte en el capital de la empresa porque esa aportación «se queda» en la empresa formando parte de su capital permanente. La economía del conocimiento ha cambiado la naturaleza de la relación laboral y eso obliga a considerar que su regulación no puede afectar solamente a la relación salarial tradicional.

De la asunción de estos cinco grandes principios se sigue un requerimiento esencial. A ellos debe responder, sobre todo, el diseño y la evaluación de los sistemas de incentivos que influyen sobre las decisiones de los seres humanos en relación con la vida económica, tomadas individualmente, de forma colectiva o a través de instituciones.

Otras políticas económicas se abren paso

El desarrollo de las experiencias guiadas con mayor o menor intensidad por principios no capitalistas que hemos mencionado ha sido el resultado de haber tratado de encontrar satisfacción de la manera en que la economía convencional no la proporciona. Todas ellas se traducen en proyectos, decisiones y normas de diferente alcance y nivel que permiten organizar de otro modo la producción, el consumo y la distribución de bienes y servicios. Y, por tanto, también la forma de generar ingresos y de repartirlos, bien originariamente o a través de la redistribución que realiza el Estado. Han llegado más o menos lejos en función de la correlación de fuerzas existentes en cada momento, pues, como sabemos, cada decisión económica implica un resultado distributivo que impacta de modo desigual sobre los sujetos y grupos sociales y éstos, por tanto, hacen todo lo posible para salir beneficiados y evitar que se adopten las políticas que los perjudiquen. No hay otra clave para explicar por qué se aplican una y otras no.

En las últimas décadas ha existido una correlación de fuerzas extraordinariamente favorable a los grandes poderes económicos que

ha permitido aplicar políticas económicas justificadas en la teoría con los principios del modelo neoclásico. Se han consolidado y difundido gracias al apoyo de esos mismos poderes porque, en la práctica, son los que permiten satisfacer sus intereses y salvaguardar su riqueza y privilegios cuando se aplican. Con ellos se puede justificar que se les dé plena libertad y se eliminen la mayor parte de los controles y contrapesos que se habían generado en la etapa del estado de bienestar, cuando hubo una correlación de fuerzas mucho más equilibrada. Así se ha propiciado la gran concentración de la renta que hemos señalado.

Sin embargo, del mismo modo en que las experiencias alternativas no han dejado de estar presentes y algunas de ellas incluso de crecer en estas últimas décadas de intenso neoliberalismo, también las políticas económicas neoliberales se han tenido que difuminar, dejándose impregnar (o ensuciar, según dirían sus defensores) por los nuevos principios que las acompañan.

Es cierto que no se puede decir que esto último implique un ensombrecimiento de las políticas neoliberales intensamente procapitalistas de las últimas décadas, y cuyo predominio ha sido y sigue siendo muy potente y decisivo. Pero las fracturas y vías de agua que esas experiencias abren en el diseño de las políticas económicas también son evidentes.

Tres factores pueden explicar la contaminación de las políticas económicas neoliberales, e incluso también que a menudo se hayan visto obligadas a negarse a sí mismas, impregnándose de elementos contrarios a su inspiración original.

En primer lugar, su incapacidad para resolver los graves problemas que su propia aplicación había provocado al aplicar los supuestos irreales e ideologizados del modelo neoclásico. En contra de lo que dice un viejo refrán español, la mancha de mora de la policrisis no se quita con mora; es decir, con las mismas políticas de desregulación, privatización, concentración de la riqueza y desposesión que la han generado. Todo lo contrario: sin la masiva intervención del Estado y el incremento del gasto público, la economía capitalista se habría derrumbado sin remedio tras la crisis posterior a 2007 o la de la COVID-19, por ejemplo. Cuando los gobiernos se empeñaron en

obedecer el credo neoclásico y liberal activando la motosierra, lo que produjeron fue una segunda recesión, aumento de la deuda y caída de la actividad, el empleo y el ingreso. Aunque, eso sí, con el mayor y más rápido incremento de la desigualdad de la historia humana. Un análisis exhaustivo de los efectos de las políticas de austeridad impuestas por el Fondo Monetario Internacional entre 2008 y 2018 ha revelado que la austeridad está significativamente asociada con el aumento de la desigualdad, al aumentar la participación del ingreso del 10 por ciento más rico a expensas del 80 por ciento más pobre, y que su impacto también se observa en un aumento considerable de los niveles de pobreza en los países que enfrentan medidas de austeridad más estrictas.[3]

En segundo lugar, la política económica neoliberal se ha quebrantado porque la presión ciudadana ha logrado frenar algunos de sus planteamientos e incluso introducir en las agendas gubernamentales demandas que no ha habido más remedio que aceptar y desarrollar, en mayor o menor medida, según los casos. Es lo que ha ocurrido, por ejemplo, con las propuestas de impuestos sobre grandes fortunas y capitales y sobre flujos financieros, o las de eliminación de paraísos fiscales, aunque sea cierto que siempre que se dan este tipo de demandas se genera enseguida una fuerte resistencia para minimizar su alcance.

Finalmente, la fuerza de los hechos y la disponibilidad de nuevas técnicas de análisis también producen un lento pero progresivo resquebrajamiento del consenso intelectual en torno a las ideas que justifican las políticas económicas neoclásicas, neoliberales, convencionales o como se desee denominarlas. No sólo en el mundo académico, sino incluso en el seno de las instituciones que lo han defendido con más poder y contundencia.

Quizá el mejor ejemplo de las fracturas que ha sufrido el saber económico dominante derivado de los modelos de equilibrio general sea lo ocurrido en Estados Unidos durante el mandato del presidente Biden e incluso con el propio Donald Trump. Aunque en sentido contrario, ambos han aplicado políticas económicas que suponen una clara ruptura con el consenso dominante, pues claramente contradicen los mitos en que éste se ha sostenido durante las últimas décadas.

Niegan, por tanto, el presupuesto de que sólo hay una política económica posible.

En contra de la ortodoxia, Biden propuso y comenzó a llevar a cabo en abril de 2021 un amplísimo y multimillonario programa económico que rompía los cánones hasta entonces imperantes. Aumentó los impuestos sobre grandes corporaciones y fortunas, incrementó de forma extraordinaria el gasto público para infraestructuras y ayudas sociales, elevó el salario mínimo y adoptó una amplia gama de medidas de apoyo a los sindicatos y destinadas a reducir la desigualdad y la pobreza.

Un año más tarde, la administración Biden llevó al Congreso la llamada Ley de Reducción de la Inflación, que no sólo perseguía contener el alza de precios, sino otros objetivos también contrarios a los dogmas imperantes en aquel momento: salvar la autonomía estratégica de Estados Unidos, combatir el cambio climático, promover la innovación con inversión pública y proteger su economía como un asunto de interés nacional mediante todo tipo de ayudas, subvenciones y aranceles.

Con todo ello se rompió claramente con la ortodoxia y se mostró que ésta sólo proporciona supuestos que, a la hora de la verdad, producían más problemas generales que los que supuestamente trata de resolver.

En un acto con sindicatos celebrado en Springfield, a las afueras de Washington, Biden se refirió a las críticas que algunos líderes internacionales, principalmente europeos, habían lanzado contra esas medidas que, en efecto, hacían saltar por los aires el saber convencional que se ha venido defendiendo durante décadas. «¡Al infierno con eso!», dijo. Una expresión que bien podría reflejar el tipo de reacción (aunque fuese expresada de otro modo más suave) que han tenido no sólo las corrientes de pensamiento económico más críticas, sino también otras más moderadas ante las políticas económicas basadas en el análisis convencional que se muestran incapaces de resolver los problemas y el daño que producen.

Por otro lado, la contundencia con la que el trumpismo y la economía de la motosierra atacan la intervención pública es la mejor muestra de que ésta es necesaria, está operativa y resuelve problemas que el gran capital no quiere resolver. La motosierra no busca recortar

el gasto ni los impuestos en general, sino las manos de quienes los utilizan limitando las ganancias y la libertad del gran capital y de los nuevos milmillonarios que desean gobernar el mundo para quedarse con todo. Con el artefacto de poda asaltan el Estado y utilizan su poder regulatorio y ordenador en beneficio de una nueva forma de capitalismo que no está basada en la competencia a través de los mercados, sino en la extracción de rentas a través del engaño, la información privilegiada, la privatización del beneficio que proporcionan los bienes públicos y la conversión de los asalariados en nuevos siervos de la gleba. Es un simple detalle, pero sirve como ejemplo saber que el propio Donald Trump había doblado su fortuna en sólo dos meses durante su segunda presidencia.[4]

Por mucho que se estén expandiendo, cada vez resulta más difícil ocultar que esas políticas de negacionismo y motosierra han provocado estancamiento productivo, gran fragilidad y volatilidad financiera, crecimiento desorbitado de la deuda, crisis comercial, aumento extraordinario de la desigualdad y un riesgo climático extremo: la policrisis que ya hemos comentado. Esto explica que, en paralelo al por ahora exitoso intento de fortalecerlas recurriendo a estrategias de la peor propaganda y por vías cada vez más antidemocráticas, también se hayan extendido y cobrado fuerza las críticas al saber dominante que las diseña y soporta.

No se puede decir, ciertamente, que los planteamientos críticos estén cerca de conformar un nuevo paradigma, un saber dominante alternativo o incluso consensos suficientemente amplios. Sin embargo, sí permiten contemplar con bastante nitidez los componentes que se necesitarían para consolidarlos y superar la vieja ortodoxia. Como muestra de ello, vamos a exponer a continuación ejemplos de algunos de los postulados de política económica derivados del modelo neoclásico que han sido cuestionados en las últimas décadas y, al mismo tiempo, las propuestas alternativas que se vienen realizando. Son también vías de agua, como las que analizamos en relación con el saber teórico en el capítulo 3, por donde entran, en este caso, nuevas propuestas de política económica, lógicamente con alcance diferente en cada caso.

Cuadro de mandos

Desde hace décadas el norte que sirve de referencia a la política económica es el crecimiento económico, como sabemos, medido a través del PIB. A él se supedita en la práctica cualquier otro objetivo y las consecuencias son atroces por las razones que ya se han comentado y que reiteraremos en el siguiente epígrafe. La insistencia es obligada porque este hecho significa que la política económica seguirá siguiendo el rumbo equivocado mientras no se corrija.

La experiencia demuestra que los niveles de bienestar de las sociedades, la felicidad que sienten las personas, los niveles de empleo y, en general, la satisfacción de las necesidades humanas no depende del crecimiento del PIB. Por el contrario, son la distribución equitativa del ingreso, la mayor seguridad, la existencia de redes de protección social, el gasto público social y las políticas redistributivas, la educación y la equidad los factores que permiten aumentar el poder adquisitivo y generar actividad, mejor empleo y la estabilidad económica los que mejoran la vida de todas las personas. Por tanto, no puede bastar con orientar el gobierno de la vida económica hacia un objetivo que no tiene en cuenta nada de eso. Y, sobre todo, cuando no contempla que la actividad económica que se hace crecer sin parar en nuestra economía genera una destrucción sin precedentes del medioambiente. Es imprescindible, por tanto, disponer de un nuevo cuadro de mando para diseñar y aplicar la política económica que contemple indicadores relativos a distribución, calidad de vida, responsabilidad, bienestar personal y sostenibilidad.

A la vista de lo antiguo que ya es este planteamiento y de las resistencias que genera no es fácil ser optimista. Es efectivamente muy improbable que quienes diseñan y aplican políticas económicas que producen ineficiencia, daño ambiental, inseguridad, malestar social y dolor personal acepten que se monitoricen con indicadores capaces de delatar su auténtica naturaleza y efectos reales. Pero es esa fuerte resistencia la que justamente hace que el debate se abra paso con creciente insistencia y que vaya a ser muy difícil evitarlo. Sobre todo, si se consigue que vaya acompañado de la puesta en práctica de experiencias en ámbitos concretos, por muy periféricos que sean al

principio, y a ser posible en economías enteras. De hecho, ya ha empezado a ocurrir en Alemania (Tablero de Bienestar), Bután (Felicidad Nacional Bruta), Canadá (Marco de Calidad de Vida), Escocia (Marco Nacional de Desempeño), Islandia (Indicador de Bienestar), Nueva Zelanda (Presupuestos de Bienestar) o Suecia (Objetivos Generacionales). Y hay propuestas en ese sentido de organismos internacionales como la OCDE (Índice para una Vida Mejor) o el Programa de las Naciones unidas para el Desarrollo (Índice de Desarrollo Humano). Incluso el Fondo Monetario Internacional ha lanzado algunas propuestas para desarrollar un panel para el diseño de políticas que tiene en cuenta variables o indicadores relativos a sostenibilidad ambiental, desigualdad, resiliencia económica y bienestar humano. No todos se ejecutan, pero su sola presencia puede ser muy útil si se utiliza como instrumento para combatir la ceguera con la que se gobierna la economía.

Políticas de comercio internacional

La agresión y el desorden que lleva consigo la nueva estrategia imperial de Estados Unidos de la mano de Donald Trump ha puesto los debates comerciales en primer plano y con un interés y trascendencia que no habían tenido en las últimas décadas. Aunque es imposible saber cómo terminará el terremoto que ha supuesto la guerra arancelaria que ha desatado en su segundo mandato, sí parece seguro que obligará a que el diseño, la justificación y la aplicación de las políticas comerciales no puedan seguir siendo los que han prevalecido hasta ahora.

En realidad, hasta los organismos internacionales más conservadores habían comenzado a reconocer, antes de Trump, que el incremento del comercio internacional no es un fin siempre positivo, ni deseable en sí mismo, puesto que puede producir efectos adversos, no sólo sobre la distribución, sino incluso sobre la eficiencia. Por eso ya se había comenzado a asumir que serían cada vez más obligadas las políticas de compensación frente a los desequilibrios que puede producir. Incluso el propio Fondo Monetario Internacional ha reconocido que las medidas de control de capitales pueden ser convenientes en algunos

casos.

Los recientes procesos de desglobalización e incremento del proteccionismo pueden valorarse de un modo u otro, pero lo cierto es que muestran que verdades hasta ahora tomadas como incontrovertibles están dejando de serlo.

Como punto de partida, tendrá que dejarse de hablar de la globalización como un proceso natural y universalmente benefactor. Incluso avanza la convicción de que el comercio internacional y los sistemas de pagos internacionales no tienen por qué seguir estando organizados en torno a Estados Unidos como exclusivo eje de poder y decisión cuando su peso en la economía mundial declina en relación con el de otras potencias. La conformación de un mundo económico multipolar parece una tendencia ya irreversible y, si es así, será obligado modificar el paradigma sobre el que se sustentan hoy día el comercio y los pagos internacionales.

Además, será muy difícil que las políticas comerciales puedan seguir justificándose con el viejo mito del libre comercio como generador de ventaja universal y de beneficios para todos los países sin excepción y al mismo tiempo. El dogma ha saltado por los aires y va a resultar inevitable lo que ya ha empezado a plantearse, abordar el debate comercial en términos de perdedores y ganadores, de sus resultados distributivos. Una caja que, al abrirse, obliga a poner al descubierto que no es cierto que haya intereses nacionales en juego, sino de distintos grupos con preferencias diferenciadas e incluso contradictorias. Y, por tanto, que no se puede seguir haciendo creer que es equitativo y eficiente un régimen comercial que trata igual a los desiguales.

En el debate que se está comenzando a abrir para generar un nuevo marco para el comercio internacional se producirán lógicamente conflictos de interés y posiciones teóricas y políticas enfrentadas. El trumpismo persigue utilizar el comercio internacional como espacio de agresión y conflicto, instrumentándolo como arma de guerra para imponer su interés de imperio sobre el resto de las naciones. Pero, frente a ello, se amplía el eco de quienes proponen recuperar el concepto de soberanía económica como un derecho de los pueblos a proteger los sectores estratégicos de los que dependen su sustento

(alimentación, salud, energía, medioambiente...) y a garantizar el empleo y el ingreso.

El nuevo debate comercial también está planteando ya formas de reforzar u organizar de otro modo las cadenas de valor nacionales o penalizar el comercio que aumente la alta huella ecológica y a los países con bajos estándares de protección ambiental. Tales propuestas evidentemente se enfrentan a una fuerte reacción en contra del pequeño número de grandes empresas e industrias y de grandes patrimonios que son responsables de gran parte del daño ambiental que soporta el planeta.

Frente al desorden y la agresión comercial que se están generando, van a adquirir relevancia las propuestas proteccionistas y en ese debate es en donde emerge la idea de asumir un nuevo tipo de proteccionismo de progreso, soberano y sostenible, que no se base en la restricción comercial ni en la autarquía, ni mucho menos, sino en el desarrollo endógeno y la reindustrialización sostenible y más cercana en la política agraria soberana, en la innovación con propósito social y en la cooperación, la búsqueda de sinergias y la ayuda. Y en esos nuevos debates que necesariamente se van a abrir sobre el comercio internacional es en donde habría que tratar de introducir una exigencia que se viene olvidando: una economía internacionalizada no puede significar desgobernada y en donde no se tome en cuenta lo que cada sujeto recibe y lo que aporta mediante impuestos que ya no pueden seguir siendo exclusivamente nacionales. Y será fundamental lograr que se luche de verdad contra la constante elusión fiscal que realizan las grandes empresas transnacionales utilizando los llamados precios de transferencia,[5] y gravar las transacciones financieras internacionales y la deslocalización de empresas con altos beneficios.

En estas etapas de convulsión y cambio es donde más fácil resulta que se abran paso las propuestas novedosas y contrarias a la opinión dominante. Por ello cabe pensar que un debate al que no le quede más remedio que considerar cuestiones de eficiencia, equidad y seguridad económica deba enfrentarse también a demandas todavía poco extendidas, pero de justificación elemental. A saber: la necesidad de establecer controles estratégicos sobre los movimientos de capital para desactivar los flujos especulativos que desestabilizan las economías

nacionales; la desglobalización selectiva para favorecer la producción de proximidad; la eliminación de los mecanismos de resolución de conflictos internacionales que hoy día operan como prolongaciones de las grandes corporaciones multinacionales; o la exigencia de que las grandes potencias coloniales les restituyan a las naciones a las que condenaron al atraso y empobrecimiento.

La emergencia de un nuevo universo monetario basado en la digitalización y en la criptografía obliga a que cada vez más países se planteen hacer frente a dos riesgos que, paradójicamente, avanzan unidos. Por un lado, la descentralización que concede soberanía monetaria a iniciativas privadas oligopólicas y nada transparentes. Por otro, que esa descentralización se convierta, en realidad, en la forma encubierta y muy peligrosa de que Estados Unidos mantenga un poder imperial sobre el comercio y las finanzas internacionales, y genere así aún más inestabilidad y un crecimiento insostenible de la deuda global.

Intervención pública

Como sabemos, el ataque a la intervención de los gobiernos que dificulte la apropiación de rentas en que se basa el nuevo capital tecnológico, digital y criptofinanciero es el primer objetivo de las políticas trumpistas; y la motosierra, el instrumento que utilizan para ello.

Sin embargo, en relación con la intervención pública en general, no se puede olvidar que es un instrumento sin el cual no se puede llevar a cabo ningún avance social de profundidad. Se rechaza el estado de bienestar porque responde a principios no capitalistas y porque los grupos más poderosos no desean contribuir a su financiación. Pero se ha demostrado que, con todas sus deficiencias y limitaciones, sus elementos como la provisión de servicios públicos de salud y educación, las pensiones y el sistema nacional de cuidados son instrumentos eficientes y eficaces para proporcionar no sólo equidad, sino también demanda solvente, combustible para la actividad productiva, recursos a los gobiernos y estabilidad económica. De hecho, es muy significativo que los políticos neoliberales critiquen el

estado de bienestar no porque sea negativo, sino sólo que no se puede financiar. Algo que nunca se ha podido demostrar por la sencilla razón de que es falso: téngase en cuenta, por ejemplo, que, con menos de treinta céntimos por cada cien euros de tasa sobre la totalidad de los flujos financieros que se llevan a cabo en un año en todo el planeta, sería suficiente para financiar el gasto público de todos los gobiernos sin necesidad de utilizar ningún otro impuesto.[6]

El estado de bienestar va a sufrir el constante asedio del interés privado, y por ello no va a desaparecer la tensión entre el intento de privatizarlo y las demandas de garantizarlo, fortalecerlo y desarrollarlo. Para combatirlo se difunde un relato que compromete su existencia y lo muestra como fuente de derroche e insostenibilidad financiera. Por eso, la mejor forma de evitarlo es someter a la intervención pública a una especial vigilancia y a una rendición de cuentas transparente y constante que obliguen a utilizar los recursos que usa con la mayor economía y eficacia posibles.

Por otro lado, la enorme revolución tecnológica a cuyas puertas nos encontramos va a generar una tensión histórica de intereses a la altura de la trascendencia de los cambios que puede provocar. Y, como todas las que se han producido a lo largo de la historia, no se podrá desarrollar sin el capital público y sin su regulación.

Es normal que esa evidencia lleve a intensificar el intento del capital privado para controlar el Estado y conseguir que legisle a su favor. Pero, frente a ello, ya se están evidenciando las amenazas letales que lleva consigo un desarrollo desgobernado de la inteligencia artificial y la necesidad de someterlo al interés general. Un riesgo que no podrá aliviarse sin plantear con determinación que es imprescindible que el Estado se erija en copartícipe de ese desarrollo y en decisor de última instancia. Lo cual haría imprescindible disponer de nuevas fórmulas de propiedad pública, de fondos nacionales de inversión y de autoridades especializadas que proporcionen un marco regulador que impida que el impresionante avance tecnológico que se avecina se lleve a cabo sin obedecer preferentemente a las demandas ciudadanas.

Puesto que la provisión de bienes públicos es esencial y no puede llevarse a cabo a través del mercado, se deben reforzar los mecanismos de revelación de las preferencias sociales y los de control del uso de los

recursos públicos. Para ello será imprescindible que se avance en un instrumento que, como hemos señalado, sorprendentemente es rechazado justo cuando se dice que el Estado debe ser un ejemplo de eficiencia, ahorro y planificación democrática, orientativa y concertada de la intervención pública en la economía. La única forma de utilizar los recursos públicos con eficiencia, eficacia y equidad, y reflejando realmente las demandas mayoritarias de la sociedad.

Política fiscal

La reacción de las nuevas corrientes económicas ultraliberales es especialmente contundente contra el régimen fiscal y el gasto público que sostuvieron los sistemas de bienestar social por una doble razón. La más sabida es la resistencia de los nuevos grandes capitales a ceder el más mínimo trozo de privilegio buscando, por el contrario, quedarse con todo lo que sea susceptible de añadirse a su ya de por sí extraordinaria riqueza. Para ello se han apropiado del viejo discurso ultraliberal que considera los impuestos una confiscación. Una estrategia que, cuando ponen en práctica, les proporciona un beneficio añadido. La deuda y la provisión más deficiente de bienes públicos que provoca deterioran la actividad económica y la marcha de las empresas, lo que facilita que los grandes fondos las adquieran para endeudarlas aún más y convertirlas en activos para la especulación.

La otra razón que hace que la reacción del trumpismo contra la intervención pública y, en especial, contra la política fiscal sea tan desaforada se basa, precisamente, en que los bienes y servicios públicos no han dejado nunca de ser apreciados por la población, en condiciones normales y, sobre todo, cuando la situación económica empeora.

Eso explica que la batalla contra los impuestos y el gasto público se produzca con grandes vaivenes. La pandemia de la COVID-19 y ahora las estrategias de rearme, así como el estancamiento del que no logran salir muchas de las grandes economías, hacen que la política presupuestaria resulte necesaria y sea más difícil demonizarla como instrumento para generar demanda y estabilidad, lo que ha obligado a reconsiderar el papel de los déficits y la deuda. Esto convierte el

trumpismo y la motosierra, como ya ocurrió con el reaganismo, en motores de políticas que podrían calificarse como claramente insinceras y fraudulentas, pues no renuncian al impacto presupuestario, sino que se limitan a usarlo con otra ética, cargándolo con munición reaccionaria: bajada de impuestos a los más ricos, recorte de gasto social y aumento del militar y del destinado a ayudar a las grandes corporaciones.

En cualquier caso, los principios teóricos en los que se basó el rechazo de la política fiscal en los años del neoliberalismo (el principio de expulsión que asegura que el gasto público expulsa la inversión o la hipótesis de las expectativas racionales) están desacreditados y es imposible que sigan sirviendo de soporte teórico. A corto plazo, no se conseguirá que los gobiernos renuncien al gasto y al déficit, tal y como se está comprobando en Estados Unidos, o en la Unión Europea de las estrictas reglas de estabilidad, que ahora está dispuesta a guardarlas en un cajón para financiar el incremento extraordinario de gasto militar.

En este campo, y a pesar de la magnitud de estos ataques, quizá sea en donde menos se haya avanzado para incorporar principios y propuestas de nuevo cuño que vayan más allá del viejo keynesianismo basado en el aumento de la recaudación y del gasto para impulsar la demanda.

Las propuestas que se pueden considerar más progresistas se suelen centrar en intensificar el alcance recaudatorio de los impuestos ya existentes, sin avanzar en el diseño de figuras que graven las nuevas y más abundantes fuentes de riqueza en la economía actual y sin que hayan sido capaces de frenar la creciente elusión fiscal de las grandes empresas, bancos y fondos de inversión.

Es necesario fomentar la pedagogía fiscal y socializar información que contraste las campañas trumpistas, así como diseñar nuevas formas de imposición que pueden ser mucho más eficaces desde el punto de vista de la recaudación y de su capacidad de generar incentivos y desincentivos. Por ejemplo, gravando los flujos financieros y el patrimonio neto, estableciendo impuestos internacionales y combatiendo todas las formas de evasión y elusión fiscal que ya se han convertido en prácticas habituales de las grandes empresas, bancos y fondos de inversión.

Política financiera y monetaria

Aunque la ortodoxia está mucho más protegida en política monetaria gracias a la independencia de la que gozan los bancos centrales, también en este campo se pueden observar cambios de posición. Desde puntos de vista más alternativos, se cuestiona ese estatus y se defienden principios muy diferentes a los que hoy día la rigen. Entre otras razones, por la evidente incapacidad que han manifestado los bancos centrales, guiados por sus modelos convencionales de maximización, sujeto representativo y sin dinero ni deuda, para evitar las innumerables crisis financieras que se vienen sucediendo. De hecho, nunca se han producido tantas como en el período en que más poder de decisión independiente han tenido.

Incluso desde posiciones más moderadas se defienden medidas menos convencionales y hasta los propios bancos centrales no han dudado en saltarse sus propios principios de actuación para implementar las políticas de compra de activos de los gobiernos o para proporcionar liquidez a los bancos comerciales.

En el ámbito financiero es en el que quizá más fuertemente se han puesto de relieve las fracturas del modelo. En particular, teniendo en cuenta que no es aceptable considerar que los mercados sean siempre eficientes y capaces de autorregularse hacia el equilibrio, como supone la ortodoxia. Ya no se puede creer que su expansión sea intrínsecamente beneficiosa, a la vista de la inestabilidad creciente que lleva consigo. Desde las posiciones de reforma más moderadas, se asume que es imprescindible la regulación prudencial. Desde otras más alternativas, se reclama el control directo e incluso la prohibición de las innovaciones financieras peligrosas. Y todo ello después de entender, como ya señalamos, que no se puede seguir considerando que el dinero es un elemento neutral de la vida económica, sin efecto sobre las variables reales que tienen que ver con la producción y los precios. Si se acepta que no es así, como se constata en la realidad al margen de la religión económica dominante, el paso siguiente no puede ser otro que asumir que el dinero es un bien público y que el acceso a los medios de pago y al crédito, que son a la economía como la sangre o la savia a los seres vivos o a las plantas, no puede depender

de que las entidades financieras obtengan el máximo beneficio.

Respondiendo a este último principio que establece que el dinero debe ser considerado un bien de servicio público esencial, será inevitable que se ponga en cuestión cada vez con más fuerza el privilegio que permite a los bancos crear dinero de la nada en su exclusivo beneficio, exponiendo al conjunto de la economía al riesgo que supone someterla a un constante incremento de deuda. La reforma del sistema financiero será algo inevitable en los próximos años y pondrá sobre la mesa el debate sobre la naturaleza de la banca. De un equilibrio de fuerzas sociales dependerá que se realice en una dirección u otra, aumentando la desregulación y eliminando controles o mecanismos de seguridad y prevención de crisis, o evitando que sigan las vías de alimentación de la especulación financiera, comenzando por separar a los que se dedican a invertir sus depósitos (bancos de inversión) de los que se limitan a financiar la actividad real (bancos comerciales).

Puesto que se volverán a producir crisis bancarias que afectarán a las entidades cada día más grandes que se están consolidando como referentes de los mercados, también volverá a plantearse la necesidad de reducir el riesgo sistémico que provocan por su gran tamaño y por el control oligopólico que ejercen en los mercados o, en su defecto, seguir salvando con dinero público a los bancos que provocan las crisis. O se acepta que los gobiernos sigan llevando a cabo rescates bancarios cada vez más costosos o se impone un tamaño más reducido de los bancos, se les prohíbe la innovación financiera exclusivamente dedicada a la especulación —muy peligrosa para el conjunto de la economía— y se los obliga a actuar conforme a los principios de interés público. Y, en paralelo, se evita que desarrollen operaciones de la llamada *banca en la sombra* (*shadow bank)* que actúa al margen de las leyes y normas financieras.

Por último, si se quisiera evitar la inoperancia e incluso a veces la parálisis de la política económica en su conjunto, habría que acabar con el que posiblemente sea el mayor de los sinsentidos de la política macroeconómica neoliberal de nuestro tiempo: la descoordinación entre la política monetaria y la fiscal y la prohibición a los bancos centrales de financiar a los gobiernos. Lo primero impide que la

política económica en general sea eficiente y eficaz y resulte más difícilmente equitativa (puesto que lo que puede avanzar la fiscal lo anula la monetaria). Lo segundo supone una carga innecesaria para los gobiernos en forma de intereses que han de pagar a la banca privada y que sólo sirve para incrementar sin descanso el negocio bancario.

Política laboral

Aunque la ortodoxia se empeña en seguir considerando que los mercados laborales funcionan como cualquier otro y que, por tanto, basta con proporcionarles plena flexibilidad para lograr el pleno empleo, hasta los enfoques de crítica más tímida y los organismos más conservadores, como la OCDE, comenzaron hace tiempo a aceptar que esa tesis no es real. Se acepta que los mercados laborales pueden ser por naturaleza bastante imperfectos y, por tanto, que la flexibilidad no es, ni mucho menos, condición suficiente para generar empleo. Y menos aún si se quiere que sea de calidad y proporcione protección y un salario digno, «empleo decente», según el término de la Organización Internacional del Trabajo.

Más allá del modelo de mercado, los enfoques más críticos proponen la desmercantilización del trabajo (es decir, su creación y la fijación del salario con independencia de la dinámica del mercado) y la creación de instituciones que garanticen y protejan la negociación como mecanismo que realmente determina la retribución del trabajo, dando por hecho que nunca ha sido cierto que se establezca, como explicamos, en función de la productividad.

En esta área es, lógicamente, en donde mejor se comprueba que el predominio de un tipo de política u otra no responde en realidad a la superioridad científica de las tesis que las justifican. De haber sido así, no se mantendrían políticas de recorte salarial o eliminación de derechos basadas en una teoría que sostiene que el desempleo es voluntario porque a los trabajadores no les interesa trabajar con salarios más reducidos, como se deduce del modelo neoclásico, aunque pueda parecer mentira. Una tesis tan estrambótica e irreal que llevó a Robert Solow, un economista bastante ortodoxo pero honesto y merecedor del Premio del Banco de Suecia en memoria de Alfred

Nobel, a ironizar diciendo que, si fuese cierta, los campos de golf deberían estar mucho más ocupados cuando el desempleo fuese más elevado.

Como analizamos, la economía convencional sostiene que la retribución de los factores depende de su productividad, a pesar de que esa tesis es inconsistente, contraria a la evidencia y ajena a los hechos que demuestran el papel decisivo de las normas, las instituciones y el poder de negociación a la hora de distribuir el fruto del proceso productivo. Una tesis que, a pesar de su irrealismo, permite justificar los recortes salariales como exigencias objetivas del proceso productivo.

No es posible salir del proceso que lleva a la pérdida de peso del salario en la distribución del ingreso sin convertir en un relato social ampliamente asimilado que el nivel de empleo no se determina en el mercado de trabajo, en función del mayor o menor nivel de salario, sino en el mercado de bienes y servicios, dependiendo de su demanda. Y, además, que no hay un determinante objetivo de la retribución salarial, sino que, como acabamos de decir, depende de la capacidad de negociación de los trabajadores y los propietarios del capital.

Los enormes cambios que se van a producir como consecuencia de la revolución tecnológica en puertas, los tránsitos entre profesiones y el desempleo friccional —es decir, como consecuencia de esas transformaciones— y el gasto público que eso va a llevar asociado plantearán también una triple opción. La primera, asumir la existencia de grandes bolsas de desempleo y de millones de seres humanos frustrados sin más respuesta que aceptar la inestabilidad social creciente y los conflictos generalizados cada vez más violentos. La segunda, recurrir a las respuestas tradicionales basadas en los subsidios y ayudas limitadas que sólo proporcionan remedios paliativos, muy costosos y social y económicamente muy limitados. La tercera es asumir que dichos cambios pueden ser la base para generar nuevas formas de ingresos, garantizando el trabajo con recursos públicos de todas las personas, de modo que las políticas laborales no se limiten a paliar situaciones de necesidad, sino que se conviertan en una fuente de dignidad y, al mismo tiempo, de garantía y soporte de la demanda que permita sostener la producción de bienes y servicios.

En términos generales, podría decirse que las propuestas de respuesta alternativa a las políticas laborales dominantes se orientan a lograr que la distribución de la renta llamada originaria —es decir, la que directamente resulta de la utilización de los factores productivos— sea lo más equitativa posible. Es fundamental porque no se pueden alcanzar con facilidad los niveles deseables de igualdad recurriendo tan sólo a políticas (principalmente fiscales) de carácter redistributivo, esto es, correctoras de la distribución originaria. Para lograrlo resulta primordial equilibrar el poder de negociación y, sobre todo, impulsar la participación del trabajo en las decisiones empresariales, democratizar las relaciones laborales de todo tipo e instaurar el principio de cogestión como reflejo de la naturaleza real que tiene la aportación del trabajo a la producción, que ya comentamos y sobre la que volveremos.

Políticas ambientales

En todo lo relativo al medioambiente y al uso de los recursos naturales, el enfoque de mercado propio del modelo neoclásico sigue teniendo una gran presencia a la hora de plantearlos (mediante simples análisis de costes y beneficios) y realizar propuestas orientadas, supuestamente, a lograr la máxima eficiencia. Pero también se puede decir con fundamento que, incluso dentro de la ortodoxia, se acepta cada día más que este tipo de planteamiento resulta insuficiente para proporcionar respuestas mínimamente efectivas ante las amenazas climáticas. Hasta los formuladores de políticas más conservadoras manifiestan, al menos formalmente, la necesidad de matizarlos con compromisos por la sostenibilidad.

Sin embargo, el trumpismo y la extrema derecha global se han convertido en la punta de lanza de las tesis negacionistas del cambio climático y logran extenderlas con fuerza gracias al apoyo de las grandes corporaciones que más daño climático producen y que tratan de retrasar lo más posible la adopción de medidas de respuesta que, lógicamente, les suponen costes muy elevados. Téngase en cuenta que la industria mundial del petróleo y el gas ha obtenido unos beneficios de 52,54 billones de dólares de 1970 a 2020, lo que equivale a unos

2.800 millones de dólares diarios.[7] Y eso gracias a recibir subsidios, en 2023, por valor de 19.178 millones de dólares diarios de media (7 billones anuales), según el Fondo Monetario Internacional.[8] Un gasto público, por cierto, que los anarcocapitalistas del trumpismo no someten a su motosierra.

A pesar de que esos beneficios impresionantes proporcionan un enorme poder mediático y de convicción a la industria que en mayor medida provoca el cambio climático, es cada vez más difícil ocultar los hechos y negar la urgencia de abordar la amenaza que supone. La idea de que el objetivo del crecimiento económico consustancial a la dinámica del mercado no puede considerarse un objetivo en sí mismo —y ni siquiera deseable— la defienden ya no sólo los enfoques teóricos más críticos y contrarios al modelo neoclásico, sino también muchos de quienes diseñan políticas económicas sin cuestionarlo como marco principal de referencia analítica.

La OCDE, el Banco Mundial y el Foro Económico Mundial han tenido que hablar desde hace tiempo de «crecimiento sustentable e inclusivo» y aceptan y proponen medidas regulatorias (impuestos, sanciones, incentivos para la innovación, normas legales de control...) que corrigen constantemente la lógica de máximo lucro cortoplacista que guía los mercados.

Lo que se está librando hoy día en el planeta es una dura batalla por el relato. Y sólo si se logra que la ciudadanía asuma el conocimiento científico como un planteamiento de sentido común e imprescindible para garantizar la vida en el planeta será posible poner en marcha las políticas ambientales necesarias y urgentes para evitar daños que cada día que pasa son más difíciles de combatir e incluso irreversibles.

Políticas sectoriales

Uno de los lemas preferidos desde siempre por los economistas liberales es que la mejor política es la que no existe. Es el criterio que se ha aplicado a los debates sobre cómo impulsar el desarrollo industrial, la innovación o el equilibrio regional y, en general, sobre cualquier otra cuestión.

Multitud de estudios como los desarrollados por Mariana Mazzucato

han evidenciado que es imposible que se produzca innovación en la economía privada sin previa aportación del Estado. Por tanto, la defensa de la política industrial no es actualmente un reclamo ideológico, sino una exigencia que el propio capital privado debe hacer si no quiere detener su propio desarrollo y su rentabilidad. Debe procurarse, sin embargo, que no sea una simple política adaptativa para limitarse a proporcionar ganancias a este último, sino activa, orientadora y al servicio del interés general. Y lo mismo se puede decir del resto de las políticas sectoriales. Para ello es imprescindible que adquieran un renovado protagonismo vinculado a la reformulación de estrategias comerciales para lograr soberanía y seguridad en un contexto de desglobalización, relocalización de capitales y cambio en las redes de suministro y aprovisionamiento energético.

En particular, en esos trances sería necesario una política que impulse la competencia. Pero no la degenerada que con ese nombre vienen aplicando los gobiernos y organismos internacionales con el visto bueno de las autoridades supuestamente independientes y encargadas de defenderla, sino la que equivale a ausencia de privilegios derivados de disfrutar de poder asimétrico en los mercados.

Responsabilidad de la empresa y gobernanza

En su día, siendo coherente con la lectura estricta del modelo teórico que defendía, Milton Friedman afirmó que la responsabilidad de la empresa ante la sociedad era sencillamente la de obtener el mayor beneficio posible.

Sin embargo, en contra de ese principio, desde hace años y en el seno del propio mundo corporativo se ha asumido que esa tesis puede producir costes y daños al propio interés empresarial. Se entiende que pone en peligro la cohesión social e impide que se haga frente —incluso con eficiencia, no ya con equidad— al gran número de externalidades y fallos que la propia dinámica de los mercados genera: contaminación, desigualdad, información imperfecta, concentración de capitales, crisis ambiental, inseguridad, falta de resiliencia y de previsión ante el riesgo creciente...

Aunque no son asumidos con generalidad y las corporaciones tratan

de liberarse de ellos en cuanto pueden, lo cierto es que los compromisos de gobernanza frente a estos problemas son cada vez más reclamados, precisamente, porque se han hecho cada día más evidentes las fracturas que produce el haber establecido que la búsqueda exclusiva del beneficio más elevado y rápido posible sea el único motor que impulse la vida económica. Muchas experiencias, como las que lleva a cabo la Economía del Bien Común, están demostrando que las empresas que no tienen como único propósito la maximización del beneficio, sino que asumen principios de responsabilidad ambiental, democracia en la empresa y equidad pueden tener un mejor desempeño y sobrevivir en mejores condiciones a la competencia y los riesgos inherentes a los mercados y a las crisis recurrentes.

Igualdad e inclusión

En materia de igualdad, la prueba más evidente de la fractura que se ha producido en el saber dominante es que ese tema se haya tenido que poner sobre la mesa. Los postulados convencionales siempre han afirmado que el único objetivo consustancial a la dinámica de los mercados es el de la eficiencia, de modo que otros como la equidad o la sostenibilidad deben considerarse algo normativo, propio de moralistas y predicadores, pero no de economistas, ajenos a las políticas económicas. Sin embargo, la enorme concentración de la riqueza que se viene produciendo ha multiplicado los estudios sobre la desigualdad y sus efectos, y la inmensa mayoría de ellos muestra que es un freno para la estabilidad. La mayoría de los modelos que utilizan los bancos centrales o los gobiernos para hacer predicciones y tomar decisiones no la tienen en cuenta, pero la preocupación por analizarla se extiende y con ella la exigencia de teorías y propuestas que la consideren.

La sabiduría convencional incluso ha tenido que reconocer que la desigualdad se convierte en una rémora del crecimiento económico que considera el principal objetivo de las políticas económicas. Los hechos muestran que las economías con distribución más equitativa de los ingresos y la riqueza registran tasas de crecimiento económico más

fuertes y estables que otras con mayor desigualdad. Y se ha podido comprobar que las políticas redistributivas que la reducen tienen, en general, un impacto positivo en el crecimiento. No puede aceptarse, por tanto, que las cuestiones distributivas queden fuera del debate económico como elemento central, no ya cuando se busca equidad, sino también eficiencia.

Incluso el Fondo Monetario Internacional y la OCDE han publicado informes que argumentan que una mayor concentración de la riqueza entre los ricos conlleva una desaceleración del crecimiento económico general. Y si bien los economistas discrepan sobre las causas y las consecuencias del aumento de la desigualdad (y, más aún, sobre qué hacer al respecto), existe un relativo consenso sobre que es perjudicial para la economía la reciente tendencia de crecimiento explosivo de los ingresos entre quienes más ganan y de las ganancias mínimas para el resto.

Incluso existe cada vez una mayor convicción de que la desigualdad extraordinaria de nuestro tiempo tiene mucho que ver con factores como la financiarización, la asimetría dominante en los mercados laborales, la discriminación que sufren las mujeres prácticamente en todos los ámbitos de la sociedad y la aplicación de políticas que, en lugar de mejorarla, la empeoran. De ahí adquiere un impulso renovado la demanda de pactos de rentas vinculados a la planificación democrática como soporte de un nuevo tipo de políticas de igualdad que no se limiten a llevar a cabo operaciones redistributivas, sino que cambien el uso de los recursos y las fuentes de generación de ingreso y riqueza.

Alternativas de sentido común: quince ejemplos

Las propuestas de organización alternativa de la vida económica se suelen considerar radicales, fruto de ideologías trasnochadas, idealistas y al margen de la razón y la realidad; mientras que la forma dominante y lo que se defiende como «la economía» serían la expresión de la norma, el equilibrio y la razón.

Sin embargo, lo que verdaderamente está fuera de la realidad es el

discurso que sostiene el modo en que realmente funcionan las economías capitalistas de nuestro tiempo, el cual no tiene prácticamente nada que ver con lo que se supone que debería ocurrir si el capitalismo funcionase como se dice que funciona cuando se lo defiende.

El capitalismo no es el reino de la competencia; no proporciona libertad generalizada; los intercambios de mercado no generan óptimos de bienestar que realmente merezcan ese nombre, ni la máxima eficiencia; no se retribuye a los factores como se dice, según lo que cada uno aporta; y los precios no son el reflejo real de la escasez que guían mejor que cualquier otro mecanismo la asignación de recursos. El capitalismo es un mito cuyo nombre ni siquiera se atreven a pronunciar quienes dicen que es el mejor sistema económico y ya insustituible. En la realidad se traduce en algo completamente diferente a lo que se dice que es (sin denominarlo como tal) y que jamás proporciona los resultados benefactores que se le asocian.

La realidad del mundo en el que vivimos no es la de una escasez permanente que pueda justificar la insatisfacción tan generalizada. Hay abundancia, pero con un reparto muy desigual que frustra y destruye. La economía de nuestro tiempo es una máquina de acumular en pocas manos. Quieren hacer creer que el derrame que eso pueda producir desde arriba colmará a quienes están abajo, pero eso nunca llega a suceder.

Las experiencias alternativas de organización de la vida económica bajo formas y principios como los que hemos comentado son, por el contrario, el resultado de procurar sustento a los seres humanos con sencillez y razonablemente. Podríamos decir que desde el sentido común.

Es verdad que esta última expresión ha sido considerada siempre polémica, incluso confusa y poco rigurosa. Aquí la usamos simplemente para referirnos a proposiciones que son resultado de una sabiduría elemental que se puede alcanzar sin necesidad de sofisticación. O, como dice la historiadora Sophia Rosenfeld, incluso sin ninguna prueba porque «concuerdan bien con las capacidades intelectuales básicas y las experiencias de todo el cuerpo social».[9]

Los principios motores no capitalistas que hemos mencionado suelen

ser el resultado de tratar de hacer bien lo que la economía en la que vivimos hace mal. Brotan casi siempre de abajo arriba, de la experiencia, de principios o valores como la empatía, la generosidad, el cuidado, la cooperación, la ayuda mutua, el ahorro y el equilibrio con el medioambiente y con quienes están por venir. Es decir, de los principios que nos acompañan a los individuos normales y corrientes cuando nos mostramos y vivimos del modo más natural y podríamos decir que placentero. Los de espacio más cercano y humano, los del *oikos*.

Los quince ejemplos que siguen pretenden servir como prueba de que es la sencillez y la primacía de lo humano sobre el ansia de acumulación lo que permite llenar los vacíos de satisfacción que produce la economía cuando sólo tiene como motor el afán de lucro y como objetivo el de maximizar la ganancia privada. Tratan de mostrar que eso es lo razonable y no permitir que toda la sociedad se deje llevar por la avaricia sin límite y el afán de lucro patológico de unos pocos. Son simplemente ejemplos, pero podrían ser significativos porque reflejan carencias de las economías capitalistas en las que vivimos, a pesar de que la exigencia de su aplicación sólo responde, como vamos a ver, al sentido común, según lo hemos definido ya con palabras de Rosenfeld.

1. ¿Aceptaría ahorrarse unos euros al comprar más barato un producto si supiera que por cada euro de menos morirían diez niños o niñas de su barrio o que la playa donde va algunos días de veraneo se perdería para siempre?

Seguramente no. Sin embargo, eso es más o menos lo que sucede cuando optamos por producir y consumir productos que nos venden más baratos gracias a que su precio no refleja el coste de haber destruido las fuentes locales de producción en otros países y, con ellas, los ingresos para su población más pobre. El documental *La pesadilla de Darwin*, dirigido por Hubert Sauper y de libre acceso en las redes, muestra la catástrofe económica y ecológica que supuso la introducción de perca proveniente del Nilo en el lago Victoria de Tanzania. Exterminó las especies autóctonas del lago y provocó la pobreza y la muerte de miles de personas, la contaminación y

destrucción del medioambiente y, además, un negocio paralelo de tráfico de armas que sembró la violencia en aquel país y en otros muchos.

Desde entonces, en Europa y en otros países avanzados podemos consumir pescado barato, pero sólo porque en su precio no se incluye el coste de los daños de todo tipo que produjo la introducción de la perca en Tanzania.

Si una economía es considerada eficiente porque se basa en la evaluación adecuada de los costes y beneficios asociados a cualquier toma de decisiones, ¿no es entonces obligado que haya plena transparencia y se proporcione información suficiente sobre los que de verdad están asociados con lo que se produce y consume?

Y si nos dicen que los mercados son útiles porque nos proporcionan los mejores términos del intercambio gracias a que los precios actúan como señales, indicadores de alerta o mecanismos que revelan de la mejor manera posible las preferencias de compradores y vendedores, ¿no tendrán entonces que reflejar siempre todos los costes y beneficios que proporcionan los productos? ¿No es una exigencia de sentido común que, si los precios van a ser el referente de nuestras decisiones sobre ventas y compras, se incluya en ellos todo lo que se deba tener en cuenta para tomarlas? Si para consumir en Berlín o Ciudad Real las percas capturadas en el Nilo es preciso pagar por el coste de los barcos, por las máquinas que las preparan o por el transporte que las lleva a nuestra mesa, ¿no habría que pagar también por el daño ambiental y la pérdida de ingresos que ha generado la desaparición de la pesca que proporcionaba ingresos a la población interior, así como por los demás daños asociados?[10]

2. ¿Conduciría o se dejaría llevar en un avión o en cualquier otro vehículo que sólo mostrase en su cuadro de mandos la velocidad y no otros indicadores de altitud, combustible o estado general de los motores?

Seguramente no. Sin embargo, permitimos que el rendimiento de nuestras economías se mida a través del producto interior bruto y más concretamente de su tasa de crecimiento. Un indicador que sólo refleja lo que ocurre con la actividad que tiene expresión monetaria (más o

menos la mitad de toda la que se necesita para satisfacer las necesidades humanas), pero que no registra ningún criterio de calidad o expresivo de cómo se reparte el producto, excluye las externalidades y se despreocupa por completo del bienestar o malestar que genera la actividad económica.

¿No es de sentido común que quien pilota el avión tenga en cuenta otra información para evitar que se le caiga a mitad del vuelo y, en nuestro caso, que la política económica utilice otros indicadores que reflejen todos esos elementos sobre los que el PIB no informa? Sobre todo, sabiendo que desde hace casi ochenta años se dispone de propuestas muy bien fundadas que los consideran.[11]

3. ¿Tomaría decisiones en su exclusivo provecho hoy día sabiendo a ciencia cierta que van a producir daño en el futuro, un coste muy elevado o incluso enfermedades o la muerte a sus hijos, nietos u otros descendientes?

Seguramente no. Y, sin embargo, en la actividad económica regida por las reglas del mercado se toman a diario miles de esas decisiones que suponen la destrucción de recursos naturales de los que no van a poder disfrutar las generaciones futuras. O que les dejarán una factura en forma de deuda, deterioro social y malestar que les impedirá ejercer su derecho a vivir plenamente, con seguridad y en paz.

¿No es de sentido común que, antes de tomar decisiones, se tengan en cuenta los intereses de quienes vivirán después que nosotros para no actuar con la estúpida creencia de que las generaciones actuales somos las únicas con derecho a disfrutar de cuanto nos rodea? ¿Por qué no implementar las variadas propuestas que muchas investigaciones y organizaciones de todo tipo han lanzado para hacerlo posible?[12]

4. ¿Dejaría que la oficina que administra el dinero de su comunidad de vecinos se lo jugara en el casino o en casas de apuestas?

Seguramente no. Sin embargo, se deja que la banca utilice el dinero de sus depositantes para realizar operaciones especulativas que lo ponen en riesgo, sin compartir sus beneficios, pero haciéndoles cargar

con los costes de rescatarla si sus apuestas fracasan. Y todo ello sin informarlos de lo que hace con su dinero o sin hacerlo con total transparencia y claridad.

Cualquiera es libre de hacer lo que desee con su dinero y ahorro, pero ¿no es de sentido común que la banca se dedique a su negocio de intermediación tradicional y que éste se separe del que se basa en la especulación y el riesgo? Esa separación se estableció después de la Gran Depresión de 1929 para que no volviera a repetirse, pero se acabó con ella en los años ochenta del siglo pasado, lo que provocó la mayor sucesión de crisis bancarias, cambiarias y de deuda de la historia.

5. ¿Permitiría que la sangre humana quedara en poder de un pequeño grupo de comerciantes para que la vendieran sólo a quien tuviera dinero para para pagarla y decidiendo, en cualquier caso, por su cuenta a quién se la vendían y a quién no?

Seguramente no. Sin embargo, eso es exactamente lo que ocurre con la banca privada. Crea dinero de la nada cada vez que concede un crédito y de esa manera dispone del privilegio de determinar discrecionalmente quién dispone o no de financiación, siendo como es un elemento vital para la actividad económica.

¿No es de sentido común que un recurso de esa naturaleza, esencial para crear ingresos y riqueza y satisfacer las necesidades humanas, se considere un bien público con el que no se pueda especular ni generar escasez artificial y deliberadamente, como hoy ocurre?

¿Por qué no llevar a cabo las propuestas que, incluso desde corrientes de pensamiento muy opuestas, se han elaborado para anular ese privilegio y eliminar el riesgo constante de crisis y parálisis económica que lleva consigo?[13]

6. ¿Permitiría que alguien utilizara sus recursos básicos, como la vivienda, el agua, la luz, el vehículo que necesita, su comida o sus medicinas... para venderlos y comprarlos especulativamente, con el fin de sacar beneficio de esas operaciones a riesgo de perderlos?

Seguramente no. Sin embargo, eso es exactamente lo que ocurre en

los mercados financieros. Se compran y se venden contratos, títulos de deuda, empresas, hospitales, colegios, productos alimenticios básicos, agua... como si fueran fichas de un casino o papelillos del Monopoly, dando lugar a que escaseen en su uso natural.[14]

¿No es de sentido común, como suele decirse, «no jugar con las cosas de comer», prohibir ese tipo de operaciones y, si acaso, dejar la especulación para quien desee gastar con ella su dinero, pero al margen de la vida económica y sin poner en peligro la satisfacción de las necesidades humanas?

7. ¿Consentiría que el matón del barrio tuviese llaves de todas las viviendas y pudiera entrar y salir de ellas para llevarse lo que quisiera y arruinar a sus moradores?

Seguramente no. Sin embargo, eso es lo que se permite cuando se deja que las grandes corporaciones industriales o financieras impongan sus condiciones leoninas a pequeñas y medianas empresas, a los hogares o al Estado. O que usen paraísos fiscales para ocultar sus beneficios y no contribuir a las cargas generales, o para disimular la naturaleza real de sus negocios. O cuando se da por bueno que los intercambios se lleven a cabo en condiciones de extraordinario desequilibrio.

¿No es de sentido común que se controle y prohíba ese privilegio y se acabe con la asimetría para evitar los abusos que empobrecen y destruyen los patrimonios de la mayoría y de la economía en general?

8. ¿Le parecería lógico que la persona encargada de dilucidar si alguien ha actuado correctamente cobre del sujeto investigado? ¿Le parecería correcto que el árbitro de un partido de fútbol fuese socio de unos de los dos equipos en competencia?

Seguramente no. Sin embargo, eso es exactamente lo que ocurre con el negocio de las auditoras. Su función es fundamental para determinar la veracidad de las cuentas de las empresas; lo cual, a su vez, es esencial para la vida económica. Pero las auditoras cumplen con su trabajo por encargo y pagadas por las mismas empresas a las que analizan. Eso da lugar a que sus juicios sean muy a menudo los que desean las propias empresas que les pagan, so pena de no volver a ser

contratadas.

¿No es de sentido común que se garantice la veracidad de los informes sobre la realidad económica y financiera de las empresas para que haya seguridad de que su contabilidad la refleje fielmente?

9. ¿Cree que estaría justificado que alguien que pudiera producir algún bien esencial de la nada, sin coste ninguno, cobrase por proporcionarlo?

Seguramente no. Sin embargo, eso es lo que ocurre cuando la banca cobra intereses por prestar el dinero de la nada. No sólo lo proporciona con privilegio, logrando que los recursos vayan a donde le resulte más rentable o le convenga, como vimos. Sobre todo, impone innecesariamente una carga muy pesada a las empresas, hogares y gobiernos. Se calcula que en toda la economía mundial se pagarán 18 billones de dólares en 2025, y todo el aumento de la deuda pública que se produjo en la eurozona de 1995 a 2016 procedió del pago de intereses, y el 74 por ciento desde 2000.

¿No es de sentido común que, si el crédito es un bien público imprescindible para la vida económica, se proporcione sin coste adicional, sin que eso tenga que afectar a la solvencia de las operaciones y sosteniendo suficientemente la actividad administrativa de las entidades que se encargan de proporcionarlo? ¿Por qué no poner en práctica las diferentes propuestas o formas de suministro de crédito que no provocan sobrecostes innecesarios?

10 ¿Es posible optimizar los gastos de cualquier unidad económica sin elaborar previsiones a medio y largo plazo, sin programarlos o planificarlos?

Seguramente es imposible. Sin embargo, al Estado no se le permite planificar sus actuaciones. A pesar de que se le pide la máxima eficiencia y el mejor uso posible de sus recursos; y con razón, porque son de toda la sociedad.

¿No es de sentido común que todos los niveles de las Administraciones públicas planifiquen democráticamente su gasto corriente y la inversión, en coordinación con todos los sujetos e instituciones afectados, como empresas, sindicatos u organizaciones

representativas de la ciudadanía? ¿Por qué no sólo no se hace, sino que se impide y se condena?

11. ¿Entiende que está perfectamente justificado que quienes contribuyen con sus recursos a la formación del capital de una empresa tengan derecho a participar en su toma de decisiones y a disfrutar de una parte alícuota del beneficio que se obtiene gracias a su contribución?

Seguramente sí. Sin embargo, los trabajadores, además de su tiempo de trabajo que se agota, también aportan conocimiento, experiencia o habilidades como una inversión más que se queda en la empresa formando su capital humano o intelectual, sin el cual no se podría generar beneficio. A pesar de ello, no suelen disfrutar de ese mismo derecho a participar en la toma de decisiones o en el reparto del beneficios.[15]

¿No es de sentido común que también participen y reciban no sólo su salario por el tiempo de trabajo, sino también el retorno correspondiente por su aportación al capital; y que se les reconozca su copropiedad y los derechos de participación asociados a ello, tal y como ocurre con los demás sujetos que crean el capital de la empresa?

12. ¿Dejaría que decidieran lo que se hace en su familia y cómo se gasta su dinero otras personas o, aún peor, un grupo de comerciantes ambiciosos y muy poderosos?

Seguramente no. Sin embargo, eso es lo que ocurre cuando muchos gobiernos (a los que luego se les pide austeridad y ahorro) hacen dejación de sus funciones y contratan a empresas consultoras para que elaboren sus programas de gasto e inversión.

Como dicen Mariana Mazzucato y Rosie Collington en el título de un libro en donde lo demuestran, esa utilización inadecuada de las consultoras supone un gran engaño que debilita las empresas, infantiliza a los gobiernos y pervierte la economía.[16]

¿No es de sentido común que el uso de los recursos públicos no lo decida el interés privado, sino que la ciudadanía disponga de mecanismos para mostrar sus preferencias y que las instituciones que la representan las trasladen a las decisiones de gasto con transparencia

y fidelidad, sin perjuicio de que al mismo tiempo se evalúe su conveniencia y costes de todo tipo?

13. ¿Viajaría en un vehículo con dos conductores o pilotos si uno de ellos tuviera la responsabilidad sobre el acelerador y el otro sobre el freno y si cada uno tuviera un destino y no pudieran coordinarse para dirigirlo?

Seguramente no. Sin embargo, eso es exactamente lo que ocurre hoy día en las economías guiadas por los principios neoliberales. Se deja la política fiscal en manos de los gobiernos y la monetaria bajo la responsabilidad de los bancos centrales, se establece que cada uno debe tener un objetivo distinto y se declara independiente al banco central, de modo que cada institución actúa por su cuenta.[17]

¿No es de sentido común que la política fiscal y la monetaria actúen coordinada y complementariamente para lograr un mismo objetivo? ¿Y no será esa descoordinación una causa principal de la peor evolución de las economías desde que se viene aplicando ese principio?

14. ¿Aceptaría o justificaría unas reglas del juego que se aplicaran con diferente criterio a los distintos participantes? ¿Vería bien que los corredores más rápidos salieran con antelación en las carreras?

Seguramente no. Sin embargo, ese criterio tan injusto es exactamente el mismo que rige el comercio internacional desde hace décadas. Las grandes potencias predican el librecambio y obligan a los países más atrasados o con menos poder a que abran sus fronteras de par en par, utilizando para ello los organismos internacionales de ayuda y financiación. Un comportamiento que las grandes economías no siguen, puesto que siempre se protegen con todo tipo de instrumentos, mientras que sancionan a las demás si se atreven a utilizarlos. Esa asimetría y el dominio de los tribunales internacionales y de los de arbitraje que resuelven los conflictos entre gobiernos y empresas privadas les dan a las grandes economías una posición privilegiada que les permite explotar las economías más débiles.

¿No es de sentido común que las reglas sean las mismas para todos y que un principio elemental de equidad implique no sólo impedir las

posiciones de privilegio frente a los demás, sino también favorecer a los más atrasados, ayudarles a desarrollarse e incluso restituirles lo que les han arrebatado durante décadas gracias a ese régimen injusto? ¿No es de sentido común que, para poder hablar de libertad, democracia, librecambio y competencia, e incluso de eficiencia y de las virtudes y la superioridad de los mercados, se deba garantizar en todo momento la igualdad de oportunidades y de decisión a todos los participantes?

15. ¿Mantendría el mismo comportamiento y no modificaría sus actividades si estuviera demostrado que hay otras opciones que implican mejores resultados, menos costes y más beneficios?

Seguramente no. Sin embargo, exactamente así actúan quienes gobiernan la economía mundial. Se sabe perfectamente que determinadas políticas están asociadas a crisis, quiebras empresariales, desempleo y pérdidas multimillonarias de recursos e incluso de vidas; y se sabe que otras producen el efecto contrario, pero se siguen aplicando las que hacen daño.

Desde después de la Segunda Guerra Mundial hasta 1970 hubo políticas de control de capitales y del sistema financiero, apenas había innovación financiera dedicada a la especulación, se obligaba a los bancos a dedicarse preferentemente a intermediar y financiar la actividad productiva y la circulación de medios de pago se mantenía en proporción al volumen de transacciones, y el resultado fue que prácticamente no se registraron crisis financieras en la economía mundial. Sin embargo, desde los años ochenta del siglo pasado, se invirtieron esas políticas: se liberalizaron los capitales, se dio alas a la financiarización y se permitió que los bancos crearan todo tipo de productos arriesgados que vulneraron el sistema en su conjunto.[18]

¿No es de sentido común, si de verdad se quisieran evitar, que las políticas aplicadas fuesen las que sabemos que no producen esos efectos, en lugar de las que sabemos que provocan tanto daño a la economía real y al bienestar de los seres humanos?

¿Por qué no se aplican estas políticas, si son elementales y de sentido común?

Los ejemplos anteriores no solamente sirven para mostrar que las soluciones que necesitan los grandes problemas económicos de la economía actual son de sentido común. Es decir, no el resultado de una opción ideológica, de intereses concretos o disquisiciones teóricas, sino las que cualquier organización adoptaría si quisiera sacar el máximo provecho de los recursos y obtener los mejores resultados con estabilidad y de forma sostenible en el tiempo.

Reclamar austeridad, ahorro, mesura y buena gestión de los recursos públicos y, al mismo tiempo, rechazar que las administraciones públicas planifiquen su uso a lo largo del tiempo, como hace cualquier empresa u organización, contradice la lógica más elemental. Es irracional. Gobernar la economía a ciegas, utilizando indicadores que dejan fuera una parte fundamental de lo que pasa en la vida económica, ¿no es una garantía de crear problemas en lugar de arreglarlos? Si la economía capitalista se basa en la competencia y en la libertad de mercado, ¿por qué quienes la defienden no hacen lo imposible para imponerlas, en lugar de permitir que haya monopolios y todo tipo de trabas impuestas por las grandes corporaciones? Podríamos seguir hasta casi el infinito haciéndonos este tipo de preguntas, porque, efectivamente, el funcionamiento real de la economía capitalista contradice no sólo lo que proclama, como dijimos, sino también los principios elementales de sentido común que deben guiar la buena marcha de cualquier actividad humana y social. Si de verdad se buscara la eficiencia, la competencia, el bienestar, el equilibrio, el alivio o la disminución del número de crisis, el mayor volumen de empleo, la estabilidad de los precios..., no se tomarían las medidas que diariamente toman los gobiernos inspirados por los economistas y las organizaciones internacionales que defienden el capitalismo que —sabemos a ciencia cierta— provoca justo todo lo contrario.

Si los bancos centrales quieren de verdad garantizar la estabilidad de los precios, ¿cómo es que no se preocupan de controlar la actuación de las grandes corporaciones que, como se ha demostrado perfectamente, tienen poder de mercado y suben sus precios de venta para obtener más márgenes y mayores beneficios? Si se defiende que las empresas ineficientes han de salir de los mercados, ¿por qué se salva con dinero

público a los bancos y a las grandes empresas que presentan pérdidas por mala gestión, irresponsabilidad o comportamientos delictivos?

No hacemos preguntas retóricas. Lo que todo esto muestra es que la economía capitalista no funciona como funciona, después de tanto tiempo, porque los sujetos que la ponen en marcha actúen, como se dice, en virtud de comportamientos regidos por leyes o normas validadas científicamente. Las economías son, en realidad, un campo de batalla.

Ya dijimos que funcionan de una manera u otra no basándose en criterios o decisiones económicas, sino políticas, adoptadas según las preferencias dominantes en la sociedad en cada momento. Por eso no se toman medidas como las que hemos señalado de elemental sentido común, a pesar de que lo sean. No se aplican porque no convienen a quienes gozan del privilegio de imponer su voluntad al resto de la sociedad para obtener el mayor beneficio privado posible. Y no van a aplicarse por muy de sentido común que sean si no hay una mayoría social capaz de imponer su preferencia.

Ésa es la razón por la que el capitalismo de nuestros días, con la mayor concentración de la riqueza de la historia, es incompatible con la democracia. Y precisamente por eso no son los desarrollos teóricos ni el conocimiento científico ni los miles de libros con propuestas económicas alternativas detalladas lo que puede permitir y garantizar que la economía funcione de otro modo, sino la democracia.

Si los principios y políticas como los que hemos señalado no se aplican de forma generalizada es porque no existe la democracia que permita que los intereses mayoritarios de la sociedad —o el bien común, como se quiera denominar—, casi siempre clarísimamente expresados en las encuestas de opinión, puedan hacerse hegemónicos y traducirse en medidas políticas.

Dicho de otro modo, la economía no se sustancia en teorías, no funciona de un modo u otro según se diga en los modelos. Naturalmente, son esenciales para conocer e interpretar la realidad. Pero, para dar el salto desde la demanda social o la teoría hasta la política económica, lo que se necesita no son estadísticas, matemáticas, algoritmos o fórmulas sofisticadas, sino poder. Justamente, ese elemento que no incorpora la economía convencional y que se ejerce

en la esfera que el trumpismo y la economía de la motosierra tratan de presentar como algo indeseable o podrido para evitar que la gente común se acerque a ella y se haga fuerte: en la política, y en donde puede manifestarse y materializarse el interés colectivo: en las instituciones, los gobiernos, los medios de comunicación o los centros de enseñanza e investigación de propiedad públicos.

Por esa razón se pone tanto afán en demoler todos estos ámbitos y, precisamente por ello, no existe otra vía, para sobrevivir a la barbarie económica y política que se nos viene encima, que la de recuperar esos espacios y la democracia para lograr que las sociedades despierten y se empoderen.

7

Vencer a la mentira para sobrevivir al terremoto que se avecina

La segunda llegada de Donald Trump a la presidencia de Estados Unidos, unida al avance en todo el mundo de la extrema derecha, está provocando un desorden extraordinario.

Su intento de conformar la economía internacional como un campo de batalla, la inhumanidad y la falta de razón y fundamento con que se utiliza la llamada motosierra para recortar gasto y protección social mientras aumenta el destinado al rearme y a ayudar a las grandes empresas y patrimonios, comienzan a causar daños quizá ya irreparables en todo el planeta. Y todo ello limitando el ejercicio de derechos humanos y las libertades civiles.

El saber económico convencional y dominante está paralizado y no ofrece respuestas para hacer frente al terremoto provocado por el trumpismo y la economía de la motosierra por una razón sencilla: ambos forman parte de un mismo cuerpo original y los problemas económicos de nuestro tiempo se han producido justamente al aplicar sus postulados esenciales; aunque hasta ahora haya sido con menos exageración y más prudencia.

Nueva fase, más dañina y peligrosa

El trumpismo no es un brote completamente nuevo, sino más bien una nueva fase de las políticas neoliberales que se vienen aplicando desde hace cinco décadas en casi todo el mundo. Ahora, ciertamente, con formas más desgarradas y antidemocráticas, yendo aún más lejos en los recortes sociales y en la entrega de los resortes del Estado a los

intereses del gran capital, con motosierra más que a tijera. Y, sobre todo, tratando de hacer frente con más determinación —aunque caóticamente y combatiendo con sus propios aliados— al desgaste de Estados Unidos como primera potencia económica mundial.

Donald Trump ha desatado un auténtico caos que aún está en sus comienzos y que afectará a todas las economías del planeta, con consecuencias todavía difíciles de imaginar, pero que serán, con toda seguridad, profundas y dolorosas. No puede ser de otra manera. Las experiencias anteriores —ya muy bien estudiadas— de recortes de gasto social, bajada de impuestos a los ricos, aumento del gasto militar y concesión de libertad ilimitada a los capitales especulativos y rentistas siempre han producido lo mismo: incremento acelerado de la deuda, conflictos comerciales, deterioro económico general, crisis y empobrecimiento de la mayor parte de la población. Por tanto, es inevitable que su aplicación actual, mucho más intensa y descarnada, dé lugar a efectos aún peores.

En muy pocos meses, Trump ha logrado que un puñado de milmillonarios y él mismo incrementen sus fortunas rápida y fácilmente, pero docenas de miles de personas y empresas han perdido su empleo y parte de su ahorro, si no todo, y han visto evaporarse sus pedidos y ganancias, según el caso, como fruto de la incertidumbre que ha generado en los mercados. Le bastaron unas pocas semanas para dinamitar las reglas y el orden institucional en el que se venía basando el comercio internacional y se dispone a inaugurar una nueva etapa en la que las normas se sustituirán por el chantaje y la amenaza. Del mismo modo, se saltará a la torera a los organismos internacionales, a pesar de que todos ellos se crearon y habían funcionado siempre como instrumentos al servicio de Estados Unidos.

Todas las previsiones, incluso las más proclives a los intereses estadounidenses, coinciden en señalar que la economía internacional se verá afectada negativamente. Si no se detienen pronto, los conflictos que se están generando sólo podrán traer consigo una economía más agresiva y más militarizada, y más inhumana y empobrecedora para la inmensa mayoría de la población mundial.

Esta situación es aún más preocupante porque va unida a un avance de fuerzas políticas de extrema derecha, como el nuevo Partido

Republicano liderado por el propio Donald Trump, que fagocita a la tradicional de valores democráticos. Se extiende una ola mundial totalitaria que amenaza con destruir las instituciones democráticas y limitar el ejercicio de los derechos humanos, si es que no acaban con ellos.

Cambio de era

La situación en la que se encuentra la economía mundial es la de un cambio de era, tal y como la han calificado incluso algunos organismos tan conservadores e inmovilistas como el Fondo Monetario Internacional.

Ese cambio no se produce, sin embargo, como exclusiva consecuencia del terremoto provocado por Trump o de su comportamiento estrambótico. Es resultado, en realidad, de otros tres procesos fundamentales.

El primero es el agotamiento por empacho del capitalismo neoliberal, cuyo único éxito ha sido vencer las resistencias de las clases trabajadoras y propiciar la acumulación de riqueza en pocas manos más grande de la historia. El precio de no haber tenido otro objetivo ha sido una crisis de múltiples expresiones: vulnerabilidad financiera extrema, deuda gigantesca, globalización desordenada que ahora se viene abajo, extraordinaria desigualdad y una amenaza climática también sin precedentes. Y a todo ello se suma una gran polarización social, el auge de la mentira y la desinformación, el desmantelamiento de las democracias y la expansión de ideologías cargadas de odio e inhumanidad.

El segundo, la aparición de un nuevo capitalismo en el que predominan ahora dos grandes tipos de empresas. Por un lado, las tecnológicas cuyo negocio no es el tradicional de la producción de bienes y servicios, sino la extracción de rentas de otras empresas y del Estado, gracias a su dominio de las redes, las bases de datos, el procesamiento de la información y las plataformas digitales. Por otro, los fondos de inversión que manejan recursos tan inmensos que pueden controlar con ellos a la casi totalidad de las grandes empresas del

planeta. Sólo Estados Unidos y China tienen un PIB superior al volumen de activos que manejó BlackRock, el mayor de ellos, en 2024 (11,55 billones de dólares).

Este nuevo capitalismo es parasitario y neofeudal porque vive de las rentas que otros generan gracias a la servidumbre que impone al resto de las economías; es oligopólico porque se basa en el dominio de un pequeñísimo número de empresas, o a veces incluso de una, en cada parcela de negocio; y es oligárquico porque ha generado fortunas inmensas con influencia y poder casi ilimitados. Necesita plena libertad para consolidarse, extenderse y lograr que la regulación estatal lo proteja eliminando controles, contrapesos y restricciones laborales y dándole plena capacidad de movimiento. Precisa que se pongan a su servicio y a cambio de nada los bienes públicos que necesita: redes, infraestructuras y, por supuesto, información. Ese tipo de comportamiento debilita a las empresas que generan actividad productiva y real. Y el nuevo capitalismo necesita disponer de plena libertad. Eso obliga, por un lado, a vaciar las instituciones democráticas, promoviendo la polarización a base de mentiras con liderazgos populistas que desacrediten la política y la acción colectiva, y, por otro, a que los propios capitalistas se involucren cada día más en la política, incluso asumiendo directamente los mandos del gobierno en cada vez más ocasiones. Según la revista *Forbes*, el gasto político de los multimillonarios estadounidenses es ahora 160 veces mayor que en 2010.

Por último, el tercer factor que explica lo que está ocurriendo es el ya mencionado desgaste de la posición hasta ahora claramente dominante de Estados Unidos sobre la economía mundial. Es un proceso que todavía se encuentra en sus momentos iniciales y quizá lejos de suponer —como a veces se dice— su colapso inminente como potencia imperial. Pero, teniendo en cuenta que se viene dando paralelamente al acelerado despegue de China como un polo alternativo de poder económico, obliga a que Estados Unidos tenga que defender su posición a capa y espada, nunca mejor dicho. Esto es lo que ya se está traduciendo en cambios de formas y comportamiento a escala internacional, en reposicionamientos de todos los países y en un incremento, posiblemente sin parangón desde el inicio de la

Segunda Guerra Mundial, del rearme y de los conflictos violentos y bélicos. Algunos de ellos implicando a potencias nucleares, con el riesgo de destrucción masiva que eso conlleva.

Fraude intelectual que hace aguas

El saber económico dominante que inspira la organización de la vida económica y el diseño de las políticas que se han aplicado en las últimas décadas y ahora las del trumpismo y la motosierra es un auténtico engaño, el mayor fraude intelectual de la historia.

Los principios sobre los que se asienta son irreales, fruto de un planteamiento ideológico que sólo sirve para ocultar lo que ocurre de verdad en nuestras economías. Facilitan la concentración de la riqueza, pero, a partir de ellos, resulta imposible predecir y prevenir, y mucho menos resolver las grandes crisis que se han abierto precisamente como resultado de su aplicación.

Los líderes de la nueva extrema derecha defienden ahora un credo libertario que profesan con furia y fundamentalismo religiosos. Pero el anarcocapitalismo no es nada sustancialmente nuevo. Es la expresión exagerada de esos principios, el desarrollo extremo y degenerado, con algunos matices y reconsideraciones, de las tesis de la economía neoclásica o liberal que han sido ampliamente refutadas por los datos y la experiencia a lo largo de los últimos cien años.

Las ideas decimonónicas que ahora defienden el trumpismo y la economía de la motosierra han conducido siempre al deterioro económico, a las crisis y a las guerras.

Ni su formulación y aplicación extrema por el trumpismo y la economía de la motosierra, ni otras versiones más o menos moderadas pero de semejante finalidad que aplican los bancos centrales, organismos internacionales y la mayoría de los gobiernos proporcionan claves adecuadas para enfrentarse a los problemas de la economía internacional. Así lo prueba su menor y peor desempeño desde que se vienen aplicando y el hecho de que, en ese período, se haya producido el mayor número de crisis financieras de toda la historia.

Poder ingente para defender privilegios

La economía internacional avanza sin pausa por la cuerda floja, el saber convencional hace aguas y la intensa desposesión que lleva consigo el nuevo tipo de capitalismo neofeudal es ya indisimulable. Sin embargo, un poder inmenso blinda y protege a quienes disfrazan la realidad, difunden los dogmas establecidos y ponen en marcha las políticas que consolidan la concentración de la riqueza y amplían de forma continua la libertad de los grandes capitales para que los fondos de inversión acumulen propiedades sin cesar y aumenten constantemente su influencia y capacidad de decidir.

Las encuestas señalan que una mayoría de los economistas se encuentran descontentos con el estado en que se encuentra su disciplina, pero son muchas las barreras que frenan el desarrollo de un nuevo paradigma alternativo al neoclásico y a todas sus extensiones. Los mecanismos establecidos para evaluar las investigaciones que podrían traer nuevos planteamientos o para dirigir la carrera profesional de los investigadores están concebidos para frenar la disidencia y el análisis realista y crítico. Incluso se imponen formatos de escritura incompatibles con el desarrollo del pensamiento complejo y el saber multidisciplinar. Es muy difícil que economistas con ideas contrarias al saber convencional se hagan sitio hoy día en los organismos donde se diseña la investigación y la política económica, o que se disponga de financiación para estudios que puedan llevar a conclusiones contrarias a la ortodoxia.

Los intentos de algunos gobiernos para aplicar políticas diferentes que impliquen una distribución algo más equitativa del ingreso, limiten los destrozos que producen las industrias contaminantes u obliguen a que los grandes capitales y patrimonios contribuyan con un mínimo de equidad a sufragar los gastos colectivos se enfrentan a barreras casi siempre infranqueables: mediáticas, legales, judiciales, financieras, de aprovisionamiento o puramente represivas y militares, si fallan las anteriores.

Los medios de comunicación y las redes sociales se han convertido en una industria puesta a disposición de sus dueños, los grandes capitales tecnológicos y financieros, para generar polarización y

desinformación. Y así se puede hacer creer que California es un estado socialista, que el Partido Demócrata de Estados Unidos es de izquierda radical o que los gobiernos de partidos socialdemócratas, como el de España, son comunistas y bolcheviques.

Gran parte de las judicaturas forman parte militante del poder establecido para frenar ese tipo de cambios. Los tratados y acuerdos internacionales se diseñan como corsés para limitar la soberanía de las naciones e incluso se administran por tribunales privados. Y se ha permitido que las grandes empresas dispongan de mecanismos de inversión, aprovisionamiento o informáticos capaces de bloquear a economías enteras si sus gobiernos se salen de lo que previamente se ha impuesto como la norma.

A todo eso hay que añadir el éxito extraordinario de la estrategia propuesta por Margaret Thatcher para que dichas políticas y estrategias pudieran tener éxito: dar prioridad al cambio del alma y el corazón de la gente normal y corriente. La siembra del individualismo y la insolidaridad, la destrucción de los lazos sociales y los espacios de encuentro, la comodidad y la inercia han generado masas de población ignorantes de su propia condición y destino, atemorizadas, inseguras y desoladas que así caen fácilmente en manos de quienes ofrecen soluciones populistas, fáciles y primitivas a sus sentimientos de desprotección y miedo a lo diverso y desconocido.

La realidad no es la que se hacer creer

Una especie de simulación global permite vivir constantemente en la ficción y evitar que se ponga en cuestión el sistema capitalista que produce todos esos problemas, aunque sus defectos y fracturas y las heridas que provoca estén delante de nuestros ojos.

Desde las universidades, los grandes centros de investigación, los medios de comunicación, los grandes partidos políticos y, por supuesto, las grandes corporaciones, entidades financieras y fondos de inversión se difunde una idea principal: nada de lo que tenemos a nuestro alrededor se puede modificar, a veces ni de forma insignificante. Se ha convertido en una verdad indiscutible que el

modo en que organizamos la vida económica es «la economía». No el capitalismo, como una variante más de los sistemas económicos, sino una especie de estado natural, un sistema inamovible que ha llegado al final de desarrollo y que, por tanto, ya no cambiará jamás. Y se insiste, además, en que es posible que el afán de lucro, el automatismo de los mercados y el paso atrás de los gobiernos en que se basa permitan que las economías funcionen con eficiencia. Ni tan siquiera hay que preocuparse por la enorme desigualdad, se dice, porque la riqueza concentrada arriba terminará goteando en beneficio de todos los que están por debajo.

No es necesario, pues, pensar en alternativas. Ni las hay, como aseguraba también Margaret Thatcher, ni hacen falta. Éste ha sido el exitoso mantra convertido en guía del comportamiento de la población durante mucho tiempo, a pesar de que es una idea igualmente falsa y fraudulenta.

Es falso que el capitalismo esté funcionando bien y tal como se dice en los modelos teóricos o en los discursos que lo defienden. Está lleno de imperfecciones, despilfarro, insatisfacción e inestabilidad permanentes. Y tampoco es cierto que sea inmutable. La realidad muestra que no para de cambiar.

El capitalismo actual es muy diferente al de hace unas pocas décadas, tiene una forma muy distinta en un país u otro y se modifica cada vez que se produce una crisis que requiere medidas excepcionales, o cuando no se tiene más remedio que responder a las demandas ciudadanas. Tanto es así que incluso bajo el predominio de las políticas neoliberales se han desarrollado multitud de experiencias que responden a principios diferentes a los que guían el capitalismo. Casi siempre, con más eficiencia y, por supuesto, mayor equidad. Los elementos no capitalistas que se han incrustado en el capitalismo como embriones de nuevas formas de organizar la economía bajo principios diferentes (sanidad o educación universales, pensiones públicas, cooperativismo, trabajo voluntario...) son ya tan evidentes como abundantes.

Exactamente lo mismo ocurre en el ámbito del pensamiento. A pesar de todos los obstáculos y resistencias, están emergiendo cada vez con más fuerza nuevos saberes alternativos que horadan la ortodoxia y el

pensamiento convencional dominante.

En los últimos años se han desarrollado nuevos modelos para analizar la realidad económica y se ha producido una auténtica revolución de la credibilidad gracias a la utilización de los datos y la experiencia como fundamento del saber económico. Y de ellos están surgiendo nuevos planteamientos teóricos y propuestas de principios y políticas económicas que permiten inspirar nuevas formas de hacer frente a los problemas económicos para darles soluciones que proporcionen más ahorro de recursos, bienestar, seguridad, equidad y sostenibilidad.

Hay alternativas

Se hace creer una y otra vez que nada puede cambiar cuando lo que se está dilucidando real y permanentemente es en qué dirección ir hacia el futuro. Es la forma de evitar la influencia de quienes podrían conseguir que se avanzara hacia donde no quieren ir quienes dominan el mundo.

La única opción no es, como se dice, dar por bueno e inmutable lo que se tiene por delante y renunciar a influir para que los acontecimientos cursen del modo en que mejor convenga a nuestros intereses, como suele pasar con los amos del mundo que hacen creer que las cosas nunca cambian.

Se puede optar. Podemos elegir trumpismo y economía de la motosierra y escoger así una economía que crea artificialmente escasez —porque sólo produce en función de que haya beneficio— y es inhumana, porque se basa en incentivar valores y comportamientos como el egoísmo, la avaricia, la competencia y la acumulación, que no son los que pueden proporcionar una vida mejor a una especie como la nuestra, de seres sociales, dotados para la empatía y el amor y con inteligencia para cooperar y actuar colectivamente sin dejarnos llevar por los instintos. O, por el contrario, se puede preferir una organización de la vida económica que dé prioridad a la satisfacción y al cuidado, a la vida, promoviendo comportamientos que permiten utilizar los recursos con ahorro, conservando lo que no es nuestro y

respetando el derecho de las generaciones futuras a disfrutarlos.

Optar por esto último no es una quimera, puesto que ya hay multitud de experiencias, muchas de ellas dirigidas por organismos internacionales multilaterales o potentes organizaciones civiles, que muestran claramente que es un camino viable y de resultados mucho más favorables.

Aprender de la experiencia, hacer historia

Como analizamos con detalle en el libro *Para que haya futuro*, los procesos que dan lugar a cambios profundos, como otros de la misma naturaleza o aún más radicales a lo largo de la historia, fueron posibles gracias al concurso de cuatro elementos fundamentales: un saber capaz de explicar lo que está ocurriendo y de generar un proyecto que defina la otra realidad que se puede alcanzar; un relato que convierta ese proyecto en una aspiración de sentido común para el conjunto de la sociedad; un sujeto social, colectivo, que actúe como inspirador y motor de los cambios; y experiencias concretas que anticipen el futuro y permitan comprobar en la práctica que lo que se propone funciona, conviene y es viable.

Los nuevos modelos y enfoques teóricos que hemos comentado permiten analizar con mucho mayor realismo la vida económica, hacer previsiones y evaluar el impacto de las políticas económicas. No podrán ofrecer certezas como las que falsamente proporciona el saber convencional, pero sí un modo de pensar complejo e interdisciplinar que puede convertir la economía en el instrumento adecuado para que la sociedad tome decisiones en función de sus preferencias mayoritarias.

La experiencia también ha mostrado que los procesos de transformación son graduales, como hemos explicado, y que la profundidad de los cambios que produzcan no depende del voluntarismo de los grupos sociales que los impulsan, sino más bien de su orientación, la cual depende de la naturaleza de sus impulsos motores, es decir, de los elementos que se ponen en cuestión. Pequeños impulsos pueden dar lugar a cambios sustanciales si se orientan en la

dirección que afecta a elementos estructurales del sistema. Y por ello es esencial que las propuestas teóricas, las políticas económicas y las experiencias prácticas se basen en cuestionar los pilares fundamentales que sostienen el sistema capitalista sobre el que se actúa. No basta con denunciar la inseguridad, la insatisfacción, el despilfarro, la corrupción, la soledad y los privilegios frente al empobrecimiento y la exclusión, sin reconocerlos como expresión de un sistema económico que no puede proporcionar otro tipo de resultados a tenor de los principios y lógicas que lo sostienen. Eso es justamente lo que hacen las corrientes populistas de extrema derecha cuando denuncian con realismo el daño que sufre la gente, pero de forma descontextualizada, desenfocándolo para hacer creer que no lo producen quienes realmente lo causan y se benefician de ello. Y así facilitan que estos sigan manteniendo sus privilegios.

En su libro *Rumbo al ecocidio* (Espasa, 2023), escribe José Esquinas —responsable en la Organización de Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO) del desarrollo de uno de los tratados internacionales más relevantes de la historia para la defensa de la diversidad y la vida en el planeta—: «El carro de la compra se debe convertir en nuestro carro de combate para luchar contra el ecocidio, el hambre y la pobreza [...]. Consumir se convierte en un acto político de ingente poder porque está al alcance del cien por cien de la población».[1]

Se trata, en efecto, de hacer justamente eso. Convertir todas las acciones diarias de la gente corriente en un combate contra la sinrazón y la injusticia, lograr que el día a día se convierta en una especie de enmienda a la totalidad de la economía del despilfarro en la que vivimos mientras se dice que no se puede cambiar porque lo que hay es la mejor opción posible. Hay que actuar allí donde se estén construyendo estructuras de poder paralelo, reclamando lo que parece imposible, diseñando hojas de ruta concretas y alternativas y denunciando y combatiendo las falsas soluciones. Es decir, tratando de ser sujetos activos de los cambios y no meros espectadores, porque el poder transformador de la acción humana no tiene límites. Por supuesto, siempre que esas actuaciones no se lleven a cabo como elementos aislados cuyos movimientos se repelen unos a otros, sino

todo lo contrario para que puedan ser efectivas. Es decir, generando acción colectiva y conformando redes, comunidades y mayorías sociales que conviertan sus preferencias en voluntad de decidir inapelable.

Es preciso combatir la mentira y defender una economía al servicio de la vida construyendo sociedad y generando un nuevo tipo de poder, crear espacios de pertenencia de gente diversa y no pequeñas tribus unidas con lazos identitarios que casi siempre conllevan el rechazo a lo diferente e impiden la interrelación y la coalición de intereses.

Plantear las alternativas como lo que deben ser, propuestas de sentido común que se asimilen como tales, no equivale a tratar de convencer desde un principio a la totalidad de la población. Las conclusiones de los estudios de procesos de cambio, o de lo que ha sucedido cuando se han modificado opiniones, puntos de vista, preferencias o decisiones ampliamente asumidas hasta un momento determinado en que cambian, son claras e importantes. Demuestran que, por la forma en que actúan los sistemas complejos y debido a nuestro carácter de seres sociales, para provocar un cambio en la posición del conjunto es suficiente con que el número de individuos inicialmente comprometidos con una demanda o planteamiento alcance un umbral crítico, de más o menos la cuarta parte de la población. Una vez que se alcanza, es el grado o intensidad de ese compromiso con la causa que se defiende lo que más bien determina el cambio de posición global, no su magnitud.[2]

Cuando un grupo social inicial asume como de sentido común una determinada proposición que puede ser comprendida como tal por el resto de las personas y la defiende, difunde e integra en el desarrollo de sus redes de socialización y convivencia generando comunidad, consigue que termine siendo de sentido común para la gran mayoría.[3] Y otras investigaciones experimentales han mostrado que, si bien suele haber una persistencia generalizada a seguir asumiendo normas perjudiciales, las intervenciones que facilitan una comprensión común de los beneficios del cambio ayudan a abandonarlas.[4]

Un compromiso urgente por la paz y la vida

Para lograr todo esto es fundamental no limitarse a reclamar actos de fe, sino crear experiencias concretas, sembrar semillas de donde brote la necesidad de poner en marcha otras nuevas y, sobre todo, hacer justo lo que el poder dominante pide que no se haga: cooperativas, bancos alternativos, empresas de propiedad pública, monedas complementarias, centrales de distribución, trabajo gratuito... Es decir, hay que mostrar a la sociedad que efectivamente existe otro modo de organizar la actividad económica para satisfacer mejor todas las necesidades, y no sólo las de acumular, de forma más equitativa y sostenible.

La oposición a esas conductas y a las demandas de cualquier tipo de cambio siempre será fuerte por mínimo que sea, tal y como se está comprobando en los últimos tiempos. Pero ningún sistema injusto o contrario a los intereses y preferencias asumidos como deseables por la mayoría de la población ha durado eternamente. Ningún sistema conocido es capaz de sobrevivir a los brotes que emergen entre sus grietas cargados con principios nuevos cuando atraen y satisfacen ampliamente. Una vez que lo nuevo emerge, es casi imposible detenerlo si se sostiene sobre fundamentos poderosos y proporciona soluciones más satisfactorias en general. Y ninguno de esos procesos, ni los sujetos que con mayor fuerza los han impulsado han pedido nunca permiso a los poderosos del momento para llevarlos a cabo.

Lo irreal y utópico no es tratar de poner en pie una economía al servicio de la vida y de todos los seres humanos sin distinción, basada en el cuidado y en el reparto justo de las cargas y beneficios. Lo iluso es creer que el mundo puede sobrevivir convirtiendo en negocio los recursos imprescindibles para la vida —los mares, el agua, las semillas o los alimentos básicos— y dedicando preferentemente dichos recursos a comprar y vender papeles sin más objetivo que añadir ceros a las cuentas bancarias de unos pocos privilegiados.

Decir que la economía internacional se acerca a un precipicio y que todas nuestras sociedades, incluso la vida en el planeta, están en peligro no es un recurso teórico ni una metáfora. Se trata sencillamente de reconocer lo que está advirtiendo la inmensa mayoría de los científicos, de todas las corrientes ideológicas que no sean tan groseramente negacionistas como los líderes que antes querían tratar la

COVID-19 con inyecciones de desinfectante y renunciar a las vacunas.

Por eso es urgente diseñar alternativas económicas frente a la simpleza grosera del trumpismo y la destrucción que impone la motosierra. Hacerlo es la forma más efectiva para forjar el compromiso por la paz y la vida que no puede esperar, sino que reclama, en palabras de Martin Luther King, «la feroz urgencia del ahora». Sabiendo, además, que no se trata sólo de escribirlas en un papel, sino de ponerlas en marcha de forma práctica y bien visible.

Ésa es la razón de que a este libro la falten capítulos y un punto final. Termina sólo con un punto y seguido porque las alternativas económicas nacen, en realidad, del sudor de quienes día a día trabajan poniendo en pie lo mejor de nuestras sociedades y cooperando generosamente; del dolor de quien padece injusticias; de la indignación y la rabia de quien sufre las suyas y también las que recaen sobre otros seres humanos; de la inteligencia de quien se compromete con determinación y estudia lo que le rodea; y de la paciencia de quien escucha a las demás personas, aprende de ellas, dialoga y les enseña lo que sabe. Y le faltan los capítulos que espero que escribirán las personas que, tras leer este libro, hayan recibido algún modesto impulso para ayudar a que este mundo sea mejor y a que sus gentes y la naturaleza que nos rodea queden a salvo del egoísmo y la avaricia inhumana de unos pocos que se empeñan en destruirlas.

Bibliografía

«A protectionist president», *The Wall Street Journal*, 15 de septiembre de 2009, <https://bit.ly/3ZtiWvM>.

«A snapshot of government-wide contracting for FY 2023», GAO (U.S. Government Accountability Office), junio de 2024, <https://tinyurl.com/yvdrpbw5>.

«Banking 'efficiency': Public sector banks beat private peers in new SBI list», *The Economic Times*, 18 de junio de 2024, <https://bit.ly/4dZY6Ky>.

«Challenges remain in IMF's ability to anticipate, prevent, and resolve financial crises», GAO, junio de 2003, <https://www.gao.gov/products/gao-03-734>.

«Desempeño del FMI en el período previo a la crisis financiera y económica: La supervisión del FMI entre 2004-07», OEI (Oficina de Evaluación Independiente), enero de 2011, <https://estaticos.elmundo.es/documentos/2011/02/09/fmi.pdf>.

«Desperdicios por doquier», *IMF Blog*, 6 de febrero de 2020, <https://bit.ly/4dQr1As>.

«Javier Milei se vistió de superhéroe para "enfrentar a los keynesianos" y cuestionar al Gobierno», *Clarín*, 18 de febrero de 2019, <https://bit.ly/3TgAxmX>.

«La pieza faltante: valorando el aporte no reconocido de las mujeres a la economía», *PNUD*, 8 de marzo de 2024, <https://bit.ly/4dQdLf4>.

«Lessons learned: Private finance for infrastructure», National Audit Office (NAO), 25 de marzo de 2025, <https://bit.ly/448L3D2>.

«Linde aconseja ahorrar a los jóvenes porque su pensión será más baja», *El País*, 17 de junio de 2015.

«Permanent Ways & Means Bill Could Add $5.3 Trillion to Deficits», Committee for a Responsible Federal Budget, 13 de mayo de 2025, <https://l1nq.com/I34qg>.

«Polémica en Argentina tras una publicación de Milei contra un niño con autismo», *Infolibre*, 2 de junio de 2025, <https://bit.ly/43XtW65>.

«Preliminary analysis of the distributional effects of the One Big

Beautiful Bill Ac», Congressional Budget Office, 20 de mayo de 2025, <https://bit.ly/3Hzj0nw>.
«Qué dijo Javier Milei sobre "el mercado de órganos"», *La Nación*, 12 de noviembre de 2023, <https://bit.ly/44fBukP>.
«Subsidy Tracker. Discover where corporations are getting taxpayer assistance across the United States», Good Jobs First, s. f., <https://tinyurl.com/ymbvt4zt>.
Alexander, Dan, «How truth social and crypto helped Trump double his fortune in just one year», *Forbes*, 31 de marzo de 2025, <https://tinyurl.com/248w4a23>.
Alexander, Jennifer Karns, *The mantra of efficiency: From waterwheel to social control*, Johns Hopkins University Press, Estados Unidos, 2008.
Andre, Peter; y Falk, Armin, «What's worth knowing? Economists' opinions about economics», Discussion Paper, Institute of Labor Economics (2021), <https://tinyurl.com/2bkdp5en>.
Andreoni, James; Nikiforakis, Nikos; y Siegenthaler, Simon, «Predicting social tipping and norm change in controlled experiments», NBER Working Papers, 27310 (2020), <https://tinyurl.com/2an65eun>.
Are, Michael; y Schclarek, Alfredo, «Public bank lending in times of crisis», *Journal of Financial Stability,* vol. 9, n.º 4 (2013), <https://bit.ly/43QNIQj>.
Ash, Elliott; Morelli, Massimo; y Vannoni, Matia, «More laws, more growth? Evidence from U.S. states», Centre for Applied Research on International Markets Banking Finance and Regulation, Università Bocconi, Working Papers 22178 (2022), <https://bit.ly/3Hy1CQ7>.
Ayton, Julie; Benamraoui, Abdelhafid; Ngo Ngo, Huyen; y Dellen, Stefan van, «Bank mergers & acquisitions and systemic risk: Did the Dodd-Frank Act make a difference?», SSRN, s. f., <https://l1nq.com/Jh86M>.
Becker, Justus, «OpenAI: Piden a la administración Trump que suavice la regulación de la IA», *Alphavenue*, 17 de marzo de 2025, <https://bit.ly/4kAHRpE>.
Beverly, Moran, «Trump's 2017 tax cuts expire soon – study shows they made income inequality worse and especially hurt Black Americans», *The Conversation*, 17 de diciembre de 2024, <https://bit.ly/43VRc42>.
Black, Simon; Parry, Ian; y Vernon-Lin, Nate, «Fossil fuel subsidies surged to record $7 trillion», IMF Blog, 24 de agosto de 2023, <https://tinyurl.com/22hxvzbw>.

Bosshardt, Joshua; y Cerutti, Eugenio, «Why did public banks lend more during the global financial crisis?», IMF Working Paper, Asia and Pacific Department (2020), <https://bit.ly/3HvLPRP>.
Bruce, Judith, *et al.*, *La familia en la mira: nuevas perspectivas. Sobre madres, padres e hijos*, Population Council, Estados Unidos, 1998, <https://bit.ly/3SH9wZG>.
Centola, Damon; Becker, Joshua; Brackbill, Devon; y Baronchelli, Andrea, «Experimental evidence for tipping points in social convention», *Science*, vol. 360, n.º 6393 (2018), <https://tinyurl.com/2b9wpykd>.
Clark, John Bates, *The distribution of wealth. A theory of wages, interest and profits*, Macmillan and Co., Estados Unidos, 1908, p. 4, <https://bit.ly/3dTxU6R>.
Colander, David, «The making of an economist redux», *The Journal of Economic Perspectives*, vol. 19, n.º 1 (2005).
Dabla-Norris, Era, *et al.*, «Es probable que el nivel de deuda pública mundial sea peor de lo que parece, *IMF Blog*, 14 de octubre de 2024, <https://tinyurl.com/27weu9f4>.
Dawson, Chester, «Shale boom helps North Dakota bank earn returns Goldman would envy», *The Wall Street Journal*, 16 de noviembre de 2014, <https://bit.ly/3FEp9OL>.
Economic Policy Institute, «Wages for the top 1% skyrocketed 160% since 1979 while the share of wages for the bottom 90% shrunk», *Working Economics Blog*, 1 de diciembre de 2020, <https://bit.ly/3SJYsv0>.
Edwards, Chris, «Corporate Welfare in the Federal Budget. Policy Analysis No. 990», Cato Institute, marzo de 2025, <https://tinyurl.com/2xcsfg9v>.
Eisler, Riane, «Roadmap to a new economics: Beyond capitalism and socialism», *Interdisciplinary Journal of Partnership Studies*, vol. 4, n.º 1 (2017), <https://bit.ly/4kVd46B>.
Esquinas, José, *Rumbo al ecocidio. Cómo frenar la amenaza a nuestra supervivencia*, Espasa, Madrid, 2023, p. 278.
Farmer, J. Doyne, *Making sense of chaos: A better economics for a better world*, Penguin, Reino Unido, 2024.
Fukuyama, Francis, *El fin de la historia y el último hombre*, Planeta, Barcelona, 1992.
Galbraith, J. Kenneth, *La economía del fraude inocente*, Crítica, Barcelona, 2004.
Gaspar, Vitor; Medas, Paulo; y Ralyea, John, «State-owned enterprises in the time of COVID-19», IMF Blog, 7 de mayo de 2020, <https://

bit.ly/4mJI9fg>.
Goodair, Benjamin, *et al.*, «The effect of health-care privatisation on the quality of care», *The Lancet Public Health*, vol. 9, n.º 3 (2024), <https://bit.ly/4kuJS6x>.
Gourinchas, Pierre-Olivier, «La economía mundial entra en una nueva era», *IMF Blog*, abril de 2025, <https://bit.ly/43WBrtR>.
Grantham, Andrew; y Shenfeld, Avery, «Can, or should, the US bring the factory jobs back?», *CIBC Capital Markets*, 22 de abril de 2025, <https://thoughtleadership.cibc.com/article/can-or-should-the-us-bring-the-factory-jobs-back/>.
Heilbroner, Robert y Milberg, William, *La crisis de visión del pensamiento económico*, Paidós, Barcelona, 1998.
Hergon, Alejandro, «"Me están besando el culo": Trump se mofa de los líderes mundiales tras la entrada en vigor del arancelazo», Onda Cero, 9 de abril de 2025, <https://bit.ly/4kCaNO8>.
Hickman, Leo, «Jeremy Grantham, environmental philanthropist: 'We're trying to buy time for the world to wake up'», *The Guardian*, 12 de abril de 2013, <https://bit.ly/4jKIzQ3>.
Hongoltz-Hetling, Matthew, *Un libertario se encuentra con un oso. El utópico plan para liberar a un pueblo (y a sus osos)*, Capitán Swing, Madrid, 2025.
Idiart, Guillermo, «El pin de una motosierra, el regalo de Sturzenegger para Georgieva», *La Nación*, 25 de abril de 2025, <https://bit.ly/4jH16MP>.
Ioannidis, John; Stanley, T. D.; y Doucouliagos, Hristos, «The power of bias in economics research», *The Economic Journal*, vol. 127, n.º 605 (2017).
Ioannidis, John; y Doucouliagos, Chris, «What's to know about the credibility of empirical economics?», *Journal of Economic Surveys*, vol. 27 (2013).
Irwin, Neil, «Trump's fraying global ties put the dollar's reserve status at risk», *Axios*, 9 de mayo de 2025, <https://bit.ly/4jJvlTm>.
Jelveh, Zubin; Kogut, Bruce; y Naidu, Suresh, «Political language in economics», *The Economic Journal*, n.º 662 (2024).
Kapeller, Jakob; Aistleitner, Matthias; y Steinerberger, Stefan, «Citation patterns in economics and beyond: Assessing the peculiarities of economics from two scientometric perspectives», ICAE Working Paper Series, n.º 60 (2017), <https://tinyurl.com/27s2ms5j>.
Karas, Alexei; Schoors, Koen; y Weill, Laurent, «Are private banks more efficient than public banks?», Working Papers. Laboratoire de Recherche en Gestion et Économie (LaRGE), (2008), <https://

bit.ly/4kFE7U0>.
Kishimoto, Satoko; y Petitjean, Olivier, *Remunicipalización. Cómo ciudades y ciudadanía están escribiendo el futuro de los servicios públicos*, Transnational Institute, Países Bajos, 2017, <https://bit.ly/4krQH92>.
Kogan, Bobby, «The House Republicans' Budget Bill Guts Basic Needs Programs for the Most Vulnerable Americans to Give Tax Breaks to the Rich», CAP, 12 de mayo de 2025, <https://tinyurl.com/29cl9h74>.
Kothari, Ashish, *et al.*, *Pluriverso: Un diccionario del posdesarrollo*, Icaria, Barcelona, 2019.
Krueger, Alan B.; y Card, David, *Mito y medición: un análisis de los efectos del salario mínimo*, Deusto, Barcelona, 2022.
Krznaric, Roman, *El buen antepasado. Cómo pensar a largo plazo en un mundo cortoplacista*, Capitán Swing, Madrid, 2022.
Laybourn-Langton, Laurie; Macfarlane, Laurie; y Jacobs, Michael, «The Times They Are A-Changing? Exploring the potential shift away from the neoliberal political-economic paradigm», Forum for a New Economy. Working Paper, n.º 02/2019 (2019), <https://newforum.org/en/studie/the-times-they-are-a-changing-exploring-the-potential-shift-away-from-the-neoliberal-political-economic-paradigm/>.
Lee, Frederic, *A history of heterodox economics*, Routledge, Reino Unido, 2011.
Lemieux, Pierre, «Biden's protectionism: Trumpism with a human face», CATO Institute, 2022, <https://bit.ly/45e6L9K>.
Léon, Florian, «Public bank lending in Africa in times of crisis», Agence Française du Développement Working Paper, n.º 257 (2022), <https://bit.ly/44399z3>.
Leontief, Wassily, «Economía académica», *Hacienda Pública*, n.º 111 (1991), p. 160.
LeVine, Marianne, «Trump calls political enemies 'vermin,' echoing dictators Hitler, Mussolini», *The Washington Post*, 13 de noviembre de 2023, <https://bit.ly/3SNBG5s>.
Mankiw, Gregory, *Principios de economía*, Cengage Learning Editores, México, 2017.
Mannweiler, Laura, «All the president's billionaires: The extraordinary wealth in Trump's administration», *U.S. News*, 4 de junio de 2025, <https://bit.ly/44cgvQQ>.
Manzanelli, Pablo; y Amoretti, Leandro, «Notas breves sobre economía política. Transferencia de ingresos del trabajo al capital durante el

período 2016-2024», FLACSO AEyT, abril de 2025, <https://bit.ly/3SH8tZK>.
Max Neef, Manfred, *Desarrollo a escala humana. Conceptos, aplicaciones y algunas reflexiones*, Icaria, Barcelona, 1994.
Mazzucato, Mariana; y Collington, Rosie, *El gran engaño: cómo la industria de la consultoría debilita las empresas, infantiliza a los gobiernos y pervierte la economía*, Taurus, Madrid, 2024.
Messerly, Megan, «An army of MAGA think tanks behind him, it's Trump's Washington now», *Politico*, 17 de febrero de 2025, <https://bit.ly/4e0ZRXN>.
Miran, Stephen, «A user's guide to restructuring the global trading system», *Hudson Bay Capital*, noviembre de 2024, <https://tinyurl.com/28y4alp7>.
Mohsen Javdani; y Ha-Joon Chang, «Who said or what said? Estimating ideological bias in views among economists», *Cambridge Journal of Economics*, vol. 47, n.º 2 (2023).
Navarro, Vicenç y Torres, Juan, *Los amos del mundo. Las armas del terrorismo financiero*, Espasa, Madrid, 2014.
OECD (2023), Government at a Glance 2023, OECD Publishing, Francia, <https://bit.ly/3ZoMRoO>.
— (2024), Ownership and Governance of State-Owned Enterprises 2024, OECD Publishing, Francia, <https://bit.ly/4dQl2f0>.
Ortiz, Isabel; y Cummins, Matthew, «The age of austerity: A review of public expenditures and adjustment measures in 181 countries», Initiative for Policy Dialogue and the South Centre Working Paper (2013).
Palley, Thomas, «Varieties of capitalism and societal happiness: Theory and empirics», FMM Working Paper, n.º 108-2024, IMK at the Hans-Böckler-Stiftung (2024), <https://bit.ly/3SKC5pb>.
Penn Wharton Budget Model (PWBM), «House reconciliation bill: budget, economic, and distributional effects», <https://bit.ly/4nb2Wc2>.
Programa de Voluntarios de las Naciones Unidas (VNU), *Informe sobre el estado del voluntariado en el mundo 2022: Crear sociedades igualitarias e inclusivas*, Bonn, diciembre de 2021, <https://bit.ly/4496HqE>.
Public Banking Project (PBP), *Public Development Banks*, McMaster University, Canadá, octubre de 2024, <https://bit.ly/4jHGi8c>.
—, *The World of Public Banks*, McMaster University, Canadá, septiembre de 2024.
Ray, Rebecca; Gallagher, Kevin P.; y Kring, William, «IMF austerity

since the global financial crisis: New data, same trend, and similar determinants», Global Development Policy Center, GEGI Working Paper 11/2020 (2020), <https://tinyurl.com/2cw5z4jl>.
Reynolds, Sharon, «Infections and falls increased in private equity-owned hospitals», National Institutes of Health, 23 de enero de 2024, <https://bit.ly/3ZQBsOz>.
Roberts, Kevin D., «Inside the Heritage Foundation's plans for 'institutionalizing Trumpism'», *The New York Times*, 21 de enero de 2024, <https://bit.ly/4dXQEQ1>.
Rosenfeld, Sophia, *Common sense: A political history*, Harvard University Press, p. 23, Estados Unidos, 2014.
Samuelson, Paul A., «Social indifference curves», *The Quarterly Journal of Economics*, vol. 1 (1956).
Scott, Robert E., «We can reshore manufacturing jobs, but Trump hasn't done it», *Economic Policy Institute*, 10 agosto 2020, <https://tinyurl.com/y2nocj3t>.
Shine, Ian, «Is the cryptocurrency era about to begin? 5 experts on what the future might hold for digital finance», World Economic Forum, 23 enero 2025, <https://bit.ly/3ZmiPCc>.
Smith, Adam, *La teoría de los sentimientos morales*, versión digital sin paginar, 1759, disponible en <https://bit.ly/3ZpC2Tn>.
Stefanoni, Pablo, «Javier Milei en 10 frases: el paleolibertario que quiere tomar Argentina», *El Grand Continent*, 18 de septiembre de 2023, <https://bit.ly/45gl5Pc>.
Stiglitz, Joseph; Sen, Amartia; y Fitoussi, Jean-Paul, *Informe de la Comisión sobre la Medición del Desarrollo Económico y del Progreso Social*, s. f., <https://bit.ly/45NBlqU>.
Szuchman, Paula y Anderson, Jenny, *El negocio del matrimonio. Cómo aplicar los principios de la economía al amor, el sexo, los hijos y... los platos sucios*, Urano, Barcelona, 2011.
The Lancet, Informe global 2024 de The Lancet Countdown, 2024, <https://tinyurl.com/23dlgg73>.
The world of public banks, McMaster University, Canadá, septiembre de 2024, <https://bit.ly/4dTHLXq>.
Thomas, Duncan, «Intra-household resource allocation: An inferential approach», *The Journal of Human Resources*, vol. 25, n.º 4 (1990), <https://bit.ly/4dXegV1>.
Torres, Juan, «"Hay que acabar con los hijos de puta socialistas de mierda": hablaron los liberales», *Blog de Juan Torres*, 9 de junio de 2025, <https://tinyurl.com/2bofe2pk>.
—, *Econofakes. Las 10 grandes mentiras económicas de nuestro tiempo y*

cómo condicionan nuestra vida, Deusto, Barcelona, 2021.
—, *Economía para no dejarse engañar por los economistas*, Deusto, Barcelona, 2016.
—, *Economía política*, Pirámide, Madrid, 2022.
—, *El capitalismo en crisis: del crac de 1929 a la actualidad*, Anaya, Madrid, 2015.
—, *Más difícil todavía*, Deusto, Barcelona, 2023.
—, *Para que haya futuro*, Deusto, Barcelona, 2024.
Tracking Project 2025, s. f., <https://www.project2025.observer/>.
Turchin, Peter, *Final de partida. Élites, contraélites y el camino a la desintegración política*, Debate, Madrid, 2024.
Tuya, Carlos, *Ganancia social, beneficio privado. Explotación capitalista y transformación socioeconómica en la economía del conocimiento*, El Viejo Topo, Barcelona, 2025.
USEA Mission, «Remarks by President Trump at the World Economic Forum», 24 de enero de 2025, <https://bit.ly/4kWEBEQ>.
Verbruggen, Aviel, «The geopolitics of trillion US$ oil & gas rents», International Journal of Sustainable Energy Planning and Management, vol. 36 (2022), <https://doi.org/10.54337/ijsepm.7395>.
Wolf, Martin, *La crisis del capitalismo democrático*, Deusto, Barcelona, 2023.
World Cooperative Monitor, *Exploring the cooperative economy. Report 2023*, 2023 <https://bit.ly/3TeeUDP>.

Notas

Introducción

1. LeVine, Marianne, «Trump calls political enemies 'vermin,' echoing dictators Hitler, Mussolini», *The Washington Post*, 13 de noviembre de 2023, <https://bit.ly/3SNBG5s>.

2. Torres, Juan, «"Hay que acabar con los hijos de puta socialistas de mierda": hablaron los liberales», Blog de Juan Torres, 9 de junio de 2025, <https://tinyurl.com/2bofe2pk>.

1. ¿Qué está ocurriendo en la economía internacional y qué se necesita para hacerle frente?

1. Todas ellas se encuentran en el siguiente enlace: <https://tinyurl.com/2de7drf3>.

2. Una moneda estable (*stablecoin*, en inglés) es un token (algo que representa un valor, como una ficha o un código), como el bitcoin o cualquier otra criptomoneda, que tiene una característica fundamental que los diferencia. Como todas ellas, es un activo digital propiedad de quien tenga la clave para poder desbloquearlo y realizar así transacciones por un valor equivalente al que tenga en ese momento en el mercado donde se compra y vende. Sin embargo, las monedas estables se diferencian de las demás criptomonedas en que, como su nombre propio indica, su precio no va a variar, ya que su cotización o precio depende de la oferta y la demanda que haya de cada una de ellas. Una orden ejecutiva de 23 de enero de 2025 busca frenar el desarrollo de las monedas digitales emitidas por bancos centrales y promover la creación de esas monedas estables emitidas por entidades privadas. Si Estados Unidos lograse imponer la utilización generalizada de monedas estables con respaldo en dólares o en esos bonos, estaría logrando que, allí donde se utilizaran para realizar algún pago, se estuvieran usando, en realidad, dólares, y se estuviera sosteniendo su deuda.

3. Gourinchas, Pierre-Olivier, «La economía mundial entra en una nueva era», *IMF Blog*, abril de 2025, <https://bit.ly/43WBrtR>.

4. Shine, Ian, «Is the cryptocurrency era about to begin? 5 experts on what the future might hold for digital finance», Foro Económico Mundial, 23 de enero de

2025, <https://bit.ly/3ZmiPCc>.

5. Tracking Project 2025, s. f., <https://www.project2025.observer/>.

6. Roberts, Kevin D., «Inside the Heritage Foundation's plans for 'institutionalizing Trumpism'», *The New York Times*, 21 de enero de 2024, <https://bit.ly/4dXQEQ1>.

7. Messerly, Megan, «An army of MAGA think tanks behind him, it's Trump's Washington now», *Politico*, 17 de febrero de 2025, <https://bit.ly/4e0ZRXN>.

8. Mannweiler, Laura, «All the president's billionaires: The extraordinary wealth in Trump's administration», *U.S. News*, 4 de junio de 2025, <https://bit.ly/44cgvQQ>.

9. «A protectionist president», *The Wall Street Journal*, 15 de septiembre de 2009, <https://bit.ly/3ZtiWvM>.

10. Lemieux, Pierre, «Biden's protectionism: Trumpism with a human face», CATO Institute, 2022, <https://bit.ly/45e6L9K>.

11. Irwin, Neil, «Trump's fraying global ties put the dollar's reserve status at risk», *Axios*, 9 de mayo de 2025, <https://bit.ly/4jJvlTm>.

12. Idiart, Guillermo, «El pin de una motosierra, el regalo de Sturzenegger para Georgieva», *La Nación*, 25 de abril de 2025, <https://bit.ly/4jH16MP>.

13. «Javier Milei se vistió de superhéroe para "enfrentar a los keynesianos" y cuestionar al Gobierno», *Clarín*, 18 de febrero de 2019, < https://bit.ly/3TgAxmX>.

14. Hergon, Alejandro, «"Me están besando el culo": Trump se mofa de los líderes mundiales tras la entrada en vigor del arancelazo», Onda Cero, 9 de abril de 2025, <https://bit.ly/4kCaNO8>.

15. Beverly, Moran, «Trump's 2017 tax cuts expire soon − study shows they made income inequality worse and especially hurt Black Americans», *The Conversation*, 17 de diciembre de 2024, <https://bit.ly/43VRc42>.

16. McNicholas, Celine *et al.*, «100 ways Trump has hurt workers in his first 100 days», Economic Policy Institute Report, abril de 2025, <https://tinyurl.com/26ddab7b>.

17. «Preliminary analysis of the distributional effects of the One Big Beautiful Bill Ac», Congressional Budget Office, 20 de mayo de 2025, <https://bit.ly/3Hzj0nw>.

Penn Wharton Budget Model (PWBM), «House reconciliation bill: budget, economic, and distributional effects», 19 de mayo de 2025. <https://bit.ly/4nb2Wc2>.

Kogan, Bobby, «The House Republicans' Budget Bill Guts Basic Needs Programs for the Most Vulnerable Americans to Give Tax Breaks to the Rich», CAP, 12 de mayo de 2025, <https://tinyurl.com/29cl9h74>.

18. «Permanent Ways & Means Bill Could Add $5.3 Trillion to Deficits», Committee for a Responsible Federal Budget, 13 de mayo de 2025, <https://l1nq.com/I34qg>.

19. Un análisis detallado de este epígrafe, con datos y referencias abundantes, se puede encontrar en los capítulos 5 y 6 de mi obra ya citada *Más difícil todavía* y en el 2 y 3 de *Para que haya futuro*.

20. Está explicado con detalle en el capítulo 6 de Torres, Juan. *Más difícil todavía, op. cit.*

21. *The Lancet*, informe global 2024 de The Lancet Countdown, 2024, <https://

tinyurl.com/23dlgg73>.

22. Ayton, Julie; Benamraoui, Abdelhafid; Ngo Ngo, Huyen; y Dellen, Stefan van, «Bank mergers & acquisitions and systemic risk: Did the Dodd-Frank Act make a difference?», SSRN, s. f., <https://l1nq.com/Jh86M>.

23. Habría que añadir el poder mediático y cultural, no menos decisivo, del que no podemos ocuparnos aquí.

24. Scott, Robert E., «We can reshore manufacturing jobs, but Trump hasn't done it», Economic Policy Institute, 10 agosto 2020, <https://tinyurl.com/y2nocj3t>.

25. The Currency Editors, «Stock buybacks set $942.5B annual record: What does it mean for investors?», *The Currency*, 26 de marzo de 2025, <https://tinyurl.com/2yq4b7d9>.

26. Turchin, Peter, *Final de partida. Élites, contraélites y el camino a la desintegración política*, Debate, Madrid, 2024.

27. Miran, Stephen, «A user's guide to restructuring the global trading system», *Hudson Bay Capital*, noviembre de 2024, <https://tinyurl.com/28y4alp7>.

28. Este grupo está conformado inicialmente por Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica; y ya cuenta con una veintena de miembros de pleno derecho o asociados. Sin embargo, ese objetivo es contrario al de luchar contra el déficit comercial. Entre todos representan el 54,6 por ciento de la población mundial y el 42,2 por ciento del PIB.

2. La economía dominante es un fraude intelectual que no puede resolver los problemas económicos actuales

1. En las dos siguientes citas, puede verse un desarrollo más detallado: Torres, Juan, *Economía para no dejarse engañar por los economistas*, Deusto, Barcelona, 2016; Torres, Juan, *Econofakes. Las 10 grandes mentiras económicas de nuestro tiempo y cómo condicionan nuestra vida*, Deusto, Barcelona, 2021.

2. Georgescu-Roegen, Nicholas, *Ensayos bioeconómicos*, Los Libros de la Catarata, Barcelona, 2021.

3. «Challenges remain in IMF's ability to anticipate, prevent, and resolve financial crises», GAO, junio de 2003, <https://www.gao.gov/products/gao-03-734>.

4. OECD. *Economic Outlook*, junio de 2023.

Dabla-Norris, Era, *et al.*, «Es probable que el nivel de deuda pública mundial sea peor de lo que parece», *IMF Blog*, 14 de octubre de 2024, <https://tinyurl.com/27weu9f4>.

5. Ortiz, Isabel; y Cummins, Matthew, «The age of austerity: A review of public expenditures and adjustment measures in 181 countries», Initiative for Policy Dialogue and the South Centre Working Paper (2013).

6. Podría aceptarse que una ciencia es: A) Un conjunto de teorías que puedan ser comparables, de observaciones y evidencias realistas y verificables que puedan respaldarlas y de prácticas y protocolos que permitan utilizar y categorizar datos y

reformular las teorías si fuese necesario. B) El resultado de aplicar en todo el proceso de creación del conocimiento el método científico que se basa en la observación, la medición, el establecimiento de hipótesis y la verificación, refutación o aceptación y réplica de todos sus planteamientos con el fin de establecer proposiciones que se ajusten a la realidad; es decir, verdaderas. C) El conocimiento que, al haber descubierto las regularidades que afectan a los fenómenos que se estudian, puede hacer predicciones verosímiles o ciertas sobre su desarrollo presente y futuro.

7. Ioannidis, John; Stanley, T. D.; y Doucouliagos, Hristos, «The power of bias in economics research», *The Economic Journal*, vol. 127, n.º 605 (2017).

8. En otro estudio sobre la credibilidad de la investigación económica esos mismos autores han analizado la existencia de otros sesgos de diferente tipo y adicionales a los ya mencionados. Entre ellos, dar más valor por el simple hecho de haberse publicado en un lugar u otro, exagerar el nivel de significación estadística, confundir significación estadística con significación económica, actuar con deshonestidad, hacer afirmaciones sin fundamento o procedentes de creencias falsas, negarse a hacer público el plagio o lanzar arbitrajes sobre la investigación y sus resultados potencialmente distorsionados. Aunque su estudio empírico no sea tan extenso como se desearía, afirman que hay ya suficiente literatura y evidencias empíricas para considerar que la credibilidad de la investigación en economía es «modesta o incluso baja».

Ioannidis, John; y Doucouliagos, Chris, «What's to know about the credibility of empirical economics?», *Journal of Economic Surveys*, vol. 27 (2013).

9. Colander, David, «The making of an economist redux», *The Journal of Economic Perspectives*, vol. 19, n.º 1 (2005).

10. Mohsen Javdani; y Ha-Joon Chang, «Who said or what said? Estimating ideological bias in views among economists», *Cambridge Journal of Economics*, vol. 47, n.º 2 (2023).

11. Jelveh, Zubin; Kogut, Bruce; y Naidu, Suresh, «Political language in economics», *The Economic Journal*, n.º 662 (2024).

3. Se puede analizar la economía de otro modo

1. Lee, Frederic, *A history of heterodox economics*, Routledge, Reino Unido, 2011.

2. Laybourn-Langton, Laurie; Macfarlane, Laurie; y Jacobs, Michael, «The Times They Are A-Changing? Exploring the potential shift away from the neoliberal political-economic paradigm», Forum for a New Economy. Working Paper, n.º 02/2019 (2019), <https://tinyurl.com/28p9d3pk>.

3. Krueger, Alan B.; y Card, David, *Mito y medición: un análisis de los efectos del salario mínimo*, Deusto, Barcelona, 2022.

4. Samuelson, Paul A., «Social indifference curves», *The Quarterly Journal of Economics*, vol. 1 (1956).

5. Leontief, Wassily, «Economía académica», *Hacienda Pública*, n.º 111 (1991), p.

160.

6. Farmer, J. Doyne, *Making sense of chaos: A better economics for a better world*, Penguin, Reino Unido, 2024.

7. Andre, Peter; y Falk, Armin, «What's worth knowing? Economists' opinions about economics», Discussion Paper, Institute of Labor Economics (2021), <https://tinyurl.com/2bkdp5en>.

4. Hay diferentes formas de organizar la vida económica

1. Fukuyama, Francis, *El fin de la historia y el último hombre*, Planeta, Barcelona, 1992.

2. En la 7.ª edición de 2017 consultada aparece en las páginas 152 y 585. Mankiw, Gregory, *Principios de economía*, Cengage Learning Editores, México, 2017.

3. «Qué dijo Javier Milei sobre "el mercado de órganos"», *La Nación*, 12 de noviembre de 2023, <https://bit.ly/44fBukP>.

4. Algunos de esos bienes públicos se denominan impuros: aquellos que no admiten la rivalidad ni excluyen a quienes los consumen (policía, bomberos...), pero producen congestión cuando aumenta el número de consumidores.

5. Lo grupos y economías estudiados fueron los siguientes: a) Hegemónico: Estados Unidos; b) Liberal: Australia, Canadá, Irlanda, Nueva Zelanda, Reino Unido; c) Socialdemócrata: Austria, Bélgica, Dinamarca, Finlandia, Francia, Alemania, Islandia, Luxemburgo, Países Bajos, Noruega, Suecia, Suiza; d) Mediterráneo/corporativista: Chipre, Grecia, Italia, Portugal, España; e) Asia oriental: Japón, Corea del Sur, Taiwán, provincia de China.

Palley, Thomas, «Varieties of capitalism and societal happiness: Theory and empirics», FMM Working Paper, n.º 108-2024, IMK at the Hans-Böckler-Stiftung (2024), <https://bit.ly/3SKC5pb>.

6. Reynolds, Sharon, «Infections and falls increased in private equity-own
ed hospitals», National Institutes of Health, 23 de enero de 2024, <https://bit.ly/3ZQBsOz>.

7. Goodair, Benjamin, et al., «The effect of health-care privatisation on the quality of care», The Lancet Public Health, vol. 9, n.º 3 (2024), <https://bit.ly/4kuJS6x>.

8. World Cooperative Monitor, *Exploring the cooperative economy. Report 2023*, 2023 <https://bit.ly/3TeeUDP>.

9. OCDE (2024), *Ownership and Governance of State-Owned Enterprises 2024*, OECD Publishing, Francia, <https://bit.ly/4dQl2f0>.

10. Gaspar, Vitor; Medas, Paulo; y Ralyea, John, «State-owned enterprises in the time of COVID-19», *IMF Blog*, 7 de mayo de 2020, <https://bit.ly/4mJI9fg>.

11. Kishimoto, Satoko; y Petitjean, Olivier, *Remunicipalización. Cómo ciudades y ciudadanía están escribiendo el futuro de los servicios públicos*, Transnational Institute,

Países Bajos, 2017, <https://bit.ly/4krQH92>.

12. «Linde aconseja ahorrar a los jóvenes porque su pensión será más baja», *El País*, 17 de junio de 2015.

13. Diferentes datos en:

Public Banking Project (PBP), *Public Development Banks*, McMaster University, octubre de 2024, <https://bit.ly/4jHGi8c>.

Public Banking Project (PBP), *The World of Public Banks*, McMaster University, septiembre de 2024.

14. Dawson, Chester, «Shale boom helps North Dakota bank earn returns Goldman would envy», *The Wall Street Journal*, 16 de noviembre de 2014, <https://bit.ly/3FEp9OL>.

15. Los datos de esas experiencias en: «Banking 'efficiency': Public sector banks beat private peers in new SBI list», *The Economic Times*, 18 de junio de 2024, <https://bit.ly/4dZY6Ky>.

Karas, Alexei; Schoors, Koen; y Weill, Laurent, «Are private banks more efficient than public banks?», Working Papers. Laboratoire de Recherche en Gestion et Économie (LaRGE), (2008), <https://bit.ly/4kFE7U0>.

Léon, Florian, «Public bank lending in Africa in times of crisis», Agence Française du Développement Working Paper, n.º 257 (2022), <https://bit.ly/44399z3>.

16. Are, Michael; y Schclarek, Alfredo, «Public bank lending in times of crisis», *Journal of Financial Stability*, vol. 9, n.º 4 (2013), <https://bit.ly/43QNIQj>.

17. Bosshardt, Joshua; y Cerutti, Eugenio, «Why did public banks lend more during the global financial crisis?», IMF Working Paper, Asia and Pacific Department (2020), <https://bit.ly/3HvLPRP>.

18. «Lessons learned: Private finance for infrastructure», National Audit Office (NAO), 25 de marzo de 2025, <https://bit.ly/448L3D2>.

19. «La pieza faltante: valorando el aporte no reconocido de las mujeres a la economía», *PNUD*, 8 de marzo de 2024, <https://bit.ly/4dQdLf4>.

20. Programa de Voluntarios de las Naciones Unidas (VNU), *Informe sobre el estado del voluntariado en el mundo 2022: Crear sociedades igualitarias e inclusivas*, Bonn, diciembre de 2021, <https://bit.ly/4496HqE>.

21. OCDE (2023), *Government at a Glance 2023*, OECD Publishing, Francia, <https://bit.ly/3ZoMRoO>.

22. Kothari, Ashish, *et al.*, *Pluriverso: Un diccionario del posdesarrollo*, Icaria, Barcelona, 2019.

23. Stefanoni, Pablo, «Javier Milei en 10 frases: el paleolibertario que quiere tomar Argentina», *El Grand Continent*, 18 de septiembre de 2023, <https://bit.ly/45gl5Pc>.

24. USEA Mission, «Remarks by President Trump at the World Economic Forum», 24 de enero de 2025, <https://bit.ly/4kWEBEQ>.

25. Hongoltz-Hetling, Matthew, *Un libertario se encuentra con un oso. El utópico plan para liberar a un pueblo (y a sus osos)*, Capitán Swing, Madrid, 2025.

26. Ash, Elliott; Morelli, Massimo; y Vannoni, Matia, «More laws, more growth?

Evidence from U.S. states», Centre for Applied Research on International Markets Banking Finance and Regulation, Università Bocconi, Working Papers 22178 (2022), <https://bit.ly/3Hy1CQ7>.

27. Para leer una valoración de pros y contras:

Becker, Justus, «OpenAI: Piden a la administración Trump que suavice la regulación de la IA», *Alphavenue*, 17 de marzo de 2025, <https://bit.ly/4kAHRpE>.

28. «Polémica en Argentina tras una publicación de Milei contra un niño con autismo», *Infolibre*, 2 de junio de 2025, <https://bit.ly/43XtW65>.

5. Superar el viejo enfoque estableciendo prioridades diferentes

1. Hickman, Leo, «Jeremy Grantham, environmental philanthropist: 'We're trying to buy time for the world to wake up'», *The Guardian*, 12 de abril de 2013, <https://bit.ly/4jKIzQ3>.

2. Smith, Adam, *La teoría de los sentimientos morales*, versión digital sin paginar, 1759, disponible en <https://bit.ly/3ZpC2Tn>.

3. Aunque estas cifras son difíciles de calcular, resultan bastante realistas si se tiene en cuenta que sólo los contratos del gobierno federal en 2023 sumaron 759.000 millones de dólares, los subsidios federales 181.000 millones y las subvenciones estatales y locales unos 100.000.

Fuentes: «A snapshot of government-wide contracting for FY 2023», GAO (U.S. Government Accountability Office), junio de 2024, <https://tinyurl.com/yvdrpbw5>; Edwards, Chris, «Corporate Welfare in the Federal Budget. Policy Analysis No. 990», Cato Institute, marzo de 2025, <https://tinyurl.com/2xcsfg9v>; «Subsidy Tracker. Discover where corporations are getting taxpayer assistance across the United States», Good Jobs First, s. f., <https://tinyurl.com/ymbvt4zt>.

4. Manzanelli, Pablo; y Amoretti, Leandro, «Notas breves sobre economía política. Transferencia de ingresos del trabajo al capital durante el período 2016-2024», FLACSO AEyT, abril de 2025, <https://bit.ly/3SH8tZK>.

5. Economic Policy Institute, «Wages for the top 1% skyrocketed 160% since 1979 while the share of wages for the bottom 90% shrunk», *Working Economics Blog*, 1 de diciembre de 2020, <https://bit.ly/3SJYsv0>.

6. Clark, John Bates, *The distribution of wealth. A theory of wages, interest and profits*, Macmillan and Co., Estados Unidos, 1908, p. 4, <https://bit.ly/3dTxU6R>.

7. Eisler, Riane, «Roadmap to a new economics: Beyond capitalism and socialism», *Interdisciplinary Journal of Partnership Studies*, vol. 4, n.º 1 (2017), <https://bit.ly/4kVd46B>.

8. Thomas, Duncan, «Intra-household resource allocation: An inferential approach», *The Journal of Human Resources*, vol. 25, n.º 4 (1990), <https://bit.ly/4dXegV1>.

Bruce, Judith, *et al.*, *La familia en la mira: nuevas perspectivas. Sobre madres, padres e hijos*, Population Council, Estados Unidos, 1998, <https://bit.ly/3SH9wZG>.

6. Nuevos principios y políticas económicas: alternativas de sentido común

1. Max Neef las resumió en nueve categorías: subsistencia (alimentación, salud, vivienda, trabajo, aire limpio), protección (seguridad, sistemas judiciales, cuidados, derechos, abrigo), afecto (amor, amistades, familia, vínculos, aceptación), entendimiento (educación, comunicación, reflexión, aprendizaje), participación (libertad de expresión, toma de decisiones, trabajo, comunidad), ocio (juegos, arte, lectura, deporte, contemplación), creación (innovación, expresión artística, construcción, trabajo creativo), identidad (sentido de pertenencia, cultura, valores, tradiciones) y libertad (autonomía, derechos civiles, empoderamiento).

Max Neef, Manfred, *Desarrollo a escala humana. Conceptos, aplicaciones y algunas reflexiones*, Icaria, Barcelona, 1994.

2. Alexander, Jennifer Karns, *The mantra of efficiency: From waterwheel to social control*, Johns Hopkins University Press, Estados Unidos, 2008.

3. Ray, Rebecca; Gallagher, Kevin P.; y Kring, William, «IMF austerity since the global financial crisis: New data, same trend, and similar determinants», Global Development Policy Center, GEGI Working Paper 11/2020 (2020), <https://tinyurl.com/2cw5z4jl>.

4. Alexander, Dan, «How truth social and crypto helped Trump double his fortune in just one year», *Forbes*, 31 de marzo de 2025, <https://tinyurl.com/248w4a23>.

5. Esta práctica consiste en facturar entre las diversas filiales fraudulentamente para colocar más costes y menos beneficios allí donde los impuestos son más elevados y más ganancias donde son más bajos o inexistentes.

6. Si se suman los datos que proporciona el Banco Internacional de Pagos (BIP), sólo para 24 países, sobre pagos procesados, transacciones, uso de servicios e instrumentos de pago y algunas otras operaciones, se alcanza la cifra de 18.000 billones (millones de millones) de dólares. Corresponden a los conceptos PS3, CCP3, CSD3, CCP3, CT7 y CT8G de las tablas que se encuentran en la web del BIP en <https://tinyurl.com/2xuktyeh>. Si se estima, muy por encima, que el gasto público anual de todos los gobiernos es de 50 billones de dólares, se deduce que se podría financiar con una tasa del 0,27 por ciento; es decir, pagando 27 céntimos por cada 100 dólares o del total de las transacciones.

7. Verbruggen, Aviel, «The geopolitics of trillion US$ oil & gas rents», *International Journal of Sustainable Energy Planning and Management*, vol. 36 (2022), <https://doi.org/10.54337/ijsepm.7395>.

8. Black, Simon; Parry, Ian; y Vernon-Lin, Nate, «Fossil fuel subsidies surged to record $7 trillion», *IMF Blog*, 24 de agosto de 2023, <https://tinyurl.com/22hxvzbw>.

9. Rosenfeld, Sophia, *Common sense: A political history*, Harvard University Press, p. 23, Estados Unidos, 2014.

10. Información sobre el documental en <https://bit.ly/3ZkWLb6>.

11. Stiglitz, Joseph; Sen, Amartya; y Fitoussi, Jean-Paul, *Informe de la Comisión sobre la Medición del Desarrollo Económico y del Progreso Social*, s. f., <https://bit.ly/45NBlqU>.

12. Krznaric, Roman, *El buen antepasado. Cómo pensar a largo plazo en un mundo cortoplacista*, Capitán Swing, Madrid, 2022.

13. Torres, Juan, *Economía para no dejarse engañar por los economistas*, *op. cit.*, capítulo 20.

14. Navarro, Vicenç y Torres, Juan, *Los amos del mundo. Las armas del terrorismo financiero*, Espasa, Madrid, 2014.

15. Tuya, Carlos, *Ganancia social, beneficio privado. Explotación capitalista y transformación socioeconómica en la economía del conocimiento*, El Viejo Topo, Barcelona, 2025.

16. Mazzucato, Mariana; y Collington, Rosie, *El gran engaño: cómo la industria de la consultoría debilita las empresas, infantiliza a los gobiernos y pervierte la economía*, Taurus, Madrid, 2024.

17. Torres, Juan, *Economía política*, Pirámide, Madrid, 2022, capítulo 16.

18. Torres, Juan, *El capitalismo en crisis: del crac de 1929 a la actualidad*, Anaya, Madrid, 2015.

7. Vencer a la mentira para sobrevivir al terremoto que se avecina

1. Esquinas, José, *Rumbo al ecocidio. Cómo frenar la amenaza a nuestra supervivencia*, Espasa, Madrid, 2023, p. 278.

2. Centola, Damon; Becker, Joshua; Brackbill, Devon; y Baronchelli, Andrea, «Experimental evidence for tipping points in social convention», *Science*, vol. 360, n.º 6393 (2018), <https://tinyurl.com/2b9wpykd>.

3. Ibídem.

4. Andreoni, James; Nikiforakis, Nikos; y Siegenthaler, Simon, «Predicting social tipping and norm change in controlled experiments», NBER Working Papers, 27310 (2020), <https://tinyurl.com/2an65eun>.

Cómo sobrevivir al trumpismo y a la economía de la motosierra
Juan Torres López

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Juan Torres López, 2025

Diseño de cubierta, Sylvia Sans Bassat, 2025

© Centro de Libros PAPF, SLU., 2025
Deusto es un sello editorial de Centro de Libros PAPF, SLU.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2025

ISBN: 978-84-234-3978-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta